

A woman with long brown hair, wearing a light blue tank top and purple pants, stands on a rocky mountain peak. She is holding a long wooden pole that reaches up to a large, glowing yellow star in a dark blue, starry night sky. The background features jagged mountain peaks and a faint view of the Milky Way galaxy. The overall scene is romantic and aspirational.

*Estrellavía
mi
estrella*

*Irene
Ferb*

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2019

Copyright © 2019 Irene Ferb

Copyright © de la cubierta: Borja Puig

Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

PRIMERA PARTE

Capítulo 1: La chica de Mel

Capítulo 2: El peligro

Capítulo 3: Bitter Sweet Symphony

Capítulo 4: Podría ser

Capítulo 5: Fuego

Capítulo 6: Todo

Capítulo 7: Volver a ser un niño

Capítulo 8: Colgado

Capítulo 9: Revolvió

Capítulo 10: Cada dos minutos

Capítulo 11: El dorado

Capítulo 12: Malo

Capítulo 13: Cuidándote

Capítulo 14: Él no soy yo

Capítulo 15: Calle la Pantomima

Capítulo 16: K.I.E.R.E.M.E

Capítulo 17: 7 horas

Capítulo 18: Promesas

Capítulo 19: El roce de tu piel

SEGUNDA PARTE

Capítulo 20: Colgado

Capítulo 21: Por el bulevar de los sueños rotos

Capítulo 22: Mi habitación

Capítulo 23: Canción de guerra

Capítulo 24: Amiga mala suerte

Capítulo 25: Respiras y yo

Capítulo 26: Marta, Sebas, Guille y los demás

Capítulo 27: A carcajadas

Capítulo 28: Ella

Capítulo 29: Ruido

TERCERA PARTE

Capítulo 30: Si es tan solo amor

Capítulo 31: Días contados

Capítulo 32: Fecha caducada

[Capítulo 33: Desde que nos estamos dejando](#)

[Capítulo 34: Pero a tu lado](#)

[Capítulo 35: Se me olvida olvidarte](#)

[Capítulo 36: Mi coco](#)

[Capítulo 37: Cuéntame un cuento](#)

[Capítulo 38: Pero a tu lado](#)

[Capítulo 39: La bicha](#)

[Epílogo: Tu jardín con enanitos](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

A Raquel Hernández.

Es demasiado triste explicar por qué te lo dedico, solo sé que te lo mereces. Tu sonrisa ilumina el cielo.

A mi familia. Sois un sueño hecho realidad. Os quiero.
A nuestra nueva personita, Diana. Sé que tú y yo haremos
grandes cosas juntas. Con esa sonrisa que enamora, nos
vas a volver locos de amor a todos.
A ti. Agárrate fuerte a la vida.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

La chica de Mel

Estrella

Hace un frío que pela, que será un fresquito llevadero para los autóctonos, que no lo niego, pero para mí que salga vaho de mi boca cada vez que hablo me sugiere imaginarme cubierta por un abrigo con borreguillo hasta en los botones, una bufanda de lana que, si llega, me tape la cabeza y me deje descubierto lo justo para ver, y botas UGG, las auténticas, las que calientan de verdad y no te quedas sin suela en la primera puesta. Pero no, está prohibido. Esto es lo que prometí cuando accedí a la academia de policía: «En este lugar se alumbra la luz que ha de ser mañana el estilo policial: servicio, dignidad, entrega y lealtad». Yo lo cumplo a rajatabla, eso no significa que esté conforme y exponga con total rotundidad que el uniforme no tiene que ver con la lealtad, y que si tengo frío me debería poder poner más capas, porque no es lo mismo ser policía en Cádiz que en Ávila. Como me tuve que dar un golpe en la cabeza cuando elegí destino en las prácticas y decidí, aconsejada por mis profesores, quedarme aquí, pues ahora acoquino y envidio las fotos de mi amiga Mónica. Ella se ha ido a Jerez y va en manga corta con su espalda erguida y no como yo que me va a salir chepa de encorvar las vértebras a la que piso la calle. ¡Es que no se va a terminar el invierno nunca!

Sí, soy policía nacional en prácticas. Molo. ¿A qué sí? ¿No? Pues habrá quien piense que no, pero después de mis nueve meses en la academia tengo la autoestima por las nubes y un sentimiento de amor a mi profesión inigualable. Juro que nunca creí que tuviera vocación alguna. Un día sentí esta llamada y no he visto nada más claro en mi vida. Ahora, con mi objetivo casi logrado, sé que he elegido bien porque estoy deseando amanecer cada mañana para entrar en la comisaría y aprender. Quiero aprender de todos y es lo que hago.

No sé... debería resumir... es que no me gusta recordarlo y menos adrede, bastante se presenta solo en mi cabeza ya sin ser invitado y me amarga

el día, pero sé que si lo explico se entiende mejor. A ver, yo soy graduada en ciencias políticas. Cuando estaba cursando un máster en derechos humanos, el profesor más «guay» me violó. Sí, me violó. Y no, hoy no quiero contar más, solo añadir que sigo esperando la sentencia. Ese tsunami vital me recolocó mi escala de valores, y la vía ser policía para detener a todos los malnacidos que hagan daño a los demás me desenterró del pozo en el que me hallaba inmersa.

En esa época hubo unos niños tailandeses que se quedaron aislados en una cueva con su entrenador y para poder sacarlos de allí se desarrolló una de las mayores operaciones de rescate jamás montadas. Pues bien, yo me veía como uno de ellos, una niña sola, encerrada en la oscuridad, con mucha gente a mi alrededor queriendo sacarme, pero sin llegar a tocarme. Ni ninguna palabra ni ningún tratamiento lograron que yo dejase de sentirme excluida y hundida en mi propia miseria, hasta que por casualidad vi que salían oposiciones para policía y la luz, poco a poco, comenzó a entrar de nuevo en mi interior. Fue poner toda mi atención en ello, ignorar a mi memoria y llenarla de apuntes para que dejase de ilustrarme con las desagradables escenas vividas y el oxígeno retornó a mis afligidas células corporales. A cada uno le funciona una cosa, yo no soy quien para dar consejos, pero a mí me ayudó cambiar mi vida y emplear mis energías en un nuevo proyecto.

Aprobé la oposición a la primera, como muy bien me dijo mi cuñado Eneko, yo tenía hábito de estudio y no me costó mucho. También es verdad que me presenté a la escala básica, que es más sencilla, la judicial, para ser inspector, es mucho más difícil y aunque yo tengo un grado que es lo que se necesita, me aconsejaron que optase por la básica y ya dentro del cuerpo ascender por vía interna. Una vez aprobada pasé nueve meses en la academia, que a algunos le parecerán un drama, pero a mí me han cambiado la vida, y ahora estoy en prácticas. Me restan tres meses para convertirme en policía nacional.

La academia... todo gente nueva, nadie que supiese de mí y mi suceso para compadecerme, compañeros que trabajaban con el mismo fin que tú, risas, insomnio, hambre porque la comida era peor que la que ponen a los presos de Guantánamo y teníamos prohibido almacenar comida en las habitaciones, alguna que otra fiesta, apuntes, deporte, prácticas con el arma reglamentaria, clases de defensa personal, carreras por las murallas de Ávila

en el tiempo libre... total, un paraíso para mi tarada mente y un montón de nuevos amigos.

En esos nueve meses me recuperé, de verdad que sí, y aunque todavía en el presente hay días que se me hacen cuesta arriba sé que gracias a mi esfuerzo me he calzado unos patines que logran que llegue a la noche con una sonrisa, cansada, pero sonriente, que no es poco.

Estoy segura de que si me cruzo con personas de mi pasado me dirían que no hay quien me reconozca. Siempre he sido la más loca, despreocupada e irresponsable de mi entorno y ahora nada que ver. Hombre, mi esencia sigue ahí, aunque bien orientada. Ahora me pienso las cosas dos veces antes de actuar, mi bandera coincidía con el eslogan de *La llamada*: «lo hacemos y ya vemos», y en la actualidad me tatuaría justo lo contrario: «lo vemos y si eso luego lo hacemos».

Mi hermana, Luna, está alucinada con mi cambio. Ella siempre me vio como un caso perdido y cada vez que me encuentro con ella me dice lo orgullosa que se siente por mi nueva actitud. Ahora la loca es Luna... bueno, ya no, desde que se ha casado ha vuelto al redil de los formales, pero yo que lo sé todo, porque ella necesitaba contarlo, conozco de su triángulo amoroso con su marido y el hermano del mismo. Algo que yo hubiese practicado sin ningún tipo de reparos, pero que ella, que era pura y casta como una dama victoriana, experimentó y dice no arrepentirse de ello. Los hombres en cuestión son, desde luego, unos perfectos ejemplares para elegir si te quieres embarcar en una historia a tres. No sé cuál me gusta más de los dos. Eneko, el actual marido, te inspira respeto y admiración nada más presentarse y Edu altera las hormonas de cualquier bicho viviente con sangre en las venas. Una suertuda mi hermana...

Tengo otro hermano y una excuñada. Mi hermano Júpiter, el mayor de los tres, se divorció hace ya unos mesecitos de Sol. Esto sí que cayó como un jarro de agua fría en mi familia. Sol y él llevaban toda la vida juntos; dos hijos en común y él lo tiró por tierra yéndose con otra, Lorena, su actual pareja. Con el paso de los meses y la distancia, las rencillas han ido ventilándose y ya pueden compartir espacio sin discutir y parece que vuelve a fluir el buen ambiente entre ellos. Sol, que es como otra hermana para mí, se ha centrado en trabajar y en rehacerse como persona y yo la admiro por cómo ha sabido

ponerle al mal tiempo buena cara. Es una mujer digna de alabar, de verdad que sí.

Tengo padres, viven en Argentina, son muy *hippies* y siempre que vienen a vernos nos vuelven un poco locos a todos con sus extraños consejos, aunque a mí me encantan. Lo han pasado muy mal con «mis circunstancias» pero desde que me ven así de bien nos visitan menos y en el fondo disfruto de su lejanía, siempre aparecen como el Atrápalo, cargaditos de planes, y yo ahora no estoy para tanto movimiento. A mis padres se les quiere, pero desde la distancia, mucho más.

Por fin entro en casa. Se me han caído las llaves en la puerta dos veces de lo que me temblequea la mano. Son las ocho y media de la tarde y parecen las doce de lo oscuro que está. Camino varios pasos para adentrarme en mi apartamento de alquiler y dejarme embaucar por el calorcito que sale de la calefacción antes de quitarme el abrigo.

Me he alquilado un pequeño estudio anejo al chalet de Alejandra y Rodrigo, mis caseros, el tío de Mónica y su pareja. Mónica fue mi mejor amiga de la escuela de policía y me puso en contacto con ellos para que me dejaran vivir en su casa de invitados durante el año de prácticas a un precio de *outlet*, una ganga. Son una pareja fantástica. Él es ginecólogo, y de los buenos, y ella enfermera supervisora. No tienen hijos, de momento, tampoco es que lleven toda la vida, creo que unos cuatro años. Me han acogido como a una sobrina y no me dejan que sienta añoranza por mi familia; son fabulosos, lo prometo.

Suena el timbre de la puerta. Ya más calentita voy a abrir. Es Alejandra que trae un paquete en las manos.

—Hola, mi niña, hay que ver el frío que hace...

—Me alegra que tú también lo pienses porque mis compañeros de la comisaria dicen que soy una exagerada —me hago a un lado para dejarla acceder al calor de mi hogar.

—Estos abulenses que no reconocen que están pelados aunque tiriten como perrillos mojados, te lo dice una que está con un abulense de cepa y ese no admite que tiene frío ni a diez grados bajo cero en manga corta, creo que va en sus genes, hacerse el fuerte térmicamente —me guiña un ojo.

—Pues ahora que lo dices yo a veces pienso que llevan camisetas

térmicas a pares para disimular y no llevar abrigo, los muy chulitos.

—Puedes tener razón —se rasca la barbilla—, estaré más atenta cuando se vista Rodrigo.

—Claro, te centras en su culo y pierdes el sentido.

Reímos.

Alejandra y Rodrigo son una pareja de unos treinta y bastantes años. Él es bastante atractivo y digo bastante porque me niego a fijarme más y ella es un bellezón. Estoy segura de que si ella, una mujer con una melena pelirroja y ojos turquesas y con un cuerpo escultural, y él, un morenazo de ojos grandes y rasgados oscuros que te atraviesan si repara en ti, serían *influencers* si se lo propusiesen. Él normalmente anda entre papeles, *tablets*, móvil y ordenadores, pero cuando descansa y lo ves levantar la cabeza es más que guapo. Lo dejo ahí que no quiero líos y son mis amigos. En estos meses, hemos forjado una bonita amistad.

—Te han dejado este paquete esta mañana.

—¡Aysss! Muchas gracias por cogérmelo, debe de ser el regalito que le he comprado a mi Clara.

—¿Es su cumple?

—No, pero va a pasar este fin de semana en Arenas con su padre y he aprovechado para comprarle un juego de piezas y alimentos de huerto para que se familiarice con la vida rural.

—La tienes mimadísima. Enséñame una foto.

Al instante saco mi móvil, descubro que tengo varias llamadas de mi amigo Brais, que decido ignorar, y busco la galería para abrir las últimas imágenes que me envió mi hermana Luna de su pequeña Clara. Reconozco que se me cae la baba con mi sobrina y a todo el que la conoce también, es divina, clavada a su padre, el que antes dije que alteraría las hormonas de cualquier bicho viviente, pues igual que él, pero en diminuta muñequita. Pasamos un rato admirándola hasta que Alejandra cambia el tema.

—Entonces ¿te vas el fin de semana?

—Sí, haré noche el viernes y el sábado. ¿Por?

—Porque vamos a dar una cena y estabas invitada. Vienen muchos amigos solteros de Rodrigo y quería que los conocieras.

—¡Upsss! No tengo yo el jardín para hormigas...

Mi casera ríe con mi comentario y yo decido explicarme un poco mejor.

—No me apetece conocer a nadie, Alejandra, es que ni una pizca...

—No te puedes aislar tanto, mi niña... Eres preciosa por dentro y por fuera y tienes que disfrutar de los placeres de la vida.

—Ya los he disfrutado antes y ahora lo hago con mi trabajo. Te prometo que estoy bien, Alejandra, es solo que no quiero, no me atrae el sexo ahora mismo y mucho menos una relación.

Alejandra me escucha estudiando mi lenguaje no verbal buscando en mis ojos. Me sonrío con tristeza dejando claro que mis explicaciones no le convencen, pero que, de momento, lo va a dejar pasar.

—Lo que tú digas... ¿Vas a dormir en casa del cuñado de tu hermana?

—Pues no quería, pero Edu se ha empeñado y me viene bien no gastar más dinero en hoteles. A ver qué tal.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, tampoco nos conocemos mucho. Yo sé lo que sé de él por mi hermana y las veces que estamos todos juntos no solemos conversar.

—¿Y eso? ¿Es tan guapo que te impone?

—Guapo es un rato, y complicado también, y yo prefiero jugar con mi sobrina que perder el tiempo con el ex de mi hermana.

Distingo una sonrisa pícaro que intenta disimular y yo gesticulo que no con la cabeza.

—No, no, si yo no digo nada.

—Sí, sí lo dices y antes como grillos fritos que liarme con ese dandi de pacotilla. Que a mi hermana se la pegase, vale, pero yo tengo otro nivel... he dado con muchos como él.

—Verás tú que vuelves como nueva. Voy a ir buscando la receta de los grillos porque me ha venido un pálpito...

Le doy un pequeño empujón de broma y las dos volvemos a reírnos a carcajadas. Cuando se nos pasa me invita a cenar a su casa y acepto porque no hay nada que me guste más de aquí que compartir la mesa y la conversación con esta pareja.

Capítulo 2

El peligro

Estrella

Cuelgo a mi hermana en el Bluetooth del coche. Me había entrado sueño conduciendo y la he llamado para despertar. Cuando éramos pequeñas no teníamos tanta conexión, aunque últimamente Luna es una de las personas más importantes de mi vida. A ver, es mi hermana, pero me refiero a que si me pasa algo, cualquier cosa, a la que llamo es a ella y sé que es común. Creo que nuestro acercamiento se debe a que hemos limado nuestras diferencias personales. Me explico, si dibujases una raya y en cada uno de sus extremos reinara el control y el descontrol, Luna y yo nos situábamos cada una en una punta, pero ahora, ambas, nos hemos alejado de esos extremos que tan mal nos venían y al acercarnos al centro ha crecido nuestra conexión. Nos venimos bien, yo siempre le voy a dar un punto de vista más loco, y ella a mí uno más formal.

Me ha estado contando que se va con Eneko tres días a Cerdeña, que vio la oferta y no se pudo resistir, aprovechando que Edu se quedaba con Clara ha preparado la maleta y esta tarde sorprende a su chico. Me encantan. Eneko y Luna son tal para cual. Él la adora y pisa el suelo por el que pasa y ella, ella está enamorada de él desde que lo conoció. No llevan mucho tiempo y todavía son un poco empalagosos, pero a mí me alegra el corazón verla tan feliz. Ojalá yo... no, yo no.

Pues aquí estoy. Acabo de llegar a la casa de Edu, el papá de mi sobrina. Ya sé, todo suena confuso, pero yo, explicaciones las justas; basta con saber que mi hermana tiene un hijo con él y ahora está casada con su hermano, al que quiera saber más que se compre un libro. ¡Vaya!, por lo que veo desde fuera no apunta nada mal. Él ha adquirido un terreno aquí, en Arenas de San Pedro, con la intención de construirse una casa. De momento se conforma con la antigua y yo me la esperaba peor, lo que veo desde la valla es una

construcción básica de piedra de una planta pero bastante grande con un seductor porche, que estoy segura de que por la noche es el rey de la casa.

Cojo aire. Pito. No sale nadie. Reconozco que estoy un poco nerviosa y mira que yo soy bastante resuelta, pero no sé cómo se nos va a dar la cosa, como le dije a mi vecina Alejandra, Edu y yo no hemos mantenido muchas conversaciones y aunque me cae bien, es un tío al que le persiguen los problemas y yo ya paso de este tipo de hombres. Yo siempre fui muy de Dylan, pero ahora elegiría a Brandon sí o sí (mi hermana, que me obligó a ver *Sensación de vivir* y me enganché). Cada vez que me acuerdo de que Luke Perry ha muerto se me encoge el corazón, ese hombre alteró las hormonas de medio mundo adolescente y se ha ido sin avisar, sin homenaje en vida. ¡Aysss, qué pena, penita, pena!

Vuelvo a pitar. Nada... No lo entiendo, lo avisé de la hora a la que iba a llegar y estoy puntual como un reloj suizo. Salgo del coche para abrir la puerta, igual no me oyen.

—¡Ahhhhhhhhhh! —me gritan una niña y un adulto para darme un susto. Los veo emerger de la cerca de piedra que sostiene la puerta de entrada a la finca y me llevo una mano al corazón porque han logrado su objetivo.

—Tita, *suto* —me señala Clara con un dedito. Yo voy corriendo hacia ella para robársela a su padre de los brazos y comerme a esta bribona a besos.

—Os mato a los dos —les reprocho una vez que tengo a mi sobrina cogida y le he dado como cien besos seguidos. Clara es puro amor y se deja hacer.

—Ha sido idea de la pioja, yo no he tenido nada que ver —dice Edu y reparo en él. ¡Ay que joderse que bueno está este hombre! Es la tentación echa carne y músculos prietos encabezados por un masculino rostro y unos ojos azules que cualquiera quisiera. Seguro que sale en el *ranking* de los diez tíos más atractivos del mundo... No, no exagero, podría hasta bajar a cinco... Controla, Estrella, céntrate. Obligo a mi mente a que se recomponga, sonrío formal con el cuello todo lo estirado que puedo y digo:

—¡Hola Eduardo!

Mi interlocutor pone un gesto extraño mirándome fijamente que, manda narices, le hace ver aún más guapo (acaba de entrar en el *top* de los tres tíos más potentes), después sonrío abiertamente, alarga una de sus manos para

tomarnos a Clara y a mí y abre la puerta mientras dice:

—Anda, pasa, señorita estirada.

—¿Eh? ¿Perdona? —le pido explicaciones, mientras accedo con Clara cogida.

—Bienvenida a mi hogar.

—Bienhallada —vocalizo despacio soltándome de su brazo.

Edu resopla divertido.

—Te recordaba más natural.

—Eso es que me has visto poco porque soy tal cual.

—No sé yo... Ven, te llevo a tu habitación y ahora sacas las cosas, ¿vale?

—De nuevo uno de sus brazos toma el mío para conducirme y no sé por qué un gesto tan tonto me molesta. Decido obviarlo para tener la fiesta en paz.

—Genial —le sonrío yo ahora y tras uno, máximo dos segundos mirándolo a los ojos, cambio de rostro involuntariamente y vuelvo a besar a mi sobrina con ímpetu—. Te como entera, cara guapa —le digo.

Clara se ríe porque le hago cosquillitas y Edu se espera a que yo cese mi ataque de amor a mi sobrina para continuar.

—Tenía muchas ganas de verla, perdona —me explico.

—No te preocupes, si alguien te puede entender soy yo —suspira.

Me hace sonreír su sinceridad.

—¿Qué tal lo llevas?

Edu vuelve a posar sus ojos en mí y yo descifro que no sabe si hablar o callar.

—Cada vez peor, pero es lo que hay. De todas formas, pienso que así valoro mejor los días que pasamos juntos.

Su declaración me hace recaer en algo que antes no había pensado.

—Lamento que esta vez tengas que compartirla... lo debería haber pensado mejor.

—No, no he querido decir eso... Estoy encantado de que hayas venido, Estrella, Clara te adora, lleva toda la tarde preguntando por ti. Y por mucho que la quiera, esta niña te agota, estará genial compartir la guerra.

Ríe.

—Te has vuelto a dejar barba —ignoro por qué he dicho eso, me ha salido sin pensar.

—Sí... —Lleva una de sus manos al mentón para acariciarla—. Siempre que paso tiempo aquí me apetece dejármela.

—¿Rollo ermitaño?

—Puede ser —sonríe—, ¿me queda bien?

Su pregunta me pilla desprevenida ¿ahora qué le digo yo?, ¿que hasta vestido de churrero con grasa brillante en la coronilla sería más comestible que cualquier porra?

—A ti te queda todo bien y lo sabes —resuelvo ser sincera.

—Papi, guapo, guapo —dice Clara, y los dos nos quedamos asombrados de que parezca que ha entendido nuestra conversación. No nos queda otra que reír a carcajadas.

—¿Y la tita no es guapa? —le pregunto a mi sobrina.

Ella se piensa la respuesta mirando a su padre y escucho:

—La tita es un bombón y lo sabe.

—Tita, *bo-bón* —repite como un loro Clara, y yo no puedo hacer más que esconder mi rubor en su cuello.

—Venga, llévame a mis aposentos.

—Como quiera, bella dama.



Me siento con mi copa de vino mirando al fuego. Al final, la casita de Edu me ha sorprendido para bien. Por dentro, es muy acogedora, todo muebles sencillos de Ikea, tipo industrial y blancos y está dividida en un espacio de unos treinta metros que comparten el salón y la cocina, y dos habitaciones con un baño. En una esquina del salón se encuentra esta preciosa chimenea de leña en la que ahora me hallo.

Estoy agotada. Hemos estado jugando toda la tarde en el huerto hasta que se ha ido el sol y después entre el baño, carreras por la casa, cena y cinco cuentos cada uno para conseguir tumbarla, me han dejado seca, pero me lo he pasado tan bien que se me ha quedado tatuada la sonrisa. Hacía tiempo que no me olvidaba del resto del mundo. Antes me pasaba con el sexo, como ahora no lo practico pues mi cabeza bulle a todas horas. Doy otro trago a mi copa, ¿por qué me ha cambiado tanto la vida?

Mientras cenamos hablamos de muchas cosas. Prácticamente nos

ponemos al día de nuestras vidas, familia, trabajo, *hobbies*. Las conversaciones se nos agolpan y saltamos de una a otra con total naturalidad.

Después recogemos juntos la cocina hablando de cómo está el panorama nacional y nos dirigimos a la chimenea.

—¿Sabes una cosa? —me dice Edu, sentándose a mi lado y trayendo una manta para cubrirme—. Este fuego es curativo. Se lleva los malos pensamientos.

—¿Por qué crees que los tengo? —salto a la defensiva.

Edu vuelve a dibujar ese gesto mitad extrañado, mitad sorprendido que le reconocí en la entrada de la casa y responde:

—¿Quién no los tiene?

Resoplo.

Nos callamos unos minutos que no son incómodos, por lo menos para mí, es verdad que las llamas de esta chimenea saltan de una forma mágica y hacen que no puedas dejar de mirarlas, como esas lonas que mueve el viento y hacen formas ondulantes.

—Estrella, ¿puedo serte sincero?

Me giro para atenderlo curiosa y le digo que sí con mi cabeza y mi sonrisa expectante. ¿Alguien habrá dicho que no alguna vez a este hombre frente a una chimenea queriendo ser sincero?

—Es absurdo que disimulemos, tú sabes de mí y yo de ti. Tu hermana es mi mejor amiga y me lo cuenta todo y sé que a ti también. Por cómo me habla Luna de ti siempre he pensado que tú y yo nos parecemos, podemos charlar de lo que quieras, como te digo este rincón de la casa es mágico, lo que aquí sucede, aquí se queda.

—¿El fuego se lo lleva? —bromeo desde la incredulidad.

—Creo que sí —acepta y sus labios se plisan para mí y mi recelo—, por lo menos a mí me funciona.

Atiendo al fuego y luego a él, inmediatamente visualizo una escena. La pronuncio en alto:

—A ti sí, ¿pero al ejército de mujeres que pasan por aquí también? —disparo a bocajarro.

Edu eleva las cejas y sus ojos se hacen aún más grandes, adivino interés. No hay nada como hablarle a este tipo de tíos desde la verdad para

desarmarlos de galanterías.

—Eres la segunda mujer que se sienta conmigo aquí —dice tan firme que hasta me lo creo, pero ¿la segunda? ¿Cómo no he caído?

—Ahhh, perdón, tienes novia.

Edu sonríe y sin perder el gesto se acerca para avivar el fuego. Yo ignoro qué es lo que le ha hecho tanta gracia, se lo pregunto.

—¿He contado un chiste?

—Me refería a Clara. Solo habéis visto mi fuego mágico Clara y tú.

—¡Ahhh! —sonríe por fuera y por dentro, sin querer—. ¡Qué tonta! ¿En serio? ¿No es este tu picadero? ¡Venga, va! —Lo empujo con mi hombro, lo que provoca que irremediamente nuestros cuerpos se acerquen un poco y cuando él gira su cabeza para responderme casi pueda perderme en su aroma a leña y tierra mojada.

—Hace tiempo que dejé de ser picador. —Me saca la lengua y yo me derrito ante ese gesto tan infantil en un macho tan remacho con esa barba y esos ojazos.

—¿De verdad? —le pregunto, como una fan atontada.

—¿Por qué te iba a mentir?

—Porque como bien me has dicho antes, mi hermana me lo cuenta todo y hace referencia a tus múltiples conquistas por estos lares.

Edu resopla sin dejar de mirarme.

—Que no significa que sean verdad.

—¿Mientes a mi hermana? ¿Por qué?

—Para que no se preocupen. Ellos creen que yo he vuelto a mi vida original y así están tranquilos.

¡Ostras! Me acabo de quedar impactada. Además sé, que no me está mintiendo. No sé muy bien cómo abordar el tema, es que es peliagudo cuándo menos, pero me puede la curiosidad.

—¿Sigues enamorado... de ella? —Casi reculo al final.

Edu coge la botella de vino y rellena nuestras copas vacías, después mirando al fuego y no a mí, responde:

—No, no estoy enamorado de ella, pero sí de lo que sentía y paso de malgastar mi tiempo. No sé si me explico... desde el principio supe que ella iba a acabar con Eneko, aquí nadie mintió a nadie. Yo añoro sentir tal

confianza con quien me acuesto. Ya pasé esa etapa, ahora si aparece bien, si no seguiré solo.

—Lo vuestro fue muy *heavy* y tú has salido perdiendo.

—No, no te equivoques, yo no he perdido, soy feliz por saberlos juntos, yo aprendí muchas cosas y me conocí a mí mismo más que en toda mi vida. Amé a tu hermana, no te lo niego, pero siempre hubo algo entre nosotros que lo empequeñecía todo.

—¿Eneko?

—Sí, mi hermano. Compartir ese tiempo con ellos me ha servido para saber que quiero algo igual.

—¿Algo como qué?

Edu da un trago a su copa y yo me abstraigo en su boca, su garganta... ¡Qué suerte ha tenido esa uva de poder adentrarse en la encarnación del *David* de Miguel Ángel con ojos turquesa!

—Pasión desmedida, risas, sinceridad. Importar, que te importe solo que esa persona sea feliz. Facilidad, como si todo encajara.

—¡Uffff! ¿Y mientras no te conformas con el sexo libre y sin ataduras?

—No me apetece, Estrella. Hoy por hoy no me apetece, igual estoy tocado, pero es lo que siento. Te prometo que soy más feliz que antes, vivo en la serenidad plena. Antes era un adicto a los planes, a salir, a entrar, a esta, a la otra, y ha llegado un momento en mi vida que he parado.

—Estás como en un mirador, ¿no?, observando qué quieres.

—Eso es, algo así. —Sonríe—. ¿Y tú?

—¿Me toca sincerarme?

—Si te apetece sí. —Vuelve a elevar sus labios para mí y sus ojos se hacen más pequeñitos aunque más brillantes.

No sé por qué respondo y me oigo decir en alto algo que no he pronunciado jamás:

—No puedo ni pensar en acostarme con alguien... me da hasta asco.

—Joder...

—Y si alguna vez se me pasa creo que me va a dar miedo que en plena faena recuerde aquello. —Dejo de hablar. Ya he contado demasiado.

—Cómo me jode, Estrella...

—Ya, pero por favor, no me compadezcas... estoy harta de las miradas

de pena, de que me vean como a una muñeca rota. Eso no ayuda, ¿sabes? —le revelo desde mi hastiado interior.

—¿Acaso yo te miro así? —me pregunta serio.

—No, tú, no. —Es verdad, en los ojos de Edu siempre leo diversión, broma—. Por eso te aviso, no solo es el suceso, es lo que provoca en la gente, en tus conocidos, tú deseas volver a la normalidad, pero sus miradas de compasión lo impiden porque te lo recuerdan. Que la gente se dé codazos cuando paso no ayuda en nada.

—La gente se dejará de dar codazos en cuánto haya otra novedad, pero ¡joder, Estrella!, es imposible no sentir rabia, lástima o como lo quieras llamar, aunque si de algo te sirve yo te digo que cuando te miro no veo en ti a alguien a quien compadecer, te lo prometo.

—¿A quién ves?

—A alguien a quien admirar. —Edu se acerca, besa insospechadamente mi frente y tomas mis hombros para que apoye mi cabeza en los suyos—. Se te ve cansada, mira al fuego y olvídale todo, valiente. Duérmete... a partir de hoy te voy a llamar brava. —Edu habla despacio y como cosa de magia, a pesar de estar tan cerca, siento como mis párpados pesan y se van cerrando los ojos—. Eres un toro bravo, te han intentado domesticar, pero tú eres libre. Vas a salir de la oscuridad, tú sí, Estrella, tú, sí.

Y esta es la última frase que oigo antes de dormirme.

Capítulo 3

Bitter Sweet Symphony

Estrella

Clara se ha empeñado en que su papi y su tita se den la mano mientras le cuentan el cuento entre los dos. Y yo, después del día tan fabuloso que hemos pasado, estoy tan a gusto y sin darle ninguna importancia al hecho de que uno de los *top ten* mundiales me esté acariciando como si nada. Ninguna importancia...

Nos fuimos de marcha por la senda de los pescadores y casi nos llevó todo el día. Edu se colgó a Clara de la espalda en una mochila y partimos con comida, agua y pañales, para aguantar una semana, al bosque. Lo he pasado tan bien que estoy extrañada. Siempre me creí alguien cosmopolita, totalmente de ciudad y hoy he descubierto que no. Caminar rodeada de pinos, al lado del río, considerando a cada paso dónde poner el pie me ha despejado la mente más que un chicle de menta de esos que pican y te abren hasta el entendimiento. Voy a repetir.

Edu es tan juguetón que no me extraña que Clara lo adore. Se ha pasado el día cantando canciones con ella, bromeando, dándole chuches y complaciéndola. Y a mí. Me obligaba a beber agua, a comer en cada parada, a descansar cuando me veía sofocada y a pararme para que disfrutara del paisaje. Es un guía maravilloso. Por eso le está yendo tan bien su negocio de multiaventura, sabe mucho de la montaña, conoce cada árbol, los pájaros, las setas, las piedras... ¡Dios, qué subidón tengo! Es que me lo he pasado tan bien...

Al fin, Clara se duerme. Edu y yo nos miramos y él se muerde el labio y resopla.

—Estoy roto, esta niña es incansable —susurra—. Vamos, salgamos, no vaya a ser que se despierte.

Obedezco y camino sin soltar su mano como si fuera natural, pero

reconozco que una vez dormida la niña ya me empieza a picar la palma y eso es signo inequívoco de que en breve voy a sudar y no quiero que me recuerde así (¿hay algo más desagradable que chocar una mano sudada? ¡Arjjjj!). Cuando la luz del salón nos ilumina le suelto y le miro para decirle:

—Necesito un baño con urgencia. Si quieres me ducho yo primero y luego preparo algo de cena.

—¿Sabes cocinar?

—Para sobrevivir, sí —bromeo.

—Seguro que me vale. Yo voy arreglando el fuego. —Edu da un paso hacia mí y me abraza fuerte. Me quedo tan pasmada que dejo de respirar (lo que no impide que no vuelva a reparar en su aroma a tierra mojada y madera) —. Espero que te lo hayas pasado la mitad de bien que yo —dice a mi oído y yo me escalofrió entera.

—Quieto león... Mejor me voy a la ducha. —Me suelto de su inquietante abrazo y camino trastabillada a mi habitación. Edu se ríe por mi espontaneo bloqueo.



Parece que el agua me ha desentumecido mis agotados músculos y ha despejado mi mente. Si yo no fuera Estrella y él Edu, aquí habría tema, pero como sí lo somos pues creo que en este fin de semana va a nacer una bonita y duradera amistad. Tiene razón, nos parecemos.

Suena mi teléfono móvil. Llevo todo el fin de semana sin hacerle caso. Es Brais. Descuelgo.

—¡Hombre! ¡Si pensaba que habías desaparecido! ¡Qué alegría saber de ti!

—¡Hola, tonto! Te dije que me venía a un pueblo y que no iba a estar pendiente del teléfono.

—Ya lo veo y lo estás cumpliendo a pies juntillas. ¿Qué tal por ahí? —distingo retintín.

—Bien. Muy bien, esto es un paraíso para desconectar. Me está encantando y mi sobrina está enorme y preciosa.

—¡Ufff! Suena bien, a la próxima me apunto, necesito relax mental.

—No sé si te gustaría, es demasiado rural. —Los dos siempre

presumíamos de que éramos ratas de ciudad y no veo yo a Brais con botas de montaña.

—Todo lo que sea a tu lado me gusta seguro, nena.

—No me llames nena —espeto.

—¿Por qué?

—Porque no soy tu nena.

—Antes te gustaba.

—No, antes no le daba importancia, ahora sí, y te he dicho más de cien veces que no me llames así, no sé por qué te empeñas —me enfado. Últimamente Brais me saca de mis casillas y mira que le quiero.

—Vale, vale, lo intentaré, es que me sale solo, ya lo sabes... ¿Cuándo vas a venir a Madrid? ¿Voy a tener que volver yo a la ciudad amurallada para vernos?

—No sé... estoy muy liada. Te prometo que en cuanto pueda me escapo.

—Tengo cosas que contarte.

—Cuéntamelas.

—Preferiría cara a cara.

—Esto es boca a boca, ¿no te sirve? Cuenta.

—Estoy saliendo con alguien.

Me callo. No sé si creerlo. Desde mi violación, Brais se ha empeñado en que deberíamos estar juntos, que yo soy la mujer de su vida. Ha intentado de todo, pero yo no lo veo con esos ojos, antes no lo hacía y ahora tampoco. Ha habido momentos un tanto agobiantes y alguna que otra pelea porque me sentía más presionada que los botones de la chaqueta de Paquita Salas. Lleva como dos meses sin plantearme el tema y ahora esto... ojalá fuera verdad, pero me suena a estratagema.

—¿En serio? Me alegro mucho —me esfuerzo en sonar sincera.

—Estoy contento... quería contártelo. No es nada serio, de momento y si tú...

—Yo nada, Brais —lo interrumpo.

Se hace el silencio.

—Bueno, pues eso, que estoy con alguien y me va bien.

—Ya me la presentarás —resuelvo.

—Sí, cuando vengas. Es psicóloga, le he hablado de lo tuyo.

Un fuego nace desde la boca de mi estómago y se eleva hasta mi garganta:

—¿Y a son de qué le has hablado de lo mío?

—Porque te puede ayudar.

—¿Acaso he pedido yo ayuda? —grito.

—No te pongas así, lo he hecho por ti.

Un vendaval de emociones se me dispara y cuando estoy así no hay quien me detenga:

—¡Para, Brais, para! Deja de organizarme la vida —respiro.

—Tranquila...

—Estoy tranquila.

—No, no lo estás.

—Es porque tú me has tocado las pelotas. Cuando yo te pida ayuda si quieres me la das, cuando te pida que le cuentes a alguien mi vida, se la cuentas. Deja de tratarme como a una enferma porque no lo estoy. Tengo voz y la utilizo y si quiero que alguien me escuche ya hablo yo, no hace falta que lo hagas tú por mí.

—Solo lo hice porque es psicóloga.

—¿No entiendes que ya no me apetece conocerla?

—¿Por qué? Ella no tiene la culpa y además está acostumbrada a tratar con pacientes con tu problema.

—Yo no soy su paciente. Vete a la mierda. —Cuelgo y apago el teléfono llorando de rabia.

Al minuto, advierto como alguien abre mi mano y deja una copa para que la agarre. Levanto la cabeza. Edu me mira serio.

—Te sentará bien. Voy a ducharme.

No le contesto, pero observo cómo se da la vuelta y camina hacia la puerta, justo antes de cruzar el marco se gira.

—Sea quien sea el del teléfono, no te hace ningún bien —dice antes de marchar.



Nos hallamos de nuevo frente al fuego. Igual que ayer, pero los dos con el pelo mojado, y más próximos. Nuestros cuerpos ya se reconocen y pueden regalarse algo de cercanía natural. Apenas hemos hablado. Edu no ha dejado

de sonreírme y soltar onomatopeyas mientras degustaba mi cena a lo crítico de programa culinario. Mi menú se ha basado en embutido, una lata de mejillones, otra de pimientos, pan y paté, bastante simplón, lo reconozco. Un Edu muy cómico ha actuado como si fueran verdaderos manjares. Me ha hecho reír y falta me hacía después de la bronca con Brais.

Huele fantástico. Se ha echado perfume y cada vez que su aroma entra en mí cierro los ojos porque su olor me evoca al mar, a un día de verano y, porque no decirlo, a sexo. Es que es un aroma supervaronil, debe de ser algún incentivador de las feromonas.

—Hueles muy bien —deshago el silencio.

—Es curioso, yo te iba a decir lo mismo.

—Serás copiota. —Lo empujo en broma.

Edu ríe.

—¿Quieres algo original?

—Sí, por favor —teatralizo.

—Me está encantando conocer a la tía de mi hija.

Lo miro y sonrío. Él habla al fuego.

—¿Quieres tú algo inaudito?

—¿Inaudito? Por supuesto. —Ahora sí se gira y clava su mirada azul en la mía. ¿Podré hablar?

—A mí me está flipando el papá de mi sobrina, sobre todo por su choza.

Reímos.

—¿Brindamos? —le pregunto.

—Por supuesto. Voy a por más vino. —Edu se levanta al mueble bar y yo me pierdo en observarlo. Es alto, fibroso, su pelo está cortado degradado, muy largo por arriba y esa barba le sienta de escándalo. Pero así, de espaldas, lo de su trasero es de nota... ¿Te das cuenta Estrella que es la primera vez que te percatas del atractivo de un tío desde aquello?

Edu se da la vuelta y me pilla babeando. Camina con el ceño fruncido hasta mi lado. Llena las copas, se sienta, las levanta y dice:

—Para que siempre que me mires el culo te ruborices.

Los ojos se me salen de las órbitas porque tengo ante mí al tío más descarado del planeta, pero me hace estallar de la risa. Edu coge mi copa para que no se me caiga y ponga perdido todo. Cuando me calmo, le quito el vino

de las manos y levanto el cristal:

—Porque tienes un culo precioso y espero no hartarme nunca de verlo.

—¡Esa es mi brava! —chocamos las copas sonrientes.

Minuto a minuto y trago a trago advierto como la comodidad se apodera de mí. Me siento tan bien que debería embotellar este momento para cuando vengan tempestades. En mi interior, resuena alguna canción tranquila, alguna baladita italiana (excepto la de *Jardín prohibido* que esa me pone una mala leche que para qué). Me encanta la música, antes oía a todas horas, cuando me pasó aquello dejé de poner la radio, todo sonaba o muy triste o muy feliz y yo no necesitaba ni una cosa ni la otra, definitivamente no quería sentir. En los últimos meses, parece que mi sentido acústico desea de nuevo que le den marcha y dejarse del ostracismo al que le tenía sometido. Vi *Operación triunfo*, quizás fue eso...

—¿Qué piensas? —me pregunta mi anfitrión.

—En que quiero volver a escuchar música, antes estaba a todas horas enganchada, pero desde la violación no me apetece.

—¿En serio? ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? —Recoloca su espalda que debe de estar cansada de soportar mi cabeza, pero sigue mirando al fuego.

—La música me hacía sentir, me hacía feliz... y yo no quería serlo.

—¡Ahhhh! —Se toma un tiempo—. ¿Y ahora? ¿Ahora quieres ser feliz?

—No lo sé, pero por lo menos no me aterra sentir.

Advierto como asciende una mano a mi cabeza y me acaricia la sien bajando y subiendo por la mandíbula.

—Te dije que este fuego es mágico, ya verás como de aquí sales reforzada.

Y sin poder evitarlo le pregunto:

—¿Puedo contártelo?

—¿El qué?

—Lo que me pasó... —contesto con timidez.

Edu se gira y voltea mi cabeza para que nos miremos frente a frente. Mi boca del estómago da un pequeño brinco porque sus ojos a la luz de fuego son más oscuros pero más profundos, ¿o es por la forma en que me está mirando?

—Cuenta lo que quieras, aquí solo estamos los dos.

—Ayer te sinceraste tú... —Lo señalo posando un dedo en su duro pecho —. Hoy necesito hacerlo yo.

—Si lo necesitas, habla... —Se acerca para besar mi frente y yo alucino con este tío que es de los más majos, dulces y sabios que me he cruzado en mi caminar.

—Fui yo al despacho, quería que lo ayudara con una cosa del ordenador. Me gustaba. No mucho, un poco quizás, me resultaba atractivo, ¿sabes lo gracioso?, yo me hubiera acostado con él, antes no lo pensaba mucho... Era el profesor más accesible, tiene una voz súper ronca de esas que excitan con solo oírlo, varias compañeras y yo bromeábamos con el polvo que le echaríamos... ahora vomito de solo pensarlo. Es horrible, ¿cómo pude ser tan idiota?

—Eso es injusto, Estrella, el idiota es él.

—Me invitó a una copa de vino. Acepté, brindamos mirándonos a los ojos. Volví a pensar que era un hombre muy atractivo... Me quitó la copa de las manos, la dejó en la mesa y vino hacia mí para besarme. Al principio bien, pero... noté algo raro, no me gustó, era demasiado rudo. Me alejé y le dije que no podía. —Trago saliva, siento un pinchazo en mi cabeza—. No he contado esto a nadie que no tenga que ver con el juicio y recordarlo es volver a vivirlo. Juro que es así, siento sus manos abofeteándome cuando le dije que parara y me duele la cara, o cuando me agarró y me empujó contra la mesa de su despacho llamándome zorra y me di un golpe en la boca del estómago que me impidió coger aire unos segundos, pues ahora me arde el estómago...

—No sigas si no quieres.

Lo ignoro y prosigo, debo hacerlo:

—Le grité que no, no me entraba ni una gota de aire pero lo suficiente para lograr chillar que me dejara. Entonces fue cuando me estrelló la cabeza contra la mesa y creí que me iba a desmallar del dolor. Nunca antes me habían pegado, ese daño era desconocido para mí. Luché, te lo prometo, Edu. —Siento como una lágrima salta sin avisar—. Luché con todas las fuerzas que me quedaban para soltarme, pero me era imposible. Él no dejaba de insultarme, su voz... esa que antes me había resultado *sexy* se transformó en la de la peor persona del mundo, fría, corrupta, sucia. Odio su voz.

Edu posa una mano en mi boca para que coja aire y seca las lágrimas que se han venido abajo sin control. Nos miramos y sin más me abrazo a él, fuerte.

Necesito calor humano, no es nada más que eso, y sé que Edu me entiende.

—Me arrancó la ropa interior —digo llorando.

—Schssss. —Me insta a callar, pero yo necesito hablar, ya no puedo parar, no.

—Ahí creí que me desgarraba, se introdujo dentro de mí y otra vez no pude respirar, se me doblaron las rodillas. Chillé, pero volvió a estrellar mi cabeza contra la mesa una y otra vez cada vez que salía y entraba.

—¡Joder, qué duro! —le oigo mascullar. Yo continúo hablando abrazada su pecho, ya sin lágrimas y viendo el fuego.

—Cuando creía que todo iba a acabar ese monstruo me introdujo un objeto en el ano.

—¡Mierda, Estrella!

—Me sentí más humillada todavía. Creo que lo hizo por eso, para someterme, para reírse de mí. Lo que sentí en ese momento es lo que no logro olvidar, lo que me despierta por las noches... asco de mí misma, de ser tan indefensa, tan frágil, tan pequeña...

—Tú no eres pequeña, tú eres brava —me susurra.

—Cuando acabó me tiró al suelo. Me arrastré para salir de ahí, pero vi como sus pies se acercaban de nuevo. Me hice una bola, en posición fetal, creí que iba a repetir. Me levantó. Tenía un pañuelo mojado, limpió la sangre de mi cara con sorna en su rostro. Solo me decía que me lo merecía por puta y que no servía ni para eso, que había sido el peor polvo de su vida. Me colocó la ropa, me colgó el bolso y me dijo que lo ocurrido se quedaba aquí dentro o me lo repetiría una y otra vez. Hui.

—Y lo denunciaste.

—Y lo denuncié.

—Ves como no eres pequeña, ves cómo eres brava. No consiguió su objetivo, no va a quedar indemne.

Me separo de Edu, ya estoy mejor. Vuelvo a ponerme frente al fuego.

—Ya veremos, no ha salido la sentencia.

—Tú ya has ganado, Estrella, ¿no lo ves? Diga lo que diga la justicia, tú has vencido, porque sigues viva, porque lo has denunciado, porque has sembrado la duda a su alrededor, porque aunque parezca que la gente lo apoya, todos tienen esa desconfianza en su cabeza, porque ahora es él el que

sentirá que todos lo miran y lo juzgan y sobre todo, tú has ganado porque lo superaste.

—No lo he superado...

—El momento quizás no, pero a él sí, porque él quiso callarte y tú chillaste a los cuatro vientos. Que se joda, solo puedo decir eso... y que si lo veo, si algún día lo tengo delante le parto la cara, te lo juro.

Sonríó. Ahora me siento bien. ¡He contado lo de me violación a Edu y no quiero esconder mi cabeza en un pozo! ¡Quiero bailar!

Me levanto y busco mi móvil. Sé que canción quiero, se me ha aparecido de las telarañas de mi memoria y necesito escucharla. Espero que haya cobertura... Busco de The Verve y sale en seguida su *Bitter Sweet Symphony*. Edu me mira alucinado, se cargan las primeras notas, dejo el móvil en la repisa de la chimenea, subo mis manos, cierro los ojos y me muevo, me balanceo, doy saltitos con mis pies, en definitiva, bailo.

Abro los ojos, Edu me mira desde el suelo, sonriente, guapísimo, le agarro las manos y lo levanto para que me acompañe. Frunce el ceño cuando estamos frente a frente.

—Bailo fatal.

—¿Crees que importa? —le respondo, sin dejar de contonearme al son de esta magnífica melodía.

Ríe.

—Estás loca... ya me lo habían avisado.

Capítulo 4

Podría ser

Estrella

Alejandra ha debido de entrar en casa a encender la calefacción. Se lo agradezco. Estos días parecía que el tiempo nos había dado una tregua, pero desde por la mañana ha empezado a llover y esta tarde me ha parecido ver algún que otro copo de nieve.

Hoy es viernes y me han invitado a cenar mis veciamigos. No tengo mejor plan. Mañana quizás venga Brais a pasar el día y reconozco que no sé si me apetece mucho. Apenas hemos vuelto a hablar desde la bronca del fin de semana pasado.

La semana ha sido un poco de locos, un montón de denuncias, un homicidio en un bar de copas, probablemente por ajuste de cuentas, varios robos con intimidación en la calle y lo de hoy... Lo de hoy es de nota. Una tipa que ha venido a denunciar a su *gigolo*. Tal cual. Me han encargado a mí el caso, el comisario debe de pensar que es pan comido y me lo han delegado a mí. El lunes empezaré, me han recomendado que esperase al fin de semana para volver a entrevistar a Reyes, la denunciante, para ver si todo concuerda.

Voy a la ducha, pero antes clico en mi *playlist* personal de Spotify. Salta en seguida el tema de Bebe y Antonio Orozco, *Podría ser*, me alegro de que mi duende internauta haya elegido esta, es preciosa. Es lenta y, sin embargo, me apetece ponerme las zapatillas y salir a correr... «Lo que no podría ser es una excusa y un pretexto». Me desnudo despacio mirándome al espejo mientras canto bajito. Soy bonita, tengo pocas curvas y mis pechos son algo pequeños, pero me gusta. Antes más; antes me encantaba, vivía sin complejos, quizás ahora soy más mayor, canto: «podría ser el terco que repite los momentos aun sabiendo que otra vez se va a caer y lo que no podría ser, es una excusa y un pretexto». Termina. Sonrío. Voy a hacer una cosa antes de meterme en la ducha. Busco la canción en YouTube y le envío un enlace a él, a mi

amigo Edu.



BUEN FIN DE SEMANA. BAILA.

Me ducho tarareando el tema. Estoy feliz de volver a ponerle música a mi tiempo. Cierro los ojos cuando el agua caliente me resbala por la cabeza y se me aparece el momento de la despedida con mi nuevo amigo el fin de semana pasado. Aunque no quiera reconocerlo fue un poco agri dulce, pero ahora solo estamos el agua y yo, y no hay necesidad de mentir, ni ocultar nada.

«Eres brillante, Estrella, tu hermana Luna es pura luz, pero tú deslumbras». Me lo dijo después de dar unos toquitos a mi ventanilla para que la bajase, asomó la cabeza y me regaló este piropo que solo consiguió que volviese cabreada todo el viaje. ¿Por qué tuvo que mencionar a Luna? ¿Y por qué no? ¿Por qué me supo tan mal? ¿Nos compara? No logré descifrarlo y las veces que lo he pensado esta semana tampoco, por eso no le he escrito. Él tampoco a mí.

Me visto con unas medias tupidas y calentitas negras y escojo un vestido corto de lana negro con un estampado granate, tipo jersey largo que me compré hace poco y me encanta combinarlo con unas botas color tinto de ante altas. Me gusta la ropa ancha y corta, ir cómoda y a la vez *sexy* y aunque solo voy a cenar con mis vecinos me apetece arreglarme. Es viernes.

Suena mi móvil. Es un mensaje. Antes de abrirlo sé que es de él.

—Me ha encantado. Tienes buen gusto musical. Sigue buscándome canciones.

Le respondo sin pensarlo dos veces.

—Eso haré, a ver si aprendes a bailar.

—Todas las noches...

No lo entiendo.

—Qué??

Le escribo.

—Te he imaginado todas las noches aquí en mi chimenea.

—Bailaba?

—Sí.

—Y tú?

—No, yo te miraba.

—Estaría vestida?

—Ja, ja, ja... Admito que a veces no, pero no lo diré ante un juez.

—Pervertido.

—Qué quieres? Eres la única adulta que ha estado en mi chimenea.

—Eso vas a tener que corregirlo, no has nacido tú para ser célibe.

Su respuesta me deja sin habla:

—Ni tú...

No sé qué contestar, veo que él está escribiendo.

—Perdona, aunque de verdad lo pienso, pero perdona si te ha molestado.

—No, está bien. Voy a ver si encuentro a mi príncipe azul esta noche.

—Sales?

—Planazo, cena con mis vecinos, pero seguro que me traen a algún cirujano, están empeñados en emparejarme.

—No me gustan los cirujanos, cortan cosas.

Me hace reír y clico varias veces en el emoticono sonriente.

—¿Y quién te gusta a ti?

Le pregunto.

Espero a que escriba, se lo está pensando, yo creo que me va a poner una lista enorme, deben de gustarle todas. Por fin tengo una respuesta:

—Las bailarinas. Pásalo bien.

Pasmada, me quedo pasmada mirando el móvil... ¿está queriendo ligar conmigo el ex de mi hermana? Y lo más preocupante, ¿y yo con él?... Venga, voy a decir algo que hace mucho tiempo no pensaba:

—¡Pelillos a la mar!



Recojo los platos con Rodrigo, yo los lavo y él los mete en el lavavajillas. Me encanta este hombre. Me consta que tienen dinero a espaldas y que es un tío con éxito en su profesión, pero si se tiene que agachar a meter platos en el lavavajillas, porque hoy no está la asistente, pues lo hace sin más

remilgos. Otro forrado se iba a poner a lavar platos, ¡ja!

—Te veo mejor, Estrella, y Alejandra también, lo hemos estado comentando.

—Gracias, la verdad es que sí, estoy contenta.

—Se te ve.

—Gracias por ayudarme tanto...

—Cuando mi sobrina Mónica nos pidió que te alquilásemos la casa de invitados no sabíamos que ibas a entrar en nuestras vidas de la forma en la que lo has hecho. Te has convertido en una gran amiga, Estrella, y queremos verte feliz.

—Habéis sido muy buenos conmigo.

—Te lo mereces. Te mereces ser feliz, Estrella —me dice mirándome a los ojos con tanta verdad que me emociona.

—¿Sabes lo que pienso? Que tengo que dar gracias a la vida porque igual que me he topado con verdaderos monstruos también lo he hecho con muy buena gente como vosotros, Mónica... —Veo a Edu, aunque omito nombrarlo.

—Me vas a sacar los colores.

—No creo, tú estás acostumbrado a los halagos —bromeo—, y por cierto, tu amigo Alexis es muy majo, pero no es para mí.

—Es uno de los mejores enfermeros y es un tío divertido, pensé que te gustaría.

—Y lo ha hecho, de verdad, pero no... No me apetece.

—Perfecto. Tú haz lo que te apetezca, faltaría más. Sin embargo, no olvides que vas dejando a un montón de súbditos a tu paso. Eres una de las mujeres más guapas que he conocido.

—¡Anda ya!

—No seas tonta y no te niegues tu atractivo, Estrella. No puede haber hombre que se te resista... estoy más que seguro de que en este salón hoy han cenado las dos mujeres más bonitas de toda Ávila.

Me río.

—No, en serio, no quiero que me malinterpretes, aunque ya sé que me conoces. Eres preciosa y quiero que lo sepas, pero Alejandra... mi mujer es lo más bonito que me he cruzado en la vida.

—¡Esa es la única verdad que has dicho en todo este rato! ¡Porque mira

que es guapa la tía! ¡Con lo feo que eres tú! —bromeo y le salpico con mis dedos mojándole la cara.

No se enfada. Este hombre es un cacho de pan y aunque es un poco pesadito con el tema de emparejarme sé que lo hace por mi bien y no se lo puedo recriminar. El invitado de hoy es de los mejores que me han presentado. Es menos altivo que los cirujanos y es guapo hasta rabiar, pero no me gusta, ¿por qué lo sé? Porque se ha levantado, le he mirado el culo un segundo y no le he hecho más cuenta... no me he ruborizado y eso es un dato a apuntar.

Rodrigo y yo regresamos al salón. Han encendido la chimenea. Mis pies me llevan hipnotizados y miro el fuego. No es igual, nada es igual.

Capítulo 5

Fuego

Edu

Christian me ha llamado. Tengo una nueva misión. Salgo a la calle a tomar un poco el aire a ver si me llega la respuesta. El frío me sorprende, ya estamos en marzo y ni pizca de primavera, pero me viene de fábula el fresquito para aclarar ideas. No sé muy bien qué pensar. Por una parte, me apetece, así tendré la cabeza entretenida, pero por otra... Me gusta lo que hago aquí. La empresa multiaventura va tirando, ahora que se acerca el buen tiempo tengo programadas muchas excursiones para los fines de semana y lo deseo más que cualquier otra cosa.

En invierno, los *boletus* me salvaron la temporada, es otro tipo de turismo, pero me lo monté bien y casi todos los fines de semana organicé varios grupos tanto por la mañana como por la tarde. La verdad es que Conchi, una amiga de Luna que tiene aquí un comercio, y su marido, Juan Carlos, me han ayudado un montón. Los veo bastante, siempre compro allí y, aunque me sale más caro, los productos están infinitamente más tiernos.

Nunca creí que me complacería tanto la vida en un pueblo, pero ahora que llevo casi un año en Arenas creo que no lo cambio por nada. El reloj importa poco y las horas parece que tienen menos prisa. Hoy por hoy necesito esto, mañana, Dios dirá.

Otra de las cosas que me dan pena de la misión es que está un poco lejos de aquí, podría ir y venir... ya veré, es en Ávila, en el hospital, a poco más de una hora. Christian me ha ofrecido un piso gratis, que me pensaré para no andar tanto con el coche, y me ha prometido que algunos fines de semana estaré libre para poder seguir con mi empresa y ver a Clara.

He de reflexionar. Puedo decir que no, pero... esta vez no he de desaparecer, ni tiene que ver con nada de mi familia. Aunque sí que me surge una complicación, tengo que ser enfermero y yo, salvo tres cosas, no tengo ni

idea de nada.

Suena mi móvil. Miro:



Sonrío y doy al *play*. Es Juanes, *Fuego*. Pero... ¿es un poco calentita? ¿No? Sí, sí. ¿Y ahora qué le contesto?

—¿Va de bailar esta canción? Pensé que era otra cosa... debo de tener la mente sucia.

—Me recuerda a tu chimenea, no te me vengas arriba.

—Gracias por avisar, ya iba por el Everest.

Veo varias caritas sonrientes.

—¿Sabes algo inaudito? Tú también puedes enviarme canciones o escribirme si eso...

—¿«Si eso» o «sieso»?

Estrella vuelve a enviar al emoticono feliz.

—Me gustan tus canciones, dicen de tu estado de ánimo, yo no soy tan musical.

—¿Y qué eres tú?

—Creí que te lo había mostrado, pájaros, árboles, sendas, piedras...

—Un ermitaño, vamos.

—Un papá sexy y montañero que quizás tenga que dejar esto por un tiempo.

—¿Y eso?

—Nueva misión... no sé qué hacer.

Luna, digo, Estrella me llama.

—¿Qué está pasando por ahí? —Oigo su cantarina voz.

—Hola, brava.

La escucho reír.

—Pensé que se te había olvidado.

—No creo que lo olvide nunca... Me han mandado una nueva misión. Lo tengo que pensar.

—¿Es lejos?

—No, pero es mejor que no sepas nada. Nunca se sabe.

—¿Lo puedes rechazar?

—Sí, yo colaboro para el CNI, no tengo porque aceptar. Me apetece, pero me parece un poco difícil.

—Seguro que lo haces bien. Eres un todoterreno. ¿Cuánto tiempo tienes para pensarlo?

—Hasta mañana.

—¡Ohh! Pues vas a tener que decidirlo rápido... ¿Sabes qué? No me importaría estar allí, con una copa de vino, frente a la chimenea, buscándote una canción que te hiciese decidir.

—Ni a mí que lo estuvieras... no se tarda tanto desde Ávila, vente.

La oigo reír y por imitación sonrío yo.

—Otra vez será... tengo visitas. Está mi amigo Brais.

—Lástima, dile que se porte bien contigo y no te haga llorar.

—No, ya está todo bien entre nosotros. Brais mola mucho, deberías conocerlo, le da todo igual. Te tengo que dejar, vamos a salir. Si te apetece bailar hay el mismo recorrido.

—Yo solo bailo a la luz de la hoguera.

—¿Conmigo?

No le respondo de primeras, pienso en la respuesta:

—En mi pasado sí, en mi futuro puede que también.

— ¿Me reservas tu siguiente baile?

—Reservado, Luna, digo... Estrella, perdón.

Oigo un silencio incómodo.

—Cuento con ello.

—Pon fecha.

—La pondré cuando tú me llames y si puede ser por mi nombre. Un beso y a por todas, Edu, seguro que sí que puedes con esa misión.

Cuelga. Soy el tío más torpe de la tierra. La he llamado Luna y lo peor es

que me pasa a todas horas. No las confundo, o sí. Son las mujeres más distintas del planeta, Estrella es rubia con el pelo rizado, ojos azules, la otra morena con ojos marrones. Una es sal, la otra azúcar, y a pesar de que son tan distintas a veces las confundo... Es que puede que ellas sean opuestas, pero lo que me hacen sentir es muy, pero que muy parecido. Jodidamente similar... vaya por Dios, no había otra en todo el mundo.



No suelo dormir mal; una marmota y yo, primas hermanas, pero hoy... esta noche ha sido difícil. Quizás porque me puse a pensar y no estoy acostumbrado. Me explico: siempre he vivido al día, al momento, el manido *carpe diem* ha sido mi lema hasta hace unos meses en los que se me hace demasiado banal y además he visto con mis propios ojos a donde me ha llevado, a estar solo.

Es por eso que ahora pienso en los pasos que doy, no siempre, mi esencia es mi esencia, pero si los astros se juntan y mi desparpajo se duerme reflexiono antes de actuar y creo que me va mejor. Tengo una hija, en serio, lo más bonito de mi vida es ella y quiero vivirla y que me viva muchos años, por lo que se acabaron las locuras innecesarias. Pero no solo eso, yo ya no quiero ser feliz por mí, quiero serlo por ella, para que crezca viendo a su padre estabilizado, alegre y comprometido con ella. Somos su referencia, al igual que lo fueron mis padres, y me voy a esforzar en crecer como persona. Vale, acepto que me dejé llevar por la matraca que me pegó Luna conquie viera *This is us* y ahora quiero ser Jack Pearson cada vez que estoy con ella.

Por eso esta noche pensé en lo divino y en lo humano, en si aceptar o no el trabajo y en qué demonios me sucede con Estrella. A una conclusión sí que llegué. Voy a aceptar, me gustan los retos. Será complicado, pero nunca me ha frenado eso y sé que puedo ser útil. Y en lo que se refiere a Estrella... joder, es que es la tía más espectacular que me he cruzado, partir de la base de que me pone es evidente. Y he estado con muchas mujeres, pero ella tiene un rollo que no le he visto a ninguna otra. Cada vez que la miro me percató de lo guapa que es, de uno de sus rizos que le caen y le favorece, o de una motita oscura que tiene en sus preciosos ojos azules y que destaca, o en su cuello que es largo como el de un cisne. No solo eso, el fin de semana que pasamos aquí fue

alucinante. Ella y yo no habíamos hablado mucho, viene siendo porque yo me prohibía acercarme en demasía puesto que me conozco y no quería líos con la hermana de Luna. Cuando estoy delante de una mujer tan atractiva me convierto en un caníbal y no me puedo frenar, por eso me acercaba poco a ella y así talaba el posible problema de raíz. Insisto, está muy buena.

Pero no sé porque cedí y le dije que se viniera a pasar el fin de semana. Debió de ser mi subconsciente y de pronto mis avispados temores se han convertido en realidad. Pienso en ella a todas horas y no puede ser, o sí, pero no es lo propio. Ella está jodida, yo me lie con su hermana, tengo una hija con Luna... aunque fue alucinante. Cuando hablábamos, cuando me miraba, cuando caminábamos por la montaña, cuando bailamos, fue como si siempre hubiese estado ahí, como si fuese otra parte de mi cuerpo, como si nos conociésemos de siempre. Fluía. Fluía el buen rollo, las ganas de complacernos, de mirarnos, de hacerle saber al otro que estás cómodo. Y fluía algo más, Estrella y yo nos gustamos, no sé cuánto, pero nos gustamos.

¿Puede ser? ¿Puede haber algo entre ella y yo? ¿Debería preguntárselo a Luna? Por mucho que me atraiga Estrella yo no pienso perder a Luna, ella es mi mejor amiga y no voy a tirar eso a la basura. Estoy bastante seguro de que si le pregunto me va a decir que no. Y yo lo cumpliría porque la quiero bien, pero no sería fácil.

Y a todo esto, está Estrella que no creo que yo sea el que mejor le venga después de salir de su movida. Probablemente le haría daño, al final sí, y no, me niego, ella ya no puede sufrir más, tan mala persona no soy. He de contenerme o hablar con ella. Somos adultos. Joder, pero es que fluye algo entre ella y yo... muy muy especial.

Decido dejarme de paranoias. Esta tarde tengo un grupo de senderismo y prefiero hablar con Christian ya e informarle de que acepto el trabajo, quizás tener mi mente ocupada me distancie de mi más que posible escollo con las hermanas Luz.

Capítulo 6

Todo

Estrella

No ha habido manera de ponerme con el caso del *gigolo* hasta hoy, una semana después. El comisario se volvió loco la semana pasada y dijo que o resolvían las montañas de papeleo que se estaban acumulando o les habría un expediente a todos por vagos. ¿Quién ha trabajado en ello? La policía en prácticas. De todo se aprende, pero aburrido es un rato. Así que hasta hoy, lunes, no he podido sentarme a pensar en mi primer caso.

Por otra parte, la semana pasó sin pena ni gloria, excepto por el sábado que Luna, Eneko y Clara se acercaron a verme, no hubo nada que resaltar. No los vi muy bien, incluso los dejé irse un rato a pasear y yo me quedé con Clara en casa. Antes, Luna me había contado que estaba algo triste porque el ginecólogo le había dictado que no era seguro quedarse embarazada después de lo que le sucedió en el parto de Clara y ella quiere tener un hijo con Eneko sí o sí, y no sabe por dónde tirar. Yo la animo para que cumpla sus deseos, pero con cabeza. No puede poner en riesgo su vida, hay más opciones. A veces no se consigue todo en la vida y hay que aprender a vivir con ello y adaptarse para que no te hunda la añoranza.

Y... Luna me preguntó por Edu y nuestro fin de semana. Resumí bastante, pero es mi hermana mayor y se ve que me conoce. Cuando se fueron por la noche con Clara ya dormida me dijo al oído:

—Puede que sea para ti.

Y sé que se refería a él.

¿Puede ser Edu para mí? No, no creo, pero es que he de reconocer que es el único que me ha removido algo por dentro, es pensar en él y unas cosquillitas me nacen en cierta zona que creía dormida. Incluso he vuelto a tocarme, desde aquello no me había masturbado y llevo dos o tres noches que necesito hacerlo y cuando el delirio me invade son sus manos las que me tocan

y sus ojos los que me miran.

¿Por qué este cambio? Puede que lo que me dijo Luna abriese la compuerta que yo me había obcecado en cerrar por respeto a ella y algo parecido al deseo por él se ha hecho hueco gota a gota.

Y estoy contenta. Muy contenta. Creo que he dado un paso en mi sanación. He tenido un orgasmo. Ayer por fin me dejé llevar y lo logré. ¿Qué pasó después? Uno de mis miedos... que me reí, me reí a carcajadas porque le había dado una importancia que no tiene, porque es maravilloso explotar y dejarse caer. Porque para mí siempre fue sencillo y muy natural y ayer, cuando tuve aquel pequeño orgasmo supe que voy a superarlo. Ese malnacido no va a poder quitármelo. Quizás nunca vuelva a dejar que un hombre me toque pero mi cuerpo es mío y es libre y ya estoy yo para jugar a lo que me dé la real de las ganas hasta que quiera o pueda compartirlo.

He quedado con Reyes, la denunciante, en una cafetería. Ya la conocí el día que vino a la comisaría, algo avergonzada pero segura de querer destapar a Max, el supuesto *gigolo*. Nuestro primer plan era volverla a entrevistar en la comisaría para ver si contaba algo nuevo, aunque con todo el lío se nos olvidó y como es mi caso y yo decido que hablar de un *gigolo* no es fácil en una comisaría llena de hombres, le he dicho a Dani, mi mentor, que prefería citarla en un lugar neutro y le ha parecido bien.

Reyes ronda los cuarenta, algo más, y yo la valoré como una mujer muy atractiva, con alto poder adquisitivo y segura de sí misma, no entiendo para qué necesita de un *gigolo*, pero eso no ha de ser relevante. De todas formas, yo apenas hablé, fue Dani el que la entrevistó. Estoy un poco nerviosa, voy a ahondar en los adentros de una persona solo por el puesto que ocupo y quiero hacerlo lo mejor que pueda. Me tomo en serio ser policía, cada vez estoy más contenta de aquella decisión, pero reconozco que no he tenido por costumbre meterme en la vida de los demás y no sé si se me va a dar bien.

Accedo al local. Parece que el tiempo es clemente y el sol funciona, trece grados marcaba el termómetro hoy, y después del invierno, esto me parece clima tropical, aun así, se agradece el calorcito que emana al entrar. Me estoy haciendo fan de abrir puertas con ambientes cálidos. Reyes me espera en la barra y me reconoce.

Hoy lleva un traje chaqueta negro ajustado, con una de esas faldas negras

tubo tipo abogada de *Suits* que le sienta de escándalo, por supuesto taconazo. Me acerco y le tiendo la mano:

—Hola, Reyes.

—¿Era Estrella, verdad? —Asiento, ella me sonríe cortés—. Me alegra que hayas venido tú.

—¿Y eso?

—No sé, me inspiraste confianza el otro día, soy muy de dejarme llevar por mi intuición.

Le indico que nos sentemos mejor en una mesa alejada de la barra y ella accede y toma su taza. Pido un café antes de reunirme con mi primer caso. Cuando me siento le digo:

—Antes de nada quiero que sepas que soy policía en prácticas. Me han dejado a cargo de este caso porque me ven preparada, por supuesto, mi jefe estará pendiente y yo le iré informando de todo. Es justo que lo supieras.

Reyes me mira firme.

—No me importa. Yo solo quiero que alguien me escuche y destape a ese chantajista. Me da igual su titulación.

—No imaginas cuánto te entiendo.

—¿Sí? —Escrudiña en mis ojos—. Ves, mi intuición no me fallaba, tú y yo nos vamos a entender.

El camarero me trae el café y después de preguntar si queremos algo más se marcha.

Ambas tomamos un sorbo mientras nos miramos.

—Cuéntame todo lo que quieras o lo que puedas, Reyes.

—Es fácil, se resume a que ese hombre, Max León, es un estafador.

Me río.

—Entiendo que sabes que necesito algo más, ¿no? —La observo. Es una mujer muy sofisticada. Tiene el pelo moreno y liso recogido en una perfecta coleta y sus ojos son grandes al igual que su boca. Es muy femenina. Estoy convencida de que puede tener al que quiera, no entiendo por qué paga.

—Conocí a Max hace un año. Me habían hablado de él y quise probarlo.

Intento no poner cara rara.

—Recuerdo que se presentó poco arreglado. —Mira hacia un lado buscando en su recuerdo—. Le había indicado que era una fiesta y su atuendo

era totalmente informal, me enfadé, pero cuando levanté los ojos y lo miré supe que ese hombre bien podía ir de *sport* que llamaría la atención de todos.

—¿Es muy guapo? —pregunto intrigada, aunque resulte obvio que un *gigolo* no va a ser como Paquirrín.

—Es más que eso, querida, Max es el amo. En todos los sentidos. A ver, en diez minutos ya había hablado con todos los invitados de la fiesta y cualquier mujer deseaba esconderse en el baño con él a chupársela.

Sonrí por hacer algo, era eso o atragantarme.

—Max es puro morbo. Es el hombre más seductor que he tenido delante y te aseguro que he tenido a muchos. —Eso es que no conoce a Edu... ¿y por qué pienso yo en Edu ahora?—. Les gusta a las mujeres porque quieren que las folle en volandas y a ellos porque admiran lo que provoca en nosotras.

Hacía tiempo que no escuchaba a alguien tan directo y resulta raro que sea mujer y con estas pintas de señoritinga.

—Perdona si te parezco brusca, querida, pero hace tiempo que llamo a las cosas por su nombre.

—Me parece bien, no te cortes.

—Salimos de la fiesta mucho antes de lo recomendado, pero no podía resistirme más —me dice directamente. Es curioso cómo se expresa esta mujer, no tiene ni un ápice de pudor y destila contundencia a pesar de que esté hablando de lo que está hablando—. Yo era la que había encontrado a esa joya y yo era quién me lo iba a beneficiar, me sentía poderosa. Eso es lo que te hace sentir Max, poder. Tocas el cielo cuando te corres en su boca.

Reyes me atiende seria para ver si hago algún gesto por su franqueza sexual. Y no, no lo hago, yo soy adulta y me he concedido muchas juergas, a pesar de ello, no suelo hablar del tema con tanta frescura y menos con policías desconocidas.

—Me alegra que no te espante mi forma de expresarme.

—Somos mayorcitas... ¿puedo preguntarte si has estado con otros gigolós?

—Sí, por supuesto que puedes preguntarme y yo te contesto que sí. He buscado su ayuda varias veces, soy alguien difícil, voy por temporadas... a veces solo disfruto si soy yo la que pago.

—¿En qué trabajas?

—Soy arquitecta, trabajo redecorando casas de lujo. Te aseguro que me lo puedo permitir.

—¡Oh! Me parece bien —resuelvo—. Cada uno puede hacer con su vida lo que le plazca.

—Ya me gustaría ser a mí de las que se casan y tienen hijos, pero me jodieron la vida y es lo que hay. Consiste en empoderarse, querida... Para salir de mi pozo particular necesito esto y lo cojo, no me escondo. Con eso juegan todos estos sinvergüenzas, con que la gente se calla para no reconocer que se lo ha montado con un tío pagando y continúan estafando.

—Ya, pero te veo tan segura de ti misma...

—Y yo a ti, y es obvio que a ti también te han vapuleado.

Me quedo callada y confundida, desconocía que llevase un cartel con luces de neón.

—Una mujer tan bonita como tú se mete a policía por algo... no es que sea adivina, pero sí tengo un sexto sentido. A mí me violó la pareja de mi madre desde los dieciséis hasta que logré escapar. ¿Y tú?

—Yo soy la que pregunta, Reyes, pero solo te digo que el cuerpo de policías no está reñido con la belleza y que soy nacional porque así ha sido mi deseo.

Evidentemente el resto de mis desgracias no se las voy a contar a ella.

—Tienes razón, pero cuando quieras hablar aquí me tienes, he pasado por todo y te entiendo. Es un proceso largo con luces, aunque también con sombras. Nunca se está curado del todo, querida, es más, cuando crees que lo estás y te desarmas es cuando los recuerdos atacan de nuevo y te hacen ponerte de rodillas y caer en tu miseria.

Nos miramos. Doy un sorbo a mi café para hacer bajar este nudo que se me ha agarrado a las cuerdas vocales.

—Gracias por la sinceridad —prosigo—. ¿Qué pasó después?

Reyes suspira, muerde su labio inferior y se acaricia el escote de su camisa. Sin dejar de mirarme y yo asustada perdida porque se ponga a gemir aquí mismo, se recuesta en el respaldo y cruza las piernas. Cierra los ojos y respira despacio y profundo:

—Después pasó que follamos —dice muy despacio y caliente. Empiezo a sentirme algo incómoda, lo admito, creo que nos debe de estar mirando todo el

bar—. A todas horas, como perros en celo.

Abro los ojos mucho y con un tono que suena algo exasperado, lo reconozco, respondo:

—Eso lo intuía, pero ¿algo más?

Reyes abre los ojos, triunfante, como si hubiese ganado la batalla por haberme escandalizado:

—Eso lo es todo, querida —me agarra la mano que tenía en la taza—. Nunca desestimes el poder de un buen polvo.

No respondo.

Decido poner cara de nada para ver si así continúa y me dice por qué quiere denunciarlo.

—Max me hacía olvidarme de todo, de absolutamente todo. Era él el que me llamaba y yo concedía, nos veíamos casi todos los días. A veces se negaba a que le pagase y eso me hacía sentir importante. Otras me pedía más porque no me había portado del todo bien y no había hecho todo lo que él quería.

—¿Y qué quería?

—Sodomizarme. Es un sádico.

—¿Por eso quieres denunciarlo?

—No, eso lo consentí. En ocasiones fui sumisa pero me gustó. Eso era algo entre él y yo. Fuimos a locales de *bondage*, aunque me parecía todo demasiado ficticio... Total, que pasó de ser mi *gigolo* a mi puto. Y yo de ser una mujer independiente a estar a todas horas pendiente de él. Pero eso no es por lo que lo denuncio.

—¿Y por qué lo denuncias?

—Porque me ha estafado. Porque me pidió dinero para abrir un negocio, se lo di y nunca más se supo.

—¿Cuánto?

—Sesenta mil euros.

—¿Se los diste y desapareció?

—Tal y como lo oyes. Lo odio.

—¿No has vuelto a saber de él?

—No.

—¿Cuándo le pagaste?

—Se lo di en tres veces, la última hace más de una semana. Ha

desaparecido. No responde al teléfono, no vive en su casa, no va a ningún local, ahora nadie conoce a ningún Max, es como si nunca hubiese existido y yo sé que lo que no quieren es hablarme de él.

—Ok... Esto es lo que haremos, necesito que busques datos, que me des fotos, que hagas memoria y me digas lugares a los que solíais ir, gente que lo conociera, tiendas, cajeros, cualquier cosa... Redáctalo y me lo envías.

—Mañana lo tienes.

—¿Es español?

—No, en teoría es cubano, pero ya no me creo nada.

—Si te llama graba la conversación.

—No me va a llamar. Ese está en la Polinesia.

—¿Le pagaste con transferencia?

—No, al contado... estaba idiotizada. ¿Vas a buscarlo de verdad? —Y por fin me inspira algo de ternura. Reyes se esconde en esa imagen de mujer frívola y sabelotodo, pero está tocada. Sus ojos ahora sí me lo dicen.

—Pues claro, voy a hacer todo lo que pueda.

—No es mi dinero lo que quiero, es mi dignidad. —Da un último trago al café.

—Te entiendo.

—Lo sé...



Camino a mi apartamento llamo a mi ocupa. Mi hermano Júpiter. Se ha quedado a vivir en mi casa de Madrid tras divorciarse de Sol y le está viniendo a las mil maravillas mi nueva profesión. Llevo más de un año fuera. Descuelga a los tres tonos.

—¡Hola, pequeña!

—¿Cómo va, Jupi?

—Bien, va bien... aquí ando arreglando la puerta de uno de los armarios de la cocina.

—Fantástico. Me lo tendrás que agradecer siendo un manitas.

—Te lo agradezco todos los días, Estrella, si no es por ti estaría viviendo bajo un puente.

—¡Va! ¿Bueno, algo nuevo que contar?

—No, el curro bien, tus sobrinos también...

—¿Y Lorena? —su nueva pareja.

—Viento en popa. ¿Y tú?

—Yo flipando con un caso que me han delegado, tenías que ver la soltura con la que hablaba la tía...

—¿Por?

Paso a detallarle mi pintoresca entrevista con Reyes y mi hermano se troncha de la risa. No es para menos. Suelo ser yo la que habla con Jupi, él es muy ostra, y hay que sacarle sus problemas con calzador, pero nos conocemos y sé cuándo está bien y cuando no, por eso hoy no me he esforzado, todo en su sitio. Luna es más práctica y por eso entre ellos dos nunca han fluido las conversaciones, si él quiere hablar que lo haga si no que se calle, pero yo no, yo miro más allá y si algo le pasa no paro hasta sonsacárselo.

De pequeños, él me cuidaba mucho. Yo me metía en bastantes líos y él me defendía tuviese o no razón, es por eso que lo quiero tanto y aunque él jamás me lo diga sé que también.

Llego a casa. Son las siete. Alejandra ha debido llegar y me muero por contarle mi primera anécdota policial, así qué voy directa sin pasar por mi apartamento. Llamo. Efectivamente está. Sale vestida con ropa cómoda por lo que asumo que llevará un rato en casa.

—¡Aysss, qué bien! —me abraza—. Me aburría sola.

—¿Hoy no has trabajado?

—Sí, pero he salido pronto. Pasa.

—Saca dos cervezas que hoy necesito alcohol.

Capítulo 7

Volver a ser un niño

Edu

Lo miro, me mira. Cojo aire hondo y lo envío a cada célula de mi organismo para ver si así se me quita la tembladera de manos.

—¡Vamos, macho! —me insta.

Voy. Tal y como me ha enseñado, tras haber desinfectado la zona, localizo palpando, estiro la piel y llevo la aguja a su brazo, y sin más dudas la introduzco (¡Arjjjjj!). ¡Toma! ¡Sale sangre!

—¡Muy bien! —Me apremia Alexis—. Ahora aspira despacio sin mover la aguja.

Eso hago, más lento de lo que debería porque me siguen temblando las manos pero consigo llenar la jeringa.

—Ya lo tienes. Esta parte final del proceso también es importante. Atento. Retira el compresor, ponme la gasa y saca la aguja en la misma dirección que la introdujiste. Nada más retirarla aprieta con la gasa, no antes o me harás mucho daño.

—¡Joder! —mascullo—. Esto es más chungo que programar los canales de la tele.

Alexis se ríe, y eso que tiene una aguja metida dentro de su cuerpo que no sé cómo va a salir.

—No es tan difícil. Déjate llevar por la intuición. Retira el compresor. —Obedezco pero me cuesta porque ahora solo me queda una mano libre—. Bien, y ya solo te queda sacar la aguja rápido y cubrirme con la gasa, venga.

¡Ahí voy! ¡Ahhhh! Saco rápido y presiono con la gasa justo después.

—¡Bien, muy bien! , ahora tendrías que meter la sangre en los tubos, con cuidado de no pincharte. Como te dije este es el método más rudimentario, generalmente trabajamos con palomillas y Vacutainer, pero prefiero que aprendas el origen.

—Para eso tendría que estudiar cuatro años y solo nos queda una semana
—respondo dejándome llevar por el desánimo.

—Lo estás haciendo muy bien, Edu. Has estudiado mucho y no olvides que yo siempre estaré por ahí para echarte un cable.

—Apenas sé cargar la medicación, me armo un lío tremendo con las diluciones, no sé para qué sirve cada fármaco y si se pone rápido, lento, en bolo, en bomba, purgo fatal y se me llena de aire no sé por qué, y si me pongo a hablar de técnicas de enfermería...

—Pues mira, ya que sacas el tema, mañana me tienes que sondar.

—¿Sondar qué? —pregunto levantando los hombros.

—Hombre, pues tú me dirás...

—Ni en broma.

—A ver si te crees que a mí me hace gracia, pero no nos queda otra. Tienes que hacerlo al menos una vez, donde vas a ir destinado vas a tener que sondar a más de una.

—¿En serio?

—Sí, pero no sé porque me da que sabes encontrar el meato urinario femenino con los ojos cerrados. El sondaje en mujeres es menos complicado, en hombres, al tener una uretra más larga se dificulta más. Por eso, aunque vas a ir a ginecología, quiero que sondes una vez y veamos la técnica juntos.

—¿En serio que te tengo que sondar?

Alexis asiente y yo si pudiera escondería mi cabeza dentro de mi camiseta.

Así llevamos casi dos semanas. Yo estudiando a tope todo lo que Alexis me envía y luego practicando técnicas con muñecos o con él directamente en mi casa. Sabía que no iba ser fácil, pero ahora metido en materia, puedo asegurar que es imposible. Yo no puedo ser enfermero en tres semanas, para eso la gente estudia cuatro años. Es típico del ser humano creer que lo que hacen los demás es una tontá, pero cuando te metes en materia y profundizas adviertes que para eso se inventaron los estudios y las especializaciones. Hoy puedo decir, con la boca grande, que admiro a todos los enfermeros españoles porque saben y manejan mucho más de lo que la gente ajena al sector sanitario estima. Hoy estoy de bajón. No voy a poder.

Alexis recoge sus cosas, tiene que marcharse porque tiene turno de noche.

Lo acompaño a la puerta y nos despedimos. Es un tío majo, la verdad que sí y cada día lo admiro más. Se está dejando la piel en enseñarme y creo que el alumno no le está correspondiendo con los resultados merecidos. Y eso que no he estudiado más en mi vida, me van a subir dioptrías de tanto leer, pero las técnicas...

Me preparo algo sencillo de cena, una ensalada con tomate y cebolla de mi huerto y abro una lata de atún. Con esto me servirá, tengo el estómago cerrado de la tensión. Llevo unos días que duermo poco y como menos, la ansiedad es la gerente absoluta de mi cuerpo. Decido llamar a mi hermano Eneko, que es un ser tan calmado como inteligente y seguro que me infunde valor.



Dos horas después cierro el ordenador. Este último rato no me ha cundido nada. Mi conversación con Eneko me ha llevado a otros mundos más bonitos y no he sido capaz de regresar a la farmacología.

Luna y él. Luna... ella es especial, es bonita, inocente, lista, atrevida y muy inteligente. Los echo de menos. Hay veces que sí. Sentir que por fin has encontrado tu lugar en el mundo y tener que renunciar a él no es una nimiedad, de hecho, se parece más al infierno que a cualquier otra cosa. Estoy orgulloso de haberme marchado, pero a veces, cuando las defensas caen, duele saber que yo sobraba en su ecuación y que ellos son igual de felices sin mí. En fin, vivo en una contradicción, como Hamlet. Cuando me quiero dar cuenta estoy escuchando la canción de Antonio Orozco y Bebe que me envió Estrella.

—¿Cómo va esa brava?

Para mi alegría, pronto obtengo respuesta.

—Qué bueno saber de ti! Voy bien. Y tú?

—Aquí... saturado.

—Por?

—Trabajo. Estoy preparándome para infiltrarme y no he estudiado más en mi vida.

—Pero, te gusta?

—Sí, claro. Las preparaciones son duras. Y tú, qué haces?

—Estoy con mi vecina, tomando algo.

—Entonces te dejo, pásatelo bien.

—Vale, y tú, me gusta saber de ti.

—Y a mí...

—Pues hablemos más a menudo.

—Vale, siempre y cuando me envíes una canción para sacarme de mi aburrimiento.

—Ja, ja, ja. Lo pienso. En un rato la tienes, guapo.

—Guapa tú.

—Ja, ja, ja. Tú más.

—Me mola tu risa. Eres aún más bonita cuando ríes.

—Si no me estás viendo.

—Te tengo grabada... Envíame una canción.

—Voy, voy, ansías...

Me tomo una copa de vino y me dejo arrastrar por la modorra que me proporciona. Hoy se acabó el estudio. No puedo ver un libro más. Poco después suena mi teléfono. Sonrío. Veamos a ver qué ha elegido.

Capítulo 8

Colgado

Estrella

Pues se nos ha ido un poco de las manos a Alejandra y a mí, mira que pensábamos tomar un café, pero ella estaba un poco desanimada y yo vivo en dramas. Se nos han cruzado los cables y que si un vinito, y yo que si otra cerveza, y que si para un día que salimos, que regresamos a casa un poco achispadas. Me encanta esta mujer. Alejandra es buena, sin más, de estas personas que transmiten paz y armonía y yo ahora necesito mucho de eso. Siempre le digo que es mi *coach* personal y una de las casualidades más bonitas que me han sucedido, a ver eso no, tampoco es que vaya yo prodigando cumplidos, soy un poco tímida para eso, pero es lo que siento. Lo de que es mi *coach* sí, ella lo simplifica todo y me abraza a diario, mira que yo soy despegada, pero Alejandra te casca un abrazo a la que te descuidas y te quedas como nueva. Es la reina de los osos amorosos. No he conocido a nadie que le pegue más su profesión, debe de ser la enfermera más cálida del planeta.

Llegamos a su casa entre risas. No hay luz, por lo que apostamos que Rodrigo todavía no ha llegado. A veces, hacen peonadas por las tardes o se le complica algún parto y llega a las tantas.

—¿Cenamos juntas? No me apetece estar sola —me dice.

—Vale, pero pedimos algo, no te compliques.

—Hoy venía Lucrecia y nos habrá dejado cena, seguro. Voy a ver.

—Pues yo voy al baño, me meo toda.

Camino en oscuridad al aseo que hay pegado a la cocina. Me conozco esta casa casi más que la mía, es lo que conlleva el pasar más tiempo en domicilio ajeno que en el propio... La distribución es toda lógica excepto este baño cocinero. No es lo habitual, pero que te digo que es cómodo, al final se hace mucha vida en la cocina y disponer de un *WC* tan cerca es práctico.

—Ya estás aquí —oigo la voz de Rodrigo.

—Sí, cariño, acabamos...

—Ya está bien, no. Haces lo que te da la gana —lo escucho con un tono algo hostil, me asombro. Rodrigo es otro oso amoroso.

—Pensé que estabas todavía trabajando.

—Eso es lo que querías tú, ¿verdad? —Uy, eso ha sonado de nuevo muy raro.

Y de pronto escucho algo que hace saltar todas mis alarmas:

—Suéltame Rodrigo, me haces daño.

En una lucecita que se confunde en mi conmoción, apago el LED del baño y abro unos centímetros la puerta para ver qué está pasando. El ángulo que me deja la ranura me permite contemplar sus espaldas, y distinguir como Alejandra está de cara al fregadero y Rodrigo, en su espalda, la sujeta por un codo contra el mueble y con el otro hurga por dentro de la camiseta de mi amiga.

—Que trabaje a todas horas para que tape todas tus torpezas, ¿verdad? y tú salir con tu amiguita a tomar copas por ahí y restregarte con vete a saber quién. —Me llevo una mano a la boca para silenciarme. No me puedo creer lo que estoy presenciando, de verdad que no.

—Rodrigo, perdona... —solloza ella, a la que tampoco reconozco la voz. Yo mantengo mi mano para intentar silenciar mi aparatosa respiración tan fuerte que creo que yo misma me voy a dejar marca.

—La paciente de la cesárea urgente se ha quejado, la del mioma estaba mal curada, y para colmo no hemos podido hacer la laparoscopia a la 45 porque no estaba bien preparada. ¿Te das cuenta de que por dónde vais tú y tus compañeros dejáis fallas? ¿Que vas a lograr que me avergüence de ti? —La empuja doblando su cuerpo contra el fregadero y a mí me empieza a temblar todo el cuerpo.

—Sí, Rodrigo, perdona, no lo volveré a repetir.

¿Cómo que sí, Rodrigo? ¿Pero cómo le dice eso?

—Daño me haces tú a mí con tus risitas con tus compañeros, con tus paseos como pollo sin cabeza por el hospital. No tienes ni idea de nada, eres una incompetente.

Prometo que jamás había oído esa voz a mi vecino. Es horrible, fría,

carente de cualquier ápice de humanidad, como si se hubiera desdoblado y el Rodrigo que yo conozco fuese otra persona, hasta su postura corporal me resulta desconocida, como más recto, más firme. No sé si es la consternación o que justo ahora recaigo y mis miedos salen a flote, pero me recuerda a mi agresor. Siento una punzada en mi estómago, tengo ganas de vomitar.

—Eres una inútil y una zángana si no fuera por mí serías el hazmerreír y te morirías de hambre, ¿lo sabes, no?

—Sí, Rodrigo, sí. Si no fuera por ti me moriría de hambre —repite como un loro Alejandra.

No sé qué me escama más, si la autoritaria y malvada voz de Rodrigo o la sumisión de ella.

—Después de tantos años y no paras de equivocarte. Si no fuera por mí todo el mundo vería que eres una incompetente, un fracaso, estarías en la calle, ¿te das cuenta, no?

Mi amiga no responde. Eso provoca que él la empuje más fuerte hacia el fregadero y su cuerpo quede totalmente doblado, la tiene que estar haciendo daño.

Debería salir, pero... no puedo. Estoy temblando de pies a cabeza. La conmoción solo me permite seguir aquí escondida intentando no hundirme en mi propia mierda porque eso es lo que me está sucediendo, todo me recuerda a aquello. Me siento en el suelo del *wc*, estoy a punto de marearme. Por muy cobarde que suene, solo paro de repetirme qué hago yo aquí, por qué no me habré ido a mi casa antes.

Escucho varios golpes y gemidos de Alejandra y mis lágrimas se resbalan porque soy una pusilánime y una mala amiga. Debería correr a ayudarla. Obligo a mis rodillas a estirarse y eso me permite tener mejor perspectiva visual y lo que veo me revuelve tanto que me vuelvo a caer al suelo con la amarga intuición de que no voy a poder levantarme jamás de aquí. Rodrigo tira de su pelo para poder decirle barbaridades al oído y con la otra mano le está bajando el pantalón.

No quiero estar aquí, no. Me tapo la cara con mis manos, los recuerdos me asaltan. El miedo y la impotencia que aquel día sentí me asolan y me convierten en un ser indefenso y cobarde. Huelo su olor, siento sus manos amarrándome y el dolor intenso en mis partes cuando las penetró sin permiso.

Todo aquello regresa a este baño y a mí. Tengo frío, mucho frío y asco.

—Ahora te voy a dar lo que te mereces. —Ya no sé si es la voz de Rodrigo o la de Javier, mi agresor. Estoy muy confundida. Tapo mis oídos.

—No, Rodrigo, ahhh, no... —gime Alejandra.

Escucho como un cachetazo.

—No finjas que no te gusta, las mujeres como tú solo queréis esto. — Todo se está distorsionando, no puedo oírlos, eso me lo dijo él a mí.

En un momento que puedo apartar mis propias emociones, vuelvo a asomarme y veo lo que me imaginaba. A Rodrigo violando a su mujer. Forzándola, penetrándola sin compasión. Es un monstruo. Una arcada me devuelve a mi escondite y me tapo los oídos para aislarme. Sigo temblando entera, y cada vez que Alejandra grita o gime de dolor yo quiero vomitar.

Transcurren unos minutos en los que yo no soy yo. Desaparezco del todo. Me sumerjo en los adentros de mi mente, y mi cuerpo se queda sin fuerza, probablemente de tanto tiritar. He recordado escenas de mi infancia, de mis padres y mis hermanos en un viaje que hicimos al Monasterio de Piedra en verano. Luna y yo canturreábamos el tema del verano y mi hermano Júpiter se tapaba los oídos, como hago yo ahora, porque decía que no nos soportaba. A Luna y a mí nos encantaba molestarlo y nos tronchábamos... escucho gritar a Alejandra y un vacío negro me aborda sin que pueda remediarlo.

Me despierto tirada en el suelo del baño. Los gritos y jadeos regresan a mis oídos, escucho risas, no lo entiendo y despierto. Con un ápice de fuerzas me arrastro para volver a mirar. El cuerpo de Rodrigo descansa sobre el de Alejandra. Ninguno habla los dos recuperan el aliento.

Suena un teléfono. Por un momento me asusto creyendo que es el mío, pero no. Rodrigo se levanta rápido y desaparece, teléfono en mano, a hablar y escucho:

—Alejandra... —emito.

—Estrella, cariño, corre, vete... sal.

—No puedo —creo que digo.

—Sal, por favor, si te ve... —se lamenta.

Intento incorporarme, pero me es imposible. He debido desmayarme y todavía estoy poscrítica.

Instantes después veo entrar de nuevo a esa bestia, al que yo creía mi

amigo.

—Ven, levanta del suelo, cariño. —Esta vez escucho a un Rodrigo mucho más amable, al que yo conocía—. Te vas a resfriar.

Alejandra estira sus manos y él la toma en brazos con sumo cuidado. No entiendo nada. Le besa la frente.

—Sabes que te quiero, mi vida. ¿Me vas a saber perdonar?

Alejandra le responde compungida.

—Me has hecho mucho daño, Rodrigo.

—No sabes cuánto lo siento.

Salen de la cocina apagando la luz.

Todo se queda en silencio menos yo que todo mi interior grita desconsolado.

Capítulo 9

Revolvió

Edu

Me doy un golpe con uno de los libros de apuntes que he dejado tirado por el suelo. Voy dormido. Es la una de la mañana, me acosté temprano y alguien ha decidido que no duerma más porque está aporreando mi puerta a lo «tambor, tambor» de Chayanne. Espero que no sea un fuego, pero no he escuchado las campanas...

Abro.

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—¿Pero, qué... qué?

Es ella, Estrella, que sin responder se tira, literalmente, a mis brazos, desconsolada. Aunque el *shock* acompañado por mi caraja hacen flojear las fuerzas de mis músculos, me veo luchando contra este estado para sujetarla, porque parece que ha perdido las fuerzas y va a caer al suelo, salta a la vista que está exhausta y ha depositado su bienestar en mí.

—Schsssss, schssss, pasa... ven conmigo.

—No sabía a dónde ir, cogí el coche... —balbucea.

—Tranquila, has hecho bien. Ven a sentarte —carraspeo, estoy tan dormido que no me sale ni la voz.

Estrella como un cachorrito indefenso en plena tormenta se separa unos centímetros de mi abrazo para subir la cabeza y mirarme. Amaga una sonrisa y yo un suspiro porque sus ojos me han atravesado el estómago. Da igual que estén inundados en lágrimas, son brutales.

—Te he despertado. Perdona.

—Ha sido el mejor amanecer en meses.

—Eres muy bueno...

Cavilo que lo más apropiado en estas circunstancias es sentarse. La conduzco al sillón y mientras se relaja, enciendo el fuego. Escucho como poco

a poco su respiración se acompasa y sus lágrimas cesan. Ninguno habla. Ella me mira la espalda y yo de vez en cuando me giro para verla. Cuando termino contemplo dos cosas con atención, a ella mirando el fuego y a mí dándome cuenta de que la echaba de menos aquí.

—¿Quieres que te prepare algo? ¿Has cenado?

—Con un vaso de agua me basta.

Prefiero no insistir y parecer una madre pesada y abro la nevera para sacar una botella de agua, tal cual me ha pedido.

—Es especial, la he cogido esta mañana del puerto, ya verás que rica está. —Le sirvo un vaso y ella se lo bebe del tirón. Relleno otro y le sonrío.

Me siento a su lado y la abrazo con una mano para que apoye su cabeza en mi pecho. Ella se deja hacer y nos concentramos en el fuego y en sus formas, que comienzan a danzar para nosotros. El aroma de la leña inunda la habitación y las brasas suenan como un relajante hilo musical. Mis dedos se deslizan por su pelo y acaricio cada uno de sus rizos. Es tan suave...

Siento unos labios que recorren mi mejilla y bajan despacito hacia mi boca hasta asentarse allí. Me recorre un escalofrío de placer. La pierdo. Abro los ojos. Estrella está a escasos centímetros de mis ojos.

—Te has dormido —sonríe.

—Y tú me has besado —le digo sin más. Los dos hablamos bajito, estamos muy cerca.

Estrella se piensa la respuesta sin bajar un ápice la cabeza y seguir atravesándome con sus ojos.

—Quería probar... —susurra

—¿El qué?

—Da igual —se estira uno de sus rizos.

—No, ¿el qué?

—Es que me he quedado dormida y he soñado algo muy raro.

—¿El qué?

—Que no tenía labios y no podía volver a besar.

—¿Cómo?

—Sí, a veces sueño cosas raras. El caso es que al despertar te he visto tan quieto y tan a gusto... pensé que no te enterarías. Quería saber si...

No lo puedo evitar, me hace gracia y me río.

—Te has aprovechado de mí, ¿soy tu conejillo de indias?

—Un poco —resuelve pícara y pone morritos. Me acaba de matar. Hago un esfuerzo en inspirar y espirar y olvidarme de esa imagen para no aplastarla con mi boca en la suya.

—¿Y? ¿Veredicto?

—No cuenta, estabas dormido, ha sido una tontería —musita.

—Para tu información, justo cuando llegaste a mis labios me desperté, así que sí que cuenta.

—En ese caso te diré que tienes unos labios carnosos y suaves.

—Por tanto, te gustó. ¿Quieres repetir?

Estrella sonríe.

—¿Como un amigo que quiere curar a una amiga y nada más que eso?

—Por supuesto —respondo firme.

Estrella hace que se lo piensa, pero yo no la dejo. Con una mano en su nuca la pego a mis labios ya abiertos para ella. ¡Oh, joder! ¡Qué paz! Su boca encaja en la mía a la perfección, me detengo en jugar con sus labios, en saborearlos, en morderlos despacio. Mis pulmones se aceleran, intento serenarme para no perderme en la excitación que me provoca y malgastar algo como esto, tan inocente, puro y perfecto.

Estrella se separa para tomar aire, abro los ojos sin apartarlos de ella que me mira con atención.

—¿Puedo probar otra cosa? —susurra como si fuésemos a despertar a alguien. Llevamos todo el tiempo hablándonos así, confiriéndole un carácter secreto a este encuentro.

Mi estómago da un vuelco.

—Lo que quieras.

Estrella vuelve a acercarse a mí y esta vez la punta de su lengua se frena para deslizarla recorriendo mis labios. Ahora sí, no puedo contenerme y me empalmo a la velocidad del rayo. Mi boca se abre pidiendo más y nuestras lenguas se presentan, rápido y sensual.

Estrella se separa y veo en su respiración acelerada que le ha gustado tanto como a mí.

Me sonrío con toda su cara, con sus ojos, con sus mejillas, con su boca, con su barbilla, me sonrío feliz y me hace sentir lo mismo. La atraigo hacia mí

para abrazarla todo lo fuerte que puedo.

—Estamos locos —me dice a los ojos instantes después.

—Un poco sí, pero que me metan en un manicomio todas las veces que quieran si me vuelves a besar así.

Estrella clava su mirada en mi boca antes de decir:

—Es muy pronto todavía —emite con pena.

Miro el reloj de mi muñeca:

—Son las dos, no es tan pronto.

Ella me empuja.

—Sabes a que me refiero.

—No del todo. ¿Para quién es pronto?

—Para los dos.

—Para mí no. —Habla en parte mi excitación, lo reconozco.

—El otro día me llamaste Luna, para ti también.

No puedo responder a eso. Me convengo de que no va a pasar nada más y el caníbal que se había despertado vuelve al lugar que le corresponde y me sereno para contestarle con franqueza.

—Quizás sí, quizás sea pronto para los dos, pero prométeme que si quieres probar de nuevo, lo harás conmigo.

Estrella ríe.

—¿Y eso?

—No quiero que pierdas el tiempo con patanes —bromeo.

Estrella sonrío, pero no alega nada más. Únicamente estudia mi rostro y lleva una mano a mi cara para acariciarla, después bajar por mi pecho hasta acabar encima de mi mano. Entrelazamos los dedos.

—¿Crees que podemos?

Iba a gastar una broma para escudarme, pero creo que no es el momento. He de ser sincero. Recuerdo algo...

—No lo sé, pero ¿quieres algo original? —Estrella asiente—. No dejo de pensar en ti.

Ella cierra los ojos, como si quisiera inhalar mi confesión. Quizás no debería haber dicho nada, me he envalentonado y ahora la voy a agobiar. Ella por fin habla:

—¿Y tú quieres algo inaudito? —Afirmo más tranquilo, sé que me ha

pillado—. Yo tampoco y le sumo que este beso ha tocado el *ranking* de los mejores de mi vida.

—Definitivamente estamos para ingresar. —Ambos reímos—. Ven.

Nos levantamos del sillón, saco varios cojines y mantas de un arcón y las deposito en el suelo.

—Hoy vamos a dormir frente al fuego, ¿OK? —le digo.

Estrella da saltitos de alegría y me abraza.

—Me encantas. Sabes lo que necesito en cada momento.

—Y esto solo acaba de empezar.

Apago las luces de la casa, de forma que solo nos veamos por el fuego que desprende la chimenea.

Nos tumbamos de costado uno frente al otro y después de varios minutos comiéndonos con los ojos, ella lleva su mano a mí y comienza a tocarme suavemente la cara, desliza sus dedos por mis ojos, por mi nariz, mi boca, mi barba, baja por el cuello, palpándome, continúa por mi pecho, mi abdomen...

—Despacio, muy despacio, ¿vale?

—Sí —susurro.

—No te prometo nada... solo que me gusta estar así contigo, sin clichés, ni ataduras, ser sincera con lo que digo y lo que hago. Contigo creo que puedo resurgir, que me comprendes y no me pides más de lo que te puedo dar. Ahora es muy poco, tú sigue con tu vida y yo trabajaré para curarme y te iré avisando.

—No me gusta nada ese plan.

—¿Por qué?

—Quiero que trabajes para curarte a mi lado, como lo que quieras: amigos y punto, amigos que se besan, amigos que duermen juntos o amigos que follan a diario y cuando estemos preparados, ambos, veremos si solo somos amigos. Pero, por favor, no me quites estos ratos, Estrella, a mí también me hacen falta. No solo tú estás herida.

—¿Te comprometes a aguantarme?

Afirmo.

—¿Y tú a contarme todo lo que te duele y después besarme como has hecho hoy?

Estrella se relame antes de responder que sí.

—Pues ahora habla, dime qué te ha traído a mí.

Estrella cierra los ojos y suspira.

—Ha sido horrible...

Capítulo 10

Cada dos minutos

Estrella

Aparco el coche sin problemas, como en las series. No me ha dado tiempo a pasar por casa, y la verdad es que tampoco me apetecía mucho. Pensar en que podía cruzarme con cualquiera de los dos... «¡¡cobarde!!», me grita la antigua Estrella.

Edu no está de acuerdo. Acerco mi nariz al cuello de la camisa y aspiro su olor a modo de flores de Bach, solo él logra relajarme así, hace que me olvide de todo lo malo (curioso cuando puede que lo más malo para mi integridad mental ahora mismo sea él). Me ha dejado su camisa y no he parado de olerla en todo el viaje. Parezco un perro en celo, un bebé a centímetros de su chupe, una *yonkie* con la llave de un metabus, parezco una pagafantas que se ha enchochado del ex complicadito de su hermana y no quiere asimilarlo, porque para qué pensar, ¿eh? Ya si eso me aparezco en su casa a las tantas de la noche, sin avisar, me echo a sus brazos y luego me morreo con él y le digo (y me digo a mí misma, lo que es peor) que es para averiguar si puedo volver a besar. ¿Estamos tontos?

Hoy me voy a repetir este mantra:

«Tengo que alejarme de él, tengo que alejarme de él...» O por lo menos no acercarme tanto que le pueda meter la lengua hasta la campanilla.

Edu entiende que mi comportamiento en casa de mis vecinos fue normal, que era algo imprevisto, yo estaba relajada, no de servicio, y encima la escena se pareció a la mía y eso me bloqueó. Y sí, yo le diría lo mismo a alguien si me lo contase, pero a mí misma no. Nunca me he comportado así, yo era Estrella, la alocada, la que no veía el peligro, era puro impulso y nunca hubiese permitido algo tan maligno. Es por eso que siento que mi cuerpo me queda grande, como si de un vestido se tratase, que no soy yo. Y tengo que remediarlo. Ahora sí. No sé cómo, pero tengo que remediarlo. De momento

voy a trabajar y esta tarde ya se verá.

Accedo al bar del hotel donde Reyes me dijo que Max y ella se veían con asiduidad. Si en persona ya me pareció directa, el mail que me ha enviado con fotos, lugares y personas es digno de archivar con una contraseña de esas que ni tú recuerdas, porque como alguien lo abra arde en el infierno junto al marqués de Sade. No se ha cortado en adjuntarme fotos de ellos en plena faena, y hasta un vídeo... Te juro que no lo entiendo. ¿Para qué necesito yo eso? ¿Se creará que es didáctico? Vamos, que lo hace por escandalizarme, es del tipo de personas a las que les gusta provocar, ya le voy pillando el hilo.

¿Qué he sacado en claro de todo ese arsenal porno? Que Max es clavado a Rubén Cortada y que Reyes no tiene ni pelos, ni celulitis.

Me acerco a la barra. No hay nadie. El reloj marca las diez de la mañana, entiendo que aquí por las noches habrá más actividad, pero a estas horas ni el famoso y omnipresente Peter para por aquí.

El único camarero, que estaba limpiando el piano, me ve, me sonrío y se acerca. Es un hombre de unos cincuenta años, algo rechoncho, con cara de padre de familia bonachón.

—Perdón, ¿te sirvo algo?

—No, gracias... bueno sí, un café con leche. —Sonríe por mis dudas.

Lo obligo a ir detrás de la barra. Cuando lo tiene preparado me presento.

—Hola, soy Estrella Luz, soy policía, me gustaría hacerte unas preguntas.

—Dispara y veré qué puedo hacer —me responde sin susto, no debo ser la primera de la *pasma* en pasar por aquí, eso o que tiene menos sangre en las venas que un cono.

—Te quiero enseñar una foto y que me digas si lo conoces.

El camarero asiente. Busco el retrato en mi móvil. He tenido que editar la foto y recortarla para que no se viera más chicha de la imprescindible.

—¿Te suena? ¿Sabes quién es?

El hombre se toma poco tiempo.

—Lo he visto alguna vez por aquí, sí. Cuando he cambiado el turno. Viene por las noches.

—¿Sabes cómo se llama?

He buscado en nuestras bases y Max León aparece, pero quiero saber si usa otros nombres.

—No, yo no... no me acuerdo. Yo trabajo casi siempre en este turno, pero mis compañeros de la tarde sí que lo sabrán. Si quieres les pregunto... espera, en diez minutos vendrá Rosa, es la encargada, ella trabaja muchas noches y seguro que lo sabe.

—¡Ah, perfecto! ¡Qué suerte!

—Si quieres espera ahí. —Me señala unas mesas con unas butacas estilo escandinavos monísimas—. ¿Quieres que te ponga algo de comer? Se hará la espera mejor.

Sonríó afirmando. No le vendrá mal algo a mi estómago. Ayer no cené y hoy he salido de casa de Edu solo con un café. Sin poder evitarlo las imágenes de la despedida de esta mañana se me aparecen:

—Te vas a desmayar, come algo, por favor —me dijo todo preocupado.

—Tengo prisa, señor enfermero —le respondí. Me había topado con un montón de libros de enfermería por el suelo.

Edu torció el gesto. Sabía que lo había visto.

—Más te vale que no digas nada. —Se me acercó en plan gorila de discoteca ante una osada quinceañera maquillada al estilo *drag queen*, pero en vez de pedirme el DNI, posó sus labios en mi frente, justo a la altura donde le pillan, soy bastantes centímetros más bajita que él—. Esto es altamente confidencial. —Yo pensé que lo verdaderamente confidencial era el calor que su cuerpo emanaba al mío y las ganas que me entraban de alzar la barbilla y buscar su boca.

—Lo sé —le respondí aprovechando, ya que estaba, para abrazarlo. He de exponer que me encanta su estrecha cintura, es tan dura que podría planchar mi uniforme sobre él, o mejor, encaramarme a ella rodeándolo con mis piernas desnudas...—. ¿No me puedes decir nada más? —le pregunté poniendo morritos de pena.

Edu se lo pensó.

—Empiezo en unos días y estaré muy cerca de ti. Podremos vernos a diario.

—¿Es en Ávila? —le pregunté animada.

—Hasta ahí puedo leer. Ya me gustaría poder contarte más, Estrella, pero es mejor así.

—Sí, lo entiendo —le dije—. No te preocupes. ¿Me avisarás cuando

estés cerca de mí?

—Por supuesto. Lo que sí te puedo decir es que este fin de semana tendré a Clara conmigo aquí, estás totalmente invitada.

—No puedo, Edu. Tengo que trabajar y creo que Sol va a venir a verme.

—Bueno, pues otra vez será. —Me pareció distinguir pena en sus ojos. Algo que me dio un poco de susto.

—Edu, ayer...

—Solo somos amigos. Lo sé —me interrumpió.

—*Piano piano...*

—Tranquila, guardaré la caña de pescar unos meses. Tú eres mi pez favorito y sé que no hay anzuelo que te haga sucumbir, esperaré.

—Es injusto.

—Eso lo decidiré yo. Me he propuesto ser tu amigo, Estrella, nada más. Ya veremos donde nos lleva.

—Los amigos no se besan.

—Nosotros sí, pero no le demos más vueltas. No pasaremos de eso, no es el momento.

—¿Y si se te cruza alguien?

—¿Y si se te cruza a ti?

—No lo creo.

—Ni yo. En todo caso si se me cruza pues ya veré si lo tomo o no. Igual que tienes que hacer tú. Seamos francos, esto es muy complicado. Tú y yo... es una puta locura, Estrella.

—Ya, pero tú me entiendes tan bien. Eres tan yo... —Lo estrujé.

—Y te seguiré entendiendo, Estrella. No sé, me voy a volver demente, a cada rato pienso una cosa.

—Y yo. —Reí. Al poco me fui. No nos besamos. Eso pasó ayer, a la luz del fuego, hoy volvíamos a ser Estrella y Edu, el día nos lo había recordado como un despertador que te obliga a dejar de soñar.

Escucho un carraspeo cerca de mí.

—Buenos días, me ha dicho mi compañero que quiere enseñarme una foto.

—Sí, sí... Soy Estrella, puedes tutearme. —Salgo de mi paraíso mental de recuerdos de esta mañana.

Me levanto y me presento. Ella hace lo mismo informándome de que se llama Rosa y es la encargada, una mujer de unos cuarenta y pocos años, con un rostro cansado, voz y actitud de fumadora empedernida y extremadamente delgada. Le explico que estoy buscando a este hombre y nada más verlo ella afirma.

—Es Max, un cliente habitual —explica sin duda alguna.

Bien, al menos ya sé que siempre usa el mismo nombre.

—¿Y le has visto en los últimos días?

Rosa, me responde:

—Hace unas semanas que no viene, pero nos dijo que se iba de vacaciones.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—No lo recuerdo, o quizás... creo que iba a Cuba, a ver a su familia. Sí, creo que sí.

—¿Conoces a esta mujer? —Le muestro una imagen de Reyes. Ella inmediatamente tuerce el gesto.

—Sí.

—¿Por qué pones esa cara? —Es que le ha faltado darse la vuelta y vomitar.

—Que trabaje en un bar y tenga que sonreír a todos los clientes no secunda que me caigan bien. Esta mujer es desesperante.

—¿La viste con él?

—Sí, claro... era su última conquista. Él siempre va acompañado de mujeres con alto poder adquisitivo, pero ninguna tan extravagante como esta.

—Antes de irse de vacaciones ¿lo viste con otras?

—No, en los últimos meses Max solo iba con ella, bromeaba con que no le daba el cuerpo para más. Antes de ella sí que mezclaba mujeres.

—¿Sabes el nombre de alguna de sus exparejas?

Rosa me mira con gesto preocupado.

—Sí, pero no sé si debería decírtelo, sinceramente.

—¿Por? ¿A quién si no? Soy policía.

—Verás, Max es muy buen cliente y si viene aquí es por la confidencialidad que le ofrecemos.

—Entonces ¿sabes a lo que se dedica?

—Resulta obvio, ¿no?

—Verás, seamos sinceras, lo estamos buscando, tiene una denuncia por estafa.

Rosa tuerce el gesto.

—¿Estafa? ¿Max? Ya me extraña.

—¿Perdón?

—Sí, detrás de la barra se conoce a la gente, puede sonar a tópico o no, pero estoy acostumbrada a tratar con todo tipo de caraduras y Max es todo un caballero.

—Dedicándose a lo que se dedica ha de esforzarse en parecerlo, eso no significa que lo sea, si me permites.

—Ya, pero lo conozco desde hace años y nunca, repito, nunca, nos pone problemas para pagar e incluso siempre nos deja agradecidas propinas —me responde algo soberbia.

—Lo apuntaré... ¿Me puedes dar algún nombre de alguna otra acompañante?

Rosa me mira unos segundos y se sienta frente a mí.

—Te puedo decir las dos anteriores a esta, sí que las recuerdo.

—Perfecto. Te lo agradezco.

—Una es Mayte Sevilla, su familia posee varias clínicas dentales, y la otra se llama Candela, pero no sé el apellido, aunque no te costará encontrarla, es periodista y trabaja para el periódico de Ávila, luego recuerdo a una tal Beatriz, creo que era una aristócrata...

—¿Sabes si acabaron bien con él?

Rosa sube los hombros en señal de desconocimiento total.

—Solo sé que dejaron de venir. Max nos habla poco de sus clientas. Como te dije es buen tío, no creo que haya estafado a nadie.

—¿Sabes algo más de él? ¿Dónde vive? ¿Algún amigo?

—Vive por la universidad y sí conozco a varios amigos suyos. Max lleva viniendo varios años aquí.

Que esta mujer sepa tantas cosas de él, cuando Reyes me dijo que nadie le hablaba de él, que parecía que hubiese desaparecido, me resulta extraño. Yo no he hecho más que venir a la cafetería donde ella me dijo.

—¿Siempre ha sido *gigolo*? —le pregunto.

—Desde que yo lo conozco sí, pero no solo se dedica a eso. Es actor.

—¿Actor?

—Sí, ha hecho varias cositas interesantes, sobre todo en series de narcos y temas de esos, y está montando una escuela de interpretación con ayudas para gente sin recursos, pensé que lo sabías.

—No, eres la primera persona con la que hablo.

—¿La escuela está ya funcionando?

—No. Tiene un socio, Enrique Paz, un amigo suyo. La escuela está por esta zona, dos calles más arriba. Puede que Enrique te pueda contar más cosas. Me levanto y le tiendo la mano.

—Me has sido de mucha ayuda, Rosa.

—Lo hago por él, no creo que sea un estafador.

—Si vuelve dile por favor que se pase por la comisaría que lo estamos buscando.

—Sin duda, lo haré.

—Otra cosa... ¿Reyes ha venido a preguntarte por él?

—Sí.

—¿Hace cuánto?

—Unas semanas, pero yo a esa mujer no le digo nada. Son sus problemas, si Max no quiere saber de ella por algo será. Bastante tengo yo con lo mío como para meterme en los problemas de los demás.

Salgo del hotel más confundida que un pequeño pato cruzando la carretera, la verdad sea dicha. Me encantaría ir a la escuela esa a preguntar, pero hoy empiezo mi rotación en extranjería y no puedo llegar tarde.

Un golpe de viento de estos que te ofrece Ávila me azota en la cara y me devuelve la cordura. ¿Acaso los malos llevan colgado un cartel de pécoras? No, y a las pruebas me remito, mi profesor, Rodrigo... gente que parecen de lo bueno lo mejor y que en la intimidad son monstruos. ¡Ja! Max León, a mí no me la pegas.



¡Madre mía, vaya día! Menos mal que me han asignado a una compañera que era encantadora, pero si no llega a ser por ella hubiera muerto en el intento. Son todo trámites, papeleo y ordenador, aunque no me ha disgustado.

Reconozco que tenía la cabeza en mil sitios, pero al final me he centrado y he conseguido salir adelante. He tenido un rato para buscar algo de Rodrigo en la base de datos. Está limpio como la patena.

¿Y ahora?

Regreso a casa. Me he acercado a la dirección de la escuela de interpretación, pero estaba cerrada. Aparco. Giro la cabeza y vislumbro luz en casa de mis vecinos. Están. Y yo no pienso pasar por allí.

Entro en mi hogar alquilado y cierro con llave. Me desplomo en el sofá. Me duele la espalda, dormir frente al fuego fue sanador pero incómodo y hoy mis lumbares me lo han hecho saber. Extraigo el móvil de mi mochila. Hay varios mensajes en el nuevo chat que hemos abierto Luna, Sol y yo, «Consteladas» se llama. Lo leo un poco en vertical. Entiendo que hablan de Sol y que se ha cruzado con un policía que le lleva gustando más de un año y Luna le da consejos. Después preguntan por mí, les respondo con el emoticono del sueño y les escribo que estoy agotada y me voy a la cama. Justo cuando voy a bloquear el teléfono me llega un mensaje de Edu.

—¡Hola, brava! ¿Qué tal el día? ¿Has visto a tus vecinos?

—El día largo y productivo. No, menos mal.

—Tienes que prepararte, te los vas a cruzar.

—Lo sé... tú, ¿qué tal? ¿Ya te has sacado el título?

—Aquí sigo. Hoy he sondado a mi profesor... un momento para olvidar.

—Ja, ja, ja. Que te me cruzas de acera.

—No creo. Hoy soy yo el que te envía una canción.

—¿Ah sí? ¿Y eso?

—La he escuchado y me ha recordado a ti.

—¿Cuál?



Clico en el enlace con una curiosidad de esas nerviosas que te hacen sonreír como un niño.

«Cada dos minutos cambio de opinión si me roza el corazón con el filo

de sus labios»... Cada dos minutos de Despistaos. Me encanta. La escucho atenta y cuando llego al estribillo me quedo perpleja y mi adrenalina se dispara, «cada dos minutos trato de olvidar todos los momentos que pasamos juntos, cada dos minutos una eternidad, cada dos minutos sin tocar tus manos».

La había escuchado más de cien veces, pero nunca le di sentido. Hoy sí. Hoy lo cobra todo, y es bonito y a la vez amargo, algo en mí se cortocircuita:

—Me encanta. Por qué te ha recordado a mí?

—Ja, ja, ja... necesitas que te lo explique? ¡Venga!

—No sé, qué quieres decirme? que cada dos minutos piensas una cosa de mí?

—Más o menos.

—Vale.

—Cómo que vale?

—Pues eso que vale.

—Estás bien?

—Cansada.

—Venga! Dime lo que sea pero no me digas vale.

—Pues que es un poco complicado esto, no? Si ninguno sabemos a dónde vamos y lo peor, a dónde queremos ir, qué coño estamos haciendo?

—No estamos haciendo nada.

—Pues quizás deberíamos hacer menos aún.

—Ok, te dejo. Chao.

Perpleja. Lo he espantado. Se acaba de salir del chat porque no me aparece como activo. Alucino. Una ola de mala leche me cae encima de la cabeza y me empapa entera. ¿De qué va este tío? ¡Anda y que le den! ¡Paso! ¡Se acabó! No estoy yo para tantos quebraderos de cabeza. Edu has pasado a la historia.

Se me ha disparado tanto el sistema autónomo que voy a salir a correr para desfogarme. Esto o rompo la vajilla de casa.



Intento pasar desapercibida al regresar a casa pero mi gozo en un pozo, Rodrigo está tirando la basura y me ve.

—¡Hola, preciosa!

—Hola —respondo, tan bajito que me extraña que me haya oído.

—¿Buena carrera?

—Sí, no se ha dado mal. Lo necesitaba.

—Haces bien, el deporte relaja.

Omito responderle que sí, que mucho más que violar y pegar a tu mujer, pero algo me debe notar en la cara.

—¿Estás bien?

—Cansada, solo eso. Me voy, ya hablamos.

Lo dejo con la palabra en la boca y corro a mi puerta. Otra vez tengo el corazón disparado, a este paso no llego a los treinta.

Cuando por fin me ducho y ceno una cremita de calabaza, receta de mi abuela, que tenía en el congelador me siento en el sillón dispuesta a comenzar *Heridas abiertas* en HBO un nuevo mensaje me despista. ¿Será Edu?

—Cada dos minutos he mirado el móvil por si me escribías y cada dos minutos quería hacerlo yo. No te enfades conmigo. Prometimos sinceridad.

Sonrío y mi cuerpo se destensa, quería engañarme a mí misma, desde la anterior conversación estaba que echaba chispas y me había prohibido mirar el teléfono, pero no he dejado de pensar en él ni un segundo. Le respondo.

—Edu...

—Estrella... cada dos minutos.

—O cada menos, lo reconozco.

—Ja, ja, ja... descansa, brava. No pienso dejarte.

—Pues antes lo ha parecido.

—Era una estratagema para ti y para mí. Para saber qué nos pasa.

—¿Tú has sacado algo en claro?

—Puede, pero cada dos minutos cambio de opinión.

—¡Te ha dado fuerte con la canción!

—No lo sabes bien, es como un mosquito en mi cabeza. No voy a poder dormir.

—Cada dos minutos te despertarás.

—Ja, ja, ja.

—Pasa resto de buena semana, Edu, y prepárate para el fin de semana con Clara.

—Te echaremos de menos.

—Cada dos minutos.

—De nuevo, ja, ja, ja. Hablamos, preciosa.

—Chao.

Y aunque reconozco que estaría todo la noche mensajeándome con él lo dejo porque esto no me lleva más que a liarme el entendimiento y bastante tengo yo ya.

Capítulo 11

El dorado

Edu

—Hoy jueves y mañana harás una toma de contacto con el hospital. Tienes que ir conociendo a la gente y que no parezca que eres recién llegado —me dicta Christian con su seguridad característica, que yo llamaría desparpajo a lo alemán.

—¿Crees que en dos días lo conseguiré? —le pregunto con sarcasmo, para que entienda que esto es hartó complicado.

—Has de hacerlo, no tenemos más tiempo. —Percibe mi ansiedad—. Tú relaciónate, habla con todos, lo importante es que nunca dentro de esa habitación alguien diga que eres nuevo.

—¿Y que todos crean que soy enfermero?

—Eso también, pero tienes los conocimientos básicos.

—Ya lo dudo...

—Te noto inseguro y eso solo te va a bloquear.

—Soy realista, Christian, no se es enfermero en dos días, la gente estudia una carrera de cuatro años.

—Obvio, por eso tus tareas van a ser pocas. El ginecólogo está al corriente de todo y Alexis te echará una mano. Tu tapadera es que eres un liberado sindical que se ha reenganchado y está un poco perdido, por eso Alexis te ayudará los primeros días sin que a nadie le extrañe...

Desconecto. Reconozco que estoy más nervioso que en mi anterior trabajo y eso que tuve que engañar a mi hermano y a Luna, pero es que esto... Siempre me han inspirado mucho respeto las personas que trabajan en hospitales porque cuidan de lo más esencial que existe: nuestra vida. Hacerme pasar por uno de ellos y entender que una equivocación puede poner en riesgo la salud de alguien me da escalofríos.

—Edu... ¿estás bien? —Me da un toque en el hombro Christian, que

sirve para apartarme de mis propios pensamientos agoreros.

—Sí, sí, perdona.

—Confiamos en ti, Edu, de verdad que sí, y yo más, sé que si alguien puede lograrlo eres tú. Tienes que averiguar qué se cuece y tenemos poco tiempo.

—Lo sé, lo sé...

—A ella la traerán el lunes.

—Perfecto.

—Serás su enfermero, tienes que ganarte su confianza como sea, le caes bien a las mujeres.

—Lo intentaré.

—Tienes don de gentes, Edu, por eso hemos apostado por ti.

—Gracias. Yo haré todo lo posible, os lo prometo.

Christian por fin me mira algo más relajado. Es alguien sobrenatural, de las personas más inteligentes que conozco, con una capacidad para empatizar brutal, aunque sus respuestas te las da desde el hombre con traje, siempre acierta. Nada más verme ha captado todo lo que me bullía por dentro. Creo que lleva toda la vida en el CNI. De puertas para fuera, es ingeniero industrial, su verdadera carrera. Tiene unos cincuenta años, casado con dos hijas y sé poco más de él, sí, bueno, que es mi toma de tierra, es decir, el único con el que mantengo contacto y que me da instrucciones y aunque no debería, me cae muy bien y lo considero un amigo, encubierto, pero amigo. Yo soy un mero soldadito, quién esté por encima de Christian ni lo sé, ni me ha de importar.

Nos despedimos y salgo del coche. Estábamos aparcados en el *parking* del hospital. Me cuelgo mi mochila al hombro, miro al cielo, tomo aire hondo y doy mi primer paso a mi «nuevo puesto de trabajo»... Sálveme la Virgen.



—El caso es que me sueñas y no caigo —me sonrío Alejandra, la supervisora. Una mujer increíblemente hermosa y no suelo hablar así, pero es que es la verdad. Es una pelirroja de vértigo, con un cuerpo escultural y una mirada profunda y dulce, tan angelical que es hermosa, pero no está buena, no sé si me explico.

—Pues no sé —miento—... tú a mí no. —Joder, la primera en la frente.

Lo sé todo de ella, hasta lo que no me gustaría conocer. Es la arrendadora del estudio donde vive Estrella. Caí en la cuenta cuando me estudiaba a los trabajadores del servicio de ginecología y vi con quién estaba emparejada. Esa misma noche fue cuando Estrella acudió a mi casa y me habló de la terrible escena vivida en su casa, por eso he de evitar que Alejandra sepa quién soy para que no aten cabos. Ignoro qué le ha hablado de mí a su amiga, pero desde luego sí que ha visto alguna foto porque si le suena es por algo. Espero que esto no eche por tierra todo mi trabajo.

—¿Cómo te has visto el primer día? —me pregunta.

—Bien, vamos bien. Nunca había trabajado en ginecología y el tiempo en el sindicato me ha vaciado la poca práctica que tenía.

—No exageres. Aquí vas a estar bien, Diego. —Sí, me he cambiado el nombre—. Y si te puedo ayudar en algo...

—Pues sí, mira, me ha dicho Alexis que en un rato van a hacer una cesárea, aunque ya se ha acabado mi turno, puedo quedarme y colarme en el quirófano para verla.

Alejandra me escucha atenta y cuando termino sonrío:

—Por supuesto, ahora hablo con Rodrigo y le digo que te explique todo lo que vaya haciendo. Me gusta tu interés, Diego, necesitamos a gente así... te reconozco que cuando me dijeron que venía un liberado sindical tuve mis dudas, pero te he estado observando y no has parado de preguntar y trabajar toda la mañana. Se te ve con ganas y eso me complace.

—Gracias. Echaba de menos ser enfermero, aunque estoy muy verde y no me gusta sentirme así.

Ella me sonrío en silencio y me repasa, de pies a cabeza y creo que le gusta lo que ve porque en sus ojos leo aprobación.

—¿Alejandra, puedes venir un momento? —la llama un médico.

—Te dejo que me reclaman. Aprovecha para comer y en unos treinta minutos ve al quirófano dos, allí está programada la cesárea. Yo hablo con Rodrigo, el ginecólogo que la va a practicar. Luego te lo presento.

Mañana superada y no ha sido para tanto. Me he pegado a Alexis como un lechoncito a su mamá y la verdad es que he aprendido bastante y creo que puedo hacerlo, sobre todo sin matar a nadie. De todas las formas con la excusa de que estoy muy verde todo el mundo me ayuda y puedo preguntar cualquier

cosa.

He administrado medicación intravenosa, sacado sangre a dos mujeres y le he explicado a una madre cómo colocar al bebé bien para que la lactancia sea un éxito. ¿Quién me ha visto y quién me ve? La verdad sea dicha, no había estudiado tanto en mi vida y ahora sé más del aparato genital femenino que muchas mujeres. Ya me parecía apasionante pero después de mi atracón de apuntes, es todo un universo.

Me dirijo al quirófano yo solo. Alexis se tenía que ir, pero voy tranquilo. Aunque no han tenido tiempo de presentarnos sé que Rodrigo sabe quién soy y yo quien es él... pero eso voy a tener que olvidarlo por el momento.

Alejandra me está esperando en la puerta junto a su marido. Al verme me sonrío y me pide que me acerque.

—Aquí está nuestro nuevo enfermero. Rodrigo, te presento a Diego, espero que le expliques todo lo que puedas, está deseoso de aprender. Te dejo en buenas manos, compañero, Rodrigo es el mejor ginecólogo del hospital.

—Bienvenido, Diego, haré lo que pueda y eso no es verdad, Alejandra no es neutral conmigo. —Le doy la mano que me tiende.

Ambos se miran con complicidad y se ríen.

—He de añadir que es mi pareja... pero lo que te he dicho es verdad, es el mejor ginecólogo que conozco.

Hago que me sorprenda y les digo que hacen buena pareja, sin embargo, en mi cabeza no dejo de escuchar la historia que me contó Estrella. Que el mundo es un pañuelo ya lo sabía pero que yo tenga que trabajar con uno de sus mocos ya me jode.

Alejandra se va y nos quedamos el famoso Rodrigo y yo frente a frente.

—Hola, Diego, sabía que venías hoy pero no he podido acercarme a saludarte.

—No te preocupes, Alexis me ha estado ayudando.

—Es un buen tío y muy buen enfermero, vas a aprender lo imprescindible con él. De todas formas, tú siempre trabajarás conmigo, no te preocupes, yo te ayudo. Menudo *embolao* en el que te han metido tus jefes.

—Ya te digo... —Elevo las cejas asintiendo. Este tío es muy majo, ¿no? No le pinta nada ser un maltratador. Claro que no va a llevar un cartel, pero es que por su forma de hablar y actuar nadie lo diría. Tiene muy buena planta, a

lo Poldark, y desprende seguridad—. Esta misión ha salido en cuestión de días, no les ha dado tiempo de buscar un enfermero de verdad.

—Ya me imagino. Os admiro, de verdad que sí. Tienes todo mi apoyo, Diego. Pídeme lo que quieras.

—Lo mismo digo. De momento, explícame todo lo que puedas.

Rodrigo sonrío con algo de malicia...

—Pues vayamos a lavarnos, hoy me asistirás tú en la cesárea.

—¿Que, qué?

Capítulo 12

Malo

Estrella

Hemos pasado un sábado fantástico de compras Iris, Sol y yo. Incluso les he llevado a la comisaría para que conocieran mi lugar de trabajo. La cara de Iris era un verdadero poema. Una pena que no puedan quedarse esta noche y rematarlo con una buena cena pero han de irse porque mañana mi sobrina tiene un cumpleaños al que no quiere faltar.

Las echaba de menos. Iris cada vez está más mayor y más divertida, y Sol, ella es como una madre joven para mí. Es mi excuñada pero la conozco desde que era una adolescente y a medida que he ido creciendo nos hemos acercado más hasta hacernos amigas. Antes, cuando estaba loca perdida, me trataba como a una hija. Ya no. Sol me escucha y me da consejos, porque ella es muy de darlos, pero de igual a igual, yo sé que ya no me ve como a esa adulta en eterna edad del pavo.

—Bueno, mi niña, me ha encantado verte, estás fantástica.

—Y tú, desde que te has lanzado a la vida sana se te ve fenomenal.

—Sí, tu hermano me obligaba a freír y a freír, pero desde que no estoy con él y cocino lo que yo quiero mi cuerpo me lo agradece.

—Ahora falta que alguien lo aprecie de cerca—le guiño un ojo.

Sol se ríe.

—Calla, calla... no estoy yo para meneos.

—Pues yo creo que sí, aunque no con cualquiera, en eso te doy la razón. A ver si tu policía vuelve y se da cuenta de todo lo que vales.

—Pues no estaría mal... Pero ni es mi policía ni yo valgo tanto.

—Déjame que te contradiga.

—¡Mamá, vamos! —la regaña Iris desde el asiento del copiloto—. Se va a hacer de noche.

—Venga, me voy que esta se pone nerviosa. Te quiero mucho Estrella —

me abraza—. Cuídate.

Las veo alejarse y pienso en lo tonta que soy porque me siento incapaz de responderle que yo también la quiero, pero es que nunca se me han dado bien estas muestras de cariño. Soy algo torpe y fría para expresar los sentimientos, muy al estilo policía. Cada vez me doy más cuenta de que esta es mi vocación, muchos de los que me rodean son muy afines.

Voy hacia mi casa pensando en dónde guardar toda la ropa que me he comprado cuando siento unos golpecitos en mi hombro y escucho un tímido «hola».

Me giro y me encuentro con Alejandra, desde «aquello» no la había vuelto a ver.

Me quedo petrificada observándola unos segundos y veo como ella me mira avergonzada. Sus ojos descongelan mis emociones y, como debería haber hecho hace días, me lanzo a abrazarla con fuerza.



—Lamento que presenciaras eso...

—Lo que yo lamento es que lo presencias tú, Alejandra... tienes que pararlo.

Llevamos más de dos horas hablando en mi casa. Rodrigo está de guardia y ella ha aprovechado para venir a hablar conmigo. Me ha contado todo. Que él no siempre es así, que va por rachas, pero que lleva unos meses que cada vez se repite más y más y no sabe qué hacer. Lo malo es que ella no reconoce que es maltrato, Alejandra no se siente una mujer maltratada, porque dice que Rodrigo solo se porta así en momentos puntuales y cuando quiere sexo apasionado para desfogarse, que en la cotidianidad es amable y bueno con ella, que nunca la humilla y ensalza todo lo que hace.

—Lo he hablado con él y me ha prometido que no se va a repetir.

—¿Y tú lo crees? ¿De verdad?

—No.

—¿Y entonces?

—No sé, Estrella, es que me gustaba mi vida, lo amaba con locura y lo amo excepto cuando me trata así. Es como que prefiero olvidarlo, no me veo con fuerzas de dejarlo y sé que él me quiere mucho y le haría polvo.

—No te das cuenta de que ese es su juego, Alejandra. Si te quisiera no te violaría.

—No me viola —salta a la defensiva—. Estamos juntos.

—Por favor, Alejandra, no te hagas la tonta...

Ella se calla y se levanta para coger agua de la nevera.

—¿Pedimos algo de cenar?

—Sí, como tú quieras.

—¿Voy a por un buen vino a casa?

—Me parece bien.

No presiono más, leo en sus ojos que no desea seguir hablando del tema, bastante valiente ha sido ya. De todas formas no había mucho más que rascar, ella ya se había puesto en modo escudo con él y todo lo que yo le dijera iba a servir para que ella me lo contrarrestara con excusas.



Una botella de vino después estamos viendo la cuarta temporada de *Las chicas del cable*. Nos hemos reído, llorado y sincerado. No la he querido forzar más. Ella verá. Sé que poco a poco caerá en la verdad, y yo la ayudaré, pero Roma no se construyó en un día. Yo le he contado mi noche con Edu y el baile de dudas en el que nos hemos sumergido esta semana. Las dos pensamos que el beso fue un error, ninguno de los dos está preparado y es por eso que no sabemos cómo darle nombre a la relación. Estos últimos días, en los que no he tenido noticias tuyas, he vivido mucho más tranquila y relajada. Edu me hace bien aunque también me descoloca y yo lo que necesito ahora en mi vida es saber por dónde camino, nada de desorden. ¡Cuánto he cambiado! Antes era un piojo loco de melena en melena y ahora, que me han echado loción antipipis, estoy como invernando. ¿Volveré a ser la de antes? ¿Sigo aquí? Me recuerda a una canción. La busco:



Alejandra al principio me mira sorprendida por mi arrebató, pero en

seguida atiende el vídeo en silencio conmigo. Me abstraigo tanto que cuando me quiero dar cuenta Miriam Rodríguez ya ha acabado su *Hay algo en mí* y yo estoy llorando y Alejandra también.

—Al principio me gustaba... él llegaba, me buscaba y eso me hacía sentir poderosa porque era a donde acudía para calmarse. Yo era su fin del día, su medicina, mi cuerpo le ofrecía la salvación de sus fantasmas. Lo amaba, Estrella, y daba mi vida por él.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no. Poco a poco empezó a insultarme, a decirme que no valgo nada, a meterse conmigo por mi trabajo. —Se toma una pausa para enjuagarse las lágrimas que se han comenzado a precipitar sin permiso, ansiosas por emerger del rincón donde mi amiga las había obligado a esconderse—. Pensé que eso lo excitaba y lo dejé pasar, lo del otro día... ahora me hace daño, yo no disfruto y él lo sabe, no sé si es violación, Estrella, pero no quiero que vuelva a pasar y para eso tengo que huir de él, aunque no sé cómo hacerlo — lo expresa con tanto dolor que se me retuerce el alma.

—¿Y por qué no lo dejas y punto?

—Él no... no me dejará marchar nunca.

—Eso ya lo veremos —le respondo firme.

Capítulo 13

Cuidándote

Edu

—¿Cuánto te quiere papá?

—Así. —Abre los brazos de lado a lado y yo no puedo más que comérmela a besos.

Llevamos todo el fin de semana juntos. Clara ya tiene veinte meses y la jodía se hace entender, yo me deshago cada vez que baila o que me llama papá. Una niña de veinte meses se ha convertido en la mujer de mi vida y creo que va a ser difícil sacarla del *ranking*.

Ayer aproveché para desconectar y cargar las pilas. Mañana empezaré la semana en el hospital como si fuera un enfermero de verdad. Los dos días que he pasado allí me han servido para quitarme el miedo y creo que sí que podré hacerlo. Estoy más animado que antes y por eso estos dos días con Clara he pasado de estudiar, quiero disfrutarla a tope.

Suena el timbre de la casa. Instalé uno en el huerto por si alguien me llamaba. Cojo a Clara en brazos y voy a abrir. No esperaba visitas y camino desnudo de cintura para arriba aunque hace un poco de fresco, pero me daba el sol y siempre me ha encantado la sensación de los rayos tocando mi piel, soy como un girasol sediento. Cruzo el salón cantando «había una vez un barquito chiquitito» con Clara, y cuando abro la puerta me encuentro con una persona que no imaginaba. Creo que es la mujer más guapa que he conocido jamás y que si no fuese quien es no dudaría en lanzarle la caña sin tanto rodeo. La advierto angustiada.

—¿Qué pasa, Estrella?

—Necesito tu ayuda, Edu.

—Pasa, pasa...

La encuentro algo inquieta, pero mucho menos agobiada que la última vez. Las visitas intempestivas de Estrella comienzan a ser rutina.

Estrella me quita a Clara de los brazos y se lleva un tiempo dándole besos y arrumacos, mientras yo contemplo la escena más que embobado, hipnotizado. Por mucho que me autoconvenza en la distancia de que no es para mí, cuando la tengo cerca mis cimientos de restricción tiemblan más que las cuerdas de una guitarra en un tablao flamenco.

Estrella es... mejor no ahondar. Clara se baja de sus brazos y corre a su habitación a enseñarle su nueva muñeca: la pelos.

—¿Qué ocurre? —le pregunto con la garganta un poco seca. No me la esperaba. Ella se da cuenta y me sonrío.

—¿Abres siempre así la puerta?

—¿Así, cómo?

—A lo *Pasión de gavilanes*. —Me guiña un ojo.

—Si la que llama se lo merece sí.

—¿Y suelen merecerlo muchas?

—Últimamente, no.

—¿Es un cumplido?

—Tómalo como quieras.

—¡Vaya!

—¿Qué?

—Me había hecho ilusiones. —Pone morritos.

—¿De qué?

—De que al ver que era yo te has quitado la camisa corriendo para impresionarme.

—¿Y te he impresionado? —Me acerco, más bien me acerca mi independiente testosterona que se está viniendo muy arriba en la conversación.

—¿Te la has quitado? —Da un paso, ella también de forma que nos separa un suspiro.

Ninguno responde verbalmente. Sin embargo, entre nuestras pupilas se levanta una conversación tan cargada de contenido que no hay palabras en el mundo para describirla. Hay síes, noes, ganas, miedos, pasado, futuro...

Mis manos viajan a su preciosa cara que hoy se ve más libre porque lleva su alocada melena recogida con unas horquillas y, sin más, beso su frente y me quedo ahí, disfrutando de su piel, de su aroma y de mí, porque ahora reconozco que solo con Estrella siento que vuelvo a estar vivo. ¡Joder!

Ella me rodea con sus manos y las posa en mi espalda, a la altura de mi cintura. Es fantástico sentirse así.

—Te he echado de menos, brava —susurran mis cuerdas vocales.

—Yo también —bisbisea tímida—, ahora lo sé.

Intento separarme para hablar con ella, pero Estrella me lo impide.

—No, espera, déjame un poco más, estás tan cachas...

Los dos estallamos en una carcajada que nos separa. Justo llega mi pequeña con su muñeca reclamando nuestra atención y la escena anterior, tristemente, se esfuma para pertenecer al pasado.



—¿Y cómo puedo ayudarte yo? —le pregunto más que intrigado.

—¿Cómo? Tú ya has desaparecido una vez, Edu. Todos creímos que... —se interrumpe y me mira tímida.

La silencio. Odio esa etapa de mi vida. Lo que hice fue una canallada, el peor error de mi vida.

—No me gusta recordar aquello, Estrella —le explico.

—¿No? —Se extraña—. Nunca lo hemos hablado, ¿por qué lo hiciste? Mi hermana dice que te obligaron.

—En parte sí, pero nadie me puso un cuchillo en el cuello. Estaba un poco perdido en esa época, Estrella. —Doy un trago a mi copa de vino—. Lo de Luna me había descolocado, venía de una relación larga, mi ex me había dejado por un trabajo en EE. UU. y yo creía que ella había sido la mujer de mi vida, de pronto aparece Luna y siento una atracción increíble, pero sé que ella está enamorada de mi hermano... todo me daba un poco igual, ¿me explico? Pasaba por la vida para divertirme, sin pensar en consecuencias y cuando me ofrecieron desaparecer del mapa pues acepté, sin darle la importancia que debía haberle dado. Lo que les hice a los dos... no sé cómo me perdonaron.

—Porque te quieren —lo dice tan amable sin dejar de mirarme que creo que estoy ruborizándome.

—Pues no lo entiendo, les debo tanto —respondo—... estoy tan avergonzado de aquello que es probable que por eso me haya alejado.

Estrella escudriña en mis ojos. Se toma un tiempo en el que yo aprovecho para adentrarme en los suyos y en unas pequeñas arruguitas que rasgan la

unión de sus párpados.

—¿Me estás diciendo que por eso le diste carta libre a Eneko? —Suenas a entrevistadora que ha conseguido un titular—. ¿Para ganarte su perdón, que por eso te has descolgado de Luna?

—No sé lo que te estoy diciendo, pero puede ser —admito.

—¿Sigues enamorado de Luna, Edu? A mí puedes decírmelo... —Estrella toca mi brazo y desciende por él hasta agarrarme una mano con fuerza.

¿Soy sincero?

—Ella siempre será parte de mí, es la madre de mi hija. No sé si es amor lo que siento por ella. Lo que sí sé es que es una de las mujeres que más admiro y que cuando ella está cerca solo me apetece besarla. La atracción entre nosotros es de otro mundo.

Dicho queda. Igual me he pasado.

—Gracias por ser tan sincero conmigo...

—Espero que esto se quede aquí.

—Tranquilo, no le diré nada. Mi hermana cree que tú ya no sientes nada por ella.

—No creo, ella es muy lista, lo que sabe es que puse broche final y nunca más voy a tocarla, pero porque no me lo permito, no porque no lo desee.

—¿Estás jodido, eh? —sonríe.

—Contigo aquí, no. Tú...

—¿Yo? —Duda— ¿Yo qué?

—¿De verdad quieres oírlo?

—No lo sé...

—Mejor hablemos de tu vecina, Estrella, ¿OK? —Cambio de tercio porque no nos va a llevar a nada más que a confundirnos más— ¿Qué puedo hacer por ella yo?

—Ayudarme a hacerla desaparecer.

—¿Está decidida?

—Sí.

—Veré qué puedo hacer, solo te pido que no le digas que yo te ayudo, quiero ser anónimo, que no sepa que existo. —Estrella no sabe que yo ya conozco a su vecina y no quiero que ate cabos y sepa donde me he infiltrado, así me protejo.

—Vale, perfecto. —Se levanta.

—Quédate hoy con nosotros. —La tomo de una mano. No me esperaba este cambio de escena.

—No puedo Edu, tengo mucho trabajo atrasado.

—Es domingo, hay que descansar.

—Edu, es mejor que me vaya, en serio. —Se ha molestado, en su tono de voz ya no hay esa chispa de antes. Y lo peor es que yo tengo la culpa. ¿A quién se le ocurre decir que sigues pillado por la hermana de la mujer que te gusta? He de aclarárselo.

—¿Por qué es mejor? —le pregunto para reintroducir el tema.

—Porque sí —contesta nerviosa.

—¿Qué pasa, Estrella?

—Nada, Edu, pero quiero irme a casa, es mejor así.

Veo como va al perchero de la entrada y se pone el abrigo. Sé lo que le sucede. Creo que será mejor darle espacio y que asimile mi confesión.

—Tú me has preguntado, Estrella —le digo desde la distancia.

—Vamos hablando, dale un beso a Clara de mi parte cuando despierte. —
Abre la puerta y se va. Me quedo solo... y escuece.

Capítulo 14

Él no soy yo

Estrella

Ha terminado mi jornada en la comisaría. Mientras me quito el uniforme y lo deajo en la taquilla pienso que ya le voy pillando el truco a extranjería y, aunque está bien aprender, a mí tanto trámite no me agrada en demasía. Creo que voy a ser un agente más de calle, por lo menos al principio, si algo he aprendido en la vida es que de todo se harta uno, hasta de las pizzas.

He visto los horarios en la web de la escuela de teatro de Max y su compañero Enrique y empiezan la semana que viene, pero al llamar, el socio me lo ha cogido y he quedado con él ahora. Espero descubrir algo nuevo en este caso porque reconozco que ando un poco perdida y Reyes está siendo bastante pesadita. Cometí el error de darle mi teléfono y ya he recibido varios mensajes aparentemente casuales para luego indagar si he averiguado algo. La conversación indirecta siempre me ha molestado en la gente, que no vayan al grano cuando es del todo evidente el interés por el que se comunican contigo.

Como me acerqué el otro día sé donde está localizada la academia y no tardo en llegar. La orientación no es lo mío y aunque Ávila no es muy grande yo me sigo perdiendo, soy como un GPS sin batería.

La puerta está abierta de par en par. Están pintando dentro. No veo a nadie en lo que se supone que será la recepción, por lo tanto entro:

—¡Hola! —saludo al aire.

—Sí, pasa, ahora salgo. —Escucho una voz extraviada en alguna de las salas. Segundos después aparece ante mí el propietario, con una sonrisa tan bonita que me olvido de respirar y mis ojos de pestañear—. ¿Eres Estrella?

Afirma mi cuello, el resto de mi ser está intentando encontrar una explicación a por qué este hombre provoca tal estupor en mí, como si él fuera miel recién recolectada y yo Winnie de Pooh. Me tiende la mano y se la doy deseando testarle. Su piel es suave como la de una cartera de piel.

—Cuéntame, Estrella, ¿qué puedo hacer por ti?

Pienso en que podía arrancarme la camisa de cuadros que llevo hoy por vestido, amarrarme a su cintura y empotrarme a la pared recién pintada y acabar los dos cubiertos de besos, de sexo y pintura. ¿Me estaré intoxicando?

—Soy policía —digo un poco trastabillada.

—Me parece muy bien. Pues solo me queda decirte que contigo la policía ha ganado, eres preciosa.

No sonrío. El sí y es... acojonante. Debe rondar los cuarenta. Sus ojos azules como un mar de Ibiza y el pelo rubio le confieren un aire irlandés. Su mandíbula cuadrada y masculina y los labios aunque se ven finos apetecen, por lo menos a mí, una mujer que se creía dormida hace unas semanas. ¿Seré yo Blancanieves y él el príncipe?

—¿Eres Enrique? ¿El dueño?

—Soy el dueño y el que está pintando, las dos cosas, me encanta trabajar con las manos.

Pillo la indirecta de las manos, si este hombre fuera un perfume se llamaría «morbo».

—¿Te puedo hacer unas preguntas? —intento redirigir a mi cabeza a que me lleve al lugar donde debo estar y por lo que he venido.

—Por supuesto.

«¿Eres gay?». «¿Estás casado?». Lo omito.

—¿Tienes un socio, verdad?

—Sí, yo no podría montar esto solo —sonríe a medias.

—¿Cómo se llama tu socio?

—¿Mi socio? Max León, es un amigo.

—¿Es este? —Tenía preparada una foto en mi móvil y se la enseño.

—El mismo —responde e intuyo algo de susto.

—¿Y puedo hablar con él?

—¿Por qué? Si necesitas alguna licencia o algo, lo tengo todo yo. Soy quien se encarga del papeleo. —Me sonrío de nuevo y las neuronas que conectan con mi laringe se quedan extasiadas y bloqueadas. No me sale nada. Algo desde hace meses ausente crece en mí, mi espalda se irgue, llevo una mano a mi pelo y juego con él, mis ojos se alargan y humedezco mis labios. ¡Oh, Dios mío! ¡Estoy intentado seducirlo!... Eh, muy bien, pero ¡stop! ¡Para!

Estás trabajando.

—¿Podemos salir fuera? Creo que el olor de la pintura me está afectando —emito con voz dulce, el mismo tono que usaba antes cuando quería temita.

—¡Aysss, sí, perdona! ¡Qué desconsiderado! Yo ya me he acostumbrado al olor.

—No te preocupes. —Me giro y antes de comenzar a andar siento su mano posarse en mi baja espalda para acompañarme a la puerta. Mi estómago ha dado un vuelco y creo que se ha desplazado a mi región lumbar para sentir el tacto de su piel. Lo prometo.

Cuando estamos fuera echo de menos no fumar, porque sería el momento perfecto para suavizar y ahumar el ambiente y saber dónde meter las manos, ¿soy la única a la que le pasa que cuando está nerviosa no sabe qué hacer con ellas y parece que fueran unos anexos nuevos de mi cuerpo?

—Te cuento: necesito hablar con Max en persona, lo han denunciado. No tiene nada que ver con este negocio, tranquilo.

Enrique hace una impactada mueca que se aleja del absurdo estar tranquilo que le he recomendado. Es probable que me haya pasado de franca, he metido quinta nada más quitar el freno de mano. Asumo mi error. Una cosa es que odie la verborrea innecesaria y otra es que sea más concreta que una crema anti acné y vaya directa y, únicamente, al grano.

—Pues yo solo te puedo decir que Max está de viaje —dice cuando se recompone.

—¿Sí? ¿Justo ahora? —Señalo su negocio.

—Sí, se fue hace tres semanas, en teoría regresa el miércoles.

—¿En teoría?

—Sí, desde que se fue no hemos hablado. Me imagino que no habrá cambio de planes —responde con naturalidad.

—¿Con todo lo de la academia en marcha? —Me extraño.

—No, bueno, he intentado ponerme en contacto, pero no me ha devuelto las llamadas, de todas formas le dije que no se preocupara. Él va a ser el encargado de la formación, yo soy el que se va a ocupar de temas administrativos y de poner en funcionamiento la escuela.

—¿Pero llevas tres semanas sin saber de él?

—Sí, eso es.

—¿Y no te parece raro?

—No, me dijo que no haría mucho caso al móvil, que suele desconectar de todo cuando va a Cuba. —Enrique carraspea y mueve su pelo elegantemente con una mano—. ¿Se puede saber por qué lo han denunciado? Max es muy buen tío.

—No, lo siento. ¿Me puedes dar su teléfono?

—¿No lo tienes? Pensé que la policía guarda todos nuestros datos.

—Sí, pero quiero cotejarlo. He llamado varias veces a un número y nadie me responde.

Enrique saca su teléfono y me dicta un número, que es efectivamente el que me dio Reyes.

—¿Y no tiene otro?

—No, que yo sepa.

—¿Sabes a qué iba a Cuba?

—Sinceramente, no.

—¿Tiene familia allí?

—Sus padres murieron, tiene una hermana, a pesar de la distancia están bastante unidos, pero sé poco más. Max habla poco de su vida allí.

—¿Habéis invertido mucho en este negocio?

—Mucho es relativo, aunque si lo que preguntas es si vamos a partes iguales, sí, los dos hemos invertido lo mismo.

—¿Y me podrías decir la cantidad?

Lo contemplo y deduzco que no sabe qué hacer.

—¡Qué más da! No tenemos nada que ocultar. Todavía no está la cifra cerrada, pero rondarán los sesenta mil euros, treinta mil cada uno.

Eso dista la mitad de la cifra que alega Reyes.

—Necesito hablar con Max...

—Ya, lo entiendo, pero yo no te puedo ayudar, lo único que cuando lo vea le diga que lo estás buscando.

—Sería perfecto. Gracias, Enrique.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

—No, eso era todo.

—Pues ahora te invito a un café.

Me pilla por sorpresa, tanto que le digo que sí. La antigua Estrella hace

acto de presencia.



La velada, sí, la velada, se nos ha alargado el café, está siendo muy divertida. No hay de qué extrañarse, esto lo hacía antes sin reparar en nada, pero ahora hay como un Pepito Grillo constante en mi cabeza que me prohíbe soltarme la melena. El caso es que hoy mi pequeño insecto mental se ha ido de puente o me ha dado carta libre con Enrique, porque no lo he oído ni una vez y es de agradecer... no sabes cuánto.

Es como volver en mí, cuando me fiaba de la gente, cuando me vestía como me daba la gana sin pensar en si era demasiado provocativo o cuando paseaba por la calle sin escuchar preocupada si los pasos del de atrás estaban demasiado cerca. Cuando era Estrella a secas, no la chica a la que la violó su profesor. Enrique eso no lo sabe, él ve en mí solo a una mujer atractiva a la que llevarse a la cama y eso quizás es lo que me esté permitiendo pisar con tacones por mis calles del recuerdo de lo que fui.

Me ha asegurado que él no es *gigolo*, que él siempre se ha dedicado a la publicidad y sigue en ello, esto de la academia es un nuevo proyecto que le presentó Max y aceptó. Habla con mucho cariño de él, como la camarera del hotel, ninguno entiende como alguien lo ha podido denunciar y a mí vuelve a extrañarme lo fácil que me está suponiendo obtener información de él cuando Reyes adujo lo contrario.

Le he preguntado si él ha llegado a conocer a alguna de las clientas de Max y me ha confirmado que a alguna y que a Reyes también, como él dice, la última. No he querido aclararle que la denuncia la ha puesto ella porque no quiero que avise a Max, me gustaría ver la reacción del desaparecido cuando lo encuentre y lo enfrente a ella.

El resto de la tarde noche hemos hablado de lo divino y lo humano y puedo decir que creo que he hecho un nuevo amigo en Ávila. Me cae tan bien que hasta le he dado mi teléfono y eso es algo que hace tiempo no hacía con un hombre.

Salimos del restaurante hindú en el que hemos cenado y Enrique me acompaña al coche. Vamos cogidos del brazo porque la verdad es que ha refrescado y parece como si este hombre y yo nos conociéramos de toda la

vida.

—Oye, Estrella, me ha faltado preguntarte algo...

—Dime. —Sonrío mientras saco las llaves de mi coche. Ya hemos llegado.

—¿Alguien te espera en casa?

Levanto la cabeza y lo miro, en una décima de segundo se me aparece una cara, la de Edu, pero se borra.

—No, ¿y a ti?

—No, a mí tampoco y no sabes cuánto me alegro porque no podría haber evitado pensar que eres la mujer más bonita con la que me he cruzado y me sentiría culpable.

—Puede que esa mujer que te aguardase fuese más guapa que yo.

—Probablemente no, porque después de conocerte has subido el listón a cifras everestsianas.

—Ja, ja, ja. —Me río por la expresión—. Te lo acabas de inventar —Lo empujo—. Y no me halagues tanto, no hace falta, tú también me gustas. —Soy más sincera que cauta, pero esta era mi cotidianidad y como Pepito Grillo hoy se ha esfumado...

—Doy gracias a mis padres porque me hicieran visible a tus ojos. —Junta las manos y las orienta al cielo, como si estuviera rezando.

—No te me pongas en plan poeta que me estomagan las rimas.

Los dos reímos y aquello nos repara una cercanía más personal que amistosa en la que yo me quedo quieta, pero observo como él la irrumpe y pega sus manos a ambos lados de mi cara y después posa sus labios sobre los míos.

Nos besamos, primero lento, tanteándonos, y después el ímpetu de toda una tarde de tensión se hace el gerente de la situación y pierdo, literalmente, el control. Pero se termina y nos contemplamos arrebolados a los ojos.

—Dime que te voy a volver a ver —susurra.

—Tienes mi teléfono.

Me monto en el coche, arranco y me voy.

Dos semáforos después tengo que abrir la puerta del coche intempestivamente para vomitar.

Llego a casa cinco minutos después. Miro mi móvil, ha estado sonando

mientras conducía. Algo me decía que era él... leo el mensaje.

—¿Cómo estás, Brava? Mañana comienzo mi nueva misión, estoy acojonado. ¿Me envías una de tus canciones para infundirme ánimo?

Suena en la radio y la busco. Se la envío sin pensarlo mucho.

Él no soy yo de Blas Cantó.



—Mucha suerte mañana.

Apago el teléfono porque acabo de recibir un mensaje de buenas noches de un número desconocido para mi teléfono, no para mí, me acabo de besar con él.

Capítulo 15

Calle la Pantomima

Edu

—Bueno, pues ya sabes, si quieres algo llama al timbre y pregunta por mí... y siento que estas sean tus circunstancias —añado intentando acercarme a ella.

—Gracias —me responde desganada.

—Creo que en un rato vendrá el ginecólogo para hacerte una ecografía.

—Eso espero, gracias. —Se calla y mira por la ventana, que aunque tiene los cristales opacos, sí que permiten el paso de la luz. Poco a poco, Edu, en un momento no me voy a hacer su amigo.

Salgo de la habitación de Tanya, la razón de que yo esté aquí infiltrado. A ver... es difícil de explicar, sobre todo de creer. Hace menos de un mes hubo una operación anticrimen organizado en Mallorca contra la red internacional llamada «el círculo». Su líder, Claudio Torres, alias el Mojito, logró escapar, no así, su actual y embarazada pareja: la modelo Tanya Montero.

«El círculo» es un cártel de origen colombiano que hace más de dos años opera también en Europa, sobre todo en España y en el Mediterráneo, no es de extrañar cuando un cuarenta por ciento de la droga que se vende en Europa entra por Algeciras. Europol ya dio la voz de alarma hace unos meses avisando de que se creía que uno de sus líderes residía en España y la Guardia Civil pidió ayuda al CNI para encontrarlo. Pues bien, lo hicieron, el Mojito se escondía en una mansión en Bendinat, Mallorca.

En la operación, que dirigió la Guardia Civil, se detuvo a dos personas, a Tanya, y al Torito, un primo del Mojito, que murió a las horas y de los que no se logró extraer nada de información, pero sí de otra operación que se efectuó a los días, gracias a los documentos que se encontraron en la mansión de Bendinat. En esta nueva redada, esta vez contra el grupo criminal «Aterra», una especie de franquicia de «el círculo» que reparte la droga en el sur de

Francia, se detuvo a uno de sus cabecillas y del que se consiguió sonsacar, no quiero saber cómo, que Tanya era más importante de lo que parecía. ¿Para qué?

Desde hace meses, corre un rumor que afirma que se espera un encuentro de redes criminales en Europa para poner en orden el reparto y no ponérselo más fácil a la Europol. Si entre ellos dejan de luchar ganarán anonimato. Se dice que el cabecilla de este encuentro es Claudio Torres, el Mojito, y el detenido en la operación contra la red «Aterra» aseguró que Tanya tenía los datos de este encuentro.

¿Y qué ha dicho ella tras contar con esto y ponerla muy muy nerviosa? Pues que es inocente y que en los últimos días escuchó algo al Mojito que la asustó y es que el nacimiento de su bebé sería la clave.

Es ahí donde todos los servicios de inteligencia se han vuelto locos pero no hay ninguna hipótesis confirmada. Cuando digo que locos, es que ni en una película de James Bond, le han llegado a extraer una analítica para conocer el test de ADN fetal por si escondía alguna clave...

Total, que se ha decidido ingresarla en un hospital pequeño, con un personal reducido, con la excusa de una amenaza de aborto para tenerla absolutamente vigilada. Yo voy a ser su enfermero, en teoría ajeno a todo esto, y he de convertirme en su amigo o por lo menos estar atento a cualquier movimiento. Es muy posible el riesgo de fuga, pero en la cárcel era aún mayor. Evidentemente, la habitación contará con dos policías custodiando día y noche la habitación y otros tres repartidos en el hospital, también en la entrada. Ellos ignoran quién soy yo, como todo el mundo, menos Alexis y Rodrigo, el resto de personal cree que soy el enfermero nuevo.

¿Qué se me pide? Que esté atento. Nada más. Es muy probable que todo sea un bulo originado para despistar, pero también que el Mojito va a hacer todo lo posible por rescatar a su pareja y futura madre de su hijo.

Como el hospital es conocedor del peligro ha decidido mermar las visitas, y se ha estimado (eso ya estaba pactado) que Alexis y yo seamos sus enfermeros y Rodrigo su ginecólogo, dos auxiliares y dos celadores de confianza y Alejandra serán, en principio, las pocas personas que entraremos en contacto con Tanya.

A mí se me ha liberado de todo lo demás, a cambio de hacer más turnos y

estar localizado. Me lo ha contado hoy Alejandra y yo me he tenido que hacer el sorprendido.

Alexis hará el papel del poli malo, se le ha pedido que establezca poca comunicación con la detenida, yo seré el bueno y quizás así consigamos algo. ¿Es o no una locura?

Voy a la máquina de café pero antes de llegar advierto de lejos a Alejandra y a Rodrigo. Se los ve algo serios, él habla, ella escucha. No me llamaría la atención si no supiera lo que sé por Estrella, prometo que Rodrigo parece un hombre de lo más normal.

Ella me ve y sonrío. No me queda otra que acercarme, reconozco que el asunto entre estos dos me da algo de pereza... Es demasiado turbio.

—¿Qué tal Diego? ¿Cómo te has tomado la noticia? —me pregunta mi supervisora—. ¿Ya la has digerido?

—Bueno... a mí siempre me pasan cosas raras —bromeo—. Lo bueno es que aprenderé poco a poco y lo malo es que nos vamos a pasar la vida aquí.

—Bueno, ya te he explicado que estaréis localizados y si algún día o Alexis o tú no podéis me quedaré yo. Por las noches, se os habilitará un cuarto para que podáis descansar... Te lo digo y a mí también me suena raro es como de serie, nunca nos había pasado algo igual.

—Seguro que algo aprendemos de esto —añade Rodrigo.

—Pues no sé, porque tampoco es que nos hayan contado mucho —continúa Alejandra—. Que es la mujer de un narco y poco más.

—¿Te parece poco? —le pregunta Rodrigo—. Con eso te puedes hacer una idea... no deberías haber aceptado hacerte cargo tú también —le reprende Rodrigo, después repara en mí—. Entiéndeme, Diego, es mi mujer y todo lo que pueda ponerle en peligro...

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Rodrigo eres un exagerado. Os dejo, tengo que terminar el almacén. Alejandra se va.

—Tengo un cabreo descomunal, se supone que nadie más iba a poder entrar en la habitación y no deberían haberle permitido el acceso a Alejandra. Ella no tiene ni idea de todo esto, joder —blasfema.

—Ya, bueno tú tranquilo, Alexis y yo estaremos continuamente.

—La conozco, Diego, se va a inmiscuir, es la persona más entrometida

que conozco, a ella no le valen las medias tintas y es curiosa por naturaleza.

—Tú tranquilo, para eso estoy aquí yo, haciendo lo que hago, Alejandra no correrá ningún peligro.

—¿Eres policía?

—No te puedo contar mucho de mí, Rodrigo, pero sí que desde luego estoy entrenado y es mejor que no hablemos de estas cosas aquí.

—Sí, perdona. Hoy estoy atascado, no me importaba ayudar en este caso, pero lo de Alejandra...

Rodrigo y yo poco después accedemos a la habitación de Tanya para hacerle una ecografía. Él la informa de que aunque el bebé está bien debe guardar reposo absoluto, el tratamiento más seguro para la placenta previa. Ella no se inmuta, apenas habla. Se parece a una lata a la que se le rompe el abre fácil, que tiene mucho que dar pero se lo guarda, eso es lo que intuyo con ella, que no nos piensa ofrecer ninguna emoción. Así funcionamos los humanos, pagamos con los inocentes nuestros propios fantasmas. Ella que a estas alturas ya debe saber que su príncipe con armadura de platino no es más que un narco de mierda, y ninguna madre querría eso para su hija, se revuelve y mira con desdén a los que deambulamos por el camino honrado, como si eso le otorgase el título de inatacable reina y a nosotros de frágiles lacayos. Si profundizáramos en la escena, si Freud se apareciese y la psicoanalizase, nos diría que es su mala conciencia que intenta ser salvada por la soberbia la que le hace comportarse así y no rendirse ante la ley y expiarse de sus pecados.

Hoy me toca quedarme aquí todo el día, por lo que más me vale armarme de paciencia. Christian me vendió una película distinta, las horas que voy a pasar en el hospital más me vale que me las paguen bien porque si no me van a nombrar el líder del género bobo sin necesidad de *casting*.

Capítulo 16

K.I.E.R.E.M.E

Estrella

He vuelto a citarme con Reyes. Esta mujer me pone un poco nerviosa, es irritante como una cebolla recién picada. Le he preguntado si sabía algo nuevo o había contactado con Max pero, como me temía, lo ha negado.

¿Por qué me lo temía? Porque empiezo a pensar que ese hombre está desaparecido. Logré contactar con su hermana en Cuba y ella me dijo, por señas en videollamada, porque es sordomuda, que Max no había estado allí y no solo eso, que ella no lo esperaba en ningún momento. Me aclaró que aunque se quieren mucho y Max le enviaba dinero cada cierto tiempo podían pasar semanas y semanas sin comunicarse, por lo que no le había extrañado su ausencia. A pesar de repetirle que no se asustara, en su cara dejé todo lo contrario y me siento mal por ello. Tenía que contactar con ella, eso estaba claro, pero ahora he convertido en real algo que ella desconocía por completo y puede que sea muy malo.

¿Dónde fue Max?

Ayer, durante toda la tarde, estuve investigando en las bases de datos de AENA por si había cogido algún vuelo y sí, tenía reservado uno pero no a Cuba, sino a Rusia, aunque no voló.

¿Por qué?

Ni idea.

¿Dónde está?

Tampoco.

¿Quién ha sido la última persona en verlo?

Pues probablemente Enrique, pero ¿lo has llamado tú? No, ¿verdad?, pues yo tampoco. Pensar en él me desestabiliza. Yo creí que había superado aquello, porque besé a Edu y todo fue bien, pero no así con Enrique. Con este último, me sentí la Estrella de antes, la que podía seducir a un desconocido y

acostarse con él sin más promesas que un pasaje de placer gratuito para dos, pero también me teletransportó a la Estrella de después, a aquella que se quedó hecha trizas y que no soportaba ni su propio tacto.

Solo fue un beso, como con Edu, entonces ¿por qué con él ex de mi hermana no se me revolvió el cuerpo? Creo que lo sé, y es porque él me hace sentir y me coloca en la Estrella de hoy, en quien soy aquí y ahora. Con él no finjo, con él acepto. Porque mis idiotas gritos de ayuda solo los ha sintonizado él, mis amigos y mi familia también pero con muchas interferencias, sin embargo, Edu ha sintonizado mi canal a la perfección. Creo que es eso y me arde el cuerpo por dentro porque no puede ser, él no es para mí, él era para Luna y aunque no funcionó, ese era su otro destino y no seré yo quien salga herida de una batalla que no es la mía.

Y es ahora cuando un juego de palabras que decía de pequeña toma todo el sentido: estrellaría mi estrella. No se puede tener más mala suerte, no. Mira que hay gente en el mundo y solo él puede salvarme. Pero no, no será...

Suena mi teléfono y esta vez me alegro, porque mi reflexión me estaba llevando a teñirme el día de lágrimas de desconsuelo ahogadas y yo no soy de llorar ni siquiera en silencio. Es un teléfono que hace tiempo no veía y que me acelera el pulso.

—Hola —descuelgo.

—¿Estrella? Soy Nines. —Mi abogada.

—Lo sé. Dime.

—¿Qué tal estás preciosa?

—Bien, bueno... ya sabes.

—Poco a poco, confío en que pronto estarás mejor, eres muy fuerte. Tengo una noticia importante que darte.

—Dispara.

—Esta semana sale la sentencia, creo que el viernes.

Mi respiración se acelera.

—¿Tengo que ir?

—No, no hace falta. Solo quería que lo supieses. Yo te llamaré en cuánto la lea.

—¿Qué crees que va a pasar?

—Es mejor esperar...

—Vale.

—Estrella... ¿te puedo dar un consejo?

—Sí.

—Avisa a tu familia. Deberías estar acompañada.

—Vale.

—Pues nada más, te dejo, en cuanto sepa algo te aviso, pero cuenta que será el viernes.

—Gracias, Nines.

—De nada, bonita, suerte.

—Gracias.

Al colgar pienso en lo que me ha dicho y sí, no voy a hacerme la fuerte, en lo que a este asunto se refiere no. Decido llamar a una de las personas que peor lo ha llevado y con su rabia me ha ayudado a sentirme querida. Es de pocas palabras pero siempre está ahí para mí. Lo busco en mi agenda. A los tres tonos descuelga.

—¡Hey, peque! ¿Qué tal?

—Júpiter...

—¿Qué?

—Nada, que el viernes sale la sentencia.



—Te veo más delgado, Jupi.

—Sí, he salido a correr.

—Muy bien, estabas perdiendo la forma... ¿Qué tal con Lorena?

—Todo en su sitio.

—¡Hijo, qué cortito en palabras!, cuéntame algo más, hace meses que no nos vemos —lo regaño.

—No me he hecho un viaje exprés para hablar de mí, Estrella, y de todas formas nunca he sido muy hablador, ya me conoces. Lo que quiero saber es cómo estás tú. Te veo mejor, peque. Te ha crecido el pelo.

—Sí, estoy mejor, me mantengo ocupada.

—¿Qué tal te tratan los policías?

—Ya ves que bien. —Me levanto porque ha sonado el timbre, hemos pedido cena china y deben de ser ellos.

Mi hermano se ha presentado sin que lo esperara. Me colgó el teléfono, pensé que se le había roto y a las dos horas me le encontré llamando a mi puerta. Me abrazó tan fuerte que no me dejó decirle que estaba bien porque no podía hablar. Júpiter es así, impetuoso y decidido, no es alguien que se vaya por las ramas.

Es curioso como aquello no solo me sucedió a mí, hay un antes y un después en mi familia. Mis padres dejaron de acoger a hombres en su granja en Argentina durante meses, decían que habían dejado de confiar en ellos, Luna se arriesgó, ella era de quedarse mirando y no hacer nada y tras mi violación se puso la vida por montera, y Júpiter, él se culpó por no haberme protegido como se supone que debe hacer un hermano mayor.

—Me voy a coger el día en el trabajo el viernes y vamos a esperar juntos la sentencia.

—Igual no sale el viernes —le digo.

—Algo me dice que sí.

—Pero no hace falta, de verdad, estoy bien.

—Sí que hace, esto no solo te ha sucedido a ti, Estrella.

—Tú no tienes la culpa, Júpiter —le confirmo.

—No, puede que no, no se trata de culpas, hermanita, se trata de que ese día ese animal también me violó a mí y a Luna y a Sol y a los papás, a todos los que te queremos. Se trata de eso, si se me apareciera el genio de la lámpara, yo no le pediría dinero ni salud ni amor, le pediría que ese hijo de puta fuese a la cárcel, porque solo así volveré a sentirme en paz conmigo mismo, cada vez que pienso que sigue en la calle sangro y las ganas de ir a buscarlo y romperle la cara es en lo único que puedo pensar, incluso a veces me castigo por no haberlo hecho. —Se calla.

Lo miro, la tormenta le ha enturbiado sus preciosos ojos castaños y una pequeña capa de lluvia los nubla. Júpiter nunca llora y está a punto de hacerlo, pero se contiene, al final siempre se contiene.

—Júpiter, yo ya estoy mejor. No te preocupes.

—Porque eres una samurái, Estrella, por eso estás mejor, porque peleas con todo. Te admiro tanto, hermanita... —Sonrío—. Ven aquí.

Siento sus labios en mi frente, sus manos revolviendo mi pelo y después cómo me abraza mientras me dice al oído.

—Va a ir a la cárcel. Verás que sí.

—Eso espero... ¿Cenamos?

—Perfecto. A ver qué tal está la comida china abulense. —Pone cara rara y me hace reír. Otra cosa de Júpiter, sus caras siempre me hacen reír, aunque sea parco en palabras, el resto de él es pura expresión.

—¿Quieres que veamos una peli? Tengo Netflix.

—Todo el mundo tiene Netflix —puntualiza—. Pero, como quieras.

—Es que hay una que...

—No me jodas, Estrella, que te conozco. —Niega con la cabeza.

Me río. Nunca me han gustado las películas románticas, por todo lo que conllevan, pero por extraño que parezca con Júpiter sí me gusta verlas. Es como que estamos en la misma órbita y no tengo a mi lado a alguien babeando de puro amor, sino a un incrédulo como yo. Hemos visto verdaderos pasteles juntos, y aunque al principio renegaba, luego le gustaban porque nos tronchábamos de la risa.

—¿Has visto *La La Land*?

Niega con la cabeza poniéndome ojitos de «la vas a poner».

Me levanto rápido y muerta de la risa a por el mando.

—Hoy te quedas a dormir.



Es miércoles por la tarde. Quedan dos días. Nines me llamó esta mañana y me confirmó que el viernes sale la sentencia y aunque no quiero darle mucha importancia no se me va de la cabeza, porque pienso que va a salir absuelto y me voy a romper en millones de pedacitos imposibles de recomponer.

Encima mi trabajo no me está ayudando en nada, definitivamente extranjería es un rollo y no logro evadirme.

Hoy he salido más tarde porque tenía que rellenar unos informes y como no me gusta dejar las cosas a medias, y últimamente me dicen que soy muy valiente, hago de tripas corazón y me dispongo a ir a la academia de teatro en la que ha invertido Max, para ver si ha regresado ya de su «no viaje a Cuba».

Mientras conduzco suena mi móvil, tengo conectado el Bluetooth y descuelgo. No me funciona bien y no me salen los nombres de los contactos.

—¿Si?

—Hola, brava. —Es Edu, lo sé porque es el único que me hace suspirar como una boba con solo escucharlo decirme hola.

—Hola...

—¿Qué tal estás?

—Pues saliendo del trabajo, tengo que hacer unas cosillas y me iré para casa ahora. ¿Y tú? ¿Cómo va ese enfermero?

—¡Uffff! No me hables... me paso el día metido allí.

—¿Has pillado ya al malo? Seguro que es el celador —bromeo.

Edu ríe.

—No es lo que piensas... es muy complejo.

—¿Y te han llevado a ti? ¡Cómo está el CNI, Virgen santa! —Navegar en la broma es mucho más sencillo para mí que meterme al barro que se ha levantado entre este y yo.

—Para que veas... aunque no lo creas además de guapo soy listo —dice con voz de asombro y me hace reír.

—No lo dudo... bueno, sí. —Vuelvo a la carga.

—Oye, te llamo porque he estado hablando con tu hermana.

—Menuda novedad.

Edu ignora mi impertinencia y yo me prometo ser menos inoportuna a la próxima.

—Me ha dicho que sale la sentencia el viernes.

—Sí, eso parece.

—¿Cómo estás?

—Deseando que llegue e intentando no pensarlo mucho aunque a ti te puedo decir que me está resultando complicado.

—Te ha hecho recordar, ¿verdad?

—Sí, un poco. No está siendo mi mejor semana.

—Estoy libre y en Ávila, me encantaría verte.

Cuando voy a decirle que no, pienso en lo bien que me vendrían sus ojos azules para olvidarme del horror y mi boca responde:

—Vale, pero tengo que pasar por una academia de teatro por el centro.

—¿Vas a dejar la policía ya?

—Es por trabajo. ¿Quedamos allí y de ahí nos tomamos algo?

—Perfecto.

—Te envió la dirección.



Enrique me ha recibido más contento de lo que deseaba y con las manos más largas que las patas de una jirafa. Fui yo la que abrió esta compuerta y voy a tener que explicarle que se va a quedar cerrada por un tiempo, pero o me da pie para aclarárselo o no sé cómo empezar. Por lo demás, lo que he venido a hacer... ha sucedido lo que me temía, no hay señales de Max. Hoy ya debería haber regresado y Enrique dice no saber nada de él y comienza a estar preocupado. La academia se abre el lunes que viene y no hay profesor. Dice que se le hace raro porque él estaba muy involucrado en el proyecto.

—Voy a cerrar ahora, ¿nos tomamos algo? —Se me pega tanto que puedo contar cada pelo de su barba como si hubiese acercado el *zoom*.

Es el momento.

—No, he quedado. Enrique quería decirte...

—¡Buenas tardes! —Escucho en un tono alto y grave. Doy un paso para atrás y me giro. Es Edu con los ojos muy abiertos y una sonrisa torcida algo indignada.

—Hola, Edu, ahora salgo. Ya estoy terminando.

—No pasa nada, te espero aquí, hace frío fuera.

—Hola, pasa, soy Enrique. —Este camina hacia Edu y cuando llega a su altura le tiende la mano. Edu se la da y ambos se quedan mirándose más rato del debido y más sonrientes de lo propio. Escucho en mi cabeza la banda sonora de *Pasión de gavilanes*, no me digas por qué.

—Bueno, pues hechas las presentaciones tú y yo nos vamos —le digo a Edu tirándole de la chaqueta—. Enrique, muchas gracias, si sabes algo llámame, por favor.

Enrique hace un movimiento más rápido que Michael Phelps y se parapeta delante de mí sorteando a Edu.

—Perfecto, empiezo a alarmarme. ¿Quedamos mañana tú y yo? —Ha sonado tan caliente que Paladin le va a fichar para su próximo anuncio de chocolate a la taza.

Edu tose y yo ni parpadeo.

—Ya hablamos, Enrique. Chao. —El hermano español de Michael Phelps

vuelve a sorprenderme y cuando me quiero dar cuenta me ha adosado un beso en la mejilla de esos que no le das a nadie de tu familia.

Edu me agarra de la mano y me tira para que salgamos de la escuela, cosa que hacemos en tres segundos y en menos de diez hemos girado la esquina y Edu me posa sin mucho cariño contra la pared y frente a sus ojos, que ahora no son dulces como el mar, más bien se podría hacer surf del bueno en ellos.

—¿Qué ha sido eso, Estrella? —me pregunta con el tono de voz algo elevado.

—No sé, dímelo tú. —Reconozco que me ha salido altanero.

—¿Estás con ese tío?

—¿Y a ti qué más te da? —Me he debido tomar un «chulacatil».

—¿Que, qué? —Edu se aleja y le mete una patada a una lata que descansaba tranquila en el suelo, con la puntería que da en una tubería y la abolla.

—Todavía te detengo por delito de desorden público. —Sale la poli que llevo dentro—... Mira, me voy a mi casa, paso de numeritos ridículos.

—¿Numeritos yo? No, te equivocas, aquí quien ha dado el numerito has sido tú, que me has traído a este sitio para que viese como tienes a ese tío babeando a tus pies. Y me parece de muy mal gusto.

—¿Eso crees? ¿Que lo he hecho adrede?

Edu se vuelve a acercar.

—Es decir, que no niegas que sabes que ese tío quiere llevarte a la cama, ¿no?

—Ese y muchos, no, no lo niego. —Dos, he ingerido dos «chulacatiles».

—Pues muy bien. Me piro.

Edu se va sin despedirse y a mí... se me encoge el alma.

—¡Edu! —Corro hasta que llego y lo agarro del brazo.

—Ostias, déjame Estrella, estoy muy cabreado. —Me aparta el brazo.

—¿Por qué? Quedamos en que cada uno hiciese su vida, ¿no?

Edu cierra los ojos y se muerde los labios.

—Has jugado sucio, Estrella.

—Te prometo que no, Edu. Tenía que hablar con él, no lo he hecho aposta. Es el amigo del *gigolo* desaparecido.

—¿Estás con ese tío? —Ignora mis aclaraciones.

—¡Qué más quisiera yo!

Edu levanta los párpados para mirarme tan grave que me hace hasta gracia.

—Me refiero a que es muy atractivo, pero no puedo estar con él.

—¿Por qué?

—No lo sé... vomité.

Edu mueve la cabeza como en pequeños tics queriéndome decir que no me pilla, pero al menos ya me atrevo a mirarlo a los ojos.

—La semana pasada cené con él y al principio bien, me sentí la Estrella de antes, nos besamos al despedirnos y luego vomité. Ya está. A eso me refiero cuando digo que qué más quisiera yo, en que no puedo estar ni con él ni con nadie.

—Eso es una chorrada que te has montado.

—No, no lo es.

—Tú y yo nos besamos y que yo recuerde no te pasó nada después.

¿Y ahora cómo le respondo sin asustar?

—Ya, pero tú eres tú.

—¿Quién soy yo, Estrella? —habla muy cerca y con un tono algo firme.

—Algo así como mi alma gemela, tú me entiendes antes de que hable. Contigo nada es igual. —¿No me he excedido, no? Alzo mi cabeza y por lo que veo creo que igual sí. A Edu se le ven los millones de pensamientos que le he provocado y su seriedad me asusta.

—¿Tu alma gemela?

—En plan. que me entiendes y sabes más de mí que muchos... contigo me es fácil hablar.

—Pero no solo hablamos, también nos besamos.

—Ya lo has dicho antes, no es necesario que lo repitas —le reprocho.

—Pues creo que sí, porque parece que no lo quieres recordar... y pasó, Estrella, nos besamos.

—¡Qué sí, qué ya! —Esta vez soy yo la que elevo el tono.

—¿Por qué gritas?

—No grito.

—Sí, sí lo haces.

—Mira, ahora soy yo la que me voy. Necesitaba estar tranquila y esto es

todo lo contrario.

—¿Te pongo nerviosa? —dice en un arranque pegando su frente a la mía. Me dejo llevar... su tacto firme, su aroma a seguridad, mis latidos acelerados.

—No juegues conmigo, Edu.

—Ni tú conmigo, Estrella.

—Déjame ir, por favor.

Edu da un paso hacia atrás dejándome libre. Nos miramos y nadie dice nada, hasta que escucho.

—¿Por qué quieres que te deje ir?

Me acerco para darle un suave beso de despedida en la mejilla y comienzo a caminar. Exactamente cinco pasos después me doy la vuelta y le digo:

—Porque tú vas por delante y a mí nunca me ha gustado ser la de detrás.

Y me voy.

Llego a casa una hora después. Necesitaba conducir. Me aclara las ideas, aunque lo de Edu es tan confuso que ni yéndome a Australia y volviendo me entendería a mí misma. Lo peor, que él está igual. Cuando le he dicho que es mi alma gemela no lo he hecho por decir, yo también lo entiendo a él, y sé que está como yo... no pillado como para asaltar trenes y grafitear mi apodo pero sí que siente algo por mí y no quiere darle ni nombre y, lo que es peor, el espacio que se merece.

También he pensado en Enrique, le tengo que dejar claro que aquello fue un error y que de hoy en adelante si quiere algo de mí, será exclusivamente amistad. De ahí, mis pensamientos han volado a Max, creo que ya sí que puedo decir que está desaparecido y no de viaje, y que debería comentárselo a su hermana.

Y, por supuesto, la última parada en mis cavilaciones ha sido el viernes... en las posibilidades, pero he llegado a la conclusión de que yo no puedo hacer nada más que esperar y que si sale absuelto, recurriré. Total, él me hizo daño a mí, mucho, pero yo ya se lo he devuelto un poco a él manchando su gran nombre y aunque haya gente que no me crea siempre lo mirarán con miedo. Ninguna alumna se atreverá a ir a su despacho sola. Preferiría que fuera a la cárcel, sí, obvio, pero algo he ganado denunciándolo.

Sé que ha habido otras, alguien un día me lo insinuó. Yo he sido la única que se ha atrevido a llevarlo a juicio y eso a mí me sirve, un poco, pero de momento me conformo.

Aparco en la acera de casa. Alejandra está sentada en un banquito de fuera. Tiene una taza en las manos, me saluda y voy hacia ella.

—¿Qué haces aquí tan sola?

—Lo necesitaba. Rodrigo está hoy un poco...

—¿Te ha hecho algo? —saltan mis alarmas.

—No, tranquila, desde aquel día no, pero hoy podría ser... ¿Has conseguido algo?

—¿Sigues queriendo huir?

—Sí —dice muy segura—. No quiero vivir con miedo, Estrella. Lo quiero, pero esto no es vida.

—Vale, hablaré de nuevo con alguien que me lo puede facilitar.

—Gracias. —Me acaricia una mano—. Te veo cansada.

—Lo estoy.

—¿Y eso?

—Sale la sentencia el viernes.

Alejandra se lleva una mano a la boca y después se levanta para abrazarme.

—¿Cómo estás?

—Bien, un poco nerviosa, pero bien.

—Lo van a meter en la cárcel, es injusto que lo hayan permitido salir bajo fianza, a ningún violador se lo permiten...

—Ya, eso me da miedo, que la sentencia pueda ir por ahí...

—No, verás que no. Este juez será justo. Con lo que tienes encima y yo contándote mis líos.

—Tus líos son igual de importantes o más que los míos, tú puedes hacer algo, yo soy una mera espectadora.

Nos despedimos un poco después. Entro en mi casa y voy directa a la ducha. Después me preparo una ensalada y me siento en el sillón a ver alguna serie de Netflix. Pienso que solo me quedan esta noche y mañana para saber qué será de él, de la persona que me ha destrozado la vida.

Suena mi teléfono. Es un mensaje de Edu.

—¿Estás despierta?

Antes de que responda veo que está escribiendo.

—Estoy en la puerta de tu casa. Abre.

Doy un respingo como si mi sofá fuese una cama elástica y camino a trompicones hacia la puerta. Antes de abrir me percató de que llevo unas pintas horribles: un moño cogido con un coletero antiquísimo, unas mallas y una camiseta más ancha que una mantel de boda y la cara sin una pizca de maquillaje, pero abro y lo veo. Tan guapo... Es que me congelan sus ojos, me dejan siempre impactada, y su mandíbula ancha cubierta por un poco de barba, que se ha recortado bastante, pero que de igual forma no me importaría que me raspase entera.

—Antes de que digas nada, quiero disculparme, perdóname, Estrella. Tú necesitabas un amigo y has encontrado a un cromañón. Y dos, no quiero que estés sola por ti y por mí, yo también estoy nervioso. —Sonríe tímido y me lo contagia.

—Pasa.

Veó que trae una bolsa.

—¿Qué es eso? —le pregunto cuando cierro la puerta.

—Me quedo a dormir.

—¿A sí?

—Sí, o contigo o en el sofá, pero me quedo. Quiero que compartas la ansiedad conmigo.

Lo miro y pienso en cuánto he cambiado. Antes para eliminar mi ansiedad echaba un buen polvo con quien fuese y fumaba algo de hierba. Ahora veo una serie.

Sin más le quito el abrigo, lo cuelgo en la percha en silencio, queriéndole decir que me parece una gran idea, y voy a sus brazos a acurrucarme en él. Edu me acoge deslizado sus manos por mi espalda.

—Hueles tan bien —me susurra.

—Me acabo de duchar.

—Podías haberme esperado.

—Mi ducha es pequeña.

—Nos sobraría espacio, te lo juro.

Estamos tan pegados que noto cierto movimiento en su baja cintura.

—¿Edu? ¿Te estás...? —Distancio unos centímetros mi cadera.

—Sí, es de infantes, ha sido pensar en esa ducha enana...

Me río.

—¿Te ponen las duchas, pues?

—No, Estrella, me pones tú, aunque ninguno de los dos lo quiera asumir —me lo dice tan bonito, con esa voz tan fresca que tiene que solo lo puedo mirar y levantar los hombros.

—¿Qué vamos a hacer tú y yo? —le pregunto.

—Hemos quedado que dormir, ¿no? —Me guiña un ojo, algo que comienzo a ver que es un gesto muy suyo.

—Iba a ver una serie, no tengo sueño.

—Perfecto.

Le ofrezco un refresco y mientras voy a la cocina le digo que se ponga cómodo. Cuando regreso con algo de picar y la bebida, le encuentro con un pantalón corto de deporte y una camiseta de algodón de una universidad. Está tan potente que se me seca la boca. Me siento a su lado y le cuento lo que he hablado con Alejandra y que quiere huir. Él me promete que le conseguirá una identidad falsa.

—¿Has visto la *Maldición de Hill House*? Me han hablado muy bien de ella —cuestiona.

Le pregunto si es de miedo y me responde que sí y que así estaremos acurrucaditos y calladitos para no discutir. Le damos al *play*.



—Brava, brava... despierta.

Abro los ojos con mucho pesar. Me encuentro con el rostro más atractivo de toda la tierra.

—Te has quedado frita, te llevo a la cama —le digo que sí y antes de darme tiempo a levantarme siento como vuelo cogida en sus brazos. Me acurruco y me dejo transportar a mi habitación.

Cuando llegamos abre el edredón con una mano y después me introduce dentro.

—Ves, esto es lo que quería hacer. Acompañarte. —Me da un beso en la frente y se levanta para irse.

—No te vayas, duerme aquí conmigo.

—¿Es lo que quieres?

Le digo que sí. Edu sonrío sin mover la boca, pero sus ojos lo hacen por él, apaga la luz de la habitación y se mete en la cama después. Yo estoy de lado y él pasa su brazo por mi vientre y se pega tanto a mí que siento los latidos de su pecho en mi espalda.

—¡Dios, como me gusta estar así contigo! —se exclama.

Me doy la vuelta y aunque estamos a oscuras veo su perfil. Acaricio con mi nariz la suya y después desciendo por una mejilla, bajo por su barbilla y detengo la punta de mi nariz en el otro carrillo.

—Si no me vas a besar deja de hacer esto porque me va a dar un infarto.

Mis hombros se ríen.

—No quiero besarte. Todo se complica.

—Pues date la vuelta. —Es él el que me la da, pero pegándome tanto o más que antes a su cuerpo.

—Edu... —susurro más bien diría que gimo.

Su mano se cuela por mi camiseta.

—Solo este dedo, le llaman el dedo corazón, no puede ser malo, solo este dedo pide permiso para tocarte. —Siento su tacto en mi vientre—. ¿Se lo das?

—Sí. —Esfuman mis ganas.

Acto seguido siento su tacto dibujando círculos alrededor de mi ombligo.

—A mi dedo le gusta tu piel, es suave, muy suave...

Poco después asciende a uno de mis hombros y recorre el espacio entre él y mi cuello, por encima de la clavícula varias veces. Cierro los ojos fuerte para olvidarme de todo lo que no sea él, su voz y su tacto. Un pequeño mordisco en el borde de mi oreja me provoca un escalofrío que me hace gemir.

—Te comería entera, Estrella... pero hoy solo tiene permiso él. —Aplasta su dedo contra mi esternón y siento como mi sexo se contrae de expectación. Después descende por mi costado, hasta llegar al lateral de mi pequeño pecho.

—Mi dedo corazón desea tocarte, tu suavidad le está retando. Déjame, por favor, Estrella —me pide con voz ronca.

Le digo que sí con la cabeza, ya no me saldrían palabras, solo gemidos. Su dedo corazón se mueve por mi seno dibujando pequeños circulitos, hasta llegar a mi aureola que le espera impaciente con mi pezón tan erguido que no hace falta nada más que su tacto para que otro huracán de placer asole mi sexo y mi boca lo exprese exhalando placer.

—Estrella, Estrella... —Siento como me acaricia el otro pecho con un único dedo, tan dulce y magistralmente que me olvido de todo pegando mi culete a su cintura y encontrando lo que busco: su erección. La máquina se dispara y comienzo a moverme para acariciarlo con mi cuerpo. Edu baja su dedo, saltando la goma de mis braguitas.

—Siénteme, siénteme... —gime en mi oído y me doy cuenta de que nunca más voy a querer ninguna otra voz hablándome así, que es él con quien quiero pasar el resto de mis escenas de sexo. Una lágrima salta de mis ojos, y me detengo. Edu lo nota y sube su mano a mi cara para encontrarse con mis lágrimas.

—¡Joder! ¿Te he hecho mal? ¿Daño? Perdóname.

Me doy la vuelta y silencio su angustia con un suave y mojado beso por las lágrimas en la boca.

—Sssshhhh, tú solo me haces sentir viva, Edu. Solo tú.

—¿Y por qué lloras?

—Porque no puede ser.

Es él el que esta vez pega su boca a la mía y me besa con sus labios y con su lengua. Siento que el techo de mi habitación explota y encima de nosotros se abre un cielo azul lleno de cosas buenas.

—Ves como sí... —Sonríe al separarse.

—En la oscuridad y solos tú y yo, sí... es probable.

—Más que probable, Estrella, es perfecto.

—¿Y por el día? Yo sigo mal, tengo muchos fantasmas y tú, tú sigues enamorado de Luna.

—No digas eso, brava, ya no es verdad. No te niego que en algún momento lo fuera, pero ya no, cuando estuve con ella jamás deseé a ninguna otra y te puedo prometer que cada vez que te veo tengo que esforzarme por no arrancarte la ropa. Lo que yo he sentido aquí contigo jamás lo había sentido por nadie.

—Eso es que estás falto de sexo.

—No, eso es que tú y yo somos algo más que de lo que nos intentamos convencer —habla más serio—. Y ya está bien de hacer el gilipollas, pero vale por hoy. Es tarde, tenemos que dormir. Mañana estaré todo el día trabajando.

—¿No podrás venir por la noche? —pregunto con pena.

—Haré todo lo posible, pequeña, te lo prometo.

—Te creo... —Le beso la punta de la nariz.

—Mañana madrugo, no pienses que me he escapado, ¿vale?

Le digo que sí tan a gusto de estar así con él que se me llena el pecho de una energía que desconozco, pero que solo me hace bien.

—Durmamos, preciosa.

Unos minutos después cuando siento que su respiración se acompasa le digo:

—Solos tú y yo sí...

Capítulo 17

7 horas

Edu

Desde primea hora estoy por aquí, pero la cabeza la tengo en otro sitio. Junto a ella, junto a su cama, junto a sus ojos cerrados ayer por la mañana y su sonrisa tranquila que me hicieron pararme unos minutos para guardar este amanecer. La belleza de Estrella es mágica, cuando la contemplo varios segundos me doy cuenta de lo increíblemente perfecta que es. Su piel algo morena, sus ojos claros del color del cielo y sus rizos rubios que le suelen tapar la cara se asemejan a un hada, a un hada traviesa y respondona, pero mi hada, la única que puede quitarme mi mal de amores.

Llevo un año sumido en la confusión, vivo contraído dentro de ella y quizás sea eso lo que no me deja despegar y mirar a la vida de frente como hacía antes. Necesito aclararme de una vez, pero no sé cómo lograrlo. Lo que sí sé es que ella y yo tenemos que hablar, porque así no podemos seguir. Más dudas a mi alrededor van a poder conmigo.

Me he metido en quirófano con Rodrigo por hacer y aprender algo. Mi nueva labor en el hospital es sumamente aburrida. Tanya no se abre nada con nadie, y a pesar de que yo lo intento por activa y por pasiva no logro más que un sí o un no escueto.

Le he pedido salir pronto a Alexis a cambio del domingo enterito pero quiero estar al lado de Estrella hoy y no de la amante embarazada de un narco. Me llaman al busca. Rodrigo y yo nos miramos, él me hace una seña de que puedo irme y en su gesto también veo lástima porque esa mujer solo avisa para tonterías.

Voy al control desde donde me han llamado al busca. Ya conozco los teléfonos. Uno de los policías que suele hacer guardia en la puerta viene en mi búsqueda con cara de preocupación.

—Te hemos llamado nosotros.

—¿Quiere algo la paciente?

—¿Podemos hablar en privado?

Lo miro preocupado.

—Sí, vayamos a mi cuarto. —El policía me acompaña a mi habitación.

—¿Aquí descansas? —me pregunta.

—Sí, es pequeño, pero tampoco necesito más.

—Está bien... No, nos han presentado, yo soy Simón, el encargado de esta custodia.

—Ah, muy bien, yo Diego, un humilde enfermero.

Él policía, de unos treinta y muchos años me mira como si me estudiara.

—Vamos a ver... no sé quién eres, pero un humilde enfermero no cuando mi jefe me ha dicho que te cuente a ti lo que hemos encontrado.

—¿A mí? —Disimulo.

—Sí. —Pone cara de cierta burla.

—Pues no sé, pero ¿qué habéis encontrado?

—Me gusta saber con quién hablo —responde grave.

—Ya te he dicho como me llamo, también te puedo dar mi DNI. No me pidas más.

—No lo entiendo.

—Mira, Simón, tampoco lo intentes. Tú haz caso a tu jefe, cuéntame lo que sea y no se lo digas a nadie más, ¿estamos?

—¿Estás infiltrado?

Lo miro serio, no pienso responder a esa pregunta tan ridícula.

—Nos podemos tirar así todo el día... ¿me dices o qué? —lo apremio.

El «astuto» policía saca una pequeña cosa de su bolsillo y me la da.

—Hemos encontrado esto en la habitación de la custodiada. —Me lo tiende. Al segundo sé lo que es.

—¡No me jodas! —Tengo en mis manos una pequeña cámara—. ¿Dónde estaba?

—Frente a su cama.

—¿Y cuándo la habéis visto?

—Hace un rato. Cuando bajó contigo a los monitores revisamos la habitación y mi compañero lo vio.

—¿Y cuándo es la última vez que revisasteis la habitación?

—Pues el día antes de que ingresara. Con ella dentro nunca. No teníamos orden.

—¿Hace cuánto la habéis quitado?

—Dos horas...

—Dime que está apagada.

—Sí, la apagamos antes de quitarla.

—Hay que volverla a instalar... ellos no pueden saber que los hemos pillado.

Simón me atiende y asiente.

—¿Sabes si este trasto tiene sonido? —Miro la pequeña cámara que ocupa menos que una habichuela.

—Me imagino que sí.

—Esto es lo que vamos a hacer, pero tenemos que ser rápidos. Buscamos en internet las características de la cámara y miramos si se puede anular el sonido. En cuánto lo tengamos, me bajo a la paciente a lo que sea, con cualquier excusa y la volvéis a instalar. ¿OK?

—¿Y si no se puede quitar el sonido?

—La instalamos igual.

—Perfecto. Estoy a tus órdenes.

—Y yo en tus manos. Gracias, Simón.



Salgo del hospital y cuando estoy en la intimidad de mi coche llamo a Christian para contarle las novedades. Hemos vuelto a instalar la cámara sin sonido y espero que crean que se ha estropeado y tengo a Alexis estudiando quien ha entrado en la habitación estos días que se nos haya podido escapar.

El CNI va a enviar a un experto para que vea si puede rastrear la dirección de la señal de la cámara. Creo que mañana se acercarán a estudiarlo y tendrán que volver a sacar a Tanya de la habitación.

En principio, no hace falta que trabaje hasta el domingo pero si me necesitan me llamarán. Quiero pasar el sábado con Estrella.

Son las tres y media de la tarde. Corro al coche. Sé que de momento no se sabe nada de la sentencia. Suena mi teléfono, es mi hermano.

Conecto el Bluetooth mientras conduzco rápido hacia la casa de Estrella.

—Hola, Eneko.

—Hola, tío, ¿qué tal?

—Bien, bien, ¿y tú?

—Aquí, trabajando a tope... Luna me ha dicho que estás en Ávila y que vas a ir a ver a Estrella.

—Sí, voy de hecho para allá.

—Ah, muy bien. Mantenme informado, por favor. Yo no he podido ir, pero no se me va de la cabeza.

—Tranquilo, en cuanto sepa algo te digo. ¿Qué tal mi peque?

—Dando guerra... ha salido a ti.

Me río.

—Edu...

—¿Qué?

—Cuida de Luna... está últimamente muy nerviosa.

—Creo que no es Luna quien precisa hoy de ayuda, ¿no crees?, pero la echaré un ojo.

—Me he explicado mal.

—Pues hazlo mejor.

—Luna está bien, muy bien... tú me entiendes hermanito —carraspea y yo me río—, pero está llevando muy mal lo del riesgo de quedarse embarazada, yo me niego en rotundo y ella solo dice que quiere darme un hijo y cada vez que hablamos del tema la veo más apagada y mustia... no sé qué hacer.

—¿Quieres que hable con ella?

—Sí, por favor. Tú y ella tenéis una conexión especial... pero, no, no...

—Tranquilo, mantendré las manos quietas.

—No me refería a eso, confío en Luna.

—Pero no en mí.

—Hiciste méritos, ¿no crees?

—¿Hablas de lo de Luna o de lo de Almudena? Porque Almudena te dejó y luego se vino conmigo, nunca te engañamos aunque tú insistas en que sí, y Luna... Luna y yo fuimos antes que tú y ella.

—Todo esto ya está hablado, no quiero dar marcha atrás contigo, Edu. Solo te pido, que... no sé ni lo que te pido, pero es pensar que vais a estar solos y... ahora no podría entenderlo, ya no. Aquello ya fue.

—Eneko, no vamos a estar solos, deja de rayarte.

—No lo puedo evitar, ella es mi vida, Edu.

—Lo sé, y tú la suya, ¿recuerdas que os vi? Yo ya no pinto nada y ya no siento nada por Luna que no sea amistad.

—¿De verdad?

—Creo que sí.

—Ella te adora...

—Normal, soy un tío guay.

Eneko se ríe.

—Eneko, estate tranquilo, por favor. Hablaré con Luna si se da la oportunidad, pero no olvides que hoy quien nos necesita es Estrella.

—¿Qué pasa entre ella y tú? —me asalta.

—¿Tiene que ocurrir algo?

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Y qué ocurriría? —pregunto directamente.

—Nada... mientras no le hagas daño. Antes apenas hablabais y hoy corres a su casa, Luna cree que estáis juntos.

—Somos amigos. Los dos estamos jodidos.

Claramente he hablado más de lo que debía, pero voy conduciendo a mil y mi hermano me está estresando.

—¿Por qué estás mal tú? —pregunta despacio.

—Porque no salí indemne, Eneko.

—Dijiste que sí.

—Pues era mentira.

—Vale, admito que quise creerte... ¿Y ahora, estás mejor?

—Sí, tranquilo, progreso adecuadamente y en parte es gracias a ella.

—¿A Estrella?

—Sí.

—¡Joder!

—Joder, ¿qué?

—Que es la hermana de Luna y no sé si lo va a entender.

—¿Pero no dices que lo sospecha?

—No se acepta igual la sospecha que la confirmación.

—Tú no confirmes ni mu, que entre Estrella y yo no hay nada, de

momento.

—No, sálvame Dios, eso se lo explicas tú, yo a lo mío. Lo que sí te digo es que me llames, que estoy aquí, Edu.

—Lo sé, Eneko.

—Pues no lo parece, si no te busco yo, tú pasas.

—Estoy llegando ya, te voy a dejar, ¿OK?

—Sí. Cuida de las chicas.

—Lo haré. Te quiero hermano.

—Y yo, picha brava.

Me río y cuelgo. Eneko algunas veces me llama así. Aparco en la parte trasera de la casa porque no quiero cruzarme con Alejandra ni Rodrigo y llamo a la puerta. Me abre ella, Luna.

—Hola, Edu —me abraza.

—¿Ha venido Clara?

—No, era mucho coche para un día, lo siento.

—No, lo entiendo... ¿se sabe algo ya?

—No, todavía nada.

—¿Cómo está ella?

—Aparentemente bien. Hemos venido todos.

—¿Todos?

Entro en el salón y efectivamente veo a Júpiter, a Sol y a un guaperas que abraza a Estrella que asumo que debe de ser su amigo Brais. La afectada levanta la cabeza y cuando sus ojos se cruzan con los míos me desarmo y le pido al cielo que la sentencia meta a ese tipo en la cárcel o tendré que matarlo con mis propias manos.

—¡Hola, Edu! Gracias por venir, pasa... —Disimula. Me acerco y saludo con un apretón de manos a Júpiter en el que veo más tensión de la habitual, doy dos besos a Sol que mira por la ventana y después camino al sillón donde se sienta Estrella con su amigo el Abrazos.

—Hola, soy Brais.

—Yo, Edu, encantado. —Le aprieto la mano mientras me agacho para poner mis ojos a la altura de los de Estrella. Llevo un dedo a su barbilla y le subo la cabeza.

—¿Qué tal estás? —le pregunto solo a ella, con intimidad, como si no

hubiera nadie más aquí. Logro mi objetivo y su atención.

—Muy nerviosa, Edu.

—Tú puedes con todo, brava...

Estrella sonríe en pequeño, para los dos, y siento que no hay nadie en esta habitación que me importe más que ella. Ignoro cuánto tiempo permanecemos así hasta que un incómodo carraspeo me despierta. Levanto la cabeza. Luna hace que tose, pero advierto que todos se nos han quedado mirando y ahora están confusos. Me da igual.

—Edu, ¿puedes venir un momento? Tengo cosas de Clara que quiero preguntarte —me ruega Luna.

Me levanto, pero antes hablo a los ojos de Estrella y le beso la frente.

Luna va a la cocina y entro detrás de ella. Cierra la puerta a mi paso y cuando me quiero dar cuenta me estrella contra la nevera agarrándome por las solapas de mi chaqueta como una gorila de discoteca.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

Mi cara no puede ser más de broma porque esta pequeña mujer no puede hacerme ningún daño.

—¿Quieres responderme? ¿De qué va eso?

—Luna, cariño, suéltame.

—Te soltaré cuándo me respondas. Lo siento si te hago daño.

Me río.

—Luna, no me haces daño.

—¡Vete a la mierda! —Me libera enfadada— ¿Me quieres contestar?

—¿A qué?

—No juegues conmigo, Edu, sabes muy bien de qué hablo.

—Eso se llama intimidación, Luna.

—¿No había otra persona en el mundo? ¿Tenías que liarte con mi hermana?

—Precisamente no estás tú para hablar o acaso yo no te podría hacer la misma pregunta.

Luna se lleva una mano al pecho ofendida.

—No es lo mismo y lo sabes.

—No, no lo es, principalmente porque yo no estoy con Estrella.

—Pues no ha parecido eso con tu entrada de caballero andante.

—No he dicho que no me importe, he dicho que no estamos juntos.

—Me estás mintiendo, Edu. Tú te traes algo con mi hermana...

La miro algo más serio de lo que suelo hacer.

—¿Pasaría algo? —repito la pregunta que le hice antes a Eneko.

Luna mueve la cabeza de un lado para otro.

—¿Eh? ¿Qué ocurre si estoy con ella? ¿Qué pasa si no puedo dejar de pensar en ella? ¿Eh?

—Nada...

—¿Qué sucede si tanto ella como yo tenemos tanto miedo a sentir que nos estamos negando a la evidencia?

—¿Qué evidencia?

—A la de que cuando estoy con ella no hay más mundo, Luna.

Mi atenta oyente se lleva las manos a la boca y después se sienta en una silla de la cocina con los ojos tan abiertos que se le van a salir de las órbitas.

—¿Te has enamorado de ella?

Esa pregunta enciende una alarma roja en mi interior que no sé cómo apagar ni responder.

—Lo único que sé es que me importa mucho.

—Es mi hermana pequeña, Edu. —Escucho reproche.

—Lo sé.

—Y está mal...

—También lo sé.

—No le hagas daño.

—¿Por qué todos pensáis que le voy a hacer daño?, joder.

—Por experiencia propia.

—*Touché.*

—¿Ella siente lo mismo?

—Pregúntaselo a ella.

—No lo dudes.

—¿Qué opinas?

Luna levanta la cabeza del suelo y me mira:

—No tengo nada que opinar, Edu. Los dos sois libres y en cierta manera os parecéis, puede que sí, que os complementéis.

—¿No te hace gracia?

—Tendrá que hacerme.

—¿No son celos, no?

—No —Luna responde tan rápido que me avergüenza haberlo preguntado —. Lo nuestro ya pasó.

—Vale... yo te quiero mucho, Luna, y por nada del mundo quiero perder lo que hay entre los dos.

—Si te portas bien con ella no lo perderás.

—Puedo ayudarla, Luna... solo conmigo se abre del todo.

Luna asiente.

—Sé que sí, eres especial, Edu. —Luna se levanta de la silla y me abraza —. Sácala de la oscuridad.

—Ten por seguro que lo intentaré, aunque me deje la vida en ello.

Nos perdemos en ese abrazo unos segundos y puedo constatar cómo me sabe a pasado. Luna ya no me enciende, solo siento un enorme cariño y respeto hacia ella.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¿A mí?

—Alguien me ha dicho que estás algo preocupada con el tema de tener más hijos.

Luna sube los ojos hacia arriba.

—Tu hermano y su boca.

—Está preocupado por ti. Luna, casi pierdes la vida con Clara, de qué sirve tener otro hijo si lo vas a dejar huérfano.

—En el peor de los casos...

—Siempre que haya una posibilidad yo ni me lo plantearía.

—¿Y qué hago si no puedo acallar esto que siento? Quiero volver a ser madre. Quiero que Eneko sea papá. No lo puedo evitar.

—Adopta.

—Eso cada vez es más difícil.

—No sé, Luna, hay más opciones...

—Ya...

—Tenéis que sentaros a hablar y tomar alguna decisión.

Luna sonrío.

—A ver, dos cosas, sentarse a hablar no es sencillo teniendo una

pequeñaja que no nos deja ni a sol ni a sombra y, segundo, cuando me quedo a solas con Eneko lo que menos me apetece es hablar, tú me entiendes.

Me río.

—¿No habéis bajado en fogosidad? ¡No me lo creo! —bromeo.

—¿Que no te lo crees? ¿Tú? Mira, yo no sé qué me pasa con tu hermano pero es que cuando lo tengo cerca y con su atención puesta en mí, me entran unos calores...

—¿Y cuándo era solo tu jefe? ¿Qué hacías?

—¿Pues qué iba a hacer? ¡Abanicarme! —enuncia moviendo los dedos picarona y yo entiendo que no se refiere a lo que puede parecer *a priori*—. Yo creo que esos años de desearlo en silencio se han convertido ahora en pasión a todas horas y en cualquier sitio.

—¿Nooo?

—Pues no, porque vamos con una niña, pero nos metemos manos sin que se entere, somos unos maestros...

Levanto las manos en señal de que no quiero seguir escuchando datos de su vida sexual.

—Me parece fantástico, aunque vais a tener que dejar un ratito las manos quietas para hablar. Es importante que abordéis el tema y busquéis soluciones.

—Tienes razón.

Vuelvo a abrazarla y en ese momento se abre la puerta de la cocina.

—Perdón... —Escucho a Estrella—. Solo quería deciros que me ha escrito mi abogada. En cinco minutos me llama.

Estrella tal cual entró, sale, y se le nota un poco confundida. Luna y yo nos miramos.

—Lo vuestro no va ser fácil, ¿lo sabes, no?

—Sí, pero esta vez no pienso rendirme.

Capítulo 18

Promesas

Estrella

Regreso al salón ofuscada. No es que haya visto nada fuera de lo común, es decir, todavía llevaban la ropa puesta, pero ¿qué hacían abrazados Luna y Edu en la soledad de mi cocina? Y eso que Edu acababa de llegar, que no es que llevasen todo el día conteniéndose las ganas de estrujarse como una sanguijuela a una variz. Mira, prefiero no darle vueltas a la pregunta ni a lo que me ha hecho sentir, porque si hubiese sido un vampiro se me habrían disparado los colmillos y habría atacado a Luna sin poder evitarlo. Sacudo mi cabeza para refrescar mis ideas y me siento, de nuevo, en el sillón al lado de Brais que parece el menos nervioso de todos, la verdad sea dicha.

—¿Todo bien? Estás pálida —me pregunta, y yo pienso que es porque me he visualizado vampira.

—Sí, sí.

Brais me da la mano y se la aprieto fuerte. Nos conocemos desde hace muchos años, y excepto estos últimos que han sido un tanto turbios, el resto hemos disfrutado de una genial, divertida y alocada amistad. Brais es de las personas más pasotas que conozco, es hartamente complicado verlo estresarse por algo.

Miro a mi alrededor. Mi hermano Júpiter está de pie trasteando con su móvil y de vez en cuando resopla, Sol está leyendo una revista de recetas saludables, Luna y Edu se reintegran en la improvisada reunión. Mi hermana trae una jarra de agua con seis vasos que deja en la mesilla frente a mí y me mira nerviosa. Edu coge una silla y se sienta frente a nosotros. Ella lo imita.

—Bueno, pues ya no queda nada, Estrella. Tú no lo pudiste hacer mejor. Fue muy valiente denunciarlo —dice Sol y todos asienten—. Ojalá lo declaren culpable, pero ya no depende de ti...

—Si no, recurriré —la interrumpe Júpiter.

—¿Y pasar de nuevo por esto? —cuestiona Luna.

—No nos pongamos en lo peor... —habla Brais—, es un violador y los violadores en este país van a la cárcel.

—No todos y los que salen reinciden, así que no confiemos tanto en la justicia que en este asunto hay muchas lagunas —reprocha Luna.

—A un violador o se asegura de alguna manera que no lo va a volver a hacer o yo no lo liberaba —añade Sol.

—¿Estás hablando de castración? —pregunta atónito Brais.

—Mínimo —intercede Júpiter con malhumor—. ¡Qué menos! Yo los castraba pero de verdad y además les cosía el pito en la cabeza.

Edu y yo no hablamos. Nos hemos perdido en una de esas miradas que nos nacen en las que el silencio dice mucho más que el texto.

Suena mi teléfono. Todos se callan, al fin...

He dejado de respirar un momento. Cojo aire hondo antes de descolgar.

—¿Sí?

—Estrella, ya tenemos sentencia. —Hago un fugaz repaso a los amigos y familiares que me acompañan hoy y respondo:

—Dime —conecto el altavoz.

—¿Estás acompañada?

—Sí.

—Vale, tranquila, lo leo y voy al grano. —Escucho moverse las hojas—. Yo tampoco lo he visto, lo acabo de imprimir así que lo vamos a saber a la vez. —Sigo oyendo el pasar de los folios—. ¡Aquí! Empiezo: al delito de agresión sexual con violencia y/o intimidación con el agravante de penetración por acceso vaginal y anal al acusado se le declara...

Prometo que el mundo se para, que este instante dura más que el tiempo que marca. Miro a todos los que me rodean y abro mis oídos para escuchar lo siguiente:

—Culpable.

—¡Síííí! —chilla mi hermano Júpiter como jamás lo había oído, desde lo más profundo de su ser.

—¿Has dicho culpable? —se acerca nerviosa Sol al teléfono.

—Sí, sí. Hemos ganado Estrella, has ganado preciosa —dice emocionada mi abogada.

Miro a Brais que se ha levantado de un salto del sillón y está dando botes de alegría, Luna se abraza las rodillas y llora, Sol se tapa los ojos y la escucho repetirse continuamente, «desgraciado, desgraciado», Júpiter viene hacia mí rápido para abrazarme pero antes miro a Edu y me encuentro con sus ojos y una lágrima que desciende por uno de ellos.

Es solo ahora cuando exploto y agacho mi cabeza hasta mis rodillas porque un nudo en la garganta me impide respirar. Una cascada de rabia con sabor a alegría se abre paso y cuando rompo a llorar como una niña por fin consigo coger aire. Lloro colérica y a la vez con paz, lloro de alegría y a la vez de pena, lloro por mí y por ellos. Siento que Brais me abraza y me dejo llevar en mi ansiedad. Noto otros brazos a mi alrededor, voces que me hablan, pero yo solo siento mis lágrimas furiosas caer al vacío. Y cuando puedo hablar, cuando consigo decir algo, me escucho:

—Os quiero, os quiero mucho a todos.



La tarde ha sido movidita, aunque ya se han marchado. El teléfono no ha cesado de sonar para darme la enhorabuena. Lo de mis padres ha sido para verlo, hemos hecho una videollamada y tenían su granja llena de velitas pidiendo por mí. Nada más conectar y ver el ambiente en nuestra casa no han hecho falta palabras, se han abrazado entre ellos y he podido advertir su angustia. Porque nadie quiere que sus hijos sufran, es el peor castigo que puede padecer un ser humano. Pero ya está. Se acabó. Hoy resurge Estrella, hoy comienzo a archivar ese fatídico capítulo de mi vida, porque he conseguido mi objetivo, que ese malnacido no lo vuelva a hacer y si era a mí a la que tenía que violar para que denunciase pues así fue.

Regreso a mi casa. He ido a contárselo a Alejandra. Rodrigo estaba por allí y pese al asco que le tengo he de reconocer que se ha emocionado y los he visto tan contentos que he vuelto a llorar de alegría y al final ellos también. Hoy me he dado cuenta de que le importo a mucha gente, de que no estoy sola, de que si yo muestro que resurjo ellos también. Se lo merecen.

Abro la puerta de mi casa. Sé que no estoy sola.

Edu camina hacia mí al oír la puerta. Sonríe.

Y yo, que no me lo pienso y voy en busca de su cuerpo para abrazarlo.

Tras unos segundos en los que solo se oyen sus manos acariciándome el pelo, Edu aparta su cabeza y me dice a los ojos:

—Me estás empezando a importar mucho, Estrella.

Sonrío.

—Te has metido en mi cabeza. —Sin esperármelo me da un suave beso en los labios—. Y en mi pecho —dice—. Te tengo agarrada aquí. —Se señala el centro del tórax.

Ahora río.

—¿Y qué piensas hacer? —Me hago la preocupada.

—Nada, no puedo hacer nada. Eres como un veneno y ya has llegado a la sangre.

—¿Y no hay antídoto?

—Sí, que tú me digas «basta». Mientras no te escuche pronunciar esa horrenda palabra... —Hace un mohín—. Yo seguiré a tu lado.

—¿En calidad de qué?

—De lo que a ti te dé la gana, es lo que tiene el veneno, me ha dejado a tu merced.

—O sea, ¿que si te digo que te quites la camiseta y los zapatos, que te quedes solo con tus vaqueros y me prepares una cena muy rica mientras yo me deleito con las vistas, lo harás?

Edu sonrío.

—Soy tu esclavo, lo que tú digas, pero es más divertido cocinar entre dos y más si ella va vestida solo con una camiseta larga y unos calcetines gorditos...

Las manos de Edu se acercan a la cintura de mis pantalones y desabrochan el botón, después bajan la cremallera. Contengo el vientre. Mi acompañante se agacha, me quita las zapatillas y después tira de mis rodillas para quitarme los pantalones. Lo ayudo levantado un poco mis pies del suelo. En cuanto se incorpora coge la goma del pelo que hay en mi muñeca y me hace una coleta alta mientras yo me pierdo en sus perfectos y traviosos ojos.

Edu, sin hablar, da dos pasos para atrás y me mira:

—Mucho mejor así. Hace calor aquí, está el ambiente algo caldeado, ¿no crees?

Acto seguido se quita las zapatillas, los calcetines, el jersey y la

camiseta. Mis ojos se marcan un viaje exprés a su cintura y a su pecho. Las palmas de las manos me laten porque necesitan tocarlo.

—¿Cómo puedes ser tan perfecta?

—Eso depende que quién me mire. Será que soy mucho más joven que tú, anciano...

—No te llevo tanto, exagerada.

—Lo justo —le digo acercando mi nariz a su mejilla.

Edu me abraza por la cintura para acercar nuestros cuerpos.

—Estoy tan contento que podría levitar. ¿Y tú?

—También.

—Aunque más que contento, me siento orgulloso. Orgulloso por ti y porque alguien como tú quiera pasar este rato conmigo.

—¿Estás de broma? ¿Quién soy yo?

—La mujer que nunca soñé. —Lo escucho algo más serio—. Jamás pensé que existiera alguien para mí.

—¿Ni Luna?

—No, Estrella. Olvídate de aquello, por favor. No hay comparación.

Nos separamos pero vamos juntos de la mano a la cocina. Decido ser sincera:

—No puedo olvidarlo, Edu, por lo menos hoy por hoy. Esta tarde cuando os vi en la cocina me sentí mal.

—Ya, se te notó. Igual me pasó a mí cuando te vi abrazada a tu amigo Brais.

—Entre él y yo no hay nada.

—Entre Luna y yo no hay nada, románticamente hablando.

Edu abre la nevera y saca huevos, leche, verduras y un hojaldre que yo no he comprado.

—Me he escapado un rato esta mañana y he hecho compra —aclaro ante mi cara de consternación—. Tenemos un vino en el congelador. Se me había olvidado sacarlo.

Tomo asiento en mi encimera y lo veo trabajar tan alucinada que me olvido hasta de mi nombre. Pasaría las horas muertas contemplando a este hombre y su marcada espalda moviéndose para mí.

Edu me sirve una copa y hablamos de desde cuando cocina y me desvela

que a su padre le encantaba. Me cuenta que él tenía más afinidad con su progenitor y Eneko con su madre, que por eso su hermano baila mejor y él sabe cocinar. Le pregunto de todo y Edu me responde, de vez en cuando llena mi copa y me besa suave dejándome un rastro más apetecible que el del propio licor. Me habla de su exnovia, una tal Almudena, por la que Eneko y él discutieron. Era de su pueblo y Eneko salió dos meses con ella, pero Edu siempre había ido detrás y le sentó tan mal que siguió a la carga. Ella, que era de fidelidad voluble, dejó a su hermano por él y hasta vivieron juntos dos años, pero la cosa nunca funcionó del todo y ella se fue a EE. UU. y lo dejó. Después de Almudena surgió su historia con Luna, con la que parece que los hermanos limaron asperezas y reforzaron su amistad.

—¿Qué sientes por Eneko, Edu?

Mi cocinero *sexy* deja lo que está haciendo en la vitro y se da la vuelta, su rostro piensa la respuesta:

—Creo que sobre todo admiración. Eneko es un gran hombre. Nunca hace nada mal, mira por todos, es tremendamente inteligente, organizado... es una gran persona.

—¿Y tú?

—¿Yo? Yo siempre he sido más caótico, hice INEF porque era más vago para estudiar que una tortuga en invierno, pero mis padres se empeñaron en que tenía que tener carrera.

—¿Y cómo surgió lo del CNI?

—Un amigo de un amigo... me presenté y a los meses me llamaron. He entrenado mucho, no te creas que es todo guay. Pero no te puedo contar mucho, Estrella, de esto no.

—Lo entiendo. ¿Sabes? El otro día vi *La La Land* con mi hermano y me recordó a ti.

—¿Por qué?

—Porque trata sobre como la ocasión es muy importante, porque puede que una pareja pueda ser perfecta pero no estén en el momento preciso.

—¿Y te recordó a ti y a mí?

—No, pensé en ti y en Luna —respondo algo tímida.

Edu se acerca, me quita la copa de las manos para agarrármelas mientras sus ojos se chocan con los míos y mi estómago se remueve a mil doscientas

revoluciones por minuto.

—Olvídate, por favor. Luna y Eneko, Luna y Eneko —repite— ellos sí. Yo no tenía nada que hacer allí.

—Pues algo hiciste...

—Sí, pero eso ya pasó.

—Te olvidas de Clara.

—No, no me olvido, a veces creo que aquello sucedió para que naciera mi niña, creo que va a ser alguien muy especial. Eso es lo que guardo de Luna, a Clara. Pero lo que siento hoy por hoy por ti, Estrella, le lleva años luz y te prometo que esto no se lo he dicho a nadie y me asusta más de lo que puedo admitir.

Mis piernas se encaraman a su cintura para atraerlo a mi cuerpo y poder besarlo.

Cuando su boca y la mía entran en contacto las voces de mi cabeza se esconden y solo siento el placer de su saliva, el sabor de su boca y el tacto húmedo de su lengua. Pura física.

Edu se separa con la excusa de que se le queman las verduras.

Lo observo de nuevo, con el corazón latiéndome a tope y me levanto de la encimera para abrazarlo por detrás. Edu echa la cabeza hacia mi cuerpo y la apoya en mí.

—Gracias —le digo.

—¿Por qué?

—Por apostar por mí.



Un montón de hombres se me aparecen, algunos me sonrían, otros me insultan, algo los une... con todos me he acostado. ¡Ahh!

Me despierto sobresaltada y grito. Siento que algo se mueve a mi lado y en un principio me asusto, pero en seguida caigo en que es Edu, que duerme a mi vera.

—¿Qué, qué ha pasado? —carraspea antes de inclinarse para dar la luz de la mesilla.

—Nada, una pesadilla. —Me vuelvo a tumbar—. Apaga la luz, por favor.

Edu me obedece y en seguida siento el calor de su cuerpo. Estamos frente

a frente. Sus manos bailan por mi espalda casi desnuda y poco a poco los rastros de la pesadilla desaparecen. Estoy durmiendo con sujetador y braguitas, así nos quedamos esta noche Edu y yo, a las puertas de culminar pero supimos frenar. Él dijo que podía esperar y yo así lo preferí, es como que quiero acumular mucho deseo para olvidarme de mis fantasmas cuando nos acostemos.

—¿De qué iba la pesadilla?

—Se me han aparecido caras, hombres con los que he practicado sexo y me insultaban.

—Joder. —Me abraza.

—Edu...

—¿Qué?

—Me he acostado con mucha gente.

—Pues eso que te llevas —responde más despierto y con su habitual tono cómico.

—A veces con varios... me gustaba experimentar.

Edu carraspea.

—¿Te echa para atrás? —le pregunto con miedo.

—Precisamente al contrario, Estrella, piensa que te tengo casi desnuda y me estás hablando de que has hecho orgías; puede que me tenga que dar una ducha fría, solo eso.

—¿No te asusta?

—¿El qué?

—Que me haya gustado tanto el sexo.

—Me asusta más que no te guste ahora.

—Pero ¿y si no estoy hecha para tener pareja? Nunca he tenido... ¿y si cuando empiece de nuevo a tener sexo vuelvo a las andadas?

—Estrella... ¿te preocupa en serio asustarme si me planteas un *ménage à trois*? ¿Precisamente a mí?

Estallo en una carcajada.

Edu me besa la frente en la oscuridad.

—No corras más si todavía no te has calzado las zapatillas. Yo solo he tenido una relación si se le pudo llamar así, pero ¿sabes qué? Algo me dice que contigo sí.

Ahora baja su boca a mi clavícula y su lengua la recorre en su límite superior.

—Uhhmm, sabes todavía a yogur...

En los postres, Edu acabó echándome yogur por el cuello y me lo recorrió entero, no sé cómo pudimos parar.

—¿Quién te dice que conmigo sí? ¿Esta de aquí?

No aguanto más y bajo la mano a su sexo, lo tomo directamente mientras me hace gracia el respingo que ha dado.

—Estrella... no, no...

—Schhhss. —Lo silencio con mi boca—. Llevo queriéndote tocar desde que te quitaste la camiseta en la cocina.

—Y yo a ti, no es justo, déjame... —Sube la cabeza para aplastarme con sus abrasadores labios.

—Edu, quiero darte placer. Necesito hacer esto, hoy comienzo a renacer y quiero hacerlo así, sabiendo que puedo hacerte explotar por mí.

Comienzo a mover mi palma en torno a su miembro, primero despacio y suave, atendiendo como con mi tacto va creciendo dejando a mi mano pequeña. No hay prisas, disfruto de cada uno de sus quejidos y sus pequeñas sacudidas. Madre mía, creo que nunca he estado tan excitada. Poco a poco voy más rápido y contundente. Oír como gime y se pierde en mi boca me excita tanto que me enloquezco y olvido toda la cautela.

—Quiero darte placer, Edu...

—Solo con mirarme me lo das, brava.

Esa respuesta... es justamente la correcta. Alejo mi cabeza de la suya y bajo dejando un reguero de besos por su pecho, me detengo en morder sus excitados y pequeños pezones advirtiéndole que eso le ha encantado, soplo su vientre hacia abajo que respira convulso con mis caricias. Deseo probarlo más que a nadie en el mundo y no me lo pienso más. Quiero saber a qué sabe su interior más oculto. Yo. Sin darle más vueltas bajo su bóxer del todo, acerco mi boca y le lamo entero. Edu se contrae y emite un pequeño grito de locura. Me gusta ser brusca, pillarlo por sorpresa.

—Dios, Estrella... ¿Qué, qué...? Oh, por favor, sigue, sigue...

Solo por un momento me detengo para repetir las palabras que antes él me dijo, con voz excitada, pero tan segura que me enorgullece:

—Contigo, sí, Edu, contigo, sí.



Me despierto tan abrazada que me siento pegajosa y me da igual. Abro los ojos y vuelvo la cabeza hacia el duende que ha estado hurgando en mis adentros hace un rato, bueno no sé cuánto, nada más estallar en su boca me he vuelto a dormir. Él me avisó:

«En algún momento de la noche te devolveré la magia que me has hecho sentir». No sé cuándo ha sido, pero sé que ha pasado y por fin puedo decir que he vuelto a tener un orgasmo en manos (en este caso boca) de alguien.

—Buenos días, brava... —En sus ojos veo el reflejo de alguien feliz y relajado.

—Buenos y preciosos días, Edu.

—Oh, ¡qué buen despertar! ¿Siempre amaneces así de dulce? —Edu se abalanza sobre mi cuerpo y se pone encima, sujetándome las manos por encima de la cabeza y besándome el cuello vehementemente.

Ambos estamos desnudos. Nuestra ropa interior que acordamos a primera hora dejarnos perdió la batalla hace horas. Explicar lo que se siente teniendo su piel y mi piel pegadas en tan magnífico que sería a todas todas imprecisa.

—¿Y tú? ¿Siempre te despiertas tan activo?

—Solo cuando duermo contigo, pequeña... Creo que hoy no voy a poder salir de la cama.

—¿Y no quieres desayunar?

—Tú estás mucho más rica. —La boca de Edu baja a uno de mis pechos y lo saborea como si fuese puro néctar.

Me desarma. Querría ducharme, beber agua, lavarme los dientes, pero no puedo si él me besa así.

Como si hubiese notado mi incomodidad, la cabeza de Edu vuelve a mi altura y me pregunta:

—¿Te estoy agobiando?

Estoy por decirle que solo con mirarlo me nacen estrellitas desde los pies a la cabeza, que cuando me toca creo que el paraíso se debe quedar corto, que cuando sonrío para mí el suelo se abre en dos y caigo a un socavón de placer irremediable, pero le respondo mucho más pragmática para no parecer

una moñas:

—No, es solo que siento que debería darme una ducha y así poder continuar.

—¿Seguro? —Edu se hace a un lado pero acaricia mi cara con la yema de sus dedos. Me lanzo a sus labios para dejárselo claro.



Lo observo dormir. Nunca antes lo había hecho con nadie. Con Edu todo sabe a primera vez. Hasta el peor plan del mundo me apetece con él. Me he convertido en una moñas. Cuando alguna de mis amigas me relataba algo así, las llamaba moñas sin compasión y ahora soy yo la que se queda despierta hasta las tantas de la madrugada para ver dormido al hombre que me gusta. ¿Y qué más pienso? Que es increíblemente guapo pero lo que me chifla es ese aire canalla que destila allá por dónde va.

Me pesan los ojos. Intentó recordar nuestro día de hoy. Hemos salido de casa por la mañana a callejear por Ávila y no hemos regresado hasta la noche. Caminar con él de la mano, haciendo pausas para besarnos como dos adolescentes, hablando de todo y de nada, porque el silencio era igual de cómodo que el diálogo, ha sido digno de mencionar. No sé, sentía que la gente me miraba y veía en mí a alguien tan feliz que podría levitar de toda la energía positiva que cargo cuando él está tan cerca y solo para mí, con la verdad por delante, sin excusas.

Paseamos rodeando la muralla y el día nos acompañó. Las vistas desde la puerta del Carmen entre el archivo y el parador me fascinaron. Había pasado por allí muchas veces pero no con tiempo. Eso es lo que siento cuando estoy con Edu, que mis sentidos se abren del todo y soy capaz de percibir sin esforzarme lo bello de mi rutina.

Después de acceder a la muralla y dar un paseo por las callejuelas, fuimos a comer al palacio de Sofraga. Un lugar único con una cristalera preciosa para seguir contemplando la ciudad, en este caso los jardines. Y lo que quiero remarcar es que todo fluyó, lo que a mí me apetece a él también, y hay que añadirle que nos reímos mucho. Por la tarde, fuimos al Jardín de la Viña y en un banquito escondido aprovechamos para meternos mano de una manera indecorosa pero ansiada y luego escuchar música, mi música casi

siempre, porque él no es tan adicto como yo aunque parece gustarle todo lo que le pongo. Hoy el premio se lo llevó *Vas a quedarte*, de Aitana y Morat, porque a pesar de que sea más triste que la pena es preciosa y me pone los pelos de punta. Y no es tan trágica si mientras la escuchas compartiendo casquito, te sientas sobre Edu y le cantas la canción a la boca, tan cerca que los versos se desdibujan en besos.

Más tarde bordeamos la zona sur de la muralla. Había mucha gente paseando y niños subiendo a las piedras. Desde allí, se puede contemplar el sur de Ávila, la zona nueva y la vieja y los tejados con nidos de cigüeña. Como empezó a refrescar entramos en tiendas. Me ha regalado un gorrito de estrellas y yo a él una camiseta de Superlópez con la que nos tronchamos de risa. Luego fuimos a comprar alimentos para mi nevera y preparar la cena y regresamos a casa.

Edu hizo una crema de champiñones de morirse y una *pizza* con masa y todo que me comí no solo con hambre, con admiración absoluta. Y luego seguimos viendo *La maldición de House Hill* hasta que se quedó dormido y lo traje casi arrastrando a la cama.

Un día normal y a la vez perfecto. Un día que quiero repetir trescientas sesenta y cinco veces al año.

Se me cierran los ojos y comienza a sonar suave en mi cabeza *Vas a quedarte...*

Capítulo 19

El roce de tu piel

Edu

—Christian, no te lo puedo asegurar cien por cien, en el hospital siempre hay gente, pero no hemos encontrado más cámaras —le digo al teléfono.

—Lo entiendo. De todas formas seguid buscando. Me extraña que solo hayan colocado una.

—Ya y a mí.

—¿Cómo vas con Tanya? ¿Se abre?

—Bueno, hoy estoy contento porque he logrado que sonría.

—Con poco te conformas... —Lo escucho sarcástico.

—Esa mujer es puro hielo, apenas abre la boca, no nos responde a nada, que sonría es un festival. Ahora le pasaré la comida y veré a ver.

—Tenemos poco tiempo, Edu, y estamos muy perdidos. No encontramos ninguna relación entre ella, el bebé y el encuentro de los narcos y comienzo a pensar que estamos siguiendo una pista falsa.

—No lo creo, jefe. Esa mujer sabe algo, está entrenada para el silencio.

—Era la pareja de un narco, son mudas.

—Pero ella no, Tanya fue modelo, la he visto en entrevistas, es una mujer inteligente.

—Pues con mayor razón.

—No sé jefe... Creo que ella es la llave y que lo sabe, por eso calla. Lo dejo, tengo que entrar en la habitación, ha sonado el timbre.

—Perfecto. ¡Edu! ¡Espere! Hoy le llegará un mensajero con la identidad falsa que me pidió.

—Gracias, jefe.

—¿Esa mujer no es la supervisora?

—Sí, y además una mujer maltratada por Rodrigo, el ginecólogo.

—¿Y no afectará a la investigación que ella desaparezca?

—No, tranquilo, ella apenas accede a la habitación. Con la nueva enfermera que han contratado para las noches, Alexis y yo, es suficiente.

—¿Es fiable esa nueva enfermera, por cierto?

—Sí, del todo, es una enfermera militar, hija de unos amigos de Rodrigo. Él mismo me la recomendó.

—Asegúrese de que no sabe nada.

—No, jefe, la pobre bastante tiene con pasar la noche, nunca antes había trabajado en ginecología. Lo dejo.

Cuelgo. A Alexis y a mí nos ha venido de perlas esta nueva enfermera, Laura. Ya somos tres compartiendo turnos, Alejandra dijo que nos ayudaría pero entre sus jornadas y guardias de supervisora no puede dar más de sí.

En vez de responder al timbre, voy directamente a la habitación. Abro.

—¿Qué pasa Tanya? ¿Qué necesitas?

La exmodelo me mira asustada y la escuchó:

—No, había sentido una contracción fuerte y me asusté, pero ya ha pasado.

Accedo y le pregunto.

—¿Quieres que avise al ginecólogo?

—No, no, tranquilo.

—¿Te iba a traer la comida?

Tanya sonrío y afirma.

Salgo y al minuto vuelvo a entrar con el almuerzo.

—Aquí la tienes. Hoy el menú es lo más, sopa castellana y pavo al horno.

Tanya vuelve a tornar sus labios.

—No está mala la comida, un poco sosa pero sin más drama —me responde.

—Pues a mí no me gusta nada. —Me sitúo frente a ella y levanto la tapa superior de la bandeja—. Y tú estarás acostumbrada a lujos.

—Bueno... no siempre, crecí en una familia humilde. Y a mí que me den un taco con toda su pringue que me vuelvo majareta.

Me río. Aunque no tiene un acento mexicano muy acentuado sí que se le nota y a mí los «manitos» me hacen mucha gracia.

—¿Puedo preguntarte una cosita, güey?

—Sí, por supuesto —respondo anonadado.

—¿Qué onda te pasó? Se te ve padre.

—¿Cómo?

—Estás más contento —traduce.

—Ah, no sé.

—Desde el fin de semana, te ves feliz como una lombriz.

—Eres muy observadora.

—La neta es que no puedo hacer otra cosa ¿y qué te paso, güey? Cuéntame algo que me saqué de aquí... —Le brillan los ojos.

—Pues sí... —Tomo asiento frente a ella—. Estuve con una chica.

—*Oh my god!* ¡Debe de ser bonita para que sonrías así!

—La más bonita... —Si he de hablar de mi relación con Estrella para que esta mujer se abra conmigo pues le cuento hasta los lunares.

—Me alegro por ti. Se te ve buena onda.

—No soy alguien fácil...

—¡No mames! ¿Y quién lo es?

—Alguno habrá, pero yo no.

—Si te consuela yo tampoco... hasta que encontré a Claudio. Nunca antes me había sentido así. Tan segura de que quería ser fácil para él.

Me callo. Es bonito eso que ha dicho.

—Se ve que te trae cacheteando las banquetas —prosigue.

—Pues no sé lo que dices, pero creo que sí. ¿Algún consejo?

Tanya señala a su alrededor con los ojos.

—¿Crees que soy la apropiada?

—¿Y por qué no? Sé poco de tu caso, los polis no nos cuentan nada, pero algo me dice que tú estás aquí por amor.

—Tú también eres muy observador. —Sonríe—. Mi consejo es que seas tú mismo... y que no te enamores de alguien con negocios turbios.

Me río mientras me levanto. No quiero parecer loco por hablar con ella. Quiero que me espere. Hoy pensaba quedarme a hacer el turno de noche, pero se lo diré a mis compañeros.

—Un placer hablar contigo, aunque te expreses un poco raro, en cuanto salga voy a buscar lo de las banquetas esas... —bromeo.

Tanya se ríe de verdad y por un momento siento lástima. Porque como ella misma ha reconocido se ha enamorado de alguien turbio, y eso la ha

llevado al infierno de verse privada de libertad y embarazada.

—Ve a por tu chica.

—Lo haré, y tú... tú pelea por ese bebé, el tiempo dirá.

Salgo de la habitación y al cerrar la puerta aprieto los puños como si hubiese ganado un punto decisivo. Creo que he dado un paso de gigante en mi relación con Tanya y ha sido gracias a Estrella.

Justo en ese momento pasa Alejandra y se detiene frente a mí intrigada.

—Te veo muy contento, ¿no?

—Bueno sí...

—¿Y eso? —Se me acerca extrañada porque me acaba de ver salir de la habitación de Tanya y hacer un gesto de victoria a lo Nadal.

—No, es que me ha llegado un mensaje que esperaba y lo acabo de leer.

Alejandra oscila la cabeza varias veces sin quitarme ojo de encima.

—¿Estás desocupado ahora mismo?

Afirmo.

—¿Puedes echarme un cable?

—Sí, por supuesto.

Mi supervisora sonrío todavía con duda en su cara.

—Acompáñame.

La sigo rezando por lo bajo, que no sea ninguna tarea enfermera complicada y esta mujer se dé cuenta de que no tengo ni la más remota idea.

Entramos en un almacén.

—Pues es que tengo que sacar estas cajas. —Cuento unas diez—. Por si me puedes ayudar.

—Vale.

—Muchas gracias, Diego. —me sonrío muy amable—. Mira, tú ve guardando los medicamentos en los cajetines y yo voy anotando lo que falta.

Le digo que sí con mucho miedo, no me acuerdo de nada de lo que estudié de farmacología y apenas he cargado y administrado medicación, Tanya no precisa nada. Me agacho y abro la caja que me señala. Hay varias bolsas con blísteres de pastillas y de ampollas intravenosas. Al ver mi cara de desconcierto, Alejandra me explica:

—Está ordenado por categorías, en esa vitrina los sueros y expansores, en esta otra los antibióticos, diuréticos y anticomociales allí...

Debo de estar de color verde olivo, juro que no había escuchado la palabra anticomicial en mi vida. ¿Eso qué es? ¿Algo para no estar en coma? ¿Pero se puede elegir?

Me agacho y cojo una bolsa de ampollas. Leo «metoclopramida». No recuerdo lo que es y lo peor es que no sé si es un fármaco muy obvio y preguntar por él puede sonar ridículo. Mirar en el móvil es una cantada, así que opto por acercarme a los cajetines y buscarlo por parecido. Pero es que para eso tengo que abrirlos... ¡Ay, Dios mío! Siento unos ojos a mi espalda, Alejandra debe de estar pensando que a este ritmo no acabamos ni en el 2022.

—¿Dónde guardo la metoclopramida? —pregunta mi adrenalina que está frenética.

—¿La «metlo» qué? —profiere divertida.

¿La he dicho mal? ¡Joder! Cojo la ampolla y hago como si tuviera problemas de vista y la leo.

—Perdón, la metoclopramida, ja, ja, ja.

—¡Hijo, por Dios! ¡El Primperan!

—Sí, eso, que no me salía el nombre.

—Allí. —Me señala un cajetín.

Respiro aliviado y vacío la bolsa. Cojo varias cajitas iguales de ampollas que me indican que se deben usar mucho... «Metilprednisolona».

—¿Y estás? —le enseño la caja.

—¿Qué es? —me pregunta sin mirarme puesto que está de espaldas apuntando algo.

—La metiprednisona.

A Alejandra se le da la vuelta el cuello y me mira:

—Dirás la metilprednisolona, o más conocido para los amigos como Urbason.

—Sí, eso.

Alejandra se acerca.

—Tú la farma la aprobaste por los pelos, ¿no?

—Es que se me ha olvidado todo, Alejandra. ¡Qué vergüenza! Vas a pensar que soy tonto.

Ella se ríe.

—Hombre, eso no, pero deberías estudiar... Si necesitas apuntes o ayuda

no tienes más que decírmelo.

Me sonrío. ¿Eh? ¿Ehhh? ¿Qué significa esta mirada? ¿Y por qué está acariciándome la mano donde tengo las ampollas?

—Ocultas algo...

—¿Yooo? —bramo.

—Sí, aunque no me importa, me gustan los hombres misteriosos. —Se muerde un labio y me atraviesa con sus ojazos azules. Y tú lo eres, Diego.

—¿Qué dices? —titubeo—. Yo soy un libro abierto.

—Con una portada muy atractiva... —dice sin dejar de mirarme.

Esto en mi tierra es tirar los trastos y yo estoy por cantarle lo que le repito a mi hija: «A recoger, a guardar cada cosa en su lugar» indicándole que sus trastos ya tienen dueño.

—Gracias —le agradezco el cumplido.

—No hay por qué darlas. —Da un paso más hacia mí—. Tienes unos ojos hipnóticos, Diego.

—Tú también los tienes muy bonitos.

No sé qué hacer, si quedarme quieto y dejar que esta mujer me bese porque es obvio que esta absurda conversación nos lleva a esto o alejarme y que entienda que no quiero nada y entonces recuerde mi total amnesia farmacológica.

Suena su busca. Gracias a Dios. El momento se rompe. Ella se aleja para contestar y yo meto la cabeza en las cajas. Cuando descuelga me informa:

—Tengo que dejarte, coloca lo que puedas y lo que no sigo yo mañana. Muchas gracias Diego.

—Había acabado el turno...

—¡Ah! Pues vete cuando consideres, bastantes horas pasas ya aquí. —Me hace un guiño—. Me ha encantado pasar este ratito contigo. Chao.

Pues a mí no...



Estrella regresa de casa de Alejandra y Rodrigo. Ya le ha llevado los documentos falsos a su «amiguita» para poder escapar de las garras de su marido. Yo más no puedo hacer. De ella depende decidir el momento y espero que tenga dinero ahorrado para poder huir y mira, qué se vaya, porque la

pienso y me azoro.

No creo que nadie sospeche de que Rodrigo la maltrata, a él también lo respetan mucho. Ahora que los conozco entiendo el *shock* que sufrió Estrella cuando presencié aquella escena. Es que ella había depositado toda su confianza en los dos y descubrir en él a un demonio no tiene que ser fácil de digerir, pero tampoco mi escenita «almacenesca» con Alejandra que tengo que omitir para que Estrella no sepa cuál es mi localización y porque paso de retratarla.

—¿Ya? —le pregunto cuando entra en casa.

Estrella asiente con cara triste.

—Sonará egoísta, pero no quiero que se vaya, ha sido alguien muy importante para mí —se sincera—, aunque sé que es lo mejor.

—Suena humano y sí, es lo mejor.

—Lo que ese desgraciado le hace... No puedo imaginar lo que debe ser convivir con él. Es que parece tan normal.

—Todos lo parecen.

—No, Rodrigo es como un superhéroe, Edu. Es simpático, agradable, se desvive por ayudarte... y de repente se le cruza el cable y viola a su mujer. Le deseo lo peor, te lo prometo, Rodrigo es uno de los peores monstruos que me he echado a la cara.

Voy en su búsqueda y la abrazo.

—No lo pienses más... Tú ya has hecho todo lo que has podido.

—Yo debí haber detenido a ese cabrón el día que lo vi abusando de ella... fui una cobarde. —Noto como el cuerpo le tiembla—. Pero no me lo esperaba, de él, no. Se ve que no tengo buen ojo.

—Estrella los violadores, los asesinos... no lo llevan escrito en la cara.

—Lo sé, Edu, pero Rodrigo es especial, si lo conocieras. —Omito decirle que lo hago y que tiene razón, ese hombre parece un gran tío—. Se me dio la vuelta el cuerpo cuando lo pillé. Quería vomitar, gritar y zarandearlo para que dejase de hacerle daño a Alejandra y, sin embargo, me quedé escondida llorando.

—Si hubieses salido hoy no podrías haber ayudado a tu amiga a escapar.

—¿Eso es ayudar? ¿Darle una identidad falsa, algo de dinero para que se esconda? No solo va a dejar de verlo a él, también a sus amigos, a su familia.

Tendrá que dejar su trabajo.

—Le hemos emitido un título con su nuevo nombre. Podrá trabajar de enfermera donde quiera.

—¿Empezar de cero? El que tendría que sufrir es él, no ella.

—Pues que lo denuncie.

—No quiere.

—Entonces bastante hemos hecho, Estrella. Si lo denunciara podrían investigarlo y detenerlo.

—Ella no quiere... dice que no la van a creer.

—Mira, Estrella, bueno da igual...

—¿Qué?

—A mí me da que ella quiere dejarlo al margen, que sigue enamorada de él y no quiere que se sepa ni lo que ella ha padecido ni que él es un desgraciado. Y ¿sabes qué? Creo que jamás reunirá el valor para dejarlo.

—Dice que sí, que se va en unos días.

—No la creo.

—Hablas como si la conocieras.

—No es eso —miento—. Es que ya se sabe con estos casos.

—¿Tú no estarás en su hospital? —Se le ilumina la cara.

—Estrella... sabes que no te puedo hablar de mi trabajo —le digo acercándola a mí para protegerme de sus indagadores ojos y besarle la frente.

—Entonces es que sí.

—No, Estrella, entonces es que nada. No te puedo contar nada de nada, esté en su clínica o no. Quizás, ni siquiera trabajé en un hospital, pero tanto si asiento como si niego, te doy información, por lo que solo te digo que no puedo hablar del tema. Espero que tú me entiendas y sepas sobrellevar esta parcela de mi vida.

—Me gustas más cuando eres monitor de multiaventura.

—Hoy por hoy tengo esas dos facetas en mi vida y no voy a dejar ninguna.

Estrella se aleja de mí con las manos en alto y con cara ofendida.

—¡Eh! Relaja, yo tampoco te lo estoy pidiendo.

—Ni yo he dicho que lo hagas. Quizás eres tú la que te tienes que relajar.

Nos miramos con la respiración acelerada.

—Será mejor que te vayas —me dice claramente enfadada.

—No me pienso ir.

—Sí, sí que te vas a ir y además ya. —Señala la puerta.

Sonrío.

Estrella me mira y atisbo como muta de estado cabreado a confundido.

—A mí no me hace gracia. Ni tú ni nadie me va a decir que me relaje.

—Vale, pues respira...

—No me da la gana. Vete.

—No, no me pienso ir. Estamos discutiendo y punto.

—Pues yo no quiero discutir. Vete —me repite.

Me armo de paciencia y valor para acercarme a ella y tomarla de sus manos. Ella gira la cabeza para no mirarme.

—Solo estamos discutiendo, brava, solo eso. Te dije que te me has colado en mi mente y solo quiero pasar contigo todas las horas que puedo, sea besándote, escuchando música o peleando. Tú y yo somos de sangre caliente.

—No me vuelvas a decir que me relaje.

—Estrella, has empezado diciéndomelo tú y como a mí tampoco me gusta te he atacado. Sin más... Intentaré no volver a hacerlo si tanto te molesta, pero no pasa nada, es un calentón y ya.

Sus ojos vuelven a los míos, todavía con chispas de enfado.

—Perdona... te avisé de que nunca he tenido pareja y creo que no voy a ser sencilla.

Recuerdo mi conversación con Tanya en el hospital y repito lo que ella me respondió:

—¿Y quién lo es? Pero no me vuelvas a decir que me vaya.

Estrella baja la cabeza apenada.

—Soy un desastre. No se me va a dar bien esto.

—No, tú no eres un desastre. Tú eres maravillosa, tanto que por mucho que me digas que me vaya pienso desobedecerte y no me gusta hacerlo.

Ella sube la mirada ahora teñida de alegría y me lo contagia todo. Su luz entra en mí y siento que podría morir de las ganas que tengo de besarla.

—Eres mi chica, Estrella.

—Soy tu chica, Edu.

—Pues si todo está tan claro por qué no me besas.

Ella suspira de una forma... como si fuese a echarse a llorar o a mis brazos. No sé qué pensar.

—Eres increíble, tío —me sorprende por su sinceridad—. No... nunca creí que alguien pudiera desbordarme tanto y tenías que ser tú. Por favor, no me dejes espantarte.

—Ni de coña... acabo de descubrir lo que me gustas enfadada.

Estrella ríe sin dejar de mirarme. La veo pensando antes de decirme.

—Edu, quiero que me cojas, que me lleves a la habitación, que me desnudes y me hagas el amor y lo quiero ya.

Trago saliva porque oír a esta mujer decirme esto es como para que se te pare el corazón.

—Pues si lo quieres ya tendrá que ser aquí, porque yo no puedo esperar.

La tomo en brazos y en dos zancadas, la poso sobre la mesa del salón. Ella ríe. Luego echa el cuerpo para atrás tumbándose provocativamente en la tabla, aceptándome. No tardo ni dos segundos en bajarme el pantalón y el bóxer, ponerme un preservativo y acercarla tirando de sus piernas a mi cuerpo. Lleva un jersey como vestido y las medias son de esas que se terminan en los muslos y que tanto me gustan. El único obstáculo que me queda son sus braguitas y como me ha poseído la celeridad tiro de ellas fuerte y seco para romperlas. Estrella gime cuando lo hago y se arrastra para acercar su cuerpo más al mío. La toco. Está totalmente preparada para mí y eso que ni nos hemos besado. Tumbo mi cuerpo sobre el suyo y llego a besar su cuello.

—¿Estás segura? —le pregunto.

—Más que de nada en mi vida. —Ríe nerviosa.

No lo pienso más. Me incorporo, coloco sus piernas alrededor de mi cintura observando como Estrella arquea la espalda totalmente excitada y conduzco mi sexo al suyo despacio pero sin echarme atrás hasta que me cuelo en su interior. El placer que me sobreviene no es comparable con nada en el mundo. Grito:

—¡Dios!

Y escucho como ella gime algo parecido y aprieta sus piernas a las mías para que la empuje más fuerte. Lo hago dándome cuenta de que este cuerpo es para mí. Tiro de sus manos para levantar su espalda de la mesa y situarla frente a mis ojos.

—Quiero verte, brava...

—Muévete, joder —me ordena, con una mirada de leona que no puedo más que acatar.

En cada embestida me concentro en sentirla, en notar como sus paredes me acogen y me envuelven y como se estira para mí. Nos besamos y siento como me desdoble porque de cintura para abajo cada vez voy más fuerte y más rápido, pero mi boca la besa despacio y le susurra lo que le está haciendo sentir.

Estrella estalla dentro de mí en la siguiente embestida y yo que no podía aguantar ni un segundo más, caigo después.



Como si no hubiera un mañana. Como diría mi madre nos hemos juntado el hambre con las ganas de comer. Voy a tener un problema y es que después de probarla nada me va a apetecer más que hacer el amor con Estrella. ¡Joder! Es que es para mí, de todas, todas. Tengo tal subidón que hoy escalaría sin cuerda.

No recuerdo habérmelo pasado tan bien en años. Estrella es inagotable y tan tan *sexy* que se me seca la boca cada vez que la miro. El sexo con ella es morbo, es natural, es juego, es nosotros, solo nosotros.

Ahora estamos tumbados exhaustos en la cama. Son cerca de las dos de la mañana. Habremos repetido como cinco veces y a cada cual mejor.

—Tenemos que dormir... —me dice pegándose juguetona a mi cuerpo.

—Vas a tener que buscarte a otro que te siga el ritmo —bromeo.

—¿Por qué? No tengo nada que objetar, tu ritmo me encanta. —Me muerde el labio inferior.

—Estoy agotado, brava... ya me jode, pero no puedo con mi alma.

Estrella ríe.

—Edu...

—¿Qué, mi vida? —Me sorprende llamándola así, pero no reculo, es cierto que esta mujer que ahora comparte cama conmigo se ha convertido en cuestión de semanas en mi vida entera—. Abrazo su cuerpo desnudo y ella apoya su cabeza en mi pecho.

—Ha sido alucinante. Me has hecho sentir tan bien.

—Igual que tú a mí —afirmo.

—Edu. —Vuelvo a escucharla tímida.

—¿Qué?

—Es que ha sido diferente... Ha sido más, había más de lo que he encontrado nunca en una cama.

—Eso mismo opino yo. Quizás sea porque estoy loco por ti.

Estrella levanta la cabeza y me mira como una niña ilusionada.

—¿Esto será amor? —lo dice despacio.

—Pues no sé, pero es increíble.

Reímos. Después decidimos por unanimidad que es el momento perfecto para dormir. Apago la luz.

—Edu, no te puedo decir que te quiero porque es pronto y podría asustarte, pero quiero que sepas que te quiero.

Me quedo sin habla por unos segundos.

—Eres, junto a mi pequeña Clara, lo más bonito de mi vida y yo tampoco quiero decirte que te quiero. Descansa, brava.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 20

Colgado

Estrella

No puede ser, justo cuando me queda una semana para terminar las prácticas aparece un cuerpo en el río Adaja y todo apunta a que puede ser el de Max León, el actor *gigolo* desaparecido.

La verdad es que yo comenzaba a temerme lo peor. Llevaba más de un mes desaparecido y eso apuntaba a este final, pero me da lástima, mucha lástima, porque a pesar de la descripción tan particular pero perjudicial que me hizo en un primer momento Reyes, el resto de personas a las que pregunté se alejaron bastante de ese Max conquistador y manipulador. Incluso hablé con sus anteriores clientas y solo dijeron maravillas. Y, además, he estado manteniendo contacto con su hermana en Cuba y me da tanta pena tener que darle la peor noticia de todas que no sé cómo lo voy afrontar.

Voy con mi jefe a la escena de crimen. Nos han avisado porque todo apunta a que puede ser él, la edad, el físico y varios tatuajes los han llevado al joven desaparecido que estábamos investigando en mi comisaría.

Salimos del coche. Dani, mi jefe, se para antes de llegar a la orilla del río, donde hay muchos policías y, sin más intención que velar por mí, me dice:

—Esto te va a impresionar, Estrella. Ve preparada. Si ves que te mareas o tienes ganas de vomitar, échate a un lado.

—Vale, pero estoy bien.

—Ese cadáver debe de estar en unas condiciones deplorables. Pero tú eres la que más lo conoce y puede confirmar su identidad.

Efectivamente, soy la que más lo conoce. Sé hasta la ropa que llevó antes de desaparecer, porque por fin lo encontré en el aeropuerto. Nunca montó en el avión, en las imágenes se distingue a Max que espera en la sala de embarque, se ve que se acercan dos hombres y él se va con ellos. Y no, sus caras no se aprecian. No eran tontos, ya podían haberlo sido, pero no me ha tocado esa

suerte. Tampoco es que hagamos mucho con unas caras, no somos la CIA, o están fichados o dime tú...

Aunque camino con determinación hacia la escena, por dentro me fluye una riada de angustia y expectación porque no sé cómo va a reaccionar mi cuerpo. Dani se me adelanta unos pasos impidiéndome ver, mientras yo me acerco respirando hondo para calmar la bola de ansiedad anclada en mi estómago.

Dani se abre a un lado, me susurra tranquila y miro al suelo.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Lo han asesinado a palos. Tiene la cara desfigurada.

Pero si me remito al estado cadavérico, está mucho mejor de lo que debería, asemejándose a un muñeco de cera (en un museo del terror), pero no está putrefacto como auguraba mi agorera imaginación.

Y es Max, no me cabe duda. Es su ropa. Es su tatuaje del cuello. Es su pelo, pobre mío...

—No está muy mal conservado, ¿no? —pregunta Dani, como si me leyera la mente, a la forense que saca fotos a lo *paparazzo* y a mí me deja atónita que se acerque tanto porque una cosa es que no se vea putrefacto, otra que no huela a ello.

—Creo que ha estado sumergido en agua estancada y se ha saponificado.

—¿Qué?

La forense, de unos cuarenta años y desde hoy mí ídolo, suelta un momento la cámara para señalar los brazos, que si no fuera por el color, están en buen estado.

—Se ha formado adipocira, luego lo comprobaré, pero para que lo entendáis gran parte de su grasa corporal ha salido fuera y lo ha recubierto. Eso es indicativo de dos cosas, que ha estado en contacto con agua estancada y que lleva varias semanas muerto.

Miro a mi alrededor. ¿Es posible que haya estado aquí todo este tiempo? Es una zona escondida, no creo que pase mucha gente, podría ser, aunque me extraña porque donde menos te lo esperas te encuentras a un paseante con su perrito.

—¿Hace cuánto desapareció? —nos pregunta.

—Más de un mes —respondo.

—Ya os lo confirmaré pero es más que probable que haya estado aquí sumergido.

Miro el cuerpo atentamente. Ya sé que puedo. No voy ni a gritar, ni a vomitar, ni a desmayarme. Lo que sí que me entra es rabia. No era su momento. Max tenía toda la vida por delante. ¿Cómo alguien puede quitarle su existencia a otro y dormir tranquilo? No lo entiendo, de verdad que no. Sea quien sea lo pillaré, se lo debo a este hombre. Hoy, de nuevo, me alegro de ser policía porque nunca he pasado de las injusticias, porque desde niña quise hacer algo al respecto y qué mejor manera que impidiéndolas o castigándolas. Por eso estudié políticas, siempre me ha importado el orden, la gente, la sociedad, pero estaba un poco defraudada con la lucha de poder circense que veía últimamente. He necesitado bajar a los infiernos para darme cuenta de que allí es dónde quiero trabajar, de cerca, cara a cara con lo peor de la humanidad, para detenerla.

—¿Móvil, cartera, algo? —pregunto al ayudante del forense que acaba de incorporarse a nosotros, ya que viene del coche, creo, que de guardar alguna prueba.

—No, nada. Han debido deshacerse de ellos —responde, mirándome a los ojos con un interés especial.

Asiento, me lo imaginaba.

Dani se da cuenta de la miradita del ayudante y dice:

—Perdonad, es Estrella. Es nuestra policía en prácticas, estaba investigando este caso, por eso la he traído.

La forense, como buena profesional entregada a la causa, no hace amago de mirarme ni de saludarme, pero el ayudante, por el contrario, insiste en no retirar sus ojos de mí.

—¿Pasa algo? —le pregunto un poco molesta. Es un hombre de cerca de cuarenta años, atractivo a lo David Cantero, pero ni es el lugar, ni el momento.

—No, disculpa, solo me pregunto qué hace una chica como tú en un lugar como este.

—No me jodas, Fernández —le reprende mi jefe—. Déjate de chorradas.

—Trabajar —respondo firme—. Estoy trabajando, las chicas como yo trabajamos. —Le sonrío sin mucha gana pero tampoco con desdén. Acabo de empezar y prefiero llevarme bien con la gente.

—Perdona. —Levanta una mano—. Joder, es que hacía tiempo que no veía una cara tan bonita.

—¡Fernández, céntrate! —habla un poco más alto de lo normal la forense que ha despertado de su aparente ensimismamiento por Max.

—Pero si estoy centrado, solo digo que la chica es guapa de cojones, punto, a ver si no voy a poder hablar ahora, ¡kabenzotz! —Vale, es vasco y me ha dado un poco de lástima.

—Uno, que Estrella es guapa no hace falta que vengas tú a decírnoslo y dos, no es el momento, colega —le reprocha ahora mi jefe.

—Déjalo estar —le pido a Dani—. Gracias por tu apreciación —me dirijo a Fernández—, pero prefiero hablar de Max León, el hombre que yace en el suelo.

—En unas horas, os podremos decir algo más. Nos vamos a llevar el cuerpo ya —intercede la robótica forense, que ha regresado a su estado CSI y después se levanta del suelo y mirando hacia él se marcha.

—Perfecto —habla mi jefe a su estela.

Lo observo por última vez. Max descansa boca arriba, con las piernas atadas y los brazos pegados al cuerpo. La cara desfigurada y la ropa mojada pero intacta, creo que hay restos de sangre en la camiseta. Viste únicamente un vaquero y un niqui verde caqui, que son los mismos que vi en su imagen de las cámaras del aeropuerto, le falta la cazadora y los zapatos y lo más importante: respirar.



—¿Entiendes, pues, que ahora compartamos la investigación, no? —me cuestiona Dani.

Asiento. Estoy cabizbaja, no por eso, ya he informado a la hermana de Max y se me ha quedado muy mal sabor de boca.

—Ya no es una desaparición por una estafa o una mujer cabreada, esto ya es más serio, es un homicidio.

—Lo sé —admito—. Es más, agradezco que te involucres, jefe, y aunque eche tierra sobre mi propio tejado, reconozco que a mí se me queda un poco grande.

Dani me sonrío.

—Si algo me gusta de ti es tu coherencia y es obvio que a cualquiera este caso se le quedaría grande, como tú dices, pero no te menosprecies, tienes buen instinto, chiquilla. No te lo digo por decir, sabías que este caso era más de lo que parecía y has acertado de pleno y llámame Dani, déjate de jefes.

—Vale... y en referencia a mi instinto, ya me jode. Al final, creo que Max no era tan mal tío como lo pintó Reyes.

—¿Y por qué crees que lo hizo? ¿Despecho?

—No lo sé, pero algo no me cuadra en ella. Quizás solo sea que es tan extravagante que me asfixia.

—Ya, ya me lo has dicho... vamos a ver qué opino yo. ¿Entramos?

Le digo que sí y juntos accedemos al despacho de Dani, donde nos espera Reyes. La he citado aquí para contarle la noticia y quería hacerlo en directo para ver su reacción. En todo este tiempo ella ha insistido de más en saber si le había encontrado, me temo que mi conclusión no le va a hacer nada de gracia... ¿o sí?

De primeras, puedo decir que Reyes tiene peor aspecto, la encuentro algo más delgada y con mala cara, bastante ojerosa y despeluchada. Ella se levanta para darme dos besos, como queriendo mostrar una confianza que no es, y después saluda con la mano a mi jefe. Dani y yo nos sentamos al otro lado de la mesa.

Se hace un silencio tenso. Debería empezar yo y es lo que voy a hacer.

—Reyes, hemos encontrado a Max.

Sus ojos se abren de golpe pero es una mujer inteligente que sabe leer los tonos de la conversación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta muy seria.

—Voy a serte sincera, pero a espera de que nos lo confirme la autopsia, todo apunta a que lo han asesinado. Lo hemos encontrado hoy en la orilla del río Adaja.

Reyes cierra los ojos muy seria y lleva su dedo índice y el pulgar a su entrecejo, después se tapa con las dos manos los ojos y la oímos respirar profundo. Dani y yo nos miramos de reojo en silencio. Parece afectada, pero cualquiera con dos policías en frente simularía estarlo.

—Madre mía, no sé cómo gestionar esto —se expresa por fin—. Necesito una copa.

—Lo entiendo —expreso con voz comprensiva.

Reyes suspira varias veces y me mira con un gesto al que no sé ponerle nombre pero es parecido al enfado.

—¿Sabéis si lleva mucho tiempo muerto?

—Todavía falta el análisis del forense pero todo apunta a que sí.

Ella hace movimientos afirmativos con la cabeza reiterados sin quitarme ojo de encima y mordiéndose los labios.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Reyes se toma un tiempo estimo que para acompañar su acelerada respiración.

—No sé muy bien cómo estoy, sinceramente. Me pilla totalmente desprevenida llevo un mes acordándome de sus muertos por estafarme e igual no lo hizo.

—Me dijiste que te pidió treinta mil euros, ¿no? —Lanzo el anzuelo dejándome llevar por el instinto que antes me ha dicho Dani que tenía desarrollado. Ella denunció sesenta mil pero para la academia Max solo necesitaba treinta mil.

—Sí —responde y yo pego mi culo al asiento para no votar de la sorpresa.

—¿Sabes que estaba montando una academia de teatro?

Ella lo niega.

—Esa es la cantidad justa que necesitaba...

—Me pidió el dinero y yo se lo di.

—¿Así de fácil? —le pregunta Dani incrédulo.

—Sí, así de sencillo. Max me tenía bebiendo de su mano. Hubiera hecho cualquier cosa por él.

—¿Estaba usted enamorada? —le pregunta.

—Eso es asunto mío, no de la policía —responde altiva.

—Perdone, es para entender que alguien le pida treinta mil euros y se los de sin más.

—Puede que no tenga que entender eso y sí quién mató a Max. Yo le presté el dinero por los motivos que consideré y no hay más vuelta.

—¿Desde que se lo prestó a cuando desapareció cuánto tiempo transcurrió? —pregunta.

—Tres días.

—¿Fue el último día que lo viste? —hablo yo.

—Sí.

—¿En tres días ya vino a denunciar un dinero que no había tenido ni la curiosidad de saber para qué era?

—Mantenia contacto diario con Max, aquello fue como una prueba para mí, en parte le di ese dinero para eso, para comprobar qué tanto amor tenía por mí. Al no saber de él supe que me había estafado.

—Lo entiendo. —Suavizo el tono—. Pero hay una cosa que me ha extrañado en este tiempo, Reyes. Tú me dijiste que no dabas con él y que nadie decía conocerlo, como si no hubiera existido, y yo a todo el que le pregunté me habló de Max, no tuve problemas.

—Pues yo sí, no sé qué decirte. —Se revuelve en su asiento—. ¿Es esto un interrogatorio? Porque lo estoy empezando a sentir así y voy a llamar a mi abogado.

—Son solo unas preguntas, Reyes —le explico—. Entiende que hoy la investigación ha tomado otro cariz.

—Por eso, si soy sospechosa quiero saberlo.

—Pues lamento que eso no podamos respondérselo —enuncia con sorna Dani—, pero si ata cabos, y creo que es usted lista, puede resolver sus dudas.

Reyes se levanta de inmediato.

—Entonces me voy.

—Entonces puede irse. —Eleva el tono Dani—. Pero la informo de que es posible que la llamemos pronto, por lo que no se deshaga del teléfono ni salga de Ávila.

Yo a estas alturas prefiero mantenerme callada, la tensión es tal que se corta con cuchillo.

—Muy bien, si quieren algo más, llámenme. —Se levanta y se dispone a irse caminando enfadada hacia la puerta.

—Reyes —la llamo.

Ella se da la vuelta y me mira con furia.

—Lo siento.

—Gracias, bonita. ¿De mi dinero o de sus pertenencias se sabe algo? —me pregunta.

—Estamos investigando un homicidio, no le podemos ofrecer más información —responde Dani. Yo le hago una mueca de fastidio para mostrarme indulgente y Reyes se va.

Al instante Dani se gira ante mí y dice:

—No me gusta nada esta tía.

—Ya lo he notado y creo que ella también.



Llego a casa agotada. Es un cansancio más mental que físico. He utilizado tanta energía hoy para estudiar el asesinato de Max que no puedo tirar de mi alma. Abro la puerta. Sé que hoy está vacía.

Voy a la ducha directa a desentumecerme y conecto a un altavoz mi móvil para escuchar una lista de Spotify a todo volumen. Necesito la música para recargarme y dejar de pensar en que Reyes denunció sesenta mil y hoy ha dicho treinta mil, ¿no sabe ni cuánto dinero le dio?

Cuando estoy saliendo del agua, algo más atenta a mi entorno, la canción se interrumpe porque recibo una llamada.

Me pongo la toalla y miro la pantalla, no reconozco el teléfono. Descuelgo con el altavoz puesto.

—¿Sí?

—¿Hola? —oigo de lejos.

—¿Sí?

—¿Estrella?

—Sí, soy yo —respondo a la voz de un hombre.

—Hola, Estrella, no sé si me oyes bien.

—Un poco lejos, pero sí, ¿quién eres?

—Soy, Javier, por favor, no me cuelgues.

Es él. Lo primero que hago llevar la mano a mi arma, pero estoy desnuda. Después pierdo el equilibrio y caigo de rodillas al suelo.

—Me ha costado mucho dar este paso. Solo quería decirte que lo lamento, que me odio a mí mismo y que espero que recompongas tu vida.

No puedo hablar. Las lágrimas han tomado mi juicio y solo puedo gemir descontrolada.

—¿Estás llorando? No, por favor, Estrella, no lo hagas, no lo merezco.

Solo te he llamado con el afán de aliviarte y decirte que me merezco todo lo que me pase aquí. No voy a recurrir, eso también quería decírtelo. Estaba descontrolado, pude evitarlo pero me vi invencible. No fuiste la única... soy un monstruo. Tengo una hija, ¿sabes? Y mataría al hijo de puta que le hiciese lo que yo te hice a ti, por eso estoy mejor en la cárcel. ¿Me oyes?

—Sí —consigo decir.

—Gracias por no colgar, era importante para mí pedirte perdón, aunque nunca lo hagas. Solo espero que sigas tu camino como si yo nunca hubiese existido.

—No me vuelva a llamar —expongo congelada.

—Tranquila, no lo haré. Gracias por dejarme hablar y perdona... y lamento, no sabes cuánto, lo que te hice.

Cuelgo.

De las lágrimas he pasado a una desmedida tiritona en el suelo. Creo que tengo las fuerzas justas para arrastrarme en el suelo e intentar apoyar mi cuerpo en la alfombra del baño.



—¡Estrella! ¿Qué, qué haces así? —oigo su voz.

No sé si estoy dormida, despierta o muerta, solo sé que tengo mucho frío y que Rodrigo está frente a mí cubriéndome con un albornoz que colgaba de la puerta.

—Ven aquí. —Me levanta y siento que cubre mi cuerpo y mi pelo con una toalla. Me toma en volandas y me deposita en el sillón del salón con otra manta sobre mí y veo como enciende la bomba de calor del aire acondicionado. Después lo pierdo y cuando creo que mi imaginación lo ha inventado lo tengo delante, ofreciéndome un vaso de leche caliente. Lo tomo y lo bebo despacio para que el calor llegue a todos los rincones de mi congelado cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuándo entiendo que esto es real.

—He llamado al timbre cien veces. Te vi llegar, quería hablar contigo, pero no respondías, vi la luz en el baño y pensé que podía haberte pasado algo. Lamento haber traspasado tu intimidad pero estaba preocupado. Ahora te voy a hacer unas preguntas para reconocerte, ¿OK? ¿Sabes dónde estás?

—En mi casa.

—¿Y tu nombre?

—Estrella Luz.

—¿Y en qué año estamos?

—En 2019. Estoy bien, Rodrigo, gracias.

—Me has dado un susto de muerte, niña. Te lo prometo. —Rodrigo se sienta en la mesa baja que hay frente al sofá y respira aliviado. Sonríe, se le ve realmente preocupado, aunque ya sé que no me puedo fiar de lo que aparenta este tío.

—¿Qué te ha pasado?

—Me ha llamado cuando salía de la ducha el profesor que me violó.

—¡¿Qué?! —chilla—, ¿pero qué quería ese hijo de puta? —Prometo que nunca he visto tan alterado a Rodrigo—. ¿No tiene suficiente con lo que te hizo que ahora quiere amargarte la vida? Tienes que denunciarlo. Llama a tu abogada.

—Me ha llamado para pedirme perdón.

Rodrigo se echa para atrás.

—¿Cómo?

—Pues eso... se ha disculpado y me ha dicho que acepta la sentencia.

—Ostras, pues eso sí que no me lo esperaba.

—Ni yo. —Sonríe—. Pero el oírlo, me he descompuesto.

—Normal, Estrella. Es la primera vez que escucho algo así...

—Y yo. Los violadores no suelen ir pidiendo perdón. —Lo miro de frente.

—Pues no, es rarísimo, pero espero que no se repita... ¿te encuentras mejor ahora?

—Sí, mucho mejor, gracias.

—Igual te acatarras, tomate un paracetamol, ¿vale?

—Sí, te haré caso.

—Eso espero. ¿Quieres que te prepare algo de cenar?

—No, no tengo hambre, gracias.

Rodrigo se levanta para marcharse.

—¿Y tú? ¿Qué necesitabas?

—Ahh, nada... hace horas que no sé nada de Alejandra y venía a

preguntarte.

Intento disimular mi conmoción.

—No sé nada yo tampoco. He estado todo el día trabajando.

—Sí, me lo he imaginado... No pasa nada, estará liada, ya sabes como es. Te dejo, pequeña. Si necesitas algo estoy aquí al lado. ¿Vale? —Me sonrío amable y si no fuera quién es, lo creería.

—Gracias...

Cuando se va me levanto todavía con el cuerpo temblón y voy en busca de mi teléfono. Sé que hoy está trabajando pero necesito escuchar la voz de la persona que se ha convertido en todo mi universo.

Capítulo 21

Por el bulevar de los sueños rotos

Edu

La llamada de Estrella me ha enfadado tanto que se me ha puesto un dolor de cabeza de diez ibuprofenos a la vez. Me ha enojado por dos cosas, por lo que me ha contado y porque yo no puedo hacer nada para consolarla estando aquí. Hoy me toca guardia, Alexis se ha ido dos días fuera, Laura trabajaba en otro sitio y Alejandra no responde al teléfono.

¿La ha llamado el desecho humano que la violó? ¿En serio? ¿Quería pedirle perdón? No hay por dónde cogerlo, este tipo de tíos no suelen mirar al pasado, no podrían llevar la cabeza sobre los hombros si lo hiciesen. He de investigarlo, no sé cómo se ha hecho con su número y si quiere algo, es que es tan turbio que no me cuadra.

Suena el timbre de Tanya. En la habitación, han puesto un interfono para hablar con ella directamente sin la necesidad de ir al control. Descuelgo.

—¿Sí?

—Diego, ¿puedes venir?

—Sí, claro, ¿necesitas algo?

—¿Me puedes traer algo de dulce?, estoy un poco baja...

—Ahora voy.

Abro un cajón donde guardamos chocolate para pasar las largas guardias y me llevo una tableta a la habitación de Tanya. Al llegar, saludo a los policías custodias, llevamos más de un mes aquí viéndonos las caras y ya parecemos de la familia, a este paso hacemos cena de empresa, aunque va quedando poco. Tanya está de casi treinta y siete semanas, podría ponerse de parto en cualquier momento.

No hemos encontrado más cámaras, ni se pudo rastrear la señal que hay en la habitación. Esto es España y contamos con lo que contamos. Mi relación con Tanya ha cambiado mucho, uno de mis objetivos en esta misión se ha

cumplido, me he convertido en su purga, por llamarlo de alguna manera, soy con el único que se relaja y habla, aunque poco, ella es más de escuchar y yo, de momento, le doy conversación. De vez en cuando, ella suelta algo de su relación con Claudio, cada día un poco más. Se la ve cansada, aburrída y hasta diría que se siente abandonada a su suerte en ocasiones, ocasiones que he de aprovechar para intentar sonsacarle de una vez por todas qué tiene que ver su embarazo con el encuentro de narcos.

Sabíamos que este caso era difícil, ella no iba a colaborar así porque sí, es más, es probable que todo sea una pista falsa, pero hay que intentarlo, en eso estoy de acuerdo, si diéramos con el lugar y fecha de ese encuentro la red de narcotráfico en Europa temblaría, por lo menos por un tiempo.

—Buenas noches, ¿cómo estás? —Le enseño el chocolate. Tanya sonrío y da varias palmaditas silenciosas, como si estuviéramos haciendo trampas. Para ella lo serán, ese cuerpo escultural (embarazado y escultural) no se ha forjado a base de chocolate. Me siento en un sillón en un lateral de su cama. Ella incorpora el cabecero y se coloca de lado para hablar conmigo. La contemplo, es muy guapa, así, sin maquillar, sin filtros de Instagram. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta otorgando más protagonismo a sus enormes ojos azules de gata. Lo de sus labios gruesos y su dentadura perfecta no sé si será natural, pero le queda de vicio. Dejo de estudiarla y le paso la tableta.

—¡Pues ahora mucho mejor! Esta noche se me va a hacer larga. Cada vez duermo peor y me siento un poco triste...

—¿Y eso? Tú eres una chica fuerte —la halago.

—Pero ni modo, a las chicas fuertes de vez en cuando se nos cae el impulso. Y hoy es uno de esos días.

—¿Te ha pasado algo?

—¿Te parece poco? —Señala a la habitación—. Estoy aquí chingada, no sé nada del padre de mi bebé, lo añoro y a la vez lo odio por haberme metido en este lío.

—Yo soy enfermero, no juez y no estoy aquí para juzgarte Tanya, pero tú sabrías que era un narco, ¿no?

—¿Y? En mi país muchos lo son... Tú no calculas de quien te enamoras.

—No, pero te puedes alejar si no es bueno.

—¿Y por qué es malo? ¿Por dedicarse a vender algo que compra la

gente? No seas fresa.

—Con mis respetos, Tanya, y tú no me hagas demagogia. Un narco vende un producto ilegal, se enriquece a costa de gente desesperada y además los medios suelen ser agresivos.

—Muchos de los narcos de mi país construyen escuelas, centros para los mayores, pagan medicamentos, no todo es sucio.

—¿Y no te parece que eso es comprar al pueblo?

—Si no lo hace el Gobierno, al menos ellos sí, o ¿es que acaso los políticos juegan limpio? Claudio es más buena onda de lo que crees.

—Yo no creo nada, Tanya, no lo conozco. —Me llevo la mano a la frente, la cefalea no se me termina de quitar.

—¿Qué tienes?

—Me duele la cabeza. Me ha llamado mi chica...

—¿Peleasteis? —Se muestra interesada.

—No, pero me ha contado algo... —Es recordarlo y aumenta la intensidad del dolor—... Da igual.

—No, Diego, habla... sabes que me gusta escuchar.

—A ver... ella sufrió una agresión hace un tiempo, lo denunció, hace unas semanas salió el juicio, lo declararon culpable, perfecto, ya está en la cárcel, pero hoy él la ha llamado por teléfono y eso me cabrea y mucho.

Tanya eleva las cejas sorprendida.

—Normal. ¿Cómo está ella?

—Dice que bien, pero no me lo creo. Sabe que estoy trabajando y no me quiere preocupar. Es una salvaje, te lo prometo, es fuerte como un roble, pero con este asunto se resquebraja, todavía no lo ha superado.

—Lamento que tengas que estar aquí hoy. —Sueno apenada—. Deberías acompañarla.

—Es lo que toca.

—Ninguna mujer se recupera del todo de una agresión, te lo digo por propia experiencia.

Me quedo pasmado y con mi mirada la empujo a continuar.

—El mundo de la moda no es tan bonito como reluce. Hay mucho trol que se aprovecha de tus ganas de salir de la mierda y yo me crucé con muchos.

—¿Cómo? —Me recoloco en mi asiento.

—Sí, así como lo oyes. Yo no llegué a donde llegué vestida. Y es algo con lo que siempre cargaré.

—Tanya, tú eres una de las mujeres más impresionantes que he visto en mi vida, tú te convertiste en una modelo profesional por mucho más que eso, estoy seguro.

—Pero ayudó... era muy joven, mis padres me necesitaban, y me llevó la chingada. El primero fue el fotógrafo de la agencia, me chantajeó, si quería que mis fotos fuesen las primeras en la agenda, tenía que... —Tanya me mira, duda si seguir, pero prosigue—. Quitarme la ropa. Se masturbó delante de mí. Llegué a casa, les dije a mis padres que todo bien e intenté olvidarme. A los dos días, tenía una oferta. Aquello encarriló mi carrera pero algo en mi cabeza se fundió.

—Es duro...

—Trabajé mucho, no todo fue ir de cama en cama, pero hice y me hicieron cosas que nunca podré olvidar y que en ocasiones, cuando estoy débil, me atormentan. Me topé con muchos monstruos, Diego, hombres poderosos con la mente tan pervertida que debería explotarles. Claudio me salvó, te lo prometo. Yo era una estrella, pero no era feliz. Él me sacó de ese mundo, me ofreció su amor incondicional y su protección y yo lo tomé. Era un narco, sí, pero para mí fue mi tabla de salvación.

—¿Él sabe de tu pasado?

—¡La neta, pues claro! Claudio es mi macho, él sabe y yo sé todo de él. No nos ocultamos nada, güey. Por eso te dije que no era tan mala onda, que Claudio es bueno para mí. Yo ya no desfilo, monté escuelas de modelaje para niñas en las que les enseñé a valorarse y a negarse ante esas actitudes. Es mi proyecto de vida, limpiar el mundo de la moda.

—Ahora te entiendo algo más. Y esto te lo pregunto, pero te prometo que queda entre los dos. ¿Crees que va a sacarte de aquí?

Tanya sonríe y mira a la ventana.

—Hasta que no nazca el bebé no.

—¿Por no poner en riesgo tu salud?

—Mi bebé es mucho más importante de lo que crees, Diego.

Me quedo callado indicándole con mi gesto que no la entiendo.

—Por tu bien, solo puedes saber esto, me caes bien, güey, y no quiero

que te pase nada malo si sabes más de lo que debes.

—¿Tengo que huir el día del parto? ¿Va a pasar algo? Mira, que aprecio mucho mi vida.

Tanya se ríe echándose las manos a la tripa.

—No, tranquilo, solo nacerá mi bebé.

—¿Y los días de después?

—Pues volveré a la cárcel. Tu vida no corre peligro, tranquilo.

—No lo entiendo, Tanya, mira que no soy curioso, pero no lo entiendo...

—Diego, es probable que estén grabando esta conversación, no soy una pava, sé que me recluyeron aquí para estar vigilada, ni onda de problemas en mi embarazo, mi bebé crece cada día sano y precioso, lo sé. Solo quiero que sepas, porque eres buen pibe, que Claudio y yo decidimos esto, nadie me obligó.

—¿El qué?

—Eso que ni tú ni nadie puede saber.

—Y que tiene que ver con el bebé —continúo.

Ella afirma con la cabeza.

—Ok... no me cuentes más, no es mi problema, aunque si antes me dolía la cabeza ahora me estalla de la incógnita por tu culpa.

Ambos reímos.

—Toma chocolate, tonto, se te pasará...



Me despierta un pinchazo de dolor en mi espalda. Espera, ¿dónde estoy? ¡Mierda! Me he quedado dormido en la habitación de Tanya.

Abro los ojos poco a poco. Ya es de día. ¡Ufff! Me duele todo, estoy más tieso que un corsé.

—Buenos días, güey. —Escucho frente a mí. Subo la cabeza y observo a Tanya en pie, delante de mí, ofreciéndome un vaso de agua.

—Vaya, tela... me he quedado frito.

—Nos debimos dormir a la vez, yo no me di cuenta, si no te habría avisado. ¿No tendrás problemas?

—No, tranquila... no es eso. Es que es poco profesional.

Tanya se sube con algo de esfuerzo a su cama y se cubre con la sábana.

—He soñado con algo... Me hiciste pensar anoche. —Seguimos hablando de lo divino y lo humano hasta que recuerdo.

—¿Pesadillas? —bromeo.

—No, más bien, recuerdos. ¿Alguna vez has estado muy enfermo?

Le digo que no.

—Yo sí, con quince años. Tuve una obstrucción intestinal y casi muero. Me tuvieron que operar de urgencia y me hicieron un montón de pruebas, ya no recuerdo mucho, pero sí la sensación de que tu cuerpo deja de pertenecerte. De que ahora es de ellos, de los que te exploran por el día y por la noche, de los que te ponen sueros y clavan agujas en tu piel, de los que deciden meterte en un tubo para ver tus órganos, sin que tú puedas entender nada y solo puedas asentir.

—Sí, dicen que cuando ingresamos en un hospital nos despersonalizamos, yo creo que es a eso a lo que te refieres.

—Ayer te conté cosas de mi vida como modelo y como me encontré con Claudio, esta noche he pensado que a veces las sensaciones se parecen, que a veces con él pierdo mi esencia, dependo tanto de él que no paro a pensar.

—A ver si te entiendo, ¿tiene algo que ver con el asunto ese raro del bebé?

—Sí, con eso y con otras muchas cosas que he hecho. Creo que como lo amo tanto y confío de pleno en él, pues dejo de tomar decisiones y acato lo que él dice o hace sin planteármelo.

—¿Si te lo hubieras planteado no lo harías?

—No lo sé, pero el problema es que ni me lo planteé, le dije que sí sin más.

—¿Te das cuenta de lo difícil que es para mí entenderte, Tanya? No sé de qué demonios hablas.

Tanya me clava su mirada azul para estudiarme y yo intento que no aprecie mi entusiasmo.

—Diego... no puedo decirte más, hay mucho en juego. Claudio nunca me lo perdonaría.

—Entonces ¿callas por ti o por él?

Tanya reflexiona antes de contestar.

—Por los tres. También por ti.

—Como quieras, preciosa. —Me levanto—. Yo solo me preocupo por tu salud y la de tu bebé. Si me prometes que ninguna está en riesgo me quedo tranquilo.

Ella duda. Lo sé, ya la voy conociendo.

—Sí, eso creo.

—¿Eso crees? —Me acerco a ella en dos zancadas—. Tanya, por Dios, dime que no corres peligro.

Tanya se coloca la coleta nerviosa. Sé que la estoy presionando, pero no tengo más tiempo. Veo tantas ganas de hablar en sus gestos que creo que es el camino. Por fin habla:

—Si el parto se me adelantase... ¿sería peligroso para mí o para mi bebé?

—Estás de muchas semanas, en principio, no. ¿Te encuentras mal?

—¿Estás seguro?

—Mira Tanya, seguro no hay nada, los partos no son ninguna tontería, pero estás en las mejores manos y no va a pasarte nada.

—¿Aunque se me adelante?

—Sí.

Suspira aliviada.

—Gracias Diego, por todo.

—¿Estás bien? Me tengo que marchar.

—Sí, todo bien.

Le tomo la mano y le acaricio para despedirme. Antes de salir me llama.

—Diego, lo que te he contado, mi sensación, puede que también la tenga tu chica... dale espacio güey, déjala pensar, no tomes decisiones por ella, ¿OK?

Sonrío. Me cae muy bien esta mujer, qué le voy a hacer.

—Gracias, Tanya.

—A ti, Diego.



Monto en el coche tras preparar una pequeña maleta. Tengo que ir a Arenas, hace tiempo que me contrataron para una actividad con niños hoy y mañana y si no quiero que mi empresa se vaya a donde van muchas, al garete, he de acudir. No es lo que más me apetece, lo reconozco, pero si quiero

convertirme en un papá responsable y una persona digna para Clara, como me propuse cuando la conocí, he de asumir mi responsabilidad. Lo único bueno es que mi hermano Eneko me va a acompañar estos días, necesitaba a alguien de apoyo y se lo pedí.

¿Qué haría hoy si no tuviera ese compromiso? Echar diez polvos con Estrella. Llevamos días sin vernos y me está ganando la ansiedad de sentirla bajo mi cuerpo, de escucharla gritar mi nombre y de gemir yo el suyo. Su estrecho cuerpo encaja a la perfección con el mío, sus pequeños, pero altivos, pechos se acoplan por completo a mis manos y su boca, esa despiadada boca que no entiende de pudores, me tiene loco perdido. Ella entera me ha conquistado, ondearía una bandera con su nombre en el paseo de los juegos olímpicos, porque Estrella se ha convertido en mi único país. Pero habrá que retrasarlo, ni siquiera podemos vernos un rato porque ella está muy liada con una investigación.

Me monto en el coche algo frustrado, necesitaba verla... Además, quería preguntarle si sabía algo de Alejandra porque hoy, antes de irme del hospital, me he cruzado con Rodrigo con cara de no haber dormido en semanas y me ha confesado que las cosas no van bien con su mujer y cuando yo le he aclarado que hace días que no la veo (y gracias a Dios, porque sus miraditas y sus toqueteos ya me estaban empezando a molestar bastante), él ha asentido. Así que creo que sí, que mis apuestas han errado, Alejandra ha dejado a Rodrigo.

Cuando llegue a la nacional llamaré a Christian, pero antes tengo que aclararme las ideas, porque mi conversación con Tanya me ha dejado muchos huecos, pero ha llenado otros. No era una pista falsa, ahora lo sabemos y eso me agrada, porque no hemos perdido el tiempo, pero qué narices tiene que ver el bebé... no lo encajo y menos por qué cree que se va a poner de parto antes, hablaba muy segura. Vale, se pone de parto antes ¿y? Ella misma me prometió que no temiera por mi vida, que nadie iba a asaltar el hospital, ¿entonces?

Llamo a Christian, dos cabezas piensan más que una y ese tío es muy listo.

Capítulo 22

Mi habitación

Estrella

Me distraigo mirando el móvil. Edu me acaba de enviar una foto suya en su casa de Arenas, usando como fondo la chimenea y me ha entrado tal morriña que creo que llevo más de diez minutos acercando su rostro con el *zoom* como si eso fuera a lograr que sus labios atravesasen la pantalla. ¿Hay algo más frío que la tecnología? Una canción resuena en mi cabeza... hacía tiempo que no sonaba. La busco y se la envío. Es una canción escondida tras el silencio, en un disco de Vega, titulada *Mi habitación*, es triste, más que una lágrima, pero la verdad es que es como me siento, por momentos creo que no puedo gestionar tanto..



A los minutos obtengo su respuesta.

—Mi vida, ¿estás bien?

—Sí, tranquilo... pero te echo de menos. Nunca me había pasado y estoy en plan trágico.

—Yo también a ti, brava, ni te imaginas cuánto. No dejo de pensar en ti.

—Ni yo. ¿Cuándo te voy a ver?

—No sé... cuando regrese vuelvo a hacer guardia. Estamos muy cerca. Lo único bueno es que queda poco y luego seré todo para ti.

—Estoy orgullosa de ti, ¿sabes? Te estás convirtiendo en todo un Eneko.

—Ja, ja, ja. Soy papá y tengo a una persona especial que me manda canciones atribuladas. ¿Qué más se puede pedir?

—Tiempo para las dos.

—Sí, eso sí... ¿estás enfadada porque no haya podido quedarme esta noche?

—No, tonto, no quería decir eso, jamás me interpondría en tu trabajo. Mi intención es hacerte la vida fácil. Jo, pero es que tengo tantas ganas de verte que me duele la tripa cada vez que pienso que me faltan días.

—A mí me pasa igual. Brava, ¿cómo estás? Por lo de la llamada.

—Mejor, intento no pensarlo mucho, como estoy trabajando...

—¿Cómo llevas el caso del gigolo?

—En un rato, creo que vamos a poder acceder a algunos archivos de su ordenador, lo están desbloqueando y nos acaba de decir el forense que fue asesinado a golpes y a falta del resultado de análisis cree que lleva un mes.

—Desde que desapareció.

—Sí, eso es.

—Pobre chico.

—Ya... ahora vamos a hablar con el del teatro. Tenemos sus últimas llamadas y casi todas fueron a Reyes y a él.

—¿El que yo conozco?

—Sí.

—Ah! Me quedo muy tranquilo.

—No seas tonto. Ese es un hobbit a tu lado.

—Oye... muy al caso: no hemos hablado de fidelidad tú y yo.

—¿Qué quieres decir?

—Obvio. Que si nos prometemos fidelidad eterna.

—¿Tú qué opinas?

—¿Yo? ¿Y tú?

—He preguntado yo primero.

—Y yo he sacado el tema, estamos empatados.

—Edu, yo, si te soy sincera, hoy por hoy no pienso en nadie más, y desde luego lo que no quiero ni pensar es en ti con otra.

—Vale, acepto. Fidelidad eterna. Ni se te ocurra tocar al teatrero.

—Ja, ja, ja.

Siento unas palmaditas en mi espalda. Me giro, es Dani.

—Acaba de llegar el socio de Max. Nos está esperando.

—¿Enrique? Ah, perfecto. Un segundo.

Dani aguarda a que me despida de mi mensajero.

—Te tengo que dejar. Trabajo. Pásalo bien con tu hermano.

Antes de apagar la pantalla, leo:

—Chao, brava. Contigo sí.

Sonrío y envío el emoticono más enamorado de la historia.



Me marcho a comer sola. Dani tenía unos turnos que rehacer y yo necesito desconectar un rato de la comisaría. El encuentro con Enrique ha sido difícil. Lo he encontrado desolado, no podía apenas ni hablar. Solo repetía que no se lo podía creer y que creía estar soñando.

Él no sabe quién le ha podido hacer esto. Afirma que Max no tenía enemigos y que era alguien muy claro. Siempre estudiaba a sus clientas para garantizar que no tuviesen pareja y así evitarse escenas de celos. Él le hablaba bastante de ese tema, no lo escondía. Decía que le gustaba dar placer a las mujeres y que el dinero de por medio elevaba el morbo y le aseguraba el éxito, pero que era una relación amistosa y que con todas quedó bien.

De su última clienta, Reyes, Max también le habló, le dijo que era bastante autoritaria y rarita, pero que se lo pasaba bien con ella y ganaba mucho dinero. Desde que estaba con ella no tenía más clientas.

Enrique también nos ha asegurado que no tenía deudas y que ni jugaba ni se drogaba ni nada peligroso. Que era fan de hacer deporte, del teatro y de las mujeres y que era muy buen amigo.

Reconozco que verlo tan hundido me ha removido un poco. Ha muerto una persona, no es ficción, pero a veces lo parece. El traje de policía hace que me separe de la realidad, y aunque probablemente sea lo mejor para mi salud mental no deja de parecerme pelín frío.

Frío el que hace hoy y ya estamos en mayo... ¿En Ávila es invierno todo el año? ¡Por Dios! Me subo la cremallera de la chaqueta y camino con paso decidido a la cafetería de aquí cerca donde sirven menús del día.

—¿Estrella? —escucho que me llaman por la espalda. Me doy la vuelta.

—¡Ahhh! ¡Hola Reyes! ¿Qué haces por aquí? —Me sorprende.

—Venía a la comisaría a pedir disculpas... ayer fue un día duro.

—No te preocupes. Lo entiendo.

—¿Vas a comer? —me pregunta.

Le digo que sí.

—¿Te puedo acompañar? Yo tampoco he comido.

—Eh... sí, vale. —Pues no es lo que más me apetece, pero qué le digo.

Entramos juntas y mientras que nos quitamos las chaquetas el camarero toma nota de nuestras bebidas y nos deja la carta del menú. Cuando tengo claro lo que quiero levanto la cabeza y miro a Reyes que sigue leyendo. La vuelvo a ver algo desmejorada aunque se haya maquillado para ocultarlo y llevé mejor el pelo que ayer, pero se la intuye muy cansada y con signos de haber llorado.

—¿Cómo estás, Reyes? —le pregunto, después de que el camarero apunte nuestra comanda.

—Muy cansada, bonita. Ha sido un mes muy duro y con un triste final, yo no deseaba esto para Max.

—Ya...

—Ahora pienso que quizás no me estafó, que lo asesinaron, quizás le robaron el dinero.

—¿Tú crees que una vida cuesta treinta mil euros?

—No lo sé... quizás se les fue de las manos. Me voy a volver loca de pensar. —Se toca la sien.

—Déjanos las hipótesis a nosotros, Reyes, tú céntrate en tu duelo, como consejo.

—Ya, pero no puedo...

—¿No habéis encontrado el dinero que le di? Quizás sea la clave.

—No te puedo desvelar nada, Reyes.

—Ya... oye, tú tampoco te ves muy bien, ¿duermes bien?

—No mucho. —Soy sincera a sabiendas de que quiere reconducir la conversación y de que este encuentro es de todo menos fortuito.

—¿Por algo de fuera?

—Sí, ayer recibí una llamada incómoda, solo eso.

—¿De algún ex?

—Yo no tengo ex, hasta ahora nunca había tenido pareja.

—Ah, ¡qué bien! Me alegro. Yo nunca he podido conservar a los

hombres, o los espanto o me espantan.

Río. Lo ha dicho con un deje muy gracioso.

—Yo estoy muy contenta, nos vemos menos de lo que me gustaría, pero cuando estoy con él siento que mis fantasmas salen por la puerta.

—¿Ayer no estaba él?

Le digo que no poniendo morritos.

—Y te llamó tu fantasma —afirma, y me quedo atónita. ¿Cómo lo sabe? ¿Acaso lo llevo escrito en la cara? Esta mujer es la mejor adivinándome. Nada más conocerme ya supo que había sufrido una agresión y lo de hoy... Decido ser sincera y ver a dónde me lleva.

—Puede ser.

—Bloquea a ese fantasma, nunca más le permitas irrumpir en tu vida o te dejará hecha pedazos.

—¿Cómo, cómo lo sabes? —titubeo.

—Porque he pasado por lo que tú.

El camarero nos trae los entrantes y hasta que no se va no prosigue:

—Te lo dije nada más conocerte, algo me alertó, te habían agredido... Eres bastante transparente para mí, son muchos años hablando con mujeres que han pasado por situaciones parecidas.

—¿Estás en alguna asociación?

—Pertenecí, pero hace años que lo dejé. Empezó a convertirse en una carga más que en un escape.

—¿Qué consejo me darías?

—Ese, que no lo vuelvas dejar entrar en tu vida.

—¿Y con mi pareja?

—Que seas sincera con él y sobre todo contigo. No intentes ser quién no eres y olvides que te agredieron, eso siempre estará ahí, lo quieras o no, pero si sabes darle nombre y tu pareja también, os irá bien. No le ocultes tus malos momentos. ¿Me explico?

Asiento. Me parece un gran consejo.

—Max sabía de mi vida anterior. Se lo conté. Él me apoyaba mucho. — Una lágrima salta al vacío—. Me parece tan injusto lo que le ha pasado.

La verdad sea dicha, si esta mujer no está diciendo la verdad España se está perdiendo una actriz de Goya anual.

—¿Alguna vez lo escuchaste discutiendo con alguien? ¿Sabes si tenía enemigos?

—Max era muy fiel de su intimidad. Me contaba poco. Yo era su clienta, no su novia. Yo me abrí a él, pero no fue su caso. No tengo ni la más remota idea de quién le ha podido hacer esto y por qué. ¿No habéis encontrado nada en su casa?

—¿Algo, cómo qué?

—No sé, que guardase algo...

—No, no hemos encontrado nada.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Ni en la escena del crimen?

—No, tampoco.

—¿Y en su teléfono?

—No lo tenemos.

Se calla. La observo comer. Me estoy haciendo la ingenua, pero esta a mí no me la da. Busca algo y tengo que averiguar el qué.



Mientras me preparo una ensalada de cena y añoro ver a Edu cocinando en mi casa, intento hacer resumen mental de todo lo que tengo hasta ahora. Siempre me ha funcionado pensar con las manos ocupadas.

Dani y yo fuimos a echar un vistazo a la casa de Max, ya habían entrado otros compañeros, pero él y yo quisimos hacernos una idea y qué vimos, pues el apartamento de un soltero apasionado del sexo. En un armario había varios artilugios para noches fogosas, una buena colección de películas porno y todo tipo de cremas y lubricantes para llegar al orgasmo.

¿Qué más? Su ropa, nada barata, una colección de relojes, muchos cosméticos de alta gama, libros de formación teatral, alguna que otra novela y poco más. La nevera estaba vacía, asunto normal cuando pensaba irse de viaje. Max vivía alquilado en un apartamento por la zona de la universidad, de unos sesenta metros. Dos habitaciones y un baño, amplio luminoso y con decoración Ikea, sin complicaciones. Aquí no traía a sus clientas, eso también lo sé por Reyes.

A última hora de la tarde, consiguieron descryptar la contraseña del portátil y hemos podido analizar su ordenador, aunque queda mucho trabajo. Lo primero que hicimos fue ver su *mail*.

Allí tenía la reserva del vuelo a Rusia, la reserva del hotel y nada más importante. Bueno sí, algo que solo a mí me llamó la atención, pero que una vez que lo dije me dieron la razón: una respuesta con un «OK» a un *email* ruso, del mismo día que fue al aeropuerto. Pero no hay más, tú no mandas un «OK» porque sí, ¿dónde están los previos? Creo que los borró pero de este se olvidó o no le dio tiempo.

Echo bien de salsa César a mi ensalada... ¿Qué iba a hacer a Rusia Max? Creo que es por ahí por donde tenemos que seguir. Hay que buscar al propietario de ese *email*. ¿Me obsesionaré tanto con todos los casos? Espero que no, entiendo que este es el primero.

Edu me envía en un mensaje que la tarde ha ido muy bien con sus clientes y su hermano y que se va a la cama, que está molido. No me extraña son casi las once y la anterior noche trabajó donde fuese que lo hace.

Cuando meto el bol de la ensalada en el lavavajillas y apago la luz de la cocina suena el timbre de mi puerta. Al principio me asusto, pero después, antes de abrir, me hago una idea de quién será y de que no he reparado en ningún momento en este asunto hasta ahora mismo.

—¡Hola Estrella! —me saluda Rodrigo, con cara avergonzada—, perdona las horas, ¿cómo estás?

—No pasa nada, bien, muchas gracias por lo de ayer, Rodrigo. —No le dejo entrar, me apoyo en la puerta, sé de lo que viene a hablarme y no le quiero dar pie.

—Estrella... Alejandra se ha ido —dice apesadumbrado y juro que le veo los hombros casi a la altura del ombligo.

—¿Qué quieres decir? —Me hago la extrañada.

—Que me ha dejado.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Estás seguro?

Rodrigo asiente e inmediatamente se echa a llorar desconsolado. Por mucho que me cueste no me queda otra que hacerme la buena amiga y dejarlo pasar, aunque lo deteste de todas las formas posibles, pero lo hago por ayudar a Alejandra, para que no sospeche.

Rodrigo toma asiento en mi sillón y yo le preparo una infusión. Cuando se relaja me relata que hace dos días que no sabe de ella, pero que anoche encontró una nota en su mesilla donde le decía que lo dejaba y le pedía que no la buscase.

Intento hacer mi mejor actuación y simulo desconcierto con todo tipo de preguntas típicas. Rodrigo responde que él creía que estaban bien, que no lo entiende y que no la va a buscar si es ese su deseo.

—¿Tú sabías algo, Estrella? —me cuestiona y creo descifrar que sabe que sí.

—No, Rodrigo, te prometo que no.

—Pero este tipo de cosas se las cuentan las amigas, ¿no? Y ella te consideraba una de sus mejores, eso lo sé.

—Pero también lo soy de ti, quizás por eso... no me dijo nada, estoy igual de conmocionada que tú.

—No sé qué voy a hacer sin ella, Estrella.

—Quizás recapacite y vuelva.

—No, no lo hará. La conozco. Cuando Alejandra toma una decisión lo hace para siempre.

—¿Y por qué no te lo dijo? Parece que te tuviera miedo... —No lo he podido evitar.

Rodrigo resopla en plan cómico.

—¿Miedo? ¿A mí?... Ni en broma, yo la adoraba.

—Pues no sé. ¿Lo vas a denunciar?

—Eso es en parte por lo que he venido, no sé qué hacer. En teoría, se ha ido por su propia voluntad, me ha dejado, ¿es eso denunciabile?

—Hombre, si no hay indicios de delito o de que le haya podido pasar algo... Mañana lo pregunto de todas formas.

—Gracias.

—¿Se ha llevado sus cosas?

—No todas, pero sí muchas, hasta... esto no sé si debería decírtelo.

—¿El qué?

—Es que era tu amiga y...

—¿El qué?—le insisto.

—Se ha llevado todo el dinero que teníamos en la caja fuerte, me ha

robado.

—¿De cuánto hablamos?

—Uno treinta y cinco mil, más todo el dinero que teníamos en una de las cuentas comunes, casi cincuenta mil.

¡Joder con Alejandra! Yo le di dos mil euros. No va coja, no...

—Eso sí lo puedes denunciar. —Que conste que me parece bien, pero ha de parecer que no.

—No, Estrella. Yo tengo mi propia cuenta y por dinero no es. Si lo necesita para rehacer su vida... No son las formas, pero me niego a denunciar a Alejandra.

¿En serio? ¿O me está tomando el pelo? ¿Es acaso Rodrigo un ser bondadoso y permisivo? ¿Dónde se esconde aquel monstruo que yo vi en la cocina de su casa?

—¿Sabes lo que más me duele?

—¿El qué?

—Las formas.

—Las formas nunca son buenas cuando te van a hacer daño.

—Ya, pero no dejo de pensar que parece que ha querido irse sin dejar rastro, como si yo fuera un loco que la fuera a perseguir, y yo lo único que hacía era quererla...

«¡Ja! ¡Excepto cuando la violabas en la cocina, no te jode!».

—Ya, es un poco raro. No te puedo decir otra cosa.

—Lo sé, y si la denuncio va a sonar a eso, Estrella, no soy tonto, así que prefiero dejarlo así, por lo menos de momento.

«¡Ahhhh! No eres tan bueno... no la denuncias para no ensuciar tu imagen, ahora lo entiendo».

—Sí, quizás sea mejor —contesto.

Rodrigo se levanta para irse.

—¿De verdad no sabías nada?

—Te prometo que no.

Rodrigo se rasca un hombro repetidamente mientras me estudia. Aquí los dos sabemos que hay mucho más de lo que aparentamos, pero ninguno se atreve a cantar.

—Me marchó. Mañana me espera un día duro. He de contar en el hospital

que Alejandra no va a volver, también he encontrado su carta de renuncia.

—Pues sí que lo ha dejado todo atado... —emito.

—Sí, eso parece.

—Ánimo, Rodrigo, no sé muy bien qué decirte.

—Eso me vale.

Rodrigo me sonrío frustrado y sale de mi casa rápido. Suspiro acongojada. ¡Qué violento, por Dios! Creo que debería empezar a plantearme cambiarme de piso.

Capítulo 23

Canción de guerra

Edu

A veces no todo es blanco o negro, ¿no? ¿O es algo que nos hemos inventado para justificarnos? Para no tomar decisiones, para no arriesgarnos por una opción y ser coherentes con lo que realmente opinamos.

Y no es que sea doble moral, o interés, es que Rodrigo realmente me cae bien y lo considero mi único apoyo aquí. Llevamos más de dos horas charlando en la cafetería, de él y del caso. Sí, del caso, es el único que lo sabe todo y no le da miedo entrometerse, como Alexis que opta por quedarse en un segundo plano. Pero el médico me ayuda, siempre me echa un cable o me cubre cuando derrapo en temas sanitarios y me incita a pensar. Él le da la visión médica y yo la investigadora, pero ni aunando las dos llegamos a ninguna posible respuesta que nos haga entender qué hay en común entre el bebé y el encuentro de narcos.

No solo hemos hablado de esto, ya todo el mundo sabe que Alejandra lo ha abandonado. Él está realmente mal por su marcha y no duda en explayarse, pero afirma que no piensa buscarla, algo que no encaja con la versión de ella. Incluso hoy me ha hablado de su vecina, de Estrella, cree que ella sabe algo, no obstante repite que no va a insistir más, que es buena chica y no le quiere complicar la vida con ese conflicto de intereses. Me ha confesado lo mismo que a Estrella, que se ha llevado bastante dinero y eso pues no me hace nada de gracia porque sé que Estrella le prestó algo de sus ahorros y si tenía tanto no entiendo por qué se lo cogió. Estrella la defiende, yo no, pero no voy a volver a sacar el tema porque el otro día nos llevó a una discusión por teléfono. Yo soy de sangre caliente, pero de lo de mi chica es lava pura.

Con Eneko en Arenas, me fue bien, nos sirvió para despejar a los dos. Él está desbordado de trabajo y yo no puedo quejarme. El aire de la montaña siempre oxigena. Con nuestros padres, íbamos mucho a caminar y siempre nos

lo repetían. De ahí mi afición. Me alegro de habérselo pedido a él, Eneko y yo somos diferentes, pero nadie me entiende y me respeta como mi hermano. Quizás sea un romántico, aunque en público lo negaría, pero el vínculo que tienes con un hermano es diferente a cualquier amistad, por muy buena que sea. Con Eneko puedo ser cien por cien yo; vamos a ver, yo suelo serlo, pero es como que antes de hablar él ya sabe lo que voy a decir o a hacer y si no le gusta me lo hace saber, sin rodeos. Después de lo que vivimos y arriesgamos sé que siempre estaremos juntos, ya nada nos puede separar.

Me suena el busca. Llamo al control de enfermería. Me piden ayuda para mover a una embarazada y les digo que me esperen.

—La sanidad va de mal en peor, me toca ejercer de celador —le digo a Rodrigo.

—Hay muy poco personal, van a salir oposiciones y está todo el mundo estudiando y cogiéndose reducciones. Vamos, yo os ayudo.

Lo miro.

—Llevo poco aquí y tú sabes que no soy lo que pone en la placa, pero he trabajado lo suficiente para darme cuenta de que eres un médico atípico.

—¿Por? —Sonríe.

—Porque te remangas y pocos lo hacen.

—Cría fama... eso no es verdad, muchos compañeros también lo harían.

—Contados con las manos.



Acabo de llamar a Estrella. Mañana por fin nos vemos y ambos estamos contando las horas y haciendo planes sin parar. Esto de enamorarse es un poco agotador, tengo tantas ansias de ella que las horas del reloj se deshacen a su lado y cuando estoy sin ella las agujas enferman y apenas se mueven. Pero bueno, tengo ya una edad, todo llega... Mañana disfrutaré de ella, hoy me toca, de nuevo, guardia.

Tanya no me ha precisado en toda la tarde y yo estoy ejerciendo de enfermero porque hay mucho trabajo. Les hago todos los registros en el ordenador, ya empiezan a darse cuenta de que soy un poco torpe, pero lo llevan con resignación y me delegan las tareas informáticas. Al menos, así, no me odian, porque por mucho que esté explicado que yo estoy contratado

exclusivamente por Tanya, que ellos estén a tope y yo de rositas pues no lo terminan de ver y alguna mala cara sí que he notado. Normal. También es cierto que ellos hacen sus turnos y se van y yo me paso días enteros aquí.

Me levanto al baño, pero decido ir al de mi habitación por andar un poco, llevo dos horas sentado haciendo registros y me comienza a doler la espalda.

Cuando regreso a mi silla de tortura de la tarde y justo paso por la puerta de Tanya la veo abrirse y salir a alguien que no me esperaba. Ella me ve.

—Hola, Diego —habla bajo y con cara de susto.

—¿Alejandra? ¿Qué, qué haces aquí? Pensé que... bueno, que... —estoy atontado.

Alejandra da unos pasos para acercarse a mí, mirándome como siempre lo hacía, con una luz amable y picarona pero esta vez con destellos de preocupación.

—Ya me voy, quería despedirme... No digas nada, por favor. —Asiento con la cabeza cuando ella me aprieta un brazo y veo que con las mismas se esfuma.

Cuando mi consternación me deja pensar me acerco a los custodias.

—¿Por qué habéis dejado entrar a Alejandra?

El que no está jugando con el móvil me responde:

—Porque ella tiene permiso.

—No, ya no —le respondo.

Ahora consigo la atención de los dos.

—Pues nosotros no teníamos esa orden.

Hago memoria, igual no se lo hemos dicho...

—¿Ha estado mucho tiempo?

—No, muy poco, ni cinco minutos.

No lo entiendo... decido que voy a preguntarle a Tanya, pero justo mis agobiados compañeros me llaman porque me necesitan. Luego indagaré, ahora me queda decidir si se lo digo o no a Rodrigo.



Me avisa mi paciente, menos mal. Ya tengo excusa para irme del control de enfermería, estaba empezando a hartarme de rellenar escalas de valoración

y de coger el teléfono.

Nada más entrar en la habitación sé que algo no va bien. En dos zancadas me presento ante Tanya.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo muchas contracciones, Diego. Avisa al médico.

—¿Qué? ¿Estás de parto?

Ella me mira con cara de pocos amigos, se retuerce en la cama y me grita:

—¡No mames! ¡Llama al médico!

—Voy, voy. Ahora vuelvo.

Hago tal cual me pide, y Rodrigo descuelga:

—Tanya tiene contracciones, y por la cara creo que muchas.

—¿En serio?

—Sí, bastante serio. ¿Estás lejos? ¿Aviso a algún compañero?

—Pero si la exploré hoy y no tenía indicios de nada...

—Pues no sé qué decirte, ella pide a gritos que vengas. ¿Puedes?

—Sí, sí, salgo ahora mismo. ¿Ha roto aguas?

—¡Yo qué sé! He entrado, le he visto la cara y he salido a llamarte. ¿Qué hago? —le pregunto nervioso

—Primero tranquilizarte, tú no eres el padre —bromea, y en ese instante entiendo que él se dedica a esto y lo tiene todo controlado y yo soy un mindundi—. Después, cógele una vía periférica.

—¿Yo?

—Sabes hacerlo, las has canalizado en quirófano.

—Ya, pero esto es diferente.

—Entra en la habitación, cógele una vía y espérame. Estoy en diez minutos. Nadie da a luz en ese tiempo.

Cuelgo el teléfono, me preparo el material para coger una vía periférica y antes de entrar en la habitación, llamo desde mi cuarto a Christian y le aviso de que Tanya se ha puesto de parto y de que hay que poner en marcha el operativo de seguridad.

Capítulo 24

Amiga mala suerte

Estrella

Me cruzo con Rodrigo al llegar a casa y aunque es un poco tarde, me dice, algo acelerado, que tiene un parto.

No le he visto tan mala cara como en días anteriores. Probablemente se esté volcando en el trabajo, este tipo de hombres suelen hacerlo para olvidar y es lo mejor que puede hacer. ¿Como yo? Pues sí. Porque no he parado de trabajar en toda la semana en el caso de Max y aunque me tocan las labores más rollo, de vez en cuando sirve de algo y encontramos cosas nuevas que aportan algo de luz al homicidio.

Ya tenemos informe final del forense y efectivamente murió por politraumatismos y sobre todo por uno craneoencefálico y fechan aproximadamente un mes. Por lo que creo que lo mataron el mismo día que desapareció del aeropuerto y se deshicieron del cadáver en esa zona oculta del río.

Ni la maleta, ni el móvil, eso no lo hemos encontrado y comienzo a pensar, que esa es la clave. ¿Por qué? Ahí viene lo descubierto y que parece de película hollywoodiense: pues que el *mail* del ruso ese que descubrimos en su portátil coincide con investigaciones de la Interpol sobre robos de obras de arte. Por lo que creo que ese viaje a Rusia era para vender algo ilegal y que los que le fueron a buscar se adelantaron. Tenemos el móvil.

Observando los vídeos de varias cámaras del aeropuerto, hemos intentado pillar las caras de los posibles homicidas; no lo hemos logrado, llevaban gorra y ninguna los captó con precisión. También obtuvimos la matrícula del coche en el que salieron, pero es robada.

Total, que sabemos que es probable que esos dos hombres lo asesinaran y le sustrajeran algo relacionado con mercado negro de arte que tenía en la maleta, pero ¿de dónde lo saco?, ¿de alguna clienta? Cierto es que el poder

adquisitivo de una de sus exclientas, una aristócrata, era ostentoso, y sé, porque lo he investigado, que en su domicilio guarda varios cuadros y esculturas que cuestan más de lo que voy a ganar yo en toda mi vida, pero no echa en falta nada, y hace más o menos dos años que no veía a Max.

Hemos investigado a Enrique y a Reyes. No hay ninguna evidencia de que ellos traten con obras de arte. Y, además, no nos cuadra.

Y esa es mi quemazón... ¿qué es lo que iba a vender y de dónde lo saco? ¿Por qué necesitaba los treinta mil o los sesenta mil euros de Reyes?

Entro en casa con la cabeza en mil sitios y hasta que no doy la luz del salón no me percató de que han entrado. Todo está manga por hombro, lo primero que me llama la atención, mira tú qué tontería son mis cojines en el suelo, mis preciosos cojines. El corazón me late a mil por hora. No sé qué hacer, quizás todavía se hallen dentro y no estoy preparada para una pelea, me tiembla todo. Saco mi pistola y nerviosa como no recuerdo cruzo el pasillo que me lleva a la habitación. No se oye nada, pero puede que quien sea esté escondido. Enciendo la luz. Todo hecho un desastre aunque no hay nadie. Me queda el baño, voy, pistola en mano hacia allá. Empujo la puerta, enciendo la luz y... nada. Desorden pero ninguna presencia humana. Ahora sí, mi adrenalina cae y yo con ella al suelo. ¿Esto qué es?

Voy medio a rastras a mi cama a sentarme e intentar serenarme, saco mi móvil del bolsillo. En pocos segundos descuelga.

—¡Hola, Estrella! Te iba a llamar yo.

—¡Luna! Acaban de entrar en mi casa y está todo tirado por el suelo. — No lloro, pero mi voz no puede ocultar el estado ansioso en que me encuentro.

—Tranquila, Estrella, respira... —Oigo a mi hermana con voz suave—. No pasa nada. Todo está bien.

—¡Ay, Luna! Está hecho un desastre, me va a dar algo. No puedo ni salir de la habitación de la angustia que me da verlo.

—Llama a la comisaria y denúncialo. Que vayan tus compañeros. Yo mañana estoy allí contigo. ¿Vale?

No puedo decir que no, la necesito a mi lado.

—Vale.

—Llama ahora mismo a la comisaria. Nada más colgar. ¿Me oyes?

—Sí, sí.

—Todo va a ir bien, cariño, no te preocupes. Mañana estoy allí contigo. Te quiero, Estrella.

—Y yo, Luna.

La hago caso y aviso a mi comisaría. Me dicen que no tardan en venir, sigo sin salir de mi habitación. Llamo a Edu. No me lo coge. Insisto y a la tercera descuelga.

—Estrella cariño, no puedo hablar.

Esa respuesta es la que menos quería oír y no puedo evitar que me siente mal.

—Vale, pero han entrado en mi casa.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Pues eso que han entrado en mi casa y está todo tirado por el suelo. No te preocupes solo quería que lo supieses, ya vienen mis compañeros y mañana mi hermana.

—Estrella, yo...

Le cuelgo. Acepto que soy de sangre caliente, pero es que me ha enfadado. No llamo tres veces seguidas por nada, era obvio. ¡Uffff! Hecho humo. ¡Será idiota! «Estrella, no puedo hablar»... pues vas a ver tú cuando me puedes oír, igual nunca, tonto el haba.

Suena el timbre. Me levanto. Serán mis compañeros. Mi estado de nervios ha mutado, ahora soy puro ahogo de rabia. Han invadido mi intimidad y eso no lo voy a permitir... Sea quien sea va a pagar por ello.

Mientras camino hacia la puerta, veo que Edu me llama, pero ¿sabes tú quién lo va a descolgar, no? Sí, Rita.

Capítulo 25

Respiras y yo

Edu

Pues sí, mi ojo no erró. Tanya, sorprendentemente está de parto. Rodrigo está con ella, ¿y yo? Yo no dejé de llamar a Estrella, pero la cabezona no descuelga. Decido probar con su hermana porque me estoy poniendo nervioso. No me puedo ir de aquí, hoy justo, no.

Gracias a Dios Luna no tarda en descolgar.

—Dime, Edu.

—Luna, ¿has hablado con tu hermana?

—Sí, han entrado en su casa, me ha llamado hace un rato. Estoy preparando la maleta, Sol también se viene. Mañana a primera hora estamos allí.

—¿Cómo está? No me coge el teléfono.

—Estará con los policías. Me ha prometido que los iba a llamar.

—Es que me ha llamado pero le he dicho que no podía hablar y se ha molestado...

Silencio.

—Mi hermana tiene mucho carácter, Edu. Se le pasará.

—Eso ya lo sé, pero estoy preocupado por ella.

—Tranquilo, ese carácter lo sabe usar. Estoy segura de que ya es todo coraje. Cuando me llamó estaba asustada, pero la conozco, y en cuanto colgó su arrojito tomó posesión.

Me he quedado con la primera frase.

—¿Estaba asustada?

—Tú me dirás, si roban en tu domicilio.

—Te tienes que sentir inseguro. Oye, ¿por qué no os vais a mi casa de Arenas las tres?

Luna ríe.

—Así os despejáis. No creo que quiera quedarse allí este fin de semana.

—¿Y tú no irás por sorpresa?

—No, yo estoy a tope de trabajo.

—¿Tiene llaves Estrella?

—No, las tiene tu amiga Conchi.

—Ah... —Se toma un tiempo para responder—. Pues no es mala idea. Se lo comentaré a Sol, pero es probable que te tome la palabra.

—Fenomenal, oye, pásame a Clara un momento, si necesito algo ahora es oírla.

—Aquí la tengo agarrada a mi pierna, deseando saludar a su papi.

—Clara, preciosa, soy papi...

—Hola papi, besito. —Escucho su voz de pito.

—Hola, mi amor, otro besito enorme para ti.

—Peppa Pig está triste —me cuenta, como si aquello fuese lo peor que puede estar sucediendo ahora mismo en el mundo. Sonrío. Me hace pensar y ver las cosas desde otra perspectiva.

—¿Sí? Pobre Peppa. Dale un abrazo y verás cómo se le pasa. ¿Vale?

—Mami, quiero bajar, besito a Peppa...

La pierdo, es un terremoto. Ya estará espachurrando a su muñeca. Me río.

—Bueno, Luna, gracias. Te dejo, esto está complicado.

—Un besito, Edu, estate tranquilo. Luego la llamo y te envío un mensaje.

—Eres la mejor.

—Sí, pero a mí no me metáis en vuestros líos...

Algo más tranquilo y gracias a mi hija, con una nueva postura, accedo a la sala de partos. Esto es un trabajo. No me tiene que ir la vida en ello. Lo que sí que quiero es que no suceda nada, que no haya heridos, porque algo me dice que Claudio ya sabe que su mujer está de parto y puede querer entrar, y seguro que las formas no serán las mejores.

Por eso, hemos reforzado la seguridad, hay varios policías infiltrados vestidos de calle en el *parking* y dentro.

Accedo a la sala de partos justo en el momento en el que Tanya emite un chillido de esos de película. Miro a Rodrigo preocupado, pero él me dice:

—Todo va bien. No nos da tiempo a ponerle la epidural, ha dilatado muy rápido. Son dolores de parto normales.

—¡Sabrás tú pendejo lo que es normal! —chilla la parturienta.

Le doy un codazo a Rodrigo y él me mira y me hace un gesto de que no vuelve a abrir la boca.

Me acerco a Tanya. Solo estamos los tres, por seguridad lo hemos decidido así, en cuanto nazca el bebé, llamaré a un enfermero de pediatría para que valore al niño. Esto no es lo normal, en un parto así, quien actúa son las matronas.

—Tranquila, ya queda poco —le pido.

—¡Tranquilo, tú! ¡No mames! ¡Voy a reventar, sacadme al niño ya!

—Hay que esperar un poco, pero todo va bien, Tanya, entendemos que debe ser difícil, pero tienes que mantener la calma. Ahora tienes que aprovechar la siguiente contracción y empujar.

—No puedo... —Llora—. Duele mucho.

—Sí que puedes. —Me acerco—. Claro que puedes. —Noto como su cara se desencaja, le está llegando otra contracción—. Empuja, Tanya, empuja —la animo.

Y así entramos en un bucle de insultos, contracciones, chillidos y después de lo que a mí me parece un siglo, sale por fin, el bebé. El hijo de Tanya y Claudio.

El enfermero se lo lleva un momento para reconocerlo mientras Tanya expulsa la placenta y llora emocionada y en seguida, tiene a su hijo en brazos.

Miro la escena y algo por dentro me pica. Yo no vi nacer a mi pequeña por estar trabajando infiltrado y hoy no acompaño a Estrella por estar trabajando. Nunca estoy en los momentos más importantes.

—Enhorabuena, Tanya. Es un niño.

Ella sigue llorando emocionada.

—Nadie me va a quitar a mi hijo.

Rodrigo y yo nos miramos.

—¿Quién te lo va a quitar, mujer? —le pregunta el médico.

Tanya no responde, solo llora. Salgo a llamar al equipo, no hay ningún movimiento extraño en el hospital. De todas formas, estos días, hasta que vuelva a prisión, mantendremos el refuerzo.

Cuando Tanya se estabiliza la llevamos de vuelta a su habitación con su hijo y una vez están instalados, salimos.

Son las once de la noche. Estoy agotado y Rodrigo luce aun peor que yo. Caminamos como embrujados a la máquina de café y sándwiches. Comemos en silencio. Creo que lo necesitamos tras tantos gritos. Cuando estamos con el café, Rodrigo empieza a hablar:

—¿Por qué habrá dicho eso?

—Yo creo que no tiene que ver, que es por estar en la cárcel —respondo.

—Puede ser, pero no ha pasado nada, no sé...

—Ya, todo normal.

—Bueno la forma tan acelerada en la que se ha puesto de parto no ha sido del todo corriente.

—¿Qué quieres decir?

—No había roto aguas... no sé es raro y tantas y tan frecuentes contracciones, como si le hubiésemos puesto oxitocina.

—No sé, tú eres el que entiendes de esto...

—¿Qué te pasa? Estás un poco distraído.

—A mi chica le ha sucedido algo y quiero estar con ella y no aquí.

—Vete. Yo te cubro.

—No, no puedo.

—Vamos a ver, puedo hacer de enfermero. Diego, no dejes pasar la felicidad, no hagas como yo.

Lo pienso...

—Solo sería media hora.

—Vete, no te preocupes.

—Llevo el móvil, llámame con lo que sea.

—Vete ya. —Me empuja de la silla.

—Gracias, tío.



Son más de las doce. La casa de Estrella está a oscuras. ¡Qué tonto soy! Igual se ha ido a un hotel y no descansa aquí. Luna me envió un mensaje diciéndome que estaba bien, pero no donde.

De todas las formas, pruebo y accedo con mis llaves. Doy la luz de la entrada. Está todo sobre las mesas, desordenado. Voy a la habitación. La luz se acaba de encender. Sí que está. Antes de que se asuste hablo en alto:

—Soy yo.

No me responde. Solo apaga su lámpara. Sonríe. Es de armas tomar.

Doy la luz del pasillo para poder ver algo y entro en la habitación. Está echada, haciéndose la dormida. Me tumbo vestido de enfermero a su lado y la abrazo con mi cuerpo.

—Perdóname, preciosa. No imaginaba algo así.

No obtengo respuesta verbal, pero sí física, coge una de mis manos.

—Me quedo aquí contigo hasta que te duermas.

—¿Tienes que volver? —La escucho.

—Sí, Estrella, pero ahora estoy aquí contigo, tú me importas más que nada.

—No te habría insistido tanto si no fuera importante.

—Lo sé, perdona... Me has pillado en el momento cumbre de la investigación, pronto te lo contaré.

—Me asusté, pero ya estoy bien. Estaba sola, ni Rodrigo, ni Alejandra... Regresa, no quiero que te metas en problemas.

—No, hasta que no te duermas. Por cierto, os cedo este fin de semana la casa de Arenas. Pasadlo bien. —Le doy un beso en el cuello—. Descansa, brava.

Estrella se da la vuelta en la cama y pillándome desprevenido me besa en los labios como solo ella sabe hacer.

—Ahora sí me puedo dormir. —Después se gira y a los minutos la escucho respirar pausadamente.

Ha dicho algo que me ha hecho pensar.

Salgo de casa asegurándome que cierro con llave y desde el coche llamo a Rodrigo.

—Dime —descuelga en seguida.

—¿Podemos saber si le han puesto oxitocina?

—No le han puesto, solo hemos entrado tú y yo.

—¿Podemos saberlo o no?

—No es fácil, es una hormona natural, ella de por sí, ha segregado oxitocina. Aunque si tiene niveles muy altos... pero sería poco riguroso. ¿Por qué lo dices?

—Ahora te lo cuento.

—Le saco una muestra de orina y llamo a laboratorio, pero como te digo solo nos dará una idea.

—Me vale.



Tiene niveles altos, bastante de hecho, pero es cierto que es lo propio de un parto. Lo que no es normal es que a Rodrigo al explorarla le ha parecido ver la cicatriz de un pinchazo intramuscular.

Ahora se lo tengo que explicar. Estamos sentados los dos en el control de enfermería. Son las tres de la mañana y aquí no se mueve un alma, hasta los custodias de Tanya dan cabezadas. Los pasillos de un hospital por la noche rezuman una nebulosa paz, como una aparente tranquilidad que puede huracanarse en segundos.

—Esta tarde he visto salir a alguien de la habitación de Tanya —empiezo.

—¿Sí? ¿A quién? ¿Por qué no has dicho nada? —me pregunta de seguido sin imaginar a donde voy a llegar.

—¿Sinceramente? Porque todo ha ido tan deprisa que se me ha olvidado.

—Normal... ¡Vaya, día! ¿Pero cómo ha podido entrar alguien si están los guardias? —me pregunta con mucha razón.

—Porque tenía permiso o por lo menos antes lo tenía —aclaro y gesticulo que me duele decirle esto.

—¿Eh?

Es un hombre bastante listo y sé que está barajando todas las opciones, en un periquete su rostro cambia:

—¿Alejandra ha estado aquí? —duda.

—Sí, la vi salir un rato antes de que Tanya se pusiera de parto.

—¿En serio? ¿Seguro? No puede ser.

—Sí, Rodrigo, era ella, hasta hablamos, me pidió que no dijera nada y se esfumó.

—Pero ¿por qué fue a la habitación de Tanya? —Eleva un poco el tono.

—Me dijo que a despedirse.

—¿De la presa? No, no... —Rodrigo se lleva las manos a la cabeza con desesperación y después se levanta y camina por el control con la cara

desencajada.

—¿Qué piensas? —me atrevo a preguntarle al rato.

Rodrigo toma asiento de nuevo.

—Alejandra apenas ha visto a Tanya, no la unía nada.

—Ya...

—¿Y si ella le ha puesto la oxitocina, Diego? —Habla muy bajo para que nadie lo pueda oír y con tanta consternación que se podría vender a granel.

—Ya lo he pensado. Pero ¿para qué? El niño ha nacido, es normal, aquí nadie ha entrado.

—De momento, pero quizás piensen hacerlo... —Lanza la sospecha al pasillo del hospital.

—¿Y tu mujer? ¿Qué pinta en todo esto?

—Igual la han chantajeado... Quizás está secuestrada y no me ha dejado.

—Advierto un ápice de esperanza y otro de susto en su gesto.

—Viste una nota, ¿no? Y la renuncia al contrato.

—Sí, pero puede que la obligaran...

¡Ay, madre mí! ¡Cómo le hago yo entender a este hombre que Alejandra se ha ido por su propia voluntad y gracias a mi carnet falso!

—No lo creo, Rodrigo. Lo que sí, es que en todo caso le han ofrecido dinero y ha aceptado, si quería marcharse le ha venido como anillo al dedo.

—¿Cómo va a trabajar Alejandra para los narcos? ¿Estás loco?

—Es todo una suposición... Igual estamos patinando.

Suena un mensaje de mi móvil, es de Christian. Lo leo, por lo visto ya se ha filtrado la noticia a la prensa. Mi jefe me reenvía un tweet:

Tanya Montero, de 27 años de edad, y Claudio Torres, de 38, están de enhorabuena este 2019. La exmodelo ha dado a luz a un precioso bebé a las 19.42 del 3/5, tras 4 horas de parto. Madre e hijo se encuentran en buen estado. Enhorabuena.

Se lo enseñó a Rodrigo.

—¿Qué es esto?

—Un Tweet.

—Hasta ahí llego, pero... ¿cómo saben que ya ha nacido? —me pregunta.

—Ni idea... quizás por la cámara de la habitación.

—Puede ser, porque no han dado ni una. ¡Cómo nos tengamos que fiar de la prensa!

—¿Y lo de las cuatro horas de parto? ¿Es necesario poner eso? —
cuestiono—. Se lo han sacado de la manga. ¡Vaya tela!

—Yo no suelo prestar atención a estas cosas, pero desde luego el tweet
es raro de narices —asegura Rodrigo.

Lo leemos varias veces en alto.

—Algo no encaja —me adelanto.

—Ya, opino lo mismo. Pero no lo veo.

—Ni yo, tengo tanto sueño que no puedo concentrarme.

—¡Venga! Descansemos un rato y a ver si mañana podemos pensar con
algo más de claridad.

Me levanto arrastrando mis piernas. No puedo irme sin darle las gracias
por todo a Rodrigo. Entro en mi cuarto. Antes de echarme en la cama le
escribo a Christian que se informe bien sobre ese tweet y quién lo ha enviado,
porque es demasiado extraño para ser inocente.

Ha sido un día largo e intenso. Nada más tumbarme caigo en un profundo
sueño.



Me despierto sobresaltado:

¡Es un jodido código numérico!

Capítulo 26

Marta, Sebas, Guille y los demás

Estrella

No ha hecho falta convencerme mucho, ya me lo avisó ayer Edu, en su corta, pero dulce visita nocturna, y al venir Luna y Sol con la maleta preparada he tardado diez minutos en organizar la mía y poner pies en polvorosa. ¡Nos vamos de fin de semana a Gredos, a Arenas de San Pedro!

Entre las tres, hemos recogido el desastre de casa que me dejaron los cacos, que no eran cacos, porque no se han llevado nada. Al menos, mi casa ya parece, de nuevo, un hogar, lo que no significa que me apetezca quedarme... No, nada, ni una gotita, gota. ¿Por qué? Porque siento que en cualquier momento me voy a cruzar con alguien que no está invitado y me voy a morir del susto. Y eso que de por sí ya me duele el pecho cada vez que pienso que han toqueteado mis cosas y usurpado mi intimidad los malnacidos.

¿Quién lo ha podido hacer?

Mucha casualidad que Rodrigo saliese pitando por la noche, ¿no? Creo que ha sido él. Llámame mal pensada. Pero este a mí no me la da. Yo sí lo conozco. Yo lo he visto en acción y por muy voz de bueno que tenga, por dentro se esconde un verdadero monstruo. Habrá buscado pistas de donde pueda estar Alejandra porque intuyo que no me cree cuando le digo que yo no sé nada. Lo que me hace pensar que he de irme de aquí, pero ya, aunque como apenas me quedan prácticas, prefiero aguantar y ya veré qué hago cuando acabe. Lo peor de las cucarachas es que te pillan desprevenida, pero a mí este asqueroso bicho (y me refiero a Rodrigo) ya no me va a asustar. Lo importante es que ya estoy avisada, el golpe duele menos si lo recibes boxeando.

Luna es la que conduce, yo soy la copiloto y Sol va detrás, dándonos galletas de espelta que ha hecho ella misma con sabor a alfalfa, aunque les vas pillando el gusto y ya se sabe, comer y rascar, todo es empezar.

Así está de delgada. Sol habrá perdido diez kilos desde que no convive

con mi hermano y le ha sentado fenomenal, se nota que se cuida mucho y hace vida sana. Dicen que a cierta edad tienes que apostar por cara o culo, porque si a tu trasero le quitas diez años, irremediablemente se los sumas a tu cara en forma de arrugas. Pues Sol, no, está igual o más guapa. Ella siempre quiso cuidarse, pero Júpiter era adicto a la comida basura los fines de semana y la arrastraba. Una de las primeras cosas que hizo cuando se divorció fue apuntarse a un curso de cocina saludable y al gimnasio. Además, como ha vuelto a trabajar en una clínica dental, la veo más al día, o soy yo la que me voy asemejando a ella, vete a saber. A medida que cumplés años acortas kilómetros con los que antes te parecían de otra generación.

Luna, es que mi hermana es muy mona, de siempre, tiene mucho estilo la tía, hizo mucho *ballet* de pequeña y se le han quedado unas piernas y un porte de azafata. Ella parece que empieza a ver la luz con Clara, ya duerme del tirón, come bien, y aunque llora, ya no como cuando era un bebé. Este fin de semana se queda con Eneko y si puede su padre se acercará el sábado por la noche, pero ya me extraña, últimamente Edu está ausente para todos.

Y no, no estoy enfadada, bueno, puede que un poco. Que se presentara ayer por la noche fue un detalle precioso, tan bonito que cada vez que lo recuerdo sonrío mi estómago. Tengo una colección entera de mariposas bailoteando en mi tripa cada vez que pienso en él. Y no, no me las he comido, ayer leí que una joven ingirió quince mariposas para saber que se sentía estando enamorada, en España, no te vayas a creer que ha sido en un país lejano en Oriente, en Baracaldo, para más datos.

Pronto llegamos al establecimiento de la amiga de Luna que tiene las llaves de Edu. Nosotros vivimos un tiempo aquí de pequeños, pero yo apenas me acuerdo. Luna era más mayor y sí que hizo amigos, entre ellos Conchi.

Compramos varias cosas para pasar el sábado y la mañana del domingo entre las que destacan las chuches, helado y Puerto de Indias, y mientras que dejamos que Luna y Conchi se pongan al día, Sol y yo nos sentamos en un banco en la calle, al sol, con un café de esos envasados que están tan ricos que te hacen preguntarte por qué a ti no te salen así en casa.

Sol me pregunta si estoy mejor, y ahora lejos creo que sí. Se me ha ido pasando el susto y solo me quedan ganas de saber quién lo hizo, quién se atrevió a destrozar la seguridad que respiraba en mi pequeño hogar alquilado.

Sol no sabe nada de Edu y confieso que no sé si decírselo. Hacerlo sería oficializarlo y me da pavor. No solo eso, si profundizo un poco descubro que lo que realmente me da mi miedo es que no lo entienda, porque asumo que no es sencillo. Y tampoco es que seamos pareja, no tendría por qué desvelar nada, pero es Sol y entre ella y yo no hay secretos.

—Estás muy pensativa, Estrella. —Se da cuenta.

—Ya, tengo muchas cosas en la cabeza. Cuéntame tú algo. ¿Algún romance a la vista?

La sonrisa natural de Sol se esconde.

—No... nada. No conozco a nadie interesante.

—¿Y el poli rescatador de niños?

—Es muy confuso.

—¿Por qué?

—Viaja y trabaja mucho. Me gusta, no te lo niego, me parece el hombre más interesante que he visto en mi vida, quizás sea eso... soy poco para él.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Afirma tímida.

—Tú eres la mejor persona que conozco, Sol. Eres noble, buena, comprometida, responsable, fiel, buena madre, divertida... Tú no eres poco, tú en todo caso eres demasiado.

—Tú, que me quieres bien.

—No, sabes que yo suelo ser sincera, Sol, y tú eres uno de mis ejemplos a seguir así que no te atrevas a menospreciar a mi ídolo. Si a ese hombre no le gustas pues a otra cosa mariposa, será ciego.

—No es eso. Somos amigos. Él perdió a su mujer y todavía no está preparado. Siente algo por mí, pero no se atreve a dar el paso, sería como engañarla y yo no quiero precipitarlo a esa disyuntiva. Quiero que si está conmigo sea porque lo desea, si no, nada, nos quedamos como estamos.

—Bueno... No debe de ser sencillo. Es verdad. Pero sé que él se acabará enamorando de ti como un crío.

Ella ríe.

—¿Y tú? ¿Me lo vas a contar?

—¿El qué? —Me hago la sorprendida.

—¿Te crees que soy boba? ¿Que no vi tus miraditas con el hermano de

Eneko en tu casa el día de la sentencia?

Frunzo el ceño. ¿Somos tan obvios?

—¿Qué te parecería? —titubeo.

—¿A mí? Que estáis locos, los dos.

—Ya, pero...

—Déjame terminar —me interrumpe—. Pero tenéis la misma clase de locura, vi cómo te miraba, cariño, y bebe los vientos por ti. Creo que a pesar de las circunstancias hacéis muy buena pareja, os parecéis.

La abrazo y ella ríe.

—¿Esto significa que estás con él?

—Sí, creo que sí, Sol. Yo soy muy torpe para estas cosas.

—¿Te gusta mucho?

Me escondo en su regazo y le digo que sí, como si fuera un gatito remolón.

—Pues adelante, muchacha. Por lo que me han contado te tiene que dejar como nueva —bromea.

—¡Uffff! Es lo más... —le confieso—, pero no es eso, Sol, esta vez no es lo más importante. Es que me entiende y sé que puedo contarle cualquier cosa. Que nos miramos y todo cobra sentido, que me siento de nuevo Estrella con él.

Luna aparece ante nosotras.

—¿Estáis hablando de quien creo? —nos pregunta.

—Sí, del mismo —respondo.

—Menos mal, no sabía si iba a poder guardarlo más tiempo. ¿Qué te parece la aventurita de mi hermana con mi cuñado?

—Pues que si fuera una novela me la compraba —contesta Sol.

Las tres reímos.

—Chicas... yo os tengo que decir una cosa —anuncia Luna—. Eneko y yo después de mucho hablar nos vamos a lanzar: vamos a intentar un vientre de alquiler.

Capítulo 27

A carcajadas

Edu

Dormir poco es como cuando llevas muchas horas sin lavarte los dientes y sientes que tu boca no te pertenece. Algo parecido le sucede a mi cuerpo, me responde, sí, pero muy lento y torpe. Me desperté sobresaltado con todos esos números en la cabeza a las dos horas de haberme dormido, llamé a Christian y nos ventilamos la madrugada dándole vueltas. Por la mañana, nos presentamos en casa de Rodrigo, me gusta cómo piensa, y habíamos decidido que necesitábamos descartar que ese código correspondiese con algo médico. Aquí nos encontramos ahora, como tres criptógrafos, con varios cafés en sangre y la cabeza ardiendo de bullir hipótesis.

Tenemos muchos números:

273820191942354

Y varias suposiciones y descartes:

No es nada médico y no nos aportaría nada que lo fuese.

¿Una cuenta bancaria? No, lo miremos como lo miremos le faltan cifras.

Un número de teléfono. Le sobran.

Que los números escondan letras del abecedario. No nos sale nada lógico: «bgchb0aiaidbced» y probando con otros códigos alfabéticos tampoco.

Ahora llevamos un rato dándole vueltas al primer punto que separa las dos frases del tweet.

Tanya Montero, de 27 años de edad, y Claudio Torres, de 38, están de enhorabuena este 2019. La exmodelo ha dado a luz a un precioso bebé a las 19.42 del 3 del 5, tras 4 horas de parto. Madre e hijo se encuentran en buen estado. Enhorabuena.

Quizás sea importante.

Me levanto de la silla porque algo me dice que o camino o me anquiloso. Estoy empezando a desesperarme. Christian repasa:

—Vamos a ver, vayamos por partes y unamos todo lo que tenemos en la mesa aunque sean locuras. Alejandra se presenta ayer y pincha oxitocina para adelantarle el parto a Tanya. Efectivamente lo logra y ese mismo día Tanya da a luz y no hay ningún incidente. Un tweet con muchas cifras y datos erróneos se cuelga en internet de un perfil falso que ha desaparecido ya de la red y que si no llega a ser porque te hice un pantallazo para que vieras lo habríamos perdido.

Esto último sí que es cierto del todo, el tweet ha desaparecido de internet, otorgándole un carácter más sospechoso aun.

—La fecha es importante —enuncio cargado de razón—. Adelantaron el parto para incluirlo en esa cifra... Se lo pedirían a Alejandra que sabían que al ser la supervisora podría acceder a la habitación en cualquier momento, y a mí Tanya ya me dejó entrever una vez que se le adelantaría el parto, o sea, que estaba premeditado.

—Puede ser —me regala el beneficio de la duda Rodrigo—. Me gusta, tiene sentido, le adelantaron el parto para encajar esos números. Alejandra, por mucho que me duela, no fue allí por casualidad ni a despedirse. El bebé no es importante, es el día en que iba a nacer.

—¡Y por eso han mentido en la hora! —le interrumpo—, era improbable que ajustasen la hora del parto...

—¿Qué son esos números? Piensa, Rodrigo, piensa... —se dice a sí mismo.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —cuestiono.

—Dónde y cuándo van a citarse los narcos —responde Rodrigo como si esto fuera un partido de tenis entre él y yo. Dos cabezas piensan más que una.

—¿Y no será el lugar donde van a reunirse? —Un rayo de sol acaba de entrar en mi cabeza y lo ha llenado todo de claridad. Lo tengo, lo tengo... en la punta de la lengua. Rodrigo y Christian, que ahora callan me miran atentos.

Un momento... ¿y si son unas coordenadas?

Sin decir nada y con el corazón acelerado abro Google Maps en mi móvil e introduzco la cifra pero me indica que son coordenadas inválidas. Mi gozo en un pozo.

—¿Qué haces? —pregunta Christian.

—Nada, por un momento he pensado que podían ser unas coordenadas.

—Ya lo he probado antes yo. —Me tira por tierra—. Es una cifra enorme. Además deberíamos tener la longitud y la latitud.

—¡Ah! Ni idea... no he usado unas coordenadas en mi vida —acepto desilusionado.

—¿Y el punto? ¿Y si las separáis con el punto? —pregunta Rodrigo y coge su hoja donde tiene apuntado la enigmática cantidad—: 27382019-1942354.

Mi jefe, que sé que además de ingeniero fue piloto antes de incorporarse al CNI, exclama levantando la cabeza de su portátil:

—¡Dios mío! ¡Tenéis razón! ¡Es una dirección! No sé cómo no me he dado cuenta. —Comienza a dar saltos por el salón— ¡El punto! ¡El jodido punto!

—¿Dónde es? ¿Estás seguro? —le pregunto acelerado, acercándome a su ordenador.

—En Gran Canaria. Todo encaja. Cerca de un aeródromo privado, el Berriel. En una finca. ¡Joder! ¡Los tenemos! ¡Los tenemos! —Señala la dirección.

Caigo en la silla como si me hubieran quitado cien kilos de encima. Lo hemos logrado. Contemplo a los dos hombres que me acompañan, Christian ya está móvil en mano llamando a vete a saber quién, y no me importa porque yo ya he hecho mi trabajo, y Rodrigo me mira con cara de alucinado sin llegar a creerse que hayamos acertado.

Cojo aire hondo varias veces para saborear mi victoria y me digo a mí mismo lo que llevo unos días pensando... Se acabó, de momento, el CNI para mí; necesito centrarme en mi pequeña, en mi negocio y en ella. No voy a dejar pasar esta oportunidad, esta vez no.

Capítulo 28

Ella

Estrella

Ha sido un día fantástico. Antes de comer, hemos ido a dar un paseo por la senda de los pescadores, por donde fui con Edu y Clara hace unos meses. Oye, se nos ha dado bastante bien y hemos caminado más de dos horas seguidas disfrutando de las vistas, a sabiendas de que por la tarde las calorías iban a venir en forma de carbohidratos. Cada vez soy más fan del aire tranquilo que se respira por aquí. Aunque me cueste reconocerlo, mi amor por la gran ciudad ha emigrado al subsuelo. No sé si volverán, pero hoy por hoy no, y es algo con lo que tengo que contar para cuando escoja destino.

Nos hemos cocinado un plato de pasta riquísimo y luego hemos visto varios capítulos de *Pequeñas coincidencias*, que por cierto, me está encantando. Pero sobre todo, hemos hablado mucho mucho... No hay nada como reunirse con mujeres de tu confianza para pasar un buen rato. Somos muy diferentes las tres pero, sin embargo, con ellas me río como con nadie. Me siento incluida y sé que puedo decir lo que me venga en gana. Nosotras nos cuidamos mucho, sin ellas no habría salido del pozo.

Y ahora, se ha acabado la pereza, pensamos salir a tomar algo y de paso convencer a Sol de que rompa su celibato. Ya lo hicimos hace unos años con Luna y la vida le cambió ciento ochenta grados y algo me dice que Sol necesita algún giro en la suya.

Llegamos andando a una taberna irlandesa muy mona que parece que es la que mejor ambiente tiene y como tampoco creo que esto esté lleno de bares pues no nos lo pensamos más y entramos. Miro a mi alrededor. ¿Dónde están los hombres? ¿Hay partido hoy?



Tres horas más tarde y varias copas de más nos hemos apuntado a un

torneo de diana con las otras mujeres del bar y nos lo estamos pasando pelota.

A mí se me da fatal, pero Luna y Sol tienen hoy la puntería acertada y nuestro equipo está a punto de pasar a la final. Por fin, han entrado algunos hombres, aunque les estamos haciendo poco caso. Está mucho más emocionante la partida.

No es lo habitual acabar de fiesta con otras mujeres. Así se nos ha presentado la noche y la verdad es que son muy majas, o eso creo, llevo varias copas en sangre. Hemos formado un grupo variopinto, de diversas edades, pero las más mayores, de la edad de Sol, son la risa. Las veinteañeras se mezclan menos, están más al móvil. En concreto, hay una que es pura salsa, Laura, que es la que en un momento ha montado el torneo y está venga a pedir chupitos para todas cada vez que alguna da en la diana. Trabajan todas para una franquicia de peluquerías y es un viaje organizado por su empresa.

Yo llevo gran parte de la noche hablando con Sheila, una chica de mi edad que ha roto con su novio hace una semana y está venga a contarme e insistirme en que no lo echa de menos y que soltera se está mucho mejor. No me lo creo, pero no me toca a mí ser su aguafiestas. Ya caerá ella sola cuando esté preparada. Yo le digo que sí y le doy ánimos. Luna se ha hecho varias amigas mamás y han entrado en bucle y Sol es la íntima de Laura, las dos parece que se conocen de años.

Comienza la final. El equipo que gane elegirá la canción que tienen que cantar las demás en un karaoke improvisado que nos ha cedido el camarero.

Yo soy la primera que empieza y como sea por mí me veo con micrófono en mano en diez minutos. Suena una canción de Dvicio y Taburete que me encanta. Enciendo el audio, le envío un cachito a Edu y este mensaje:

—Cinco sentidos. Aquí en el edén contigo es donde querría estar yo. Solo contigo.

Cuando vuelvo a mirar el móvil tengo un montón de mensajes.

—¡¡Me encanta!! Tú me alimentas los cinco sentidos, ¡¡¡brava!!! Yo quiero estar borracho, viviendo mi vida pero a tu lado, bebiendo tequila de cualquier vaso, rompiendo la fila si tú te vas... solo contigo.

—¿Sabes qué? Creo que esta sí que es nuestra canción. Te echo de menos.

Sonríó un poco torpe por el alcohol y voy más lenta con las teclas de lo

habitual pero al final respondo emocionada perdida por esa explosión de sinceridad:

—Tendremos muchas canciones... pero sí, esta es nuestra. Nos lo estamos pasando genial. Gracias por dejarnos la casa. Eres el mejor.

—Es toda vuestra. ¿Mañana te veré?

—Por mí sí.

—Ya he acabado... estoy libre.

—¿Te refieres como enfermero?

—Sí, lo hemos logrado.

—Enhorabuena!! Me alegro un montón.

—Gracias. Me he venido a Madrid a ver a mi hija y estoy con Eneko, pero mañana estoy a tu disposición.

—¡Uffff! No sabes cuánto me gusta oír eso. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. Ahora diviértete.

—No puedo, solo quiero que sea mañana.

—Ni yo... pórtate bien. Eh!!

—Si vieras el ambiente del bar... pero me portaré, no te preocupes.

Vale, llevo un rato con el móvil, el suficiente para no darme cuenta de que hemos perdido. Nos toca cantar. ¿Me importa? No, y además con el subidón que tengo de saber que Edu ya está libre me canto hasta una jota aragonesa.



Estamos las tres comiendo patatas como si no hubiera un mañana. Son las cinco de la madrugada. Hora de acostarse, pero nos ha dado la risa floja y el hambre atroz y no hay manera de rellenar nuestro agujero estomacal. Ya hemos probado con sándwiches de Nocilla, gominolas y restos de la cena, pero aquí seguimos.

—Chicas... he ligado —nos dice Sol. Luna y yo estallamos en una carcajada. Imposible no había un hombre a kilómetros la redonda—. Os lo estoy diciendo en serio.

—¿Con quién? ¿Con un dardo? —bromeo.

—No, con Laura. Me ha tirado los trastos.

—¡Anda! No me he dado cuenta —dice Luna—. Pensé que estaba

casada...

—Y lo está, pero es un matrimonio moderno. ¿Sabéis que me ha dicho? Que no ponía límites a nada y yo le parecía muy guapa.

—Es que lo eres. —La besa en la mejilla Luna.

—Me ha contado que hubo un tiempo en el que hacían intercambios, pero que ahora no, que se permiten relaciones extramatrimoniales y les va muy bien. Yo la verdad es que no entiendo eso muy bien...

—Pues yo ya no me atrevo a descartar nada. —Nos guiña un ojo Luna, y yo siento un escalofrío porque se refiere a Edu, a mi Edu, y eso no me hace una ilusión loca. Mi hermana se da cuenta—. Estrella vas a tener que disimularlo, se te nota demasiado que te jode.

—Quizás si tú no sacas el tema, mejor...

—¿Por qué no lo voy a sacar? Es mi pasado, lo quieras o no Edu forma parte de mi vida. —Se calienta.

—Pues no lo quiero y no me gusta que me lo recuerdes. —Me enfado.

—Chicas... —Intenta frenarnos Sol, pero viene tarde, cuando Luna y yo subimos a una cuesta enfadadas nos precipitamos en barril cuesta abajo, sin remedio. De toda la vida, se nos calienta la sangre y la boca muy rápido.

—Pues va a tener que gustarte, porque Edu es el padre de Clara y con él tuve mucho más que palabras y lo sabes.

—¡Y dale! Tú sigue insistiendo. ¿Quieres que vomite?

—¿Que vomites? —grita muy enfadada y me quedo corta—. ¡No seas injusta! ¡Mi historia con Edu no fue para que tú vomitaras! Fue preciosa, real y mágica. En todo caso, eres tú la que se ha metido por medio.

—¿Yo? ¿En medio de qué? ¡Vosotros lo apartasteis! Tú estás con Eneko.

—¡¡Vale ya!! —impone Sol, como nunca la había visto antes—. ¿Estáis tontas las dos? ¿De qué habláis? Nadie le pertenece a nadie... os lo diré yo que creí que Júpiter era mío y cuando me quise dar cuenta había volado.

Las dos callamos. Se nos ha ido de las manos, pero yo sigo enfadada, que conste.

—Mira Estrella, tiene razón Luna, su historia fue y ella la vivió increíble y eras tú la que la animabas; ahora todo ha cambiado, sí, pero no menosprecies su pasado porque se te caerá encima. Si quieres a Edu vas a tener que hacerlo aceptando que primero estuvo con tu hermana. Y tú, Luna,

ella se ha enamorado de un hombre soltero, no se ha metido en medio de nada.

—Ya, lo siento, peque... —Se me acerca Luna—. Lo he dicho sin pensar.

—Y yo... —me disculpo. Nos abrazamos.

—Edu ahora te quiere a ti, y eso me gusta. Te lo prometo. Sé que va hacerte mucho bien.

—¿De verdad? ¿No te importa? —Me sale una voz ñoña ñoña.

—No, Estrella, estoy feliz por los dos. Me chocó, incluso sentí celos al principio, pero yo amo a Eneko, Edu fue locura y ya no siento nada por él. Te lo prometo, es como que tenía que estar contigo, siento que juntos os hacéis mucho bien. Le estoy muy agradecida por cómo te está cambiando la vida, ya no es mi Edu, ahora es el Edu de Estrella.

—Gracias. —La abrazo más fuerte todavía.

—Muy bien, y ahora que estamos de nuevo calmadas —prosigue Sol—, he de deciros que hoy, a mis cuarenta y dos años me he pegado el lote con una mujer.

—¿Eh? ¿Cómo?

—¿Dónde? —pregunto.

—En el baño. Laura me ha morreado y me ha dado un repaso que te enteras tú de Edu —nos dice y después da un trago enorme de agua mirando nuestra conmoción.

—¿En serio?

Sol afirma con la cabeza y la boca cerrada.

—¿Y? —le pregunta Luna dubitativa.

—Como experiencia bien, pero... lo siento mujeres del mundo a mí me gustan los pitos.

Estrella levanta su copa de agua y las tres estallamos en una carcajada.

Capítulo 29

Ruido

Edu

Ya estoy de vuelta en Ávila y con Clara. Les doy descanso unos días a Luna y a Eneko. Después de todo el lío que me he traído este último mes necesito pasar tiempo con Clara, quiero formar parte de su vida y la única forma es ofrecerle mi día al completo. Desde mi humilde opinión como padre, a los niños no solo les vale el tiempo de calidad, cuenta todo y yo con Clara sumo déficit, pero estoy decidido a arreglarlo. Mi hija es lo más importante que he hecho, ahora toca ponerse las pilas y enseñarla tan bien como hicieron mis padres con Eneko y conmigo. Hablaré con Estrella, tengo que dejar el apartamento, o nos instalamos en su casa unos días o me voy a Arenas.

Estoy en casa de Rodrigo. Christian ha contactado conmigo desde Gran Canaria para informarme de que la operación está en marcha y que tienen localizados a los narcos. Me llamará para contarme qué tal ha ido todo. Él se ha empeñado en ir, asunto que yo no entiendo. Es peligroso y no es su función, pero quería vivir de primera mano la detención. Rollos de egos.

Es por eso que me he acercado a casa de Rodrigo, para esperar noticias juntos y porque está al lado de la de Estrella y quiero ser el primero en recibirla. Clara está jugando en el jardín con sus cacharritos a darle de comer quinientas veces a sus muñecas y el médico y yo nos hemos sentado en el porche con unas cervezas. Le he contado a Rodrigo la verdad, que me llamo Edu y soy, casualmente, el chico de Estrella. No había razón de ocultarlo más. Él se ha quedado un poco sorprendido, pero después me ha felicitado. Dice sentir mucho cariño por ella y me ha pedido que la cuide bien porque ya ha sufrido demasiado.

Jamás en mi vida me había sentido tan confuso con alguien. Este hombre que yo conozco no ha hecho más que ser dispuesto, amable y atento conmigo, y si lo contrasto con la versión de Estrella, es como el *Doctor Jekyll y Mr Hyde*

a lo ibérico. Es por eso que siempre que estoy con él abro los ojos y mi atención más que con cualquier otra persona, lo analizo constantemente y nunca he visto nada que indique que pueda ser un maltratador. Y puestos a desconfiar... Alejandra quizás no sea tan buena como parece, al menos sé que ha ayudado a los narcos y conmigo dejó su profesionalidad a un lado en el almacén. Voy a seguir su pista, es lo último que voy a hacer de momento para el CNI, Christian me lo ha pedido como favor personal. No queremos remover mucho porque nosotros le facilitamos una documentación falsa y se nos podría caer encima.

Suena un coche. Creo que ya han llegado. Me levanto, cojo a Clara en brazos y voy hacia la parte delantera de la casa. Allí están las tres que se quedan sorprendidas al verme aparecer, la primera que viene a por mí es Luna, bueno a por mí, no, a por su hija.

Sin niña en brazos, me acerco a Sol y a Estrella, esta última, (no la recordaba tan bonita) me mira con sospecha.

—¡Hola chicas! ¿Qué tal lo habéis pasado? —saludo primero a Sol.

—Muy bien, gracias por prestarnos tu casa. Es preciosa y la zona más.

—Gracias, Sol.

—¿De dónde sales tú? —me pregunta Estrella sin miramientos cuando me acerco.

—Te lo iba a explicar...

—¿Conoces a Rodrigo?

Afirmo. Me termino de aproximar y alcanzo a darle un beso en la mejilla. Saboreo su conmoción y advierto trazas de rechazo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —demanda.

—No podía, ya lo sabes —me exculpo—. ¿Qué tal por Arenas? —Intento cambiar de tema.

—Bien, muchas gracias. —Suena a todo menos a agradecida.

Sol se hace a un lado y se aleja de nosotros para ir con Clara y con su madre. Nuestro reencuentro no está siendo tan romántico como estimé.

Luna, con la niña en brazos, y Sol vienen a despedirse porque ya es muy tarde y después de unos cien besos de la madre a la hija se marchan. La entiendo, no es fácil dejar a Clara en otros brazos, pero les va a venir bien, Eneko me ha desvelado que están decididos a apostar por el vientre de

alquiler y esta semana van a tener que viajar, por lo que mi ofrecimiento de quedarme con Clara les ha venido al dedillo.

Caminamos en silencio hacia casa. Rodrigo sale del jardín y se acerca a nosotros.

—¡Hola, Estrella! ¿Has visto qué casualidad?

—Sí, mucha —responde sin mucha gana.

Rodrigo que no es tonto advierte el tono y no se acerca más.

—Te has dejado el móvil en casa, Edu.

—¡Ah! Ahora voy a por él. Tengo que hablar un momento con Estrella.

—¿Me quedo con Clara un rato? Tengo un bizcocho casero que le va a encantar.

—Genial. —Le dejo a Clara y camino hacia Estrella que no me ha esperado y ya está abriendo la puerta. Se avecina tormenta.

Y así es. Estrella no tarda ni cinco pasos en echarme en cara mi relación con Rodrigo.

—¿Me lo puedes explicar? Te juro que no lo entiendo.

Hay veces que sabes que digas lo que digas al de en frente no lo vas a convencer. Hoy es una de esas. ¿Qué hago? ¿Explicárselo o dejar que ella suelte el veneno que la ha picado? Voy a probar a esclarecer y luego Dios dirá.

—Si te sientas y te calmas, sí.

—No empecemos... no me digas que me calme.

Voy a chocar contra una pared, lo sé antes de empezar. Es altamente desmoralizador, pero nadie dijo que fuera fácil.

—A ver, en esta misión me he tenido que hacer pasar por enfermero. Hemos estado vigilando las veinticuatro horas a una mujer embarazada que era la pareja de un narco.

Estrella toma asiento en un taburete de la cocina pero su ceño fruncido no anuncia ni concilio, ni interés.

—Podíamos entrar muy pocos a su habitación, de ahí que haya trabajado tanto. Rodrigo era su ginecólogo.

—¿Y por qué la vigilabais?

—Porque se sospechaba que el bebé tenía algo que ver con un encuentro de narcos, pero no se sabía en qué medida y por qué. Hasta antes de ayer que

nació el bebé y entre Rodrigo, mi jefe y yo dimos con la clave.

—¿Qué clave?

—Pusieron un tweet tras el nacimiento informando del alumbramiento con muchas cifras, entre ellas la fecha y la hora. Eran unas coordenadas. Los tienen localizados, en este momento se está deteniendo a los principales narcos del mundo.

Estrella abre los ojos sorprendida.

—¿Gracias a ti?

—A mí y a todos los que hemos trabajado este mes allí. Rodrigo es uno de ellos, Estrella. Yo solo te puedo hablar bien de él, me ha ayudado constantemente, se ha implicado gratuitamente, hasta fue el que me dejó venir la otra noche a verte porque me vio preocupado.

—Ese hombre no es bueno, ya te lo he explicado —responde con voz automática y triste—. Evidentemente no me molesta que hayas trabajado con él, es lo que te tocaba, lo que me enfada es que hoy estés aquí, con tu hija en su casa, como amiguitos.

—Ya, cariño... —Me armo de valor para aproximarme a ella—. Ya lo sé, pero yo solo te puedo hablar bien de él.

Estrella extiende los brazos para protegerse y evitar que la toque. Lo pillo, retrocedo.

—Es un violador. Yo lo vi.

—Tú presenciaste una relación sexual entre un matrimonio muy desagradable, en un momento débil, quizás viste algo que no fue...

—¡Yo presencié una violación! —chilla—. ¡A mí no me llames loca!

—Te pido por favor que no me grites, Estrella, o me iré. Quizás no me he explicado bien... pero tú misma reconociste que te desmayaste de la impresión y que oías a tu violador en vez de la voz de Rodrigo. Puede que eso te confundiese.

—Vuelves a llamarme loca —habla ahora más despacio—. Y no te lo voy a consentir. Yo escuché como Rodrigo menospreciaba a su mujer y después la forzó contra el fregadero. Tú no estabas, yo sí. Y soy capaz de discernir entre lo mío y lo suyo.

—Alejandra ha colaborado con los narcos. —Uso mi última baza.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, Alejandra además de pedirte dinero a ti y dejar a Rodrigo pelado, ha debido aceptar una gran suma por inyectar oxitocina y provocar el parto en la fecha elegida.

—¿Tienes pruebas?

—Yo mismo la vi salir de la habitación cuando en teoría estaba desaparecida, gracias a una documentación falsa que yo le proporcioné y que solo ha usado dos días. Tanto Alejandra como Teresa, el nombre que yo le di, ya no existen.

—Hace bien, no quiere dejarle pistas a Rodrigo.

—Rodrigo no la está buscando, Estrella. ¿No te das cuenta de que aquí hay algo extraño?

—No, aquí lo único extraño es que tú defiendes a un violador y probablemente a un usurpador porque estoy más que segura que fue él el que entró en mi casa.

—Yo no justifico a ningún violador, y en referencia a lo de tu casa no creo que fuera él, tiene llaves, ¿para qué iba a descolocar todo si conoce cada rincón? —Lo defiendo—. Yo he trabajado con él y me ha ayudado mucho.

—Solo que digas eso me da mucho asco.

Paro en seco lo que iba a exponer.

—¿Estás diciendo que yo te doy asco?

—Si defiendes a ese tipo sí.

—Te estás pasando, Estrella.

—No, Edu, te estás pasando tú. Si eres amigo de un violador te conviertes en cómplice.

—¡Pero tú te estás oyendo!

—¿Y tú?

—¿Y la presunción de inocencia?

—Esa que la dé un juez, yo vi lo que vi, para mí es lo que es y si tú hablas con él, ya te estás marchando de esta casa.

Nos miramos. Me lo temía. Los ojos de Estrella brillan acongojados. Los míos deben de estar a la par. Ahora toca afrontar, no tiene sentido seguir discutiendo. Hemos cogido un camino que solo nos conduce a una precipitada pregunta:

—¿Quieres romper esto que tenemos tú y yo por algo que no tiene nada que ver con nosotros?

—Yo no quiero romper nada, Edu. —Se le resbala una lágrima en un semblante frío y acusatorio—. Pero no podría estar contigo si defiendes a un violador.

—Yo no justifico a un violador...

—Sí lo haces, no paras de hacerlo.

—Te estoy intentando explicar que ese hombre se ha portado de escándalo y que en todo caso la actitud reprochable es la de ella.

—¿No ves que eso es lo que hacen? ¿Intentar parecer buenos cuando son jodidos maníacos?

—Estrella... —Deshago la distancia porque mi cuerpo responde ante ella como un oso a la miel—. Eres muy importante para mí, lo sabes, juntos podemos averiguar lo qué pasó, pero no me echés de tu vida porque no volveré.

—Yo sé lo que pasó, él la violó. Si lo quieres creer bien, si no, vete a la mierda.

—¿Perdona? —le recrimino el tono porque me ha dolido su falta de interés en arreglar esto. No puedes decir vete a la mierda si tu intención es conciliadora, más bien lo dices para acabar de una vez con todo.

Y ahora, enfadado, la miro y lo que veo no me gusta. Es puro fuego y rabia contenida. No quiere gritar pero lo está haciendo. No quiere insultar, pero sus agresivos ojos me ofenden. Sus labios no hablan pero me atacan. El silencio hostil es mucho peor que el grito descarado porque si no te atreves a expresar lo que ocultas es que debe de ser más mortal que el cianuro.

—¿Vas a seguir hablando con él? —enuncia despacio y robótica.

Elevo las cejas. No voy a responder a su camuflado chantaje.

—Ve-te-de-mi-ca-sa-ya —pronuncia despacio y concisa. Clavándome un desprecio que rompe todo lo que hemos y podríamos haber sido. Se acabó. Algo en mí hace clic y rompe la cuerda que nos unía.

En ese momento, suena la puerta de la casa al abrirse. Los dos miramos. Rodrigo entra con Clara en brazos con un gesto muy angustiado.

—Perdonad que os interrumpa. Es importante. Edu, te han llamado al teléfono, lo he cogido. Ya ha acabado la operación.

—¿Y? —No entiendo el porqué de esa cara—. ¿No ha salido bien?

—Han detenido a muchos, pero ha habido víctimas entre los policías.

—¿Cómo?

—Sí, por eso te han llamado, Christian, tu jefe... ha muerto.

Me echo para atrás chocándome con la nevera. Caigo al suelo.

—No es posible. Christian no iba a intervenir, era mero espectador.

—Por lo visto, había francotiradores. Han muerto varios policías y hay bastantes heridos.

Creo que se me para el corazón. Por mi culpa... Era padre de familia. Miro a Clara en brazos de Rodrigo y cojo fuerzas para levantarme e ir a por mi pequeña. Estoy en *shock*... necesito salir de aquí, me ahogo. Camino a la puerta sin mirar atrás.

Antes de salir escucho a Estrella:

—Dame a la niña, Edu —Me doy la vuelta y ahora soy yo el que arde en llamas.

—Mi hija se viene conmigo.

—No estás bien, necesitas asimilar... Clara tiene que estar en un entorno tranquilo.

Y como ya no me quedan ni fuerzas ni ganas de soportar más chifladuras respondo:

—Clara se viene conmigo y no hay más que hablar.

TERCERA PARTE

Edu



Funambulista & Andrés Suárez - «Ya verás»

No debí saber quién eras, no debí contar mis penas. Noviembre siempre triste. Y tú viniste proponiendo guerras. Qué cosas se te ocurren. Tú siempre tan concreta.

Y si volvemos a empezar qué tal. Yo sin saber dónde mirar y tú tan guapa. Ya verás como me olvidas y te encuentro en cualquier bar, pegando saltos de alegría, y me dices que lo nuestro no era lo que merecías. Seré cosas que se cuentan. Vueltas de la vida.

Que yo te vi primero, sobraba lo demás y cuando menos debo te vuelves a cruzar, se cae el mundo al suelo. Que tengo lo que tengo, debo lo que debo y quiero lo que quiero. Como si no hubiera pasado el tiempo y fuera ayer. Voy a acercarme lento esta vez, yo ya sabiendo que te irás.

Y tú tan guapa.

Ya verás como me olvidas y te encuentro en cualquier bar, pegando saltos de alegría, y me dices que lo nuestro no era lo que merecías. Seré cosas que se cuentan. Vueltas de la vida.

Ya verás como después de amanecer se irán las ganas de querer volver.

Verás como me olvidas y me dejas tatuadas en la piel enigmas que hay que resolver

Ya ves, jugándote la vida.

Estrella



Bebe - «Respirar»

Veo como caen de mi piel, trocitos descamados, por la ausencia de tu humedad, mi cuerpo deshidratado. Cae la piel rota dejando al descubierto la otra, con más brillo que la que cae, porque algo está alimentando.

Mi piel en silencio grita, sácame de aquí.

Mi piel en silencio grita, oxígeno para respirar.

Respirar de esta falta de ti. Respirar de esta ausencia de mí.

Respirar para sentir mejor. Respirar para aliviar el dolor.

Respirar. Respirar. Respirar. Respirar. Respirar. Respirar.

Hoy necesitaría la invasión de mi espacio personal, pero no, hoy no lo habrá

No habrá abrazos, no habrá tu abrazo, hoy no lo habrá.

El dolor por momento se hace casi insoportable, pero lo que no te mata te hace implacable. Cada uno en su universo siente su dolor como algo inmenso.

El amor nos da la vida y su ausencia nos mata un poco cada día.

Mi piel en silencio grita, sácame de aquí.

Mi piel en silencio grita, oxígeno para respirar.

Respirar de esta falta de ti. Respirar de esta ausencia de mí

Respirar para sentir mejor. Respirar para aliviar el dolor.

Respirar para sentir que estoy viva y puedo respirar sin ti.

Respirar. Respirar. Respirar. Respirar. Respirar. Respirar.

Capítulo 30

Si es tan solo amor

Estrella

Se supone que debería estar feliz, pero me parezco a algo tan insensible como un corcho. Lo días pasan y yo con ellos, me levanto, trabajo y me acuesto e intento dormir. De vez en cuando lloro, también hay que decirlo.

Ya he acabado las prácticas, soy policía nacional. En unos días, será la jura del cargo y en un mes elegiré destino. Todo son buenas noticias aunque yo no me encuentro en mi cuerpo.

No solo es por Edu, o quizás sí, y todo sea por él. Pero me refiero a que no me encuentro mal por el hecho de que él y yo ya no estemos juntos, no soy tan dramática, nos estábamos conociendo y yo nunca he sido alguien dependiente que se ahoga si no tiene pareja. De hecho mi estado natural siempre ha sido soltera. Pero no sé si por la ruptura o por todos los cambios que me esperan mis fantasmas han vuelto a amargarme los días y a quitarme las ganas de respirar tranquila y alegre.

No hemos vuelto a hablar desde aquel día. Hace ya más de quince. Estoy mejor. Ya al menos me he hecho a la idea de que hemos roto y eso no me pega un balonazo de pena en el estómago cada vez que caigo. Ya está asumido. Me duele, sí, pero ya no me sorprende. Tampoco que me haya autoprohibido escuchar música, toda me recuerda a él y al rollo que teníamos con las canciones. Y yo nunca he sido yo sin música, por eso sé que no estoy bien.

No me retracto, quizás en el modo, pero no en el alegato. No podría confiar en él si es amigo de alguien tan malo como Rodrigo. Y punto.

Mi hermana, Luna, no me entiende, al principio intentaba convencerme de que me había equivocado y me hablaba de lo mal que lo estaba pasando él. Ya no, parece ser que Edu se enteró y se lo ha prohibido, esto me lo ha contado Júpiter. Edu me ha vetado. Creo que me odia. Dicen que del amor al odio hay un paso y él conmigo lo ha dado. Les ha pedido que nadie me hable de él, de

lo que hace o deja de hacer y a su vez que nadie le hable de mí. Esa intensidad me pega más a mí, pero no, es Edu el que ha querido finiquitar nuestra relación a golpe de fronteras.

Brais entra en el salón, coge más cajas y sale hacia la furgoneta. Me está ayudando con la mudanza. Me marcho. Ya no tiene sentido seguir aquí tan cerca de Rodrigo, además que desde que entraron no estoy del todo tranquila. Me volvería a mi casa en Madrid pero como sigo investigando lo de Max, un compañero me ha dejado un estudio que tiene aquí en Ávila.

Podría tomarme vacaciones, pero no es el momento. Necesito saber qué le sucedió a ese hombre y además el trabajo me mantiene entretenida.

Hemos vuelto a seguir la pista de la exclienta de Max porque hemos descubierto que ahora está casada con un marchante de arte, pero no encontramos nada que nos haga sospechar de ella. Es una aristócrata con alto poder adquisitivo y hace dos años que no ve a Max. Tampoco hemos descartado la opción del marido, pero no encaja, lleva toda la vida dedicándose a esto y nunca se ha sospechado nada de él. Es más es uno de los hombres con más prestigio de España.

¿Y Enrique? Enrique está en plena forma. Lo sé porque lo he seguido. Su academia de teatro ya funciona y sale con muchas de sus alumnas. Eso no le hace culpable, es poco ético, pero de ahí a robar arte... Pero puestos a conjeturar, a veces me da por pensar que su vertiginoso flechazo conmigo pudo ser una treta para tenerme entretenida y así eliminarlo de mi paleta de sospechosos.

Porque si algo sé es que Max no trabajaba solo. Él sabía de este mundo lo mismo que yo, que las Meninas las pintó Velázquez, poco más. De tanto preguntar, ver su casa, su ordenador, sus fotos, vas conociendo a la víctima y eso me hace estar casi segura de que él fue únicamente el distribuidor, el que iba a llevar la pieza a Rusia, a recaudar el dinero y repartirlo con la verdadera cabeza pensante.

Brais regresa y me mira sonriente:

—Ya está todo. Nos podemos marchar si quieres.

Sin mirar atrás, salimos, cierro la puerta y dejo las llaves dentro del buzón como me ha indicado Rodrigo.

Ya en el coche suena mi teléfono. Es Dani. Descuelgo.

—Hola, Estrella, ¿qué tal estás?

—Bien, jefe.

—Te cuento. Me ha llamado Beatriz —la aristócrata—. ¿Adivina qué? Se han dado cuenta de que uno de sus cuadros es una falsificación.

—¿Y eso?

—Al entrevistarla le entró el miedo y contrató a un especialista para que valorara sus obras. Alucina, un Antonio López es falso.

—¿Me estás diciendo que puede que ese sea el objeto del crimen?

—Sí, tal cual. ¿Puedes ir a hablar con ella?

—Sí, ahora mismo voy. Pídele que me reciba.

—Muy bien. Luego me cuentas.

Cuelgo. Brais me mira.

—¿Lo de la supercena se ha caído, no? —Le había prometido invitarlo a cenar.

—¿Te vale dejarme en un sitio y luego cuando llegue pedir pizzas?

Brais se ríe.

—Tienes un morro que te lo pisas. Y ya de paso te libras de la mudanza.

—Son cuatro cajas...

—Más te vale que pidas las mejores pizzas de Ávila.



Beatriz vive en una mansión en las afueras. Es de nueva construcción, pero es tan grande que creo que nunca pisaré un suelo igual. Además de eso, tiene más personal de servicio que mi comisaría, así nada más entrar he visto a tres personas diferentes.

La espero en un salón acristalado con vistas a una de las piscinas, el habitáculo, que es del tamaño del salón de actos de mi universidad, parece de revista de decoración. La dueña no tarda ni dos minutos en presentarse ante mí con su estudiada y noble sonrisa.

—Buenas tardes, señorita policía. Gracias por acudir tan pronto.

—De nada. Cuénteme —le respondo. Voy al grano, aunque no puedo evitar repasarla. Ya la había visto antes, pero siempre me sucede igual con esta mujer, me genera una mezcla de incógnita y repudia, es demasiado todo: demasiado bronceada, demasiado delgada, demasiado estirada y demasiado

elegante y me falta, a raudales, naturalidad.

—¿Desea algo? ¿Un té? —Me ofrece.

—No, gracias. —Le sonrío—. Perdona, tengo algo de prisa.

—Oh, muy bien, voy al asunto, entonces. Han falsificado uno de mis cuadros. Un experto me lo ha confirmado. Nosotros compramos el original, de eso no cabe duda. Se lo puedo demostrar.

—¿Cuál?

—Un Antonio López. Le hicimos el encargo.

—¿Hace cuánto lo compró?

—Poco más de un año.

—Si no es indiscreción, ¿cuánto le costó?

—No lo recuerdo exactamente, se encargó mi marido, pero alrededor de doscientos mil euros.

¡Virgen santa!

—Perdona mi ignorancia, pero al ser un encargo... ¿es un cuadro conocido?

Beatriz gesticula una sonrisita de suficiencia fácilmente imaginable.

—Todo lo que hace Antonio es conocido.

—Entiendo. Entonces podríamos pensar que interesa en el mercado negro.

Asiente.

—Y otra cosa, cuando compró la obra ¿ya no estaba con... Max?

Beatriz tose un tanto avergonzada, ahora soy yo la que la ha comprometido.

—Nunca he estado con él, lo contraté para un servicio y lo cumplió — responde a lo divo—, pero si se refiere a que si lo vi, no, yo ya me había casado.

—¿Está segura?

—Sí... Desde que conocí a mi marido cesé mi relación con él. Además, por esa época, Max ya estaba con Reyes, y ella lo absorbió.

—¿Conoce a Reyes?

—Sí, éramos amigas de pequeñas. Y no tan pequeñas... Todavía de vez en cuando nos vemos, está muy loca pero es divertida. Yo fui quien le recomendó a Max.

¡La leche! Esto no me lo había imaginado. Tampoco es que sea lo más común que las amigas compartan *gigolo* o por lo menos yo no lo hago... Hay tantas vidas como formas de vivirla.

—¡Ahhh! —resuello.

—Ella se enganchó mucho. Max era adictivo. Yo se lo avisé.

Se me ocurre una cosa un tanto oscura, pero que a la vez ilumina un camino que llevo mucho tiempo queriendo abrir.

—¿Ha estado por aquí Reyes últimamente?

—¿Reyes? Pues claro, es mi diseñadora de interiores, el invierno pasado hicimos obra.

—¿Y ya tenían el...?

—Sí, claro. ¿No pensará que Reyes...? —Pestañean a gran velocidad sus pestañas postizas—. No, por muy loca que esté nunca haría algo así. Además, ha trabajado en las casas de muchos amigos y nunca nadie ha hablado mal de ella. Es una magnífica profesional. Miré a su alrededor, todo es obra suya.

—Muy bonito, sí. Yo solo pregunto.

—Vale, perdón, me he creído policía por un momento.

Sonríó. A pesar de estar recauchutada es expresiva a su medida.

—¿Se le ocurre alguien que haya podido falsificar el cuadro?

—No lo sé, por esta casa pasa mucha gente, hacemos muchas fiestas. Lo pensaré.

Me levanto para despedirme. Antes echo un nuevo vistazo a la casa. Es increíble e evidente que Reyes tiene muy buen gusto, ahora me falta probar que tenga buen corazón porque algo me dice que ella ha robado a su amiga y esconde la pieza del puzle que me faltaba.



Llego a mi nuevo apartamento una hora después. He pasado a comprar pizzas en un italiano cerca de aquí que conocí cuando estaba en la academia y que hacían una barbacoa de escándalo. Soy fan de todo lo que lleve barbacoa.

Al entrar me detengo un poco a observar. Es un apartamento pequeño, pero muy bien repartido, aunque claro comparado con la mansión que acabo de despedir pues es un cuchitril; me vale, pero es un cuchitril. Aun así cualquier cosa antes que seguir viviendo cerca de Rodrigo. No lo soporto y

encima verlo me recordaba a Edu y eso ya pasó. Él apostó por su amigo y me perdió, no hay más vuelta de hoja.

¿Dónde está Brais?

—¿Brais?

Escucho pasos por el pequeño pasillo que da a la habitación y al salón y de pronto se me aparece mi amigo cubierto con una toalla de cintura para abajo que deja al descubierto un cuerpo escultural, un cuerpo que no recordaba así.

—Perdona. —Se peina con la mano su cabello todavía mojado—. Me tenía que duchar. Tanta caja ha arrasado con mi aroma natural —bromea.

Pero yo solo puedo dejarme llevar por la consternación de ver cada uno de los esculpidos cuadraditos que hay en su abdomen y unos pectorales que te piden a gritos que te recuestes en ellos. Cuando recupero mi consciencia y dudo del tiempo que he estado repasándolo le pregunto:

—¿Qué ha pasado ahí? —Señalo marcando en el aire su tren superior.

Brais sonrío con suficiencia.

—Mucho gimnasio. ¿Te gusta?

—Mucho, sí.

Ahora se ríe.

—Pues me alegro.

—Y yo, espero que tu novia lo esté disfrutando.

—Ya no tengo novia.

—¿Ah, no? ¿Desde cuándo?

—Va para dos meses.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no ha hecho falta. Estoy bien. No era quien decía ser y me quité un muerto de encima. Estoy feliz.

—Me alegro, pero me gustaría que me contaras tus problemas. En eso consiste la amistad.

—Y te los cuento, ella no era un problema, hasta que lo fue y lo resolví. ¿Por qué no volvemos al tema de que te gusta mi cuerpo? —Me guiña un ojo.

—He traído pizzas. Vístete.

—Pues no sé muy bien qué hacer... porque creo que es la primera vez que me miras así y me gusta.

—¿Así cómo?

—Como a un hombre deseable.

—Vístete, Brais.

—Soy tu amigo, Estrella, pero puedo ser mucho más y no te quieres dar cuenta.

—Para... venga tío, vístete.

Y justo hace todo lo contrario. Tira la toalla al suelo y mis ojos saltan a lo desconocido. ¡Joder con Brais! Me doy la vuelta.

Él se ríe.

—¿Te gustó lo que viste?

—Habla chucho que no te escucho.

—Venga, va, voy a ponerme algo...

—Gracias.

Lo escucho caminar hacia el pasillo. Volteo mi cabeza los grados suficientes para poder atisbar su trasero. Trago saliva. Bonito culo, sí señor.



Mientras arrasamos con la *pizza*, sentados en el suelo, usando como mesa una caja, le cuento lo que he averiguado en casa de la aristócrata. Brais busca en internet datos sobre Reyes, para hacerse una idea. Él siempre se ha jactado de calar a la gente nada más tenerla delante. Nos metemos en su perfil de LinkedIn y luego en su Facebook, pero es privado. Optamos por Google Imágenes y nos salen bastantes fotos de ella en eventos. Vamos una a una. Brais las contempla sin hacer comentarios. Yo me meto el último trozo de *pizza* en la boca (lo prometo), ya tengo bastante vista a Reyes.

—¡Joder! —exclama acercando su cara a la pantalla.

—¿Qué pasa?

—Mira. —Brais me tiende la *tablet* y observo una foto que me deja sin respiración unos segundos.

—No me lo puedo creer —manifiesto.

—Conoce a ese hijo de puta. Pone ahí que han compartido despacho en la universidad.

Lo leo. Es verdad. No es casualidad. Miro de nuevo la foto donde aparecen Reyes y el mal nacido que me violó. Suelto la *tablet*.

—No entiendo nada... estoy ahora mismo en *shock* —admito y también que el cuerpo me empieza a temblar de espanto.

Brais se acerca y me abraza susurrándome al oído que me tranquilice y que averiguaremos juntos la verdad, que no me va a dejar sola.

Huele muy bien, es de esas personas que dejan su aroma por donde van. Levanto la cabeza y me enfrento a sus ojos.

—Tranquila, Estrella, mañana vamos y hablamos con ella. Voy contigo. Estoy aquí para ti.

Me hace sentir protegida. No me suele hacer falta, pero todo lo que tiene que ver con este asunto me bloquea. Ignoro de donde nacen unas ganas incontenibles de besarlo. Quizás es porque estamos muy cerca y huele tan bien, como a algodón, así que obedezco a mi interior y me aúpo un poco para besarlo en los labios corto y suave.

—Gracias, Brais —le digo a escasos centímetros de su boca con la frente apoyada en la suya.

Siento como él deja de respirar y contrae todo su cuerpo.

—Nunca te voy a dejar sola, lo sabes, ¿no?

Asiento y vuelvo a bajar a sus labios. Él se deja hacer, es como si yo fuese una pequeña oruga que pasea por su cuerpo mientras él permanece quieto sintiendo sus movimientos. Vuelvo a apoyar mi frente a la suya.

—Siempre puedes contar conmigo, Estrella.

—Lo sé...

—Nadie nos impone nada, todo depende de nosotros. Podemos hacer lo que queramos, sin dar explicaciones a nadie, ¿eres consciente? —me pregunta.

—Sí, claro.

Esta vez es Brais el que me besa. También muy corto, pero un poco más intenso. Aquí empieza a oler a deseo.

—Inténtalo conmigo, Estrella.

—No quiero equívocos, Brais. —Separo mi piel de la suya, pero él bloquea el alejamiento de mi cabeza con sus dos manos apoyadas en mi cara.

—Sin compromisos, sin mañanas, soy tu colega, Estrella, sobre todo soy tu amigo... Hoy quiero que esto que ha empezado siga, sin más, echar un polvo con mi amiga y punto.

Lo miro a los ojos. Otra quizás saldría espantada, pero yo siempre he

sido muy activa sexualmente hablando.

—Inténtalo conmigo, puede que te guste más de lo que piensas, pero pase lo que pase yo nunca te voy a dejar, eres muy importante para mí.

Nunca me va a dejar... no como él.

—¿Mañana lo olvidaremos? —le pregunto.

—Si es necesario sí... —me dice mientras tira de mi cuerpo y me coloca a horcajadas entre sus piernas. Siento su excitación y la mía. Y ahora mismo necesito hacer esto. Tumbo cualquier ápice de duda y me quito la camiseta frente a él.

Brais sonrío pícaro llevando sus manos a mi espalda y con una pericia sorprendente me desabrocha el sujetador en milisegundos. Me quedo desnuda de cintura para arriba. Sus ojos se encienden.

Como si fuera una ligera mariposa en sus manos se hace con mi cuerpo y me tumba en el suelo. Sin besarme, sin tocarme, solo desabrocha mis pantalones y los baja y cuando ya se ha hecho con ellos me quita también el tanga. Estoy totalmente desnuda, tumbada en el suelo con ganas de que su piel y su boca toquen la mía. Pero se levanta y me mira con fuego.

—Eres muy bonita —susurra caminado de espaldas sin quitarme la vista de encima. Va hacia su chaqueta que está sobre una silla y rebusca en su bolsillo. Saca varios preservativos. Se me hace la boca agua...

En dos zancadas lo tengo otra vez frente a mí.

—Desnúdate —le pido. La verdad es que me encanta esta diferencia entre los dos.

—Tócate... enséñame como te gusta. —Su voz ha cambiado, sigue siendo la de Brais, aunque la respiración acelerada la ha vuelto más varonil. Me excita mucho. Estoy muy muy a gusto así que hago lo que dice y paso mi mano por mis pechos bajo su atenta mirada.

Las rodillas de Brais se vencen y cae al suelo apoyándose en ellas sin quitarme los ojos de encima.

—Pellízcate —me ordena.

Lo hago y siento como mi excitación asciende. Le sonrío.

—Quítate la camiseta —le exijo ahora yo a él. Brais me obedece y al instante tengo ese trabajado cuerpo en mi punto de mira. Mis manos bajan inmediatamente a mi sexo. Brais empuja unas cajas que me impedían moverme

y me abre las piernas para observarme. Cierro los ojos para sentir como mi dedo rodea mi clítoris y como este empieza a crecer. Saberme observada me eleva el deseo cien por cien. Escucho caer el pantalón de Brais al suelo porque choca el cinturón. Abro los ojos en tres segundos y ahí lo tengo, de nuevo, de pie, pero ahora totalmente desnudo con su tremenda excitación por delante. Gimo desinhibida y aumento la fricción de mi dedo corazón sobre mi placer.

—¿Puedo ayudarte? —me pregunta. Yo le digo que sí con la cabeza. Quiero más, necesito ahora mismo esto. No voy a darle más vueltas. Veo como Brais se enfunda el preservativo y viene hacia mí.

Capítulo 31

Días contados

Edu

Cuelgo a Luna y a Eneko que me hablaban desde el manos libres. Están decididos a apostar por el vientre de alquiler en Estados Unidos, el país con más experiencia y más fiable. Los vi hace una semana cuando vinieron a por Clara a Arenas y hablamos largo y tendido sobre el tema. Lo que me gusta es que lo afrontan desde la felicidad, no están ansiosos ni se los ve atacados. Yo los apoyo. Si es su sueño, que lo cumplan.

Miro en la agenda de mi móvil, mañana tengo contratada una excursión con niños por la Laguna de Gredos y me apetece poco. Miro el tiempo, va a hacer bueno, así que haremos noche allí. En parte, no está mal volver a trabajar, eso mantendrá mi mente ocupada, aunque reconozco que no voy a ser el guía más elocuente.

Esta semana apenas he comido. Tengo el estómago cerrado por la culpabilidad y mis horas de sueño, más bien son minutos. La pasada, como estaba Clara y todo era tan reciente, no me dio tiempo a pensar, pero esta, cuando me he visto solo, la casa se me ha caído encima. No tenía por lo que levantarme y por eso no lo he hecho. Estoy hecho una asco, lo sé, la barba me ha vuelto a crecer, no me he duchado en días y he perdido mucho peso, pero lo peor es mi cabeza, esa que me grita como un árbitro enfadado que por mi culpa Christian está muerto.

Él me importaba. Cuando alguien te regala su confianza a los niveles que él hizo conmigo se convierte en alguien importante para ti. Yo tendría que haberle insistido que no fuese, que era peligroso, sabíamos que esos narcos no iban a estar solos, que sus medidas de seguridad iban a ser potentes, pero no le insistí y ahora ya no está. Su mujer no lo va a volver a ver y sus hijas tampoco.

Los ojos me escuecen, aunque no lloro. Así llevo quince días. Ni una

lágrima. Quizás si llorase me sentiría mejor, pero no me sale. Estoy tan agotado que ni eso puedo.

Hago un esfuerzo sobrehumano por ir a la nevera. Me echo leche en una taza, los líquidos son lo único que me entran, y salgo a mi porche. Hace buen día, por las noches refresca pero por el día apetece salir.

Miro a mi huerto y después al horizonte.

Paso el día aquí sentado. No tengo más que hacer.



Por fin llegamos.

Ha sido entretenido como poco. Veinticinco niños de entre once y trece años haciéndose los expertos montañeros al principio, hasta que la montaña y las cuestas han podido con ellos y han empezado las quejas. Me han sorprendido las niñas, han ido mejor que ellos, que empezaron muy bien, pero poco a poco perdieron interés y energía. Quizás porque no midieron sus fuerzas y al comienzo se creyeron cabras montesas. Ellas se lo tomaron con más calma, dosificándose.

Les llevo al refugio y dejan sus mochilas allí. Mientras hablo con las dos profesoras: Silvia y Lucía. Son más o menos de mi edad y ambas están de muy buen ver, siempre me han atraído las chicas vestidas con ropa de montaña, pero aunque sé que si desplegara mis artes hoy podría triunfar no tengo el cuerpo para fiestas, o por lo menos no por ahora.

Deciden dejarles la tarde libre hasta la hora de la merienda cena. Yo me alegro porque estoy un poco cansado de tanto ruido humano.

Me he traído *Reina Roja* de Juan Gómez Jurado, porque me lo ha recomendado Eneko y me siento al sol a leer. Respiro el silencio y disfruto del oxígeno puro que envuelve a la Laguna.

No me concentro en el libro. Me vienen *flashes* de Estrella caminando conmigo por Arenas; de su sonrisa. La echo de menos. Mucho. Mucho. Mucho. Pero se acabó. Ella mismo lo quiso, me pidió que me fuese y me fui. No me siento orgulloso. Me agoté. Colmó el vaso de mi paciencia y me siento mal por ello. Le dije que no me iba a ir y no lo cumplí. Su carácter pudo conmigo, necesita a alguien mejor que yo, a alguien más pasivo, alguien que no le afecte tanto su intensidad. A la larga, íbamos a chocar, yo solo he frenado algo que

estaba condenado a despeñarse.

—Llevas en la misma hoja más de media hora —interrumpe mis pensamientos Silvia.

—Sí. —Toso—. No me concentro.

—A mí me encanta leer pero cuando tengo en la cabeza mil cosas no lo consigo. Últimamente tampoco puedo.

—Será eso... —Sonrío.

—¿Puedo sentarme aquí? —me pregunta. Trae una silla plegable.

—Por supuesto.

Es muy guapa. Su melena castaña con flequillo dibuja un rostro angelical y *sexy*. Sus ojos oscuros son rasgados y tiene unos voluminosos labios. Desde el principio, me ha parecido la más potente de los dos.

—¿En quién piensas?

—¿Cómo?

—Está claro que alguien te quita la calma.

Decido responderle.

—Hace unos días un amigo murió... lo llevo bastante mal.

—Lo siento.

—¿Y a ti? ¿Qué te impide leer? —pregunto yo ahora para bloquear posibles nuevas preguntas.

—Mi ex...

—¿Hace mucho?

—Unos meses, estábamos a punto de casarnos y lo pillé con otra. Un tópico —bromea.

—Un clásico, sí... pero tiene que doler.

—Imagínate. Éramos novios desde adolescentes. Tuvimos nuestras idas y nuestras venidas, pero siempre lo superábamos.

—¿Y esto no?

—No, jamás, nunca perdonaría una infidelidad. Ya pasó a la historia... ¿estás casado?

—No, yo también acabo de dejarlo con mi chica.

—¡Vaya! Somos dos almas en pena perdidos en la Laguna.

Nos reímos. Es muy guapa cuando sonrío. Nace algo en mi interior que creía dormido. ¿Por qué no?



Sale ella primero del baño, dándome un suave beso agradecido en los labios. Después saldré yo. Ha sido una tarde llena de evasivas hasta que tras la ruidosa cena con los chicos cargada de miraditas y roces entre los dos, me he dado cuenta de que me apetecía algo más con ella. Le susurré que me acompañase al baño cuando recogiésemos todo y no llevaba un minuto encerrado cuando Silvia entró. Ha sido ansioso e incómodo por la situación, pero muy muy divertido. Me hacía falta. Sin sentimientos. Fácil, loco y vacío.

Me termino de vestir y me miro al espejo. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a echar un polvo? Y además, que me iba a gustar.

Salgo del aseo. No hay nadie, mejor.

Todavía escucho conversaciones en la habitación de los chicos. Dormiremos todos en el mismo habitáculo. Hay otros montañeros y no quiero molestarlos con tanta hormona revolucionada.

Abro mi mochila y coloco mi saco al lado de Silvia que me mira muy sonriente. Da mucho morbo saber lo que acabamos de hacer en el baño ella y yo. La otra profesora, Lucía, está todavía trayendo a los rezagados que se niegan a dormir.

Yo estoy agotado. Cierro los ojos.

—Silvia, no veo a Lucas —oigo a Lucía.

—¿Cómo? —Siento cómo Silvia se incorpora rápido asustada—. ¿En serio?

—Sí, te prometo que no le veo... Lo llevo buscando un rato. —La escucho aterrada. Abro los ojos y yo también me incorporo.

Las miro a las dos. Silvia acaba de salir de su saco y se está calzando las botas de montaña con una cara tan angustiada que contagia a todo el que la vea.

—¿No encontráis a un niño? En la cena los contasteis y estaban todos.

—No lo entiendes —me recrimina Silvia—. Lucas es especial. Vi que los mayores le decían algo... No le di importancia. Seguro que se ha colapsado.

—Tiene Aspergen —me aclara Lucía—. Y aunque lo han trabajado muchísimo a veces no gestiona bien algunos comportamientos y se aísla.

—Salgo a buscarlo —dice Silvia.

—Y yo —digo—. Quédate tú con los chicos, Lucía, y estate pendiente del móvil. Si en diez minutos no aparece llamamos al 112.

Salgo afuera. Lo primero que me llama la atención es la oscuridad y después el frío. No me gusta. Voy a por mi mochila que tiene un frontal, cuerdas y una manta y salgo rápido afuera.

Silvia está llamando a Lucas a voz en grito, pero no se oye nada.

—Silvia, voy a subir por aquí, tú deshaz el camino de vuelta. Quizás haya querido volver a casa...

—No lo creo, está muy oscuro —me responde con tanto miedo en su voz que me preocupa.

—Tranquila, vamos a encontrarlo. —Me acerco y le cojo la cara.

—¡Aysss! Me siento tan mal, Edu... si hubiese estado más pendiente.

—No dejes que la culpa te carcoma, es imposible estar en la cabeza de veinticinco niños.

—Ya, pero quizás si tú y yo no hubiésemos desaparecido...

—Ya habían cenado todos y estaba Lucía. No le des más vueltas. Vamos a encontrarlo.

Me despido y comienzo a subir. Voy gritando su nombre, pero nadie me responde. Escucho cada vez más lejos la voz de Lucía gritando. Cuando llevo más de veinte minutos andando mi frontal alumbraba una gorra. Es del colegio. Llamo a Silvia. Ya han llamado al 112, viene la Guardia Civil a ayudarnos. Hay poca cobertura. Le digo que intentaré enviarles cada cinco minutos mi ubicación.

Sigo ascendiendo sin más señales del niño. No hay más caminos que este, el resto son muy complicados. Hace más frío a medida que subo, mi reloj me indica que estamos a dos grados. Por el día el sol calienta, pero la noche es muy cruda por aquí. Como el niño solo lleve la chaqueta puede tener serios problemas.

Ya no tengo cobertura. No sé qué hacer, si seguir subiendo o esperar. Llevo más de una hora andando. De pronto escucho un grito. Corro hacia donde creo que ha provenido. ¡Oh, no! Cuando la luz de mi frontal ilumina la escena veo al niño acorralado por varios jabalís. Se intenta defender con un palo. Al verse iluminados, los animales se detienen ante mí.

—Muévete despacio, Lucas, camina poco a poco hacia atrás —le digo. Lucas me ignora y continúa agitando enérgicamente el palito como si tuviera una gran lanza para hacer frente a los animales.

—Lucas, deja el palo quieto. Si te sigues moviendo así te van a considerar peligroso y te van a atacar.

Justo en ese momento la mamá jabalí emite un gruñido que me pone los pelos de punta. No sé jabalí pero juraría que ha significado «estate quieto con el palito».

—¡Lucas para ya, se están enfadando! —Se me va un poco el tono.

—Ayúdame —me ruega.

Con mi grito la mamá jabalí se ha girado y ahora tengo toda su atención puesta en mí. Me quedo muy quieto, si nos dejan de ver como una amenaza se marcharán.

—Lucas, campeón, camina hacia atrás despacio. Intenta mover poco el cuerpo.

Por fin el niño me hace caso. Le tiembla todo.

La mamá de la manada, como si nos entendiera se gira hacia el niño y vuelve a gruñir provocando que Lucas grité dando un salto asustado y se tape con las manos las orejas.

¡Oh, Oh!

El animal enfurecido va hacia el niño con intención de atacar. No lo voy a permitir. Corro y antes de que la jabalí le dé un golpe agarro por los aires a Lucas y lo coloco detrás de mí. Siento quemazón en mi pierna, me ha debido arañar con sus colmillos. Por primera vez, pienso que no va a ser fácil salir de esta.

Lucas se me agarra a la espalda y yo intento dar pequeños pasos hacia atrás, pero cuando me quiero dar cuenta tengo al salvaje animal contra mí, elevándome por los aires y después caigo al suelo llevándome un fuerte golpe en la cabeza contra una piedra.

—¡Huye, Lucas, corre! ¡Pide ayuda!

Siento un tremendo peso en mi costado derecho, el jabalí me está golpeando como si no hubiera un mañana. Intento girarme y protegerme. Se me están escapando las fuerzas. Segunda vez que pienso y, ahora con más seguridad, que esta no la cuento.

—¡Corre, Lucas! —Ignoro si ha huido ya o no, pero como golpee con tanta rabia al niño lo va a matar y un niño no puede morir, eso no.

Ya no veo nada. No sé si se me ha roto el frontal o es problema mío. Los impactos, como bombas, continúan. Cuando siento mi tórax totalmente aplastado todo se apaga, hasta yo.

Capítulo 32

Fecha caducada

Estrella

Me despierto aturdida. Brais se fue muy pronto porque tenía que regresar a Madrid y sé que estoy sola.

¿Qué pasó ayer?

Me acuerdo perfectamente de todo y... estuvo bien; muy bien. Brais sabe lo que hace y cuenta con una poderosa herramienta que ni imaginé jamás que escondía. Fue muy divertido, somos amigos, nos conocemos desde hace muchos años y supimos cómo llevar eso a la cama.

Estoy sorprendida. Gratamente sorprendida. Y feliz, me he acostado con alguien más y me ha gustado. Sin dramas.

Lo raro iba a ser el día de hoy pero como se ha ido pues nos lo hemos ahorrado, aunque sí que me ha dicho antes de marcharse que no le diera vueltas al asunto y que todo estaba igual entre nosotros. Espero que así sea.

Yo no quiero ahora mismo nada con él, ni con nadie. Me sobrevuela algún pensamiento agorero de que no tendría que haber cruzado esa línea, pero ayer me apeteció mucho y, aunque estoy corrigiéndolo, yo siempre he sido muy de impulsos, de vez en cuando la antigua yo sale y no hay forma de pararla. El tiempo dirá. Lo que sí, es que voy a intentar no darle más importancia de la que tiene.

Después de ducharme, desayuno un café rápido y me visto para ir a hablar con Reyes. No tengo muy claro qué línea quiero seguir, lo pensaré en el camino. Iré a su estudio. Busco la dirección en mi *tablet*, reconozco que no he encendido el móvil porque me da miedo que Brais me haya escrito un mensaje lleno de corazones y promesas y toda mi cautela se venga abajo y sienta que he cometido un gran error.

Resulta que puedo ir caminando desde mi casa, no son más de cinco minutos y prefiero no mover el coche. Me apetece caminar, me visualizo

refrescando mis ideas a la vez que paseo, aunque probablemente me refresque yo porque, a pesar del buen tiempo, no han sonado las diez y hace frío todavía.

Tenía razón, me he cruzado con varios grajos, ya voy pillándole el truco a Ávila, lo que me hace retornar a uno de los pensamientos en cascada que me está taladrando esta semana: ¿qué destino cojo? Tengo casa en Madrid, y siempre me ha gustado, pero puede que haya heredado el espíritu viajero de mis progenitores y no me veo ya allí. No sé, me apetece conocer otras ciudades, pero mi familia es muy importante y vive en la capital.

Con todas esas dudas llego al estudio. Está abierto o por lo menos se ve luz dentro, aunque a ninguna persona. Llamo y de una puerta interior que se abre se asoma Reyes.

Se sorprende. Viene a abrirme.

—¿Cómo has llegado aquí? —me pregunta.

—Andando y buscando tu dirección en internet.

—Podrías haberme llamado, no hacía falta.

Nos damos dos besos para saludarnos.

—¿Quieres algo? Tengo una pequeña máquina de café y una nevera con refrescos.

—No, gracias. Acabo de desayunar.

—Pues sentémonos, me imagino que tienes que contarme algo.

—Imaginas bien, pero lo que quiero es que me cuentes tú.

Nos aposentamos en un sillón azul turquesa oscuro que para mí lo quiero.

—Pues tú dirás. —Sonríe. Sé que mi tono la ha escamado.

—Ayer descubrí algo de ti...

—¿El qué?

—Ví que conoces a alguien... tú no tienes un sexto sentido, tú sabías quien era yo. —Su boca se abre de par en par—. Reconócelo.

Reyes se detiene y piensa. No habla pero me lo confirma con su mirada. Tras un silencio incómodo habla:

—Lo siento... no sabía si decírtelo o no. Tampoco venía al caso, no quería que me relacionaras con él. El azar esta vez usó el idioma del sarcasmo.

—¿Seguro?

—Sí, ha sido una casualidad. Javier es mi amigo, pero que tú lleves el

caso de Max no tiene nada que ver. Él se sinceró conmigo hace años, me contó que a veces se le iba la cabeza. Me enteré de tu denuncia y lo llamé, él al principio me lo negó pero al insistirle me lo relató. Me rompiste el corazón, Estrella... te vi en la declaración, fui al juicio.

—¿Fuiste al juicio? —la interrumpo. Había varias caras desconocidas ese día que intuí que serían familiares.

—Sí, fui. Javier lo estaba pasando muy mal, se sentía fatal y en parte fui a apoyarlo, pero cuando te escuché... fuiste tan brava.

¿Ha dicho brava? Un calambre de tristeza me asalta, antes me encantaba escuchar ese apodo, ahora ya no.

—¿Fuiste a apoyar a un violador?

—Sí, Estrella, porque aunque no lo quieras creer él no nació así de hijo de puta, a él también lo aplastaron tanto que acabó torcido. Y no, no lo justifico, pero después de muchos años en esto he aprendido a asimilar que algunos violadores también fueron víctimas antes.

—No es excusa, podría haberse tratado, si eso se puede tratar, que lo ponga en duda.

—No es sencillo reconocerse en el perfil de un violador, ahora sí me consta que está recibiendo ayuda.

—Me lo estás vendiendo como un enfermo y no te lo compro, de ninguna de las maneras. Él sabía en todo momento lo que me hacía.

—No, no digo que sean enfermos, pero creo recordar que un cuarenta sesenta por ciento de los agresores han vivido en su infancia experiencias traumáticas, como abusos. Tú eres la víctima ahora, pero Javier lo fue en su momento. Esto te debe hacer pensar.

Y, sí, pienso, pero no precisamente en eso. Una conclusión que apenas había dejado nacer en mi cabeza ahora toma voz propia:

—Le diste mi teléfono —verbalizo bastante segura.

Reyes me mira avergonzada.

—Sí, siento que te asustase, pero...

—¿Asustarme? —pregunto sarcástica—. No fue susto, Reyes, me caí al suelo, me desmayé. Cuando escuché su voz en mi oído todos los daños que me provocó me dolieron de nuevo con la misma intensidad. Me pegó, no solo me violó, ¿sabes? Me golpeó varias veces en la cabeza y en el abdomen contra la

mesa. Me insultó sin parar mientras me agredía. Yo no podía moverme. La sensación de que mi cuerpo le pertenece a él y no a mí no se me va a ir nunca. Todo eso regresó solo con su voz y porque tú le diste mi teléfono a tu pobre amiguito.

—Sí, pero solo se lo di porque quería disculparse. Te repito que Javier no es tan mala persona como crees, tuvo una infancia difícil y se siente muy mal por lo que te hizo.

—Javier es muy mala persona, Reyes, conmigo lo fue y nunca me convencerás de lo contrario. Permíteme que dude de que se sienta mal, puede que sí, pero por estar preso. Con respecto a ti, Reyes, invadiste mi intimidad. Si quisiera haber hablado con él lo habría buscado yo —le digo, mordiéndome los labios porque esto me remueve más de lo que creo y me entran ganas de llorar, gritar y estrellar contra el suelo cualquier objeto que haya a mi alrededor.

—Tienes razón, pero reconóceme que estás mejor desde aquella llamada.

Lo pienso. Los primeros días no, pero algo en mí ha cambiado. Me siento más liberada. Él admitió lo que me hizo y eso me ayuda a dar carpetazo y no anclarme en los diez minutos más horribles de mi vida, aunque casi los supera Luna en su parto, cuando creímos que la perdíamos. No obstante, sí, tiene razón, estoy mejor.

—Me lo tendrías que haber pedido Reyes.

—Me habrías dicho que no. Nadie quiere hablar con su violador.

—No, nadie, te lo puedo asegurar.

—Estuve toda esa noche preocupada por ti —admite.

—Ya... tanto que al día siguiente viniste a verme y no fue casualidad, ¿verdad?

Asiente.

—Quería saber cómo estabas.

La observo...

—Mira, te recomiendo que perdones, por ti, no por él, para seguir adelante tienes que perdonar. Él te lo ha puesto fácil, se ha autoinculcado y te ha llamado para que lo sepas. El trabajo es solo tuyo, agarrarte al odio o perdonar y respirar en calma.

Reflexiono. Puede que tenga razón. Reyes es de esas personas

misteriosas, algo turbias de las que no terminas de fiarte del todo, pero ahora solo avisto sinceridad. Aunque en breve vamos a por el otro tema.

—Lo intentaré...

—Hazlo y verás como mejoras.

Me levanto y paseo por el local.

—Tienes un estudio muy chulo. —Le sonrío haciéndola ver que quiero cambiar de tema.

—¿Te lo enseño? —Se levanta animada por mi cambio de actitud.

—Sí, me encantaría. Y ver reformas que has hecho, como en la tele, el antes y el después.

Reyes se ríe y se acerca para darme un pequeño abrazo.

—Me alegra que me perdones... lo hice pensando en tu bien, te lo prometo.

—Te creo... pero no ahondemos en el tema. Muéstrame cosas bonitas.



Dos horas después salgo del estudio con la cabeza tan llena de sospechas que debo pesar diez kilos más. Necesito tomar aire, apuntar cosas y reflexionar.

Ahora sí, enciendo mi móvil, no tiene sentido alargarlo más. Si Brais se ha vuelto loco he de asumir mi culpa, porque a medida que va pasando la mañana el arrepentimiento por lo de ayer va comprando papeletas.

¡Virgen santa! Mi teléfono estaba ansioso porque le diera vida. No para de sonar. Tengo un montón de WhatsApp y de llamadas de mi hermana. Algo ha pasado. Camino a un banco. Me da tiempo a leer el último mensaje de Luna.

—Llámame en cuánto puedas.

Obedezco. Se me acaba de poner un nudo en el estómago que no quiero contarte. No lo deja ni dos veces la señal. Luna descuelga.

—¡Estrella! ¿Dónde estabas? —La escucho angustiada

—Trabajando... ¿pasa algo? —Obvio que sí.

—Sí, sí pasa. —Se calla.

—¿El qué? No me asustes. ¿Estáis bien? ¿Clara?

—Sí, nosotros sí, espera... Ahora vengo —le dice a alguien—. Estrella

el que no está bien es Edu. Ha tenido un accidente.

—¿Có-mo? —tartamudeo.

—Sí, ya te contaré. Le están interviniendo. Está muy grave —al decir esto último la escucho llorar.

—¿De qué?

—Lo ha atacado un jabalí, tiene varios huesos rotos y por lo visto un traumatismo craneoencefálico grave. Le están operando traumatólogos y neurocirujanos.

—¿Qué me dices? ¿Dónde?

—Lo han traído a Ávila. Estamos Eneko y yo. —Ahora sí, llora a moco tendido.

—Voy ahora mismo.

—Estoy acojonada, Estrella. Eneko no habla, no consigo que diga nada, solo mira a la pared y yo, yo... cómo le pase algo...

—Tranquila, Luna.

Me ignora.

—Es muy buen tío, Estrella, ¿qué le digo a Clara?

—¿Qué le vas a decir? ¡Si es muy pequeña!

—¡Pero si le pasa algo! ¿Qué le digo? —eleva el tono.

—¡Quieres relajarte!

—No puedo, te juro que no puedo. La cabeza me va a mil. Lo quiero mucho Estrella. —La oigo llorar como nunca—. Hemos pasado mucho juntos, no se merece esto, él no. Si vieras la cara que tenía el médico que nos lo ha explicado.

—¿De qué?

—De que no había nada que hacer, que lo iban a intentar, pero...

—Voy para allá, no tardo nada.

—¿Segura?

—Sí... sí. Escríbeme dónde estáis. Salgo pitando.

Cuelgo y cojo aire. Estoy llorando. Ignoro desde cuándo y por qué, pero creo que me lo ha contagiado mi hermana. Aunque si profundizo un poco sé que estas lágrimas son de miedo, de mucho miedo. La llantina no puede detenerme, si me mira la gente, que me mire. Me levanto y corro a la calle más principal para intentar coger un taxi, por fin veo una luz verde. Levanto la

mano y el taxista me ve.

—¿Dónde le llevo señorita? —me pregunta.

—Al hospital.

Justo suena en la radio la canción de Dvicio y Taburete que tanto nos gustaba. Inhalo, exhalo... tranquila, tranquila, todo va a salir bien. Tiene que salir bien. Yo también lo quiero mucho. Edu es...



Justo cuando llego una doctora se acerca a Eneko y a mi hermana. Consigo abrazar a Luna. La doctora, muy respetuosa, espera a que los salude. Me sorprende lo frío que está Eneko, no me refiero a su actitud, está helado literalmente. Lo abrazo fuerte y cuando termino, me sitúo en medio de los dos y les cojo las manos. Así los tres, unidos, miramos a la doctora.

—Soy Fani, la neurocirujana que ha intervenido a su familiar. Luego les explicarán los traumatólogos, pero yo quiero describirles mi parte. —Sonríe—. Eduardo ha sufrido varias contusiones importantes en la cabeza y al final hemos tenido que operarlo para drenar un hematoma que estaba aumentando la presión intracraneal y podría haberle provocado daños irreparables.

Dejo de respirar. Ella, que sabe que ha dicho algo que ha sonado muy duro, nos deja un tiempo para asimilarlo. Luego prosigue:

—En principio, ha ido bien, le hemos podido dejar el hueso y lo único que tiene es un drenaje y le hemos colocado un sensor para medir la presión intracraneal que valoraremos retirar, si no hay incidencias, en las primeras cuarenta y ocho horas, pero para nosotros es un dato muy importante. Se lo explico para que no se asusten si lo ven con muchas cosas en la cabeza, aunque estará vendado.

—¿Tendrá secuelas? —pregunta Eneko.

—No le podemos asegurar nada. Hay que esperar. No sabemos qué daño ha podido causar ese hematoma y si hay más lesiones debajo. De momento, estará en coma inducido en cuidados intensivos, mínimo veinticuatro horas, y poco a poco lo iremos despertando para valorar. Pero por ahora nos interesa que esté sedado para que la presión en su cabeza no ascienda. ¿Me explico?

—¿Era muy grande el hematoma? —pregunta Luna.

—Lo suficiente para tener que intervenir de urgencia... —Vuelve a

sonreír—. No les puedo decir qué secuelas habrá, él ha venido en coma. Teníamos que operarlo.

—¿Está muy grave ahora?

—Sí, pero estable. Ahora hay que evitar que sangre de nuevo e ir viendo cómo evoluciona. Cada caso es diferente. Eduardo es muy joven, eso corre a su favor. El daño es frontal, puede que cuando despierte esté raro, desinhibido... pero es muy pronto todavía para adelantar nada.

La doctora toma las manos de Luna que es la que aparentemente parece al borde del infarto y le dice:

—Yo estoy de guardia y voy a estar todo el día por aquí, si necesitan cualquier cosa pregunten por mí. ¿Vale?

Le decimos que sí.

—¿Cuándo podemos verlo?

—Esperen a que salgan los traumatólogos y luego se los avisara de cuidados intensivos para que puedan entrar dos personas. Allí las visitas son limitadas, entiéndanlo.

—Sí, claro —afirma Eneko—. Muchas gracias, doctora.

La facultativa se marcha.

Yo no sé ellos, pero yo miro al suelo. Me cuesta horrores levantar la cabeza, necesito asimilar todo lo que ha dicho. Es como una pesadilla. Como cuando nació Clara y casi muere Luna, empiezo a odiar los hospitales profundamente.

Sin erguirme, busco una silla y me siento para intentar respirar despacio. Miles de hormigas invisibles han invadido mi cuerpo y me pica todo.

Oigo unos pasos. Levanto un poco los ojos, es Eneko, se marcha.

Luna se sienta a mi lado.

—¿Cómo lo ves? No sé si lo he entendido todo —se explaya.

—Ni yo —hablo. No he abierto la boca desde que he llegado.

—Ha dicho que es muy joven y que eso es bueno.

—Ya...

—¿No ha dicho nada de morir, no?

Niego con la cabeza muy rápido.

Luna se acurruca en mi hombro como un gatito meloso que busca contacto y calor humano.

—¿Dónde ha ido Eneko? —le pregunto.

—Dice que a respirar, pero yo creo que a llorar. No tiene padres... no puede perderlo también a él.

—Edu es muy fuerte. Todo va a salir bien, ya lo verás —añado sin creérmelo del todo.



Cuando regresa Eneko y los traumatólogos nos informan de que han operado un brazo porque el hombro parecía roto, pero solo estaba luxado y que varias costillas fracturadas habían invadido el pulmón, pero que todo está bien, me bajo a ginecología. Es su hospital y sé que puede ayudarnos.

No tardo en encontrarlo. Su cara de sorpresa se nubla cuando se da cuenta de mi semblante.

—¿Qué pasa, Estrella?

—Hola, Rodrigo...

—Ven, vamos a la máquina, necesitas tomar algo. No te veo bien. Lo acompaño y bebo del café que me tiende.

—¿Qué haces aquí?

—Rodrigo, Edu ha sufrido un accidente y lo han operado.

—¿Qué? —Se altera.

—Sí, nos acaban de informar...

—¿No será el del jabalí? —Veo susto en su expresión.

Asiento.

—¡Joder! —exclama—. Creo que le han sacado ya de quirófano. Voy a la UCI a preguntar. Ven conmigo.

Rodrigo me tiende la mano. En un instante dudo de si cogerla o no, pero me siento tan débil que no hay espacio en mí para el rechazo y sí para la ayuda.

Capítulo 33

Desde que nos estamos dejando

Dos semanas después

Estrella

La vida cambia en segundos. Eso no lo he descubierto yo. En un momento apareces en este mundo y en otro te vas. En estas semanas, he sentido en mi propia piel, como si estuviera tatuado en mi frente, este mensaje. Nada es constante, todo cambia y puede desaparecer sin más.

Pero lo peor de todo ha sido la angustia de no saber qué vendrá. Cada día era más difícil, en cada turno salía un médico y nos contaba una cosa, más o menos positiva dependiendo de su forma de ver. Y nosotros, como esponjas solo queriendo absorber las buenas noticias y rechazando las malas.

Edu estuvo en coma inducido tres días y le costó salir de él unos más. Su respuesta no fue la que esperaban y volvieron a intervenirlo para colocar otro drenaje. Otra vez lo durmieron, otra vez lo despertaron. Otra vez entraban Eneko y Luna, otra vez yo esperaba fuera junto a Rodrigo, otra vez buenas noticias, otra vez malas, otra vez «¿no quieres verlo?», otra vez que respondo «no, no puedo».

No recuerdo qué he comido, ni cuántas horas he dormido, ni qué me he puesto. Solo sé que cada día que tachaba en el calendario daba las gracias porque Edu siguiese entre nosotros. Porque ha estado a punto de no contarle, la verdad que sí.

Suena el timbre de mi telefonillo. Sé quién es. Ha quedado en venir a buscarme. Rodrigo. Sorprendentemente me he dejado arropar por él. Su buen hacer, sus ganas de acompañarme, de ayudarnos día y noche, de hablar con todos y cada uno de los médicos que trataban a Edu, de pelear por él, me han hecho olvidar aquello que vi y que empiezo a pensar que quizás inventé o por lo menos aumenté. Puede que Edu tuviese razón.

Bajo a la calle. Me espera apoyado en su coche con una sonrisa.

—Buenos días, Estrella.

Lo saludo.

—Tengo buenas noticias —me dice—. Edu ya está en planta. Hoy sí podrás verlo. Ya no tiene nada que impresione, ni tubos de tórax, ni drenajes, ni nada...

Me freno en seco. Rodrigo se da cuenta.

—¿Qué pasa?

—No sé si he de ir...

—¿Por qué? —me pregunta muy directo—. ¿Qué no nos estás contando, Estrella?

—Pues que Edu no quería saber nada de mí antes del accidente y puede que ahora tampoco —me abro.

—No lo creo. Yo le he hablado de ti estos días.

—Pero no te entiende, estaba frito.

—Desde hace dos días, Edu sí que conecta, Estrella, ya te lo he explicado. Le cuesta hablar, aunque entiende perfectamente y le he hablado de ti muchas veces.

—Ves, pero no puede expresarse, si pudiera te diría que no le menciones ni mi nombre.

Rodrigo se ríe.

—Hay muchas formas de comunicarse, Estrella, no solo el lenguaje verbal, y te informo que, si algo quiere Edu, es que le hablemos de ti. Ese hombre está loco por ti, lo quieras ver o no.

Me monto en el coche. Lo voy a intentar. Siempre me he considerado valiente. Yo quiero verlo, necesito tocarlo, sentirlo cerca, decirle que gracias por luchar tanto por sobrevivir y no joderme la vida, porque aunque nunca podamos estar juntos yo soy feliz sabiendo que él está vivo.

Cuando llegamos al hospital, me pongo algo nerviosa. La decisión está tomada, voy a entrar, pero me tiembla todo. Sigo a Rodrigo como una autómatas hasta la habitación y en el marco de la puerta mis pies se paran. Mi exarrendatario se asoma y luego viene hacia mí.

—Están solo Eneko y Edu. Voy a sacar a su hermano para daros intimidad. Estrella eres una valiente, lo sabes.

Cuando Rodrigo logra su cometido y abrazo a Eneko que brilla como una bombilla de felicidad por saber a su hermano sano y salvo, cuento cinco pasos, doblo el marco de la puerta y accedo.

Lo que veo me deja sin habla.

Sus ojos. Sus preciosos ojos solo para mí. Se detiene el mundo. Con el brazo bueno me señala que me acerque y obedezco despacio. A medida que me aproximo, me doy cuenta de su delgadez, de las cicatrices en su cabeza rapada, de sus ojeras, de las magulladuras que no han terminado de curar en su rostro y en su cuello.

Cuando llego a su lado, sin hablar, lo miro a los ojos. Intento no llorar para que no se asuste pero no sé si voy a tener fuerzas, estoy muy emocionada.

—Has tar-da-dado mucho —dice muy bajito, con una voz bailante y carrasposa.

—Llevo aquí desde el primer minuto, idiota —le escupo—, mira que pelearte con un jabalí para salvar a un niño, ¡a quién se le ocurre!

¿Eso es lo primero que le he dicho? ¿Idiota? Me lo tengo que mirar.

Edu sonrío y otra vez mi mundo se da la vuelta del revés. No puedo evitar acercarme y respirarlo. Lo abrazo sentándome en la orilla de la cama. Apoyo mi cabeza en el hueco de su nuca y me detengo en sentir su respiración y el tacto de su piel en mi mejilla.

Edu me acaricia el pelo con el brazo bueno.

—Te-nía mu-mu-muchas ganas de ver-ver-te —termina diciendo.

—Y yo a ti.

—Pu-es no-no-no lo pare-cía.

Me separo para mirarlo a los ojos. No está enfadado.

—No sabía si querías verme.

—Siempre quie-quiero.

—Como pasó eso...

—E-res mi a-mi-ga.

Un ligero calambre me recorre al escuchar eso. Soy su amiga.

—Perdóname —digo con la voz tomada.

—Pen-pensaba que era por-por es-tar tan feo. —Sonrío.

—Tú nunca estás feo.

—¡El desayuno, guaperas! —bromea una enfermera que trae un calmante

y se lo conecta a la vía que tiene en el brazo. Después entra una auxiliar con una bandeja de comida y me pregunta si lo puedo ayudar yo.

Cuando salen preparo el café con leche y le doy una a una las galletas. Edu traga muy despacio, le cuesta, pero me hace tan feliz verlo tan bien, saber que se acuerda de mí, que puede hablar, que si me estrujas saldría brillantina.

Edu me cuenta con esfuerzo mientras desayuna que no se acuerda de nada de la UCI y que del accidente solo de la sensación de que iba a morir. Lo escucho. Me explica que le duele mucho la cabeza y a veces la luz le molesta, que no siempre le salen las palabras y que se agota con nada y eso que todavía no se ha levantado. Además, añade que tiene muchas pesadillas y que el descanso no es del todo reparador. Poco a poco, se le cierran los ojos. Retiro la bandeja.

—Necesitas descansar —le digo.

Él asiente.

—¿Te veo luego?

—Sí, me quedo contigo.

Edu sonríe.

—No te vu-el-el-vas a...

Una mujer entra en la habitación antes de que Edu termine la frase.

—¡Hola Edu! —nos interrumpe. La miro. Es un poco mayor que yo y realmente guapa. La veo emocionada.

—¡Silvia! —enuncia él muy contento, si me apuras, de más.

Ella se acerca rápido. Me aparto, pero debo serle invisible porque no se corta ni una pizca en abrazarlo y echarse a llorar.

—Muchas gracias por todo, Edu. Si no llega a ser por ti... eres el hombre más valiente que conozco.

—Co-no-ces po-pocos —bromea él.

Ella se ríe y lo mira.

—¡Qué susto, Edu! Si te llega a pasar algo no me lo habría perdonado en la vida.

—Estoy bien, Sil-via. Tú no-no tie-nes-nes culpa.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿De todo? —le pregunta ella, con un tono misterioso que no sé cómo

descifrar.

—De to-todo sí.

—¡Vaya! —exclama ella—. No sé si alegrarme o avergonzarme.

—Lo prime-ro —le responde él con un guiño.

Me siento fuera de lugar. Sobro más que un edredón en la noche de bodas.

Voy dando pasitos hacia atrás para salir de la habitación. Esta debe de ser una de las profesoras que estaban con él cuando el niño desapareció y para conocerse de unas horas veo yo mucha confianza. No pienso juzgar. Él ha dejado claro que soy su amiga y eso es lo que voy a ser.



Una semana después

Estaba muy segura. Era lo que tenía que hacer y hasta ahora que me encuentro a solas con él no había ni un espacio para la duda. Yo me hacía cargo. Yo me trasladaría a Arenas con él y lo cuidaría hasta que se recuperase del todo. El retraso por las elecciones para jurar el cargo me lo permitía. Creo que la decisión fue motivada, en gran parte, por sentirme tan culpable por no entrar a visitarlo hasta pasados los días.

Todos conformes y yo feliz como una perdiz de sentir que podía ayudar. Pero ahora, ahora que estamos los dos solos, no lo veo tan claro, más bien como agua de alcantarilla.

Edu está mejor. Todavía le queda mucho camino. Necesita ayuda para caminar, para moverse, como toma tantos calmantes se duerme a cada rato, apenas tiene apetito y hay que insistirle para que coma, y a todo esto hay que añadirle que a veces tiene unos cambios de humor que te dejan patimuerto. Los médicos nos han dicho que la lesión cerebral, por la zona en la que está, provoca esos cambios y una desinhibición que en ocasiones parece selectiva. No siempre, pero cuando le pega, Edu no tiene filtro y te dice lo que le viene en gana, igual te llama perro judío que te declara su amor eterno a lo machoman.

Mi hermana y Eneko vendrán los fines de semana con la niña y será cuando yo descanse. Así ellos pueden trabajar, seguir con su vida y con sus gestiones del embarazo y relajarse. Sobre todo esto último, porque jamás los

había visto tan mal. Ambos quieren a Edu a rabiar, han pasado mucho los tres juntos y no hay que olvidar que el paciente en cuestión es alguien muy especial. Yo misma he averiguado en este tiempo que sigo queriéndolo mucho y que es probable que a veces me confunda y lo vea como algo más que a un amigo.

Hay personas que pasan por tu vida sin más y otras que te revuelven entero, ya sea por risas, por conversaciones que suman o porque conectas, y sabes que nunca vas a olvidar su nombre. Edu es una de ellas, él se te cuela dentro. Puede que sea su alegría o su espontaneidad o su forma de ver la vida, pero no te deja indiferente, por lo menos a mí no. Me da pena que no funcionase lo nuestro, juntos nos desequilibramos, somos demasiado intensos.

—¡Estrella! —me llama.

—Voy.

Lo he dejado en el baño.

Cuando llego ya está en pie, agarrado al lavabo. Me sonrío.

—Luego me gus-gustaría darme una ducha.

—Vale, yo te ayudo, pero ahora es mejor que descanses mientras yo preparo algo de comer.

—Tú cocina es muy mal-mala.

—Gracias por tu confianza.

—Soy sin-cero. Ahora apre-cio mi vida.

Me río.

—No te preocupes. Sobrevivirás a mis platos.

—Eso espero. —Edu se apoya en mi cintura y juntos caminamos hacia su habitación.

Le quito los zapatos porque él todavía no puede doblarse bien por las fracturas costales y porque se marea si se agacha, y lo ayudo a tumbarse.

—Quí-tame la ca-camiseta —me pide.

—No llevas nada más, te vas a constipar.

—No. Yo duermo desnudo.

—¡No te pienso desnudar! —Me levanto enérgica.

—¿Por qué?

—Porque no.

—No podré dormir.

—Pues aprende. No te voy a estar vistiendo y desvistiendo cada dos por tres.

—Antes te gus-gustaba. —Sonríe pícaro.

—Pero antes era antes y ahora es ahora.

Salgo de la habitación y cierro la puerta de un portazo.

¿En qué lío me he metido?



Me introduzco lentamente en la cama, estoy tan exhausta, que celebro el roce de las sabanas en mi piel como una lotería. Como todos los días sean así muero en el intento. Edu no ha cesado de llamarme y de pedirme de todo, que si un calmante, que si el móvil, que si la comida está fría, que si ahora muy caliente, que si no tengo hambre, que si está muy malo, que quiero ir al baño, que si me puedes leer algo para que me duerma...

No he parado ni un segundo. Parecía una esclava del antiguo Imperio romano del mismísimo Nerón (que tengo yo la imagen que debía estar zumbado perdido).

Miro, al fin, mi teléfono, no he podido hacerle ni caso en todo el día. Tengo varios mensajes de Brais. Él es al único al que no le parecía tan bien la decisión de venirme aquí a cuidar de Edu, pero no por celos, sino porque él barruntaba que el paciente iba a ser muy demandante y a mí la paciencia no es que me sobre. Pues tenía razón. Salgo al porche y cierro la puerta. No quiero despertar a la bestia y si me necesita pues que espere. Hace una noche de primavera preciosa. Se oyen los grillos.

Tras unos momentos de conexión entre el huerto y yo, decido hablar con Brais, los tomates son demasiado silenciosos y yo tengo que desahogarme con mi amigo superdotado (refiriéndome a centímetros). Sí, ese con el que me acosté hace semanas y funcionamos de escándalo en la cama. Ese que expone el tema de nuestro revolcón con una naturalidad que me encanta, sin darle la importancia que yo pensé, *a priori*, que iba a dar, y que gracias a eso me dan ganas de repetirlo casi todas mis solitarias noches.

Capítulo 34

Pero a tu lado

Edu

Lo miro. Brais es un tío guapo. Antes lo era yo, pero después del accidente me he quedado hecho un tirillas.

Los veo a los dos interactuando en la cocina. Me gusta la confianza que se respira entre ellos. Veo a Estrella relajada y eso me gusta, por consiguiente él también. Me cae bien Brais, no puedo decir otra cosa.

Se ha venido a pasar el día con nosotros y así ayudar a Estrella conmigo, todo un planazo, porque sé que soy lo peor; no puedo evitarlo.

No encuentro la paz con nada. No descanso más de dos horas seguidas. Me duele la cabeza continuamente, a veces la luz me deslumbra tanto que me entran ganas de gritar (en ocasiones lo hago). Tengo el estómago cerrado y sé que tengo que comer pero no me entra. Le digo a Estrella que es por lo mal que cocina, pero ni aunque viniese Arguiñano comería. Y luego está mi estado de ánimo que fluctúa por segundos y sin cautela, a veces me escucho diciendo cosas vergonzantes sin poder contenerlas. Lo único positivo es que cada día me encuentro un poco mejor y a mí mismo.

Los oigo reírse. Me encanta la risa de Estrella. Es tan bonita. Ella le unta harina por el pelo a Brais y él la agarra por los aires haciéndola reír a carcajadas. Son perfectos. Desde hoy soy fan de estos dos. Funcionan bien juntos. Él, al ser más pasivo que yo, sabe llevarla. Estrella es dinamita y yo nitroglicerina, lo que da por resultado: ¡boom!

Suena mi móvil. Lo miro. Es Silvia, me dice que quiere venir a verme y la invito ahora mismo.

—Chicos —grito—. Pre-preparad comida para uno más. Viene Silvia.

Me detengo a contemplarla, a sabiendas de qué gesto voy a encontrarme al observar Estrella. Ceño fruncido y cara de pocos amigos. Siempre se me ha hecho muy sencillo leer en ella, es como si no tuviera piel para mí, como si

sus sentimientos hablasen a los míos en un idioma propio y facilito. Total que sé por qué la enfada que venga Silvia, pero, ¡ay *amiga*, Estrella!, lo siento, pero esto es lo mejor para los dos y voy a trabajar duro para que lo entiendas, me cueste lo que me cueste.



La velada ha estado muy bien. Ha sido prácticamente normal. No he soltado ninguna de las mías y el dolor me ha respetado. Es el segundo día que cenamos los cuatro juntos. La otra vez fue más rara, pero hoy Brais y Silvia ya han cogido confianza y ha fluido el buen rollo. El lugar ayuda. Hace muy buena noche y hemos podido salir al porche a cenar. Estrella ha encendido un montón de velas que le han otorgado un aire confidente a nuestra reunión.

Llevo ya una semana en casa y mi mejoría es tangible. Me muevo cada vez mejor y estoy dentro de mí casi todo el rato, de vez en cuando se me escapa alguna rareza, pero me percató y pido perdón. Antes no era capaz de frenarme, era como si el dolor hubiese ocupado mis cuerdas vocales y hablase por mí, por no decir que parecía que me había comido un demonio.

Estrella ya se apaña muy bien conmigo y me cuida como un madre, siempre amable y solícita. Está teniendo más paciencia que una santa y se lo agradeceré para siempre. No solo eso, también que haya detenido su vida para encargarse de la mía. Me ha demostrado mucho con esto. Lástima que... da igual.

Nos hemos forjado una especie de rutina. Por la mañana, desayunamos tranquilos en el porche escuchando la música que elige Estrella. Leemos las noticias. Mientras ella cocina yo hago ejercicios, luego descansamos la siesta, vemos alguna peli o charlamos de nuestras cosas y sus investigaciones, prepara la cena mientras yo sigo haciendo ejercicios, cenamos dentro, pero salimos al porche para ver las estrellas y tomar una infusión. Me lleva a la cama, bromeo con que me tiene que desnudar y nos despedimos.

Los escucho reírse, están algo achispados, se han liado con el vino y como yo no puedo beber pues me doy cuenta de su ética felicidad.

—¿Entonces sí o no? —los interroga Silvia. Me he perdido la conversación.

Miro a Estrella, está ruborizada.

—¿Cuál es la cuestión? —pregunto—. Me he despistado.

—Les estoy preguntado si se han acostado alguna vez. —Ríe—. Los veo tanta química...

—Eso es porque somos amigos desde hace años —responde Brais.

—¡Ja! —expresa sarcástica Silvia.

—Hombre, yo si tuviera que apostar diría que sí, y además no hace mucho —añado.

Todo el rubor que lucía Estrella palidece. Me mira muy seria.

—Estrella, no pasa nada —me explico—. Estamos entre adultos... ¿que-queréis saber una cosa? Justo antes de que el niño desapa-pareciera...

—¡No, no lo cuentes! —Me tapa la boca Silvia entre risas.

—Sí, sí, ¡termina Edu! —Brais me aparta a Silvia.

—Justo antes aca-bába-mos de prac-ticar sexo en el baño.

Brais aplaude, Silvia ríe y Estrella me mira seria. Sé por qué. Pero, ¡ay, amiga!, lo siento, es lo mejor, me lo voy a tatuar en la frente.

—Pues puestos a ser sinceros, Edu tiene razón. A tu insistencia, Silvia, te respondo que sí, Brais y yo nos hemos liado —emite, mirándome fríamente a los ojos.

—Obvio —se me escapa.

—No he terminado —me interrumpe—. Y, para mi sorpresa, tengo muchas ganas de repetir.

Brais se atraganta con el vino, Silvia aplaude y yo me esfuerzo en sonreír y en abrir los puños porque me voy a hacer daño de clavarme las uñas.

—Pues, no me gusta hablar de estas cosas, pero puestos, yo también quiero repetir —enuncia mi lesión frontal, no yo, mirando a Silvia.

—¡Joder, parecemos una comuna *hippie*! —suelta Silvia—. Solo falta que nos liemos tú y yo, Brais.

Reímos.

Busco a Estrella. Aunque lo intenta disimular, está enfadada. Aún más bonita. ¿Cómo puede alguien arrasar con toda la luz y brillar tanto? ¡Joder!



Escucho la respiración acompasada de Silvia. Se ha quedado a dormir conmigo. Habían bebido mucho para regresar en coche y decidimos que Brais

y Estrella durmiesen en el sillón y Silvia y yo en la cama.

Los he oído. No solo han dormido. Tienen mi permiso. Estrella estará bien con él. No es que me flipe escucharla gemir en brazos de otro, pero lo puedo soportar o eso creo. Cuando todo vuelva a la normalidad y ella gima en su casa lo llevaré mejor.

Silvia y yo hemos retomado con menos energía aquello que dejamos, pero me ha sabido bien. Me gusta. Me parece alguien muy interesante y muy madura. Sabe lo que quiere, es divertida y facilitadora, además de muy guapa.

Mañana vendrá mi hermano y Luna. Creo que la semana que viene será la última que pase Estrella aquí. Ya va a jurar el cargo pronto y yo me muevo cada vez mejor. Mañana se lo diré a todos. Quiero celebrar con ellos mi recuperación. La vida me ha dado otra oportunidad y pienso cogerla.

Ahora que me encuentro mejor, los pesares mentales han regresado a mi rutina: la muerte de mi amigo Christian se me repite cada vez que me río y me siento culpable por hacerlo. Pero algo sí que ha cambiado, ya no me veo culpable. Él tomó esa decisión, igual que yo tomé la de ir a buscar al crío y cruzarme con los jabalís. Nadie podría haberme detenido igual que a él. Ese fue su destino y este el mío. Y, aunque aparente lo contrario, mi ruptura con Estrella es otro pesar, porque me ha dejado un vacío que es imposible de rellenar y además me siento, y sé que soy, un cobarde. Le prometí que no la dejaría y me esfuerzo cada día en apartarla de mí. Por primera vez, mi cabeza y mi corazón juegan en ligas opuestas. Gana la cabeza. Es mi razón la que me aleja constantemente de ella, si de mi alma se tratase esta cena de hoy solo habría sido de dos.

He vuelto a vivir y quiero hacerlo bien. Gracias a mi accidente y saberme tan querido, mis ganas de experimentar cada día como un regalo han resurgido. Silvia se da la vuelta y puedo verla dormida. Con ella todo es más sencillo, ¿puede que este sea mi otro destino?

Capítulo 35

Se me olvida olvidarte

Estrella

Miro a Edu al colgar a Dani, mi exjefe. Yo ya no puedo hacer más, y tampoco puedo interrogarla, pero creo que a la conclusión que hemos llegado Edu y yo es la correcta.

Que Reyes se dedica a falsificar obras de arte de las casas en las que trabaja estamos convencidos. Por suerte, le salen proyectos de personajes importantes con alto poder adquisitivo, lógico cuando eres diseñador de interiores.

Cuando estuve en su estudio apunté los nombres de las casas más importantes que me enseñó Reyes y se lo dije a Dani. Él se encargó de llamarlos y comentarles que podía que algunas de sus obras de arte fuesen falsas y que era recomendable que contratasen un experto para valorarlas. Eso hicieron y se ha destapado el pastel.

Hoy van a arrestarla. Yo ya no trabajo allí y no puedo ir. Es lo que me ha contado Dani. Les faltan datos, pero ya tienen al falsificador, el pintor con el que comparte los delitos Reyes, al que también van a detener hoy. Lo que no queda claro es quien asesinó a Max y por qué.

Y eso es por lo que hemos llamado a Dani, porque Edu y yo, después de darle muchas vueltas e investigar, creemos que Reyes embaucó a Max para que llevase el Antonio López auténtico a Rusia y así ganarse un dinero fácil. ¿Qué pasó? Que otros falsificadores, el CNI nos ha facilitado los nombres de las redes más importantes que trabajan en España, supieron a qué se dedicaba Reyes y vigilaron sus movimientos. Se enterarían del proyecto en la casa de Beatriz y sabiendo que tenía un Antonio López la acecharon hasta dar con el cuadro en manos de Max. Lo fueron a buscar al aeropuerto, se lo robaron y le dieron tal paliza que murió a las horas.

Reyes, llevada por un impulso, vino a denunciar a la comisaría porque

pensaba que Max había huido con el cuadro. Por eso hasta se equivocó en la cifra y al principio dijo sesenta mil y luego treinta mil, mal guiada por la irreflexión y el miedo.

Lo que no sospechaba es que Max no llegó ni a despegar. Que sus anteriores robos habían llamado la atención y una red la estaba espiando. Ella fue la que empujó, indirectamente, a Max a su muerte. Porque se metió en algo muy serio y no tomó las medidas de seguridad pertinentes, porque cometió errores garrafales como dejar huellas en internet de sus falsificaciones por la dirección IP de su ordenador. Un amigo espía de Edu, experto en ordenadores, no tardó ni dos días en encontrarla en chats, por lo que estimamos que los que se dedican a este mercado negro la descubrieron mucho antes.

Algo me dice que Reyes va a declarar. La última vez la vi cansada. Creo que no puede con la carga de haber perdido a Max.

¿Por qué la gente necesita tanto dinero para vivir? No lo entiendo... Llevo casi dos semanas viviendo en una casa sin terminar, sin lujos, solo con un baño, un huerto y un porche y creo que jamás me he sentido más cómoda. ¿Qué le condujo a Reyes a tal lío? ¿La avaricia?

Me siento en una silla del porche al lado de Edu. Está mucho mejor, ya ha cogido peso, y el pelo le ha crecido alrededor de las cicatrices de la cabeza, ya apenas se le notan. Vuelve a estar en el *top ten* de hombres buenorros. Sonrío por mi pensamiento.

—¿Qué te ha dicho el poli?

—Que hoy la detienen. Han encontrado al falsificador. Hay muchas pruebas en su contra.

Edu asiente mirando al horizonte.

—¿Vas a poder estar en el interrogatorio? —me cuestiona.

—Cree que no, pero lo va a preguntar.

—¿Te gustaría?

Me lo pienso.

—En parte sí, he dedicado muchas horas a esto, aunque me da pena Reyes. No lo puedo evitar. Te juro que no entiendo cómo se ha metido en este berenjenal.

—Ni lo intentes. No te pagan por entender, te pagan por descubrir.

—Pero no lo puedo evitar...

—Ya. —Edu, me acerca a él, de forma que apoyo mi cabeza en su hombro. Una de mis posturas favoritas, encajo a la perfección. Y si encima él me hace cosquillas acariciando mi mejilla y el cuello, qué te voy a decir, estoy en el paraíso—. Casi nunca vas a comprender por qué la gente hace el mal, Estrella, y mi consejo es que no malgastes tu tiempo en intentarlo.

—Estudié políticas, Edu... me importa la gente.

—Pues céntrate en que te importen los buenos, a los malos deténlos y ya. Hay mentes muy negras que son muy difíciles descifrar. ¿Quieres que prepare yo la comida? —Cambia de tema.

—¿Y entonces para que estoy aquí? —le pregunto.

—Para ayudarme. Me apetece cocinar. Déjame agradecerte todo tu esfuerzo. —Me besa en la frente y se levanta solo—. Recuerda que esta tarde viene Rodrigo y quiero preparar algo. Quédate aquí un rato con tus pensamientos, brav... —Se calla.

—Puedes llamarme brava, me gusta.

Edu me mira sonriente y yo, como siempre que lo hace, me pierdo en sus preciosos ojos.

—No, Estrella, llamarte así me trae recuerdos.

—¿Tan malos son? —le disparo.

—No, pero no los quiero traer. Tú y yo estamos bien así. Este es nuestro modo natural.

—¿Natural? —vacilo.

—El que nos hace bien a los dos —corrige—. Sin complicaciones.

No quiero discutir. Sonríó para que se vaya y se va. De algún lugar recóndito de mi cuerpo me asaltan unas ganas de llorar abrasadoras.



Nos quedamos Rodrigo y yo solos mientras Edu charla con Eneko por teléfono detallándole su mejoría. Ahora que ya no hay temas médicos de vital importancia no sé muy bien de qué hablar con Rodrigo. Se me hace bola. Pensaba yo que iba a estar mejor después de lo bien que se portó con nosotros en el hospital, pero mis recuerdos de aquello que presencié lo impiden.

Sé que Rodrigo sabe algo, los oí una vez hablar a Edu y a él sobre mí y mi comportamiento distante hacia él. Edu no le desveló nada, pero sí que le

decía que si quería saber algo que me preguntase a mí.

Termino de recoger la cocina. Ya no queda nada que limpiar. Le voy a decir que tengo que hacer una llamada y me marcho.

—¿Quieres algo Rodrigo? Tengo que salir un momento a llamar...

—¿Es muy importante? Me gustaría hablar contigo, Estrella —carraspea dudoso.

¡Oh, no! Sabía yo que no iba a ser fácil.

—No, no, dime. —Disimulo. Venga, voy a afrontar una de las conversaciones más ásperas de mi vida. Me siento en una silla frente a él e intento mostrarme serena y segura de mí misma.

—¿Qué te pasa conmigo, Estrella?

—¿Así, a bocajarro?

Rodrigo sonríe.

—Sí, no me gusta irme por las ramas. Sabes que te tengo mucho aprecio y creo que algo te conozco. Llevas un tiempo huyéndome y no sé por qué.

—¿Ni los sospechas? —Muevo las manos.

—¿O sea que sí? ¿Algo te pasa?

—Sí... —¿He caído en la trampa? Me ha tendido el capote y he entrado a sin dudar, parezco nueva.

—¿Es algo que te contó Alejandra antes de dejarme, verdad? —Lo advierto convencido.

Ni afirmo ni desmiento, pero él sigue.

—Lo sabía... te lo dijo —afirma molesto.

—Éramos amigas, Rodrigo.

—Ya, pero fue una tontería y se lo expliqué mil veces.

—¿Una tontería? —titubeo.

—Sé que te va a costar entenderlo. No estábamos en nuestro mejor momento. El tema de tener hijos nos estaba distanciando. Todas las pruebas nos daban bien y ella se empezó a obsesionar, me metía mucha presión con todo, con la comida, con el deporte... Y se me apareció esta mujer y caí como un tonto. —Baja la cabeza avergonzado—. Siempre me arrepentiré, pero no fue más que sexo.

¡Ay la madre que me parió! ¿Qué me está contando este hombre?

—Y te juro que nunca pensé que lo iba a llevar tan mal. Al principio de

nuestro noviazgo, tuvimos una relación flexible, quedamos en eso, poco a poco dijimos que era mejor ser fieles, pero sin sufrimientos. Alejandra era muy abierta en este tema. Por eso se lo conté... y todo cambió.

—¿Sí?

—No sé hasta qué punto te lo describió ella. Lo que yo viví fueron celos enfermizos. Los últimos meses con ella han sido broncas diarias, dudas, reproches y angustia.

—Yo no os veía tan mal...

—Bueno, Alejandra era muy de ocultar y de contar la película a su manera.

No sé qué pensar. Ahora mismo estoy en *shock*.

—¿A que no te contó que se enrolló ya estando conmigo con un pediatra? Y antes de conocerme estuvo con otro gine que ya no trabaja en el hospital y que me aconsejó que no malgastase mi tiempo con ella. Lo ignoré y he salido escaldado.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Cuatro años —expira.

—No, me refiero a cuando estuvo con el pediatra.

—Nada, unos meses.

—¿Y se lo perdonaste?

—Pues es que habíamos acordado lo de la relación flexible y no pude reclamar nada, a partir de eso fue cuando quedamos en apostar por la fidelidad y si la rompíamos que al menos no fuese con alguien del trabajo. Yo la quería mucho. Es una mujer apasionante, pero tiene un problema: le gusta tanto gustar que no sabe ni quién es. ¿Te puedo preguntar una cosa?

Le digo que sí.

—¿Tú sabías que se iba a ir? —Vuelvo a advertirlo tranquilo.

—Sí, pero no por lo que tú crees, Rodrigo... —Sé valiente, me digo—. Yo no sabía nada de lo que me estás contando.

—¿Ah, no? —se sorprende.

—No, yo os vi.

Rodrigo se queda quieto esperando a que siga. Pero no lo hago.

—No te entiendo —admite con una calma tan plausible que no sé cómo abordar el tema y romper el clima.

Por un segundo, me acobardo y decido que no sigo, pero yo no me gusto encogida, yo me gusto valiente y, además, es una conversación que me quedará pendiente para siempre si no la afronto. Así que, trago saliva, inspiro, y cuando el tren del arrojito pasa por delante de mi garganta, me subo y hablo:

—Que yo os vi... Una noche que ella y yo habíamos llegado de tomar vinos, algo borrachas, yo estaba en el baño de la cocina. Pensábamos que no estabas y de repente entraste y le montaste un pollo descomunal, tratándola como a una mierda y después...

—Ya, no sigas —se tapa la cara y echa el cuerpo para atrás respaldándose en el sillón como si quisiera esconderse en él.

—Eso es lo que yo vi —Me encaro.

—¿Por eso estabas tan rara? ¡Joder, encima tú! ¡Qué vergüenza! ¡No sabes cuánto lo siento! —Estalla en excusas.

—No soy yo a quien tienes que pedir disculpas, más bien a tu mujer, ¿no?

—¿A ella? No... —De repente abre los ojos mucho como si se hubiera llevado un susto del demonio—. ¿No pensarás que...? ¡Eso no era verdad! ¡Era un juego, joder!

—¿Qué? —dudo.

—Que era algo entre ella y yo. Un juego entre nosotros... le gustaba que fuese de arrogante, decía que la excitaba cuando la trataba así, en plan amo y sumisa... —habla muy rápido.

—No, eso no es verdad. Yo la oí llorar y lo que tú le decías era horrible, la llamabas inútil y la insultabas...

Él se lleva las manos a la cabeza:

—Pero porque ella me lo pedía, Estrella. Todo lo que le decía era mentira, no existían esos pacientes. Yo jamás había practicado sexo así con nadie, a Alejandra le ponía eso, que la humillara y le dijera que era muy mala enfermera. Me pedía que me desatara, que estaba harta del Rodrigo perfecto, que sacara el animal que llevo dentro. Al principio no me gustaba, te lo prometo, luego me lo tomé como un juego, a veces lo hacíamos al revés... Tú presenciaste esa escena y me arrepiento por ello.

—Yo la escuché llorar.

Rodrigo me mira como si le hubiese dicho que tengo en mis manos el botón para que se acabe el mundo y lo acabo de apretar.

—Ella no lloraba, Estrella. Era un juego sexual entre nosotros, ella fingía que la forzaba. No tenías que haber presenciado aquello, es horrible, y entiendo que te confundiera, pero te prometo que era totalmente consentido y que en los últimos meses la única forma de tener sexo con ella era así. Me da mucha vergüenza que nos vieres pero ni por un momento dudes de que aquello era algo entre los dos. Yo nunca haría daño a ninguna mujer.

—Cuando acabaste le pediste perdón.

—¡Claro! Por haberme liado con otra, no por eso.

—Pero yo luego le pregunté y ella no me dijo lo mismo.

—¿Qué te dijo?

—Que la forzabas.

—Eso es mentira. Eso no es verdad... Por Dios, Estrella, si lo presenciaste la tuviste que oír disfrutar, empezaba fingiendo pero luego se nos iba de las manos el juego a los dos. Siempre acabábamos riendo por las tonterías que le decía del hospital.

—Me desmayé y no lo oí todo.

Rodrigo se lleva una mano a la frente.

—Te prometo que tengo ganas de vomitar ahora mismo. Solo de imaginar lo que piensas de mí... —Se levanta.

Yo no respondo.

—Dile a Edu que se siga cuidando tan bien y que me llame si necesita algo.

—¿Te vas?

—Sí, no me encuentro bien. Estoy muy confundido. No sé por qué te mintió, que ganaba diciéndote que la forzaba.

¿Una identidad falsa? No lo verbalizo porque no sé ni qué, ni a quién creer.

Rodrigo recoge sus cosas y se dirige a la puerta cabizbajo. Tengo que preguntarle algo antes de que se marche:

—Rodrigo, ¿fuiste tú el que entraste en mi casa, verdad?

—¿Cuándo? —Se da la vuelta y me mira intrigado.

—Cuando entraron a robar. El día en que dio a luz la chica esa del hospital, la de los narcos. Me crucé contigo e ibas a toda mecha.

—Porque iba a asistir al parto, Estrella.

—¿Pero no entraste antes en mi casa?

—No —responde rotundo—. Yo solo he entrado una vez sin tu permiso y fue aquella vez que me tenías preocupado. ¿Y para que iba a hacer eso yo?

—Para averiguar algo de Alejandra —respondo por lo bajo, porque me empieza a sonar una locura.

Rodrigo agarra el pomo de la puerta y muy serio me responde:

—Tu concepto de mí es patético. No, yo no fui el que asedió tu casa. Mira, Estrella, no sé si algún día me creerás, yo no puedo hacer otra cosa que negarlo. Yo quería mucho a Alejandra y ella me ha dejado, se ha llevado mi dinero y encima ha vertido falacias sobre mí, pero ¿sabes qué? no pienso denunciarla. Estoy bien sin ella. Se acabó. No quiero saber nada de alguien así y cada día me alegro más de su marcha. No es trigo limpio, me lo avisaron y no lo quise creer, nunca me he fiado de esas personas que hablan mal de sus ex, y no lo hice, pero en este caso tenían razón. Yo me desviví por hacer feliz a Alejandra, eso es lo que me quedará, que yo sí lo intenté. Si no te vuelvo a ver espero que te vaya muy bien, te lo mereces y lucha por lo que realmente quieres, no te conformes, Estrella.

Después de decir esto se va.

Otra vez vuelvo a llorar y ahora no sé por qué.



He vuelto loco con mis dudas a Edu. No he parado de hablar en toda la noche y el pobre ha aguantado el chaparrón estoico. Si lo piensas detenidamente más bien parece que es él el que me cuida. Me suele pasar cuando no entiendo algo, que para intentar comprenderlo lo verbalizo hasta la extenuación.

Paro un poco porque lo noto cansado.

—¿Quieres irte a la cama o nos tomamos algo fuera?

Edu me mira.

—¿Dos poleos muy cargados y cambio de charla? —bromea.

—Vale. —Sonrío—. Yo lo preparo. Ve saliendo.

Voy a echar de menos esto. Este fin de semana me marcharé. La semana que viene juro el cargo y el lunes he de elegir destino. Tengo que recoger las pocas cosas que me quedan en el piso que me dejó mi compañero y volveré a

Madrid. Ya no pinto nada en Ávila.

Salgo al porche. Edu me espera sentado cubierto por una manta suave y al verme la abre para que me situé a su lado.

Disfrutamos de las estrellas, del silencio y de nuestra cercanía. Cuando estoy tan próxima a Edu siento que las cosas que me rodean son fabulosas.

—Estrella... yo solo te puedo decir que Rodrigo conmigo se ha portado de escándalo y que me cuesta creer que alguien así sea un maltratador. Lo he visto en momentos estresantes y jamás ha perdido los nervios. No sé... Siempre hay una excepción que confirma la regla y aunque lo normal hubiese sido que él fuese el malo quizás sea al revés.

—No se trata de malos, Edu. Se trata de que yo vi una escena deplorable y luego ella me lo confirmó.

—Tú misma sabes que te bloqueaste, que te desmayaste, que reviviste tu violación... ¿qué validez tiene la palabra de Alejandra? Esa mujer se ha llevado tu dinero, te ha pedido que le dieras una identidad falsa para luego no usarla, ha ayudado a los narcos, salió bien, pero ella adelantó un parto sin que un médico lo pautase. Ha escapado, Estrella. ¿Es que no ves que Alejandra no es trigo limpio?

—Era mi amiga, Edu. Hablamos mucho y me dio muy buenos consejos. Lloró conmigo... Me niego a creer que es mala.

—Puede que no lo sea, no todo es blanco o negro. Quizás tenga un problema con las relaciones... Lo sabremos pronto porque la he denunciado.

—¿Cómo? —No entiendo esto último.

—Pues eso. Al principio, no supe qué hacer, luego pasó lo de Christian y me olvidé del tema, pero hace unos días me llamaron mis jefes del CNI para aclarar varios temas del informe que les había escrito en el que había omitido el tema de Alejandra y se lo conté.

—¿Lo habías omitido?

—Sí, yo también creí su versión. Pensé que necesitaba la identidad falsa y el dinero para huir y decidí obviarla en el informe. Mal, muy mal, pero me pudo el corazón y lo que sentía por ti. Aquello me costó varios dolores de cabeza. Casi cada día muere una mujer en manos de su pareja, no era difícil pensar que este caso era igual. Tú presenciaste aquello y ella te pidió ayuda, y aunque siempre tuve mis dudas, y más cuando la vi salir de la habitación de

Tanya, me ganó el creer que necesitaba el dinero y por eso se había vendido a los narcos. Opté por darle carrete pero siempre convencido de que si alguien indagaba iba a tener que denunciarla.

—Ya, te entiendo.

—Pero por suerte o por desgracia ahora tengo mucho tiempo para pensar y después de lo que ha pasado, deteniéndome a reflexionar, hay algo que no me cuadra de esa mujer, y no sé si será verdad o no lo de Rodrigo, pero lo que sí sé es que ella pinchó oxitocina a Tanya y eso es un delito y lo va a tener que aclarar cuando la encuentren. El otro día cuando me llamaron del CNI se lo conté.

—¿Y no te preguntaron por qué no lo habías denunciado antes?

—No, ese informe no era el definitivo, les dije que se me había olvidado.

—¿Crees que la van a encontrar?

—No me cabe duda. Y hay otra cosa... nunca te lo he contado para que no pienses que te quería convencer, pero te prometo que esa mujer me tiró los trastos de todas las formas posibles.

—¿Quién? —Dudo— ¿Alejandra?

—Sí, ella. Al principio fue muy amable conmigo, lo normal. Poco a poco se me fue insinuando.

—¡No me lo puedo creer! —Cubro mi cara.

—Pues te juro que no te estoy diciendo ninguna mentira. Viví situaciones muy, pero que muy incómodas.

Si yo fuera un ramo lo sería de incertidumbre. Dudo qué sentir al respecto. He confiado mucho en ella, le conté mi vida y la creí cuando ella me desveló la suya, tenía una mirada tan bonita, tan amable...

De pronto, comenzamos a oír un llanto cerca del huerto. Ambos nos asustamos porque parece de un bebé y vamos para allá. Cuando nos acercamos vemos que es un pequeño gato que tiene enganchada una patita en una manguera del riego automático. Me agacho para ayudarlo mientras Edu me alumbraba. Me cuesta sacar su estrecha patita porque el animal no termina de confiar en mí y no se está quieto, pero al final lo logro aunque al hacerlo la manguera se rompe y estalla en mi cara.

Yo caigo al suelo de culo, el gatito huye cojeando de alguien tan patoso y Edu se carcajea. Se va a enterar este. Oriento la manguera hacia él y lo mojo

entero. Ahora, tras mi venganza, yo también me río. Comenzamos una guerra de agua, salpicándonos con las manos como dos críos.

Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Cuando paramos, porque al final nos cargamos el sistema de riego de Edu y este corre a apagarlo para mañana con luz poder arreglarlo, entramos en el baño de casa.

Edu me tiende una toalla. Lo miro. Tiene el pelo empapado y las gotas le caen por la cara y el torso. Esta imagen puede que no la olvide jamás, es tan *sexy* que duele. Sus ojos destacan atravesando los míos y después veo como bajan por mi cuerpo y se detienen en mi pecho marcado por la camiseta mojada. Mi corazón palpita fuerte por su inspección y después advierto como su atención regresa a mi cara y se recrea en mis labios. Leo deseo en él y lo siento en cada célula de mi organismo. Ni me lo pienso. Lo agarro del niqui y lo traigo hacia mí para besarlo.

Cuando nuestros labios impactan hambrientos el uno del otro pierdo el raciocinio. Una tremenda corriente sexual nos empuja a tocarnos, a olernos, a lamernos, a sentirnos, a perdernos el uno en el otro porque cuando es él el que me toca siento más que con nadie. Me subo al lavabo y encajo mis piernas en su cadera. Edu me muerde el cuello para luego volver a mi boca y saborearme con su lengua... ¡Dios, voy a estallar de placer y anticipación! Le quito la camiseta y mis manos vuelan a su tórax, a su piel, a su suave vientre. Me vuelve loca. Quiero sentirlo ya mismo dentro de mí, empujándome hasta gritar. Con mucha urgencia desciendo mis brazos a su pantalón para bajárselo pero de pronto él se aparta diciendo con las manos como parapentes:

—No, para, para, para.

Mis ojos deben mirarlo como un cordero a punto de ser degollado. Edu vuelve hacia mí y apoya su frente en la mía.

—No puede ser, Estrella. Tú y yo estamos bien así, no volvamos a cruzar esa línea porque nos haremos mucho daño.

Yo no contesto. No puedo. Bajo la cabeza.

—Lo he pasado muy mal, pequeña, y no quiero volver a estar así. Tú y yo somos demasiado intensos. Olvidemos esto, por favor.

Digo que sí con la cabeza por no llevarle la contraria, pero sé que yo no voy a poder.

Edu coge la toalla y me deja sola en el baño.

Muy sola.

Siento tanto frío y rabia que rompería el espejo a puñetazos.

Me ha rechazado. Edu me ha rechazado. ¿Quién se cree que es? Salgo del baño dando un portazo, aunque para portazo el que él me acaba de propinar. Creo que lo odio. Sé que no. Estoy perdida. No pienso llorar.

Capítulo 36

Mi coco

Edu

Estrella se ha tomado la mañana libre. Cuando he despertado tenía una nota en la cocina, que se iba a dar un paseo por la montaña. Hace bien. Muy bien.

Mañana se marchará y a estas alturas sé que emocionalmente me va a venir bien. Tantos días juntos están enredándolo todo y yo me niego a volver a arriesgarme por ella por mucho que me atraiga. No estoy para quebraderos de cabeza y ella ostenta el *summum*. Y, además, igual que le dijo ayer Rodrigo cuando se marchó, que él estaba tranquilo porque lo había dado todo por Alejandra, yo siento lo mismo con Estrella, yo lo aposté todo por ella, pero su cabezonería y sus malas formas pudieron con mi paciencia. No quiero tener una relación en la que tengo que andar con pies de plomo para no ofender a mi pareja, y con Estrella lo viví así. Quizás sea joven todavía o quizás sus fantasmas la atormenten. No seré yo al que vuelva loco. Vamos, que ya lo estoy, porque ahora pienso esto, luego me digo que soy un cobarde, más tarde la veo y me deshago...

Hace muy buena mañana y tengo que arreglar la manguera de riego. Salgo a mi huerto ilusionado. Ya me encuentro mucho mejor. Apenas me duele la cabeza y mi cuerpo me responde. Creo que he recuperado mi forma de ser, por lo que entiendo que mi hematoma frontal se ha resuelto. En dos meses, me repetirán el TAC para comprobarlo. Ahora de lo que tengo ganas es de que sea mañana y tener a Clara toda para mí. Estoy deseando achuchar a mi pequeña. Cada día se parece más a mí y habla por los codos, me troncho cada vez que charlamos por FaceTime.

La próxima semana quiero ponerme al día con mi negocio multiaventura. Me lo voy a tomar con calma, pero comienzo a sentir la necesidad de trabajar y dedicar mi tiempo a algo.

Se me ocurre un plan para hoy y así dejarle claro a Estrella cual va a ser nuestro porvenir. Cojo el teléfono.



—¡Venga! Di unas palabras —me pide Silvia.

—¡Qué tonta! —le reprocho—. ¿Y qué quieres que diga? Que me alegra mucho que hayáis venido, chicos. La verdad es que hoy es como una despedida de mi enfermedad. Mañana mi enfermera se larga y me deja ahogado en dolor. —Miro a Estrella que sonrío reposada y prosigo—. Sé que he sido un paciente complicado y que los primeros días fueron duros, Estrella, pero siempre te estaré agradecido, has mostrado una paciencia infinita y me has cuidado fenomenal.

Veo que se está emocionando. La conozco bien.

—Pero tienes que volver a tu vida, por mucho que te duela —bromeo— y elegir destino de una vez, que nos tienes en ascuas, ¡leche!

Nos reímos.

—No, en serio —prosigo—. Os habéis portado todos de escándalo y espero que de aquí salga una bonita amistad. —Levanto mi copa de vino, hoy sí me he permitido un trago—. Gracias, Estrella, por cuidarme, gracias, Silvia, por dejarme conocerte y gracias, Brais, por querer tanto a Estrella.

Brindamos.

Estrella pone en su móvil una canción, en seguida reconozco las notas: *The show must go on* de Queen. La miro. Ella a mí. Nos decimos muchas cosas al son de la música y desde la distancia. El espectáculo debe continuar para los dos, salga como salga, pero separados. Esto me ha sabido al adiós más grande que jamás nos hemos dicho ella y yo. Algo en mí cede, se descuelga, quizás sea la pena.

Después de este momento íntimo, Estrella activa una lista de Spotify más animada mientras recogemos la mesa. Brais y Silvia, que se han hecho muy buenos amigos, se quedan fuera charlando y mi cuidadora y yo entramos en la casa para dejar los platos y vasos en el fregadero. Mientras ella friega yo le traigo lo que queda en el porche y luego me coloco a su lado para secar. Es lo que tiene no poseer un lavavajillas. Soy un clásico.

—Gracias por lo que has dicho, Edu —me dice sin mirarme, concentrada

en su tarea.

—Soy yo el que tiene que estarte agradecido, Estrella. Has dejado todo por cuidarme.

—No tenía nada que dejar y, lo quieras o no, eres muy importante para mí —habla emocionada y me tiende un vaso. Nuestros dedos se tocan y llevados por algo irracional se enganchan. Levanto la cabeza para mirarla, ella a mí no.

—Estrella... —Me acerco pero ella sigue sin desbloquear su cuello y eso me molesta mucho ahora mismo, quiero sus ojos para mí—. Perdóname, pero no puedo... —habla mi interior, el mismo que me obliga a apoyarme en ella y perderme en el aroma de su pelo.

—¿No puedes qué? —Ahora sí se gira y de pronto me encuentro con su mirada cargada en llamas.

—Dejarme llevar. —Suelto nuestros dedos enganchados para subir mis manos a ambos lados de su preciosa cara y tocarla. Es tan dulce, tan intensa, tan bonita, tan pura...

Estrella me deja sin sus ojos, los cierra y yo la aprieto más contra mí.

—Edu, déjame. —La escucho en voz baja.

Tiene razón, he de soltarla, pero no puedo. No puedo. Es superior a mí. Vuelvo a respirarla, a apretar mi frente a la suya para sentir su piel, su energía, para empaparme de ella.

Siento como su cuerpo se ablanda, como sus barreras caen y me permite dar un paso más. No hay más remedio. Beso sus labios que saben a lágrimas porque está llorando. Con mis dedos y sin perder su boca le seco las mejillas. No atravieso su espacio, son besos suaves, pero los más desesperados que nunca he dado. Me separo poco a poco y la observo. Su iris brilla, ya no llora. Ahora dice que no con la cabeza.

—Solo te voy a decir esto una vez, Edu, porque te quiero mucho, pero más me quiero a mí.

—Dime, pequeña.

—O me tomas o me dejas —me lanza muy seria.

Por mucho que me duela sé cuál es mi respuesta.

—Perdóname... esto no volverá a pasar —emito.

Estrella da un paso para atrás sin dejar de mirarme.

—No, no va a volver a pasar porque desde hoy te cierro todas mis

puertas.

—No te enfades conmigo, Estrella. Quiero tenerte en mi vida...

—No, Edu.

—Podemos ser amigos.

—Sabes que no.

—Eso no es verdad, en cuánto pase el tiempo y las cosas se enfríen...

—No se va a enfriar nada —dicta sentencia.

—Sí, Estrella, verás como sí. Tú vas a estar bien con Brais.

—Yo estaré bien con quien me dé la gana, pero nada se va a enfriar y si así lo crees es que eres más tonto de lo que pareces. Mañana me marchó y tú y yo acabaremos aquí.

—Si así lo quieres.

—No, Edu, yo no quiero que esto acabe aquí, pero parece que tú tienes tomada la decisión.

—Sí, yo sí...

—Pues punto y final.

—Me gusta Brais, él puede hacerte feliz.

—Y a mí Silvia, pero nadie te va a hacer más feliz de lo que podría haberte hecho yo.

—Estrella... —Me acerco porque me duele verla tan enfadada. No quiero despedirme de ella así. Se aleja.

—No, Edu, deja de tocarme. Tú lo has querido. No necesito a nadie tan cobarde cerca de mí y ¿sabes qué hoy sí?, hoy seguiré tu consejo y el único que me va a acariciar es Brais, porque él sí es valiente, porque él sí ha apostado por mí y porque él sí se merece mi atención. Espero que tú disfrutes mucho con Silvia.

Y se marcha.

Adiós Estrella.

Capítulo 37

Cuéntame un cuento

Estrella

Estoy tan feliz que doy saltos por mi nuevo hogar al ritmo de *La venda*. Esta canción no ha ganado Eurovisión, pero a mí me da un buen rollo importante.

Gracias a un conocido de Luna y de Eneko he conseguido una ganga en mi nuevo destino: Valencia. Desde mi balcón se ve el mar, está un poco alejado del centro; para eso tengo coche y *parking* en la comisaría.

Necesitaba renovarme y conocer nuevos mundos y no me arrepiento. Llevo ya dos meses aquí y el ambiente en el trabajo es buenísimo, tengo muchas compañeras y he salido varios días con ellas a tomar algo. Algún fin de semana he viajado a Madrid, pero porque no tenía casa, con este pedazo de piso que hemos alquilado ahora, ellos vendrán a verme cada dos por tres. También es su casa. Me explico. Después de mucho insistirme he cedido a Luna. Ellos financian parte del alquiler porque querían tener hogar en Valencia sin tener que venir de prestado y por eso me he podido permitir este piso de dos habitaciones con vistas al mar y urbanización cerrada con piscina.

Tengo que terminar de guardar mis cosas porque mañana he invitado a varios compañeros para inaugurar mi apartamento. Suena mi teléfono. Es Luna.

—¡Hola, hermanita! —me saluda al descolgar—. ¿Cómo lo llevas?

—Superbién, casi todo en su sitio.

—¡Cuánto me alegro! Estoy deseando ir.

—Y yo que vengáis.

—He pensado que si el fin de semana que viene lo tienes libre nos podíamos acercar Sol y yo y marcarnos otro fin de semana de solteras. Sol necesita un poco de acción.

Me río porque me vienen los recuerdos del último en Arenas de San

Pedro en el que Sol perdió su virginidad bucal con una mujer.

—Sí, el viernes tengo turno de tarde, pero lo intento cambiar. Iba a venir Brais. Le diré que venga el siguiente.

—¡Ah! Como quieras, no quiero meterme yo entre vosotros, a ver si le va a sentar mal.

—¿El qué? ¿Que yo me lo pase bien con mi familia? Brais os conoce, Luna, y tú a él. Es el mismo, es el tío más pasota que existe.

—Ya, pero ahora estáis juntos...

—Lo único que ha cambiado es que nos acostamos, si eso es estar juntos...

—Va a ser que sí. O al menos yo lo entiendo así.

—Porque eres una antigua.

—Mira que eres obtusa —me regaña—. ¿Te acuestas con alguien más?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no lo necesito, Brais se esfuerza en satisfacerme y dejarme saciadita.

—¿Y él? ¿Él se acuesta con alguien más?

—No, que yo sepa.

—¿Y cómo te sentaría?

—No sé, no me lo he planteado.

—¿Y por qué no te lo has planteado? —Empieza a parecer un interrogatorio.

—Pues probablemente porque sé que no lo va a hacer y tampoco me importa.

—Claro, hermanita, y a eso se le llama fidelidad y sucede cuando te gusta alguien de verdad.

—¡Pero si yo no niego que él me guste! Lo que yo digo es que no es mi novio, que vamos al día, que nos lo pasamos muy bien juntos y ya.

—Vale... oye, cambiando de tema. Tengo que contarte una cosa. —La escucho dubitativa—. Pero no sé si quieres.

Cuando en una conversación entre mi hermana y yo aparecen los interrogantes sé de sobra de quién vamos a hablar:

—¿Sobre Edu?

—Sí —afirma.

—Dime.

—Ya le han dado los resultados del TAC. Está perfecto.

—Me alegro mucho.

—Y ha conseguido trabajo en el instituto de Arenas.

—¡Qué suerte!

—La verdad es que está muy bien y...

—¿Sigue con Silvia?

—Sí, parece que sí.

—Es una tía muy maja y se le notaba muy pillada por él.

—Sí, la conocimos la semana pasada y se los ve bien juntos. Estrella...

—¿Qué?

—Creo que es mejor así.

—Ya, y yo. Estoy bien, Luna.

—¿Seguro?

—Es lo que hay.

—Es que hay otra cosa...

—¿El qué?

—Me ha llamado ahora, es que quiere hablar contigo. Han encontrado a Alejandra, tu vecina.

—¡Ah! ¿Y te ha preguntado si me podía llamar?

—Sí.

—Vale, lo llamaré. Creo que no caeré desmayada por oír su voz. — Me cabreo.

—No te lo tomes a mal. Él quiere lo mejor para ti.

—¿Para la pobre niña rechazada? —Uso el sarcasmo.

—No, no es eso. Ves, sabía que te iba a sentar mal. Tomo aire. Estoy agobiando a mi hermana y no se lo merece.

—¿Tú qué tal estás?

—Muy liada. Nuestro producto anticáida sale en breve y estamos a tope con entrevistas.

—Estoy muy orgullosa de ti, Luna.

—Y yo de ti, hermanita.

—¿Y con lo de la gestación? ¿Cómo vais?

—Pues hasta que no terminemos esto no podemos viajar a EE. UU., pero ya tenemos una posible candidata. Es muy maja.

—¡Qué bien!

—Sí... es todo un poco raro. Quiero ser mamá de nuevo, Estrella, y no quiero morir. Habrá mucha gente que no lo entienda.

—Los que os queremos sí que lo hacemos.

—Si la gente supiera nuestra historia... Eneko y yo tenemos que tener un hijo propio. Lo deseo con todas mis fuerzas.

—Lo sé.

—Te dejo, que me están llamando. Chao, Estrella.

Cuelgo. Qué enrevesada es la vida. Luna se quedó embarazada cuando menos lo quería y ahora que sí que lo desea los médicos se lo prohíben. ¿Y yo? ¿Seré madre alguna vez? ¡Uff, paso palabra!

Pruebo a ver si alguien me cambia el turno el viernes y en cuanto lo consigo llamo a Sol. Hace tiempo que no nos vemos y aunque nos llamamos mucho la echo de menos. No hace falta que Luna me lo diga, yo también sé que últimamente anda un poco alicaída, dice que es la astenia primaveral pero yo creo que es la astenia del policía ese que desde que se conocieron no ha hecho más que pensar en él, y me da que no es recíproco. Él se lo pierde, ella es una mujer de diez.

Cuando termino de recoger mi nueva casa y me siento en el sofá agotada a sabiendas de que tengo varias cajas de libros acumulados en el trastero, que algún día tendré que subir, suena mi teléfono.

Es él. No pasa nada. Descuelgo.

—¡Hola, Edu! ¿Qué tal? —lo saludo enérgica.

No escucho más que una respiración al otro lado.

—¿Hola? —repito.

—Hola, Estrella. —lo oigo algo taimado—. Estoy bien, ¿y tú?

—¡Genial! —Me esfuerzo en sonar más feliz que un sonajero—. Acabo de terminar la mudanza y me encanta mi nuevo piso.

—¡Ah, sí! Ya me han contado estos... está frente a la playa, ¿no? — Aunque está claro que es él sigo escuchándolo algo lento, aletargado, no sé...

—Sí, es precioso. Estoy muy contenta aquí.

—Querías un cambio y ya lo tienes. Me alegro por ti.

—Gracias, Edu. Cuéntame. Por algo me has llamado, ¿no? Aunque ya me ha avanzado Luna que han detenido a Alejandra.

—Sí, por eso te llamo, Estrella. La detuvieron hace unos días y declaró ayer ante el juez.

—¿Qué ha dicho?

—Ha confirmado que trabajó para los narcos porque la chantajearon con que matarían a sus seres queridos, que instaló una cámara y le inyectó la oxitocina a la embarazada, que solo lo ha hecho esa vez y que huyó para esconderse y rehacer su vida puesto que su pareja le había sido infiel. Ese es su alegato.

No me pilla desprevenida, aun así pregunto.

—¿No ha dicho nada de malos tratos?

—No, Estrella.

—¿Está en la cárcel?

—Sí, por el riesgo de fuga.

—¿Tú la has visto?

—No, yo no. ¿Quieres verla?

—Sí, me gustaría... era mi amiga.

—Vale, hablo con el CNI a ver qué podemos hacer.

—Gracias. Pues en cuánto sepas algo me dices, ¿vale?

—Sí, sí... Estrella, ¿todo bien?

—Sí, genial. Chao, Edu.

Cuelgo. No quiero hablar más con él, aunque sé que he sonado desenfadada su voz me altera, atraviesa la distancia y me trae tantos recuerdos y promesas que desestabiliza mi nuevo proyecto de vida y estoy empeñada en que funcione.



Accedo a Alcalá Meco. La casualidad ha querido que dos mujeres con las que he tenido relación hayan dado con sus huesos aquí. Hoy es un día para resolver dudas y dar carpetazo. Me deben, ambas, explicaciones.

Entro en un locutorio que me han habilitado solo para mí, por ser policía, el subdirector de la prisión. Al menos, no huele tan raro como en la entrada que el aroma a suciedad mezclada con lejía barata se te cuela en la pituitaria y

creo que me durará en el recuerdo para siempre. Siento algo de frío, había mucha corriente por los pasillos y me he quedado helada. El lugar es el típico de cabinas separadas en las que es imposible el contacto. Hablaremos por una rejilla. Tomo asiento en una y espero. Me reconozco nerviosa. No sé cómo voy a comportarme. Pronto lo sabré porque se abre la puerta y aparece ella. Esa mujer elegante ayer a la que le han caído varios años encima en forma de arrugas. Reyes.

Se sorprende al verme. No quería que supiera quién la iba a visitar.

—Hola, Reyes —me levanto.

Ella se acerca al otro lado de la mampara y toma asiento.

La observo. Está más delgada y sin maquillar se la ve más demacrada.

—Hola, Estrella, ¿qué haces aquí?

—Quería saber cómo estabas...

—Pues aquí me ves... encerrada. —Todo en ella ha cambiado. Se la ve mucho más frágil, como si su serenidad pendiera de un filo hilo.

—¿Cómo lo llevas?

—¿Sinceramente? Mal, muy mal. ¿Te lo debo a ti? —No me lo dice con rabia más bien entiendo sarcasmo.

—En parte, sí.

—Fuiste a mi estudio para conocer a otros clientes míos, ¿verdad?

Le digo que sí.

—Chica lista. No hay rencor, tú has hecho bien tu trabajo. Vas a ser una gran policía.

—Gracias.

—¿Por qué has venido? —me pregunta.

—Quería saber cómo estabas.

—Peor de lo que te puedas imaginar.

—Lo entiendo.

—No creo, esto es horrible, me muero un poco cada día, Estrella.

—¿Te tratan mal?

Reyes frunce el ceño.

—Más que bien, son... hay de todo, pero digamos que no me lo están poniendo fácil. No sé qué pinto yo aquí. No niego que obré mal, pero no he matado a nadie.

—En las cárceles no solo hay asesinos, Reyes. Has robado a gente que confió en ti.

—Ya lo sé. Yo solo pido que me pongan una fianza de una vez. Lo que veo cada día aquí... gente excluida de la sociedad, no sé cuál es mi sitio, Estrella, pero este no.

Evito decirle que se lo hubiera pensado antes, pero lo que sí que le pregunto es:

—¿Por qué te metiste en ese lío?

—No sé, porque lo vi muy fácil. Alguien me lo propuso... Siempre he sido de correr riesgos.

—Pues entonces, ahora debes aceptar las consecuencias.

—Eso hago, cada minuto lo hago, no te quede duda. Lo que no quiero que pienses es que yo tuve algo que ver con la muerte de Max, Estrella.

—¿No?

—No —responde rotunda—. Él quería dinero y yo le hablé del negocio. Sabía que era algo peligroso y aceptó. Todos los días me arrepentiré de haberlo inducido. Max era muy buen hombre y está muerto por mi culpa.

—Tendrás que aprender a vivir con ello, Reyes. Perdona que insista pero no entiendo cómo te metiste en este follón.

—¿No entiendes que el dinero es una droga, Estrella? A mí me han intentado joder la vida desde muy pequeña, ya te he hablado de eso, la única forma de arrasar con todos mis fantasmas fue hacerme poderosa. Con dinero podía follarme a todos los que me mirasen por encima.

—¿Qué te dicen tus abogados?

—Que tengo que esperar a la fianza, creen que me pueden caer varios años, pero máximo cinco.

—Tendrás que sobrevivir.

—No me queda otra. —Me sonrío por primera vez, tras suspirar.

—Yo sé que vas a estar bien, Reyes. Solo tienes que proponértelo, eres una mujer muy fuerte.

—Tú sí que lo eres, Estrella. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido... Tengo que decirte algo que no sé si ya sabes. Quiero pedirte perdón por haber entrado en tu casa.

—Lo intuía.

—Necesitaba averiguar si sabías algo del Antonio López. Los que me habían encargado el cuadro me estaban presionando y estaba desesperada, tú no me decías nada.

—Lo imaginaba...



La puerta se vuelve a abrir. Llevo mucho rato esperando pero por fin tengo ante mí a la que creí mi amiga. Alejandra. Tan guapa como siempre. Ella sí sabía que era yo la que quería verla.

Se sienta frente a mí y me dedica una sonrisa tímida. Después, pone la mano en la mampara que nos separa:

—Estrella, te ves tan bien...

—Hola, Alejandra. —No puedo ocultar mi resentimiento y ella lo nota.

—Fuiste muy buena conmigo, peque... de verdad que sí, las cosas no han salido como esperábamos.

—Quizás si no hubieses ayudado a los narcos...—la recrimino. Sigue con ese halo dulce que siempre me encandilaba. Apenas lleva dos días presa y no se le nota tanto como a Reyes la ausencia de libertad.

—¿Lo sabes todo?

Afirmo.

—¿Y cómo?

—¿Te acuerdas de Diego, el enfermero nuevo? Pues no era tal, ese era Edu, mi Edu. Él me ha estado informando.

Los ojos de Alejandra se amplían de la impresión.

—¡Vaya! Ahora entiendo algunas cosas...

—¿Quién eres, Alejandra? ¿Cómo has podido ayudar a unos narcos?

—Me buscaron, me chantajearon y me venía muy bien el dinero. Yo solo tenía que poner una cámara en la habitación y pinchar oxitocina el día que me dijiesen y ya está. Nadie corría peligro.

—Eso no lo sabías, podrían haber atacado el hospital o podrían haber tenido problemas ella o el bebé.

—Me prometieron que no, que no harían daño a nadie.

—¿Y te fiaste de la palabra de unos narcos?

Alejandra me mira confundida, creo que acaba de entender que mi visita

no es en el plan que ella esperaba.

—Necesitaba el dinero, Estrella —me habla con ese tono dulce que la caracteriza.

—¿Para qué?

—Ya lo sabes, para huir.

—¿Huir de quién?, ¿de Rodrigo? El Rodrigo que no ha movido ni un dedo por buscarte. El Rodrigo al que robaste el dinero.

Alejandra agacha la cabeza.

—¿Cómo pudiste tomarme el pelo de tal forma, Alejandra? —le reprocho.

—No sé a qué te refieres —continúa cabizbaja.

—Sí lo sabes. Me engañaste... No te violó —la acuso sin más miramientos.

Alejandra levanta la cabeza inquietante:

—Yo nunca lo dije. —En su rostro leo burla—. Fuiste tú la que lo asumiste así.

—¿En serio? —Me enfado—. Podías haberlo negado y, sin embargo, me embaucaste y solo para que te consiguiera una identidad falsa.

—Puede, pero no solo para eso. Él me engañó y se lo merecía. —El aspecto de Alejandra pierde toda su amabilidad natural y se transforma en el más cruel que haya visto jamás—. De mí no se burla nadie y menos él. Que se pudra.

—¿Y yo? ¿Yo me merecía tus mentiras? Te creía mi amiga, confié en ti. Me derrumbé en ese baño, tú sabías que estaba allí, podrías haber detenido a Rodrigo para que yo no presenciase esa escena. ¿Sabes lo que pienso? Que incluso lo forzaste más para que te ayudase a huir.

—Tú estuviste justo donde necesitaba y te usé, sí, lo lamento. Quería joderlo. Ví cómo te miraba, tú podrías ser su siguiente, siempre me hablaba tan bien de ti, así que maté dos pájaros de un tiro.

—¿Cómo?

—Fácil. Me ayudabas a huir con todo y además lo detestabas.

—Entonces ¿fingiste aquello, verdad?

—Lo exageré, sí. Nos molaba ese rollo... No estaba premeditado, se me ocurrió sobre la marcha.

—¿Todo por celos, Alejandra?

—¿Celos? No, para nada. Solo que sabía que se iba a apoyar en ti cuando lo dejase y preferí que no se lo pusieses en bandeja, él te habría conquistado. Por lo que veo ya no lo odias. —Me tantea.

—No, no lo odio. ¿Sabes qué? Ni a ti tampoco, pero ¿por qué no lo dejaste y punto?

—No es mi estilo.

—No te conozco, Alejandra.

—Quédate con mi mejor versión y punto.

—Por lo que veo tienes muchas. Pero de todo, lo que jamás te perdonaré, es que me mintieses, que te inventases una violación. Yo sí que lo he vivido, Alejandra, y la gente como tú nos hace mucho daño. Me mentiste a la cara, te reíste de mí y de mi dolor.

—Estrella...

—No, déjame terminar. Gracias a Dios esto no sucede mucho, pero a las que mienten con algo así para conseguir un fin tan egoísta como la venganza les deseo lo peor.

—No soy una persona fácil. —Sonríe—. Si me atacan muerdo con todo mi ser. Él tiró por tierra nuestra relación por un mal polvo y tenía que pagar las consecuencias.

—¿Haciéndolo ver como un maltratador y mintiendo a quien había depositado su confianza en ti?

Ella sonríe sin ápice de disculpa ni vergüenza.

—Todo vino rodado, me entero de su infidelidad, los narcos contactan conmigo y me ofrecen muchos ceros, tú presencias nuestra escena y pienso que así me puedes conseguir una identidad falsa...

Me levanto. Me siento muy defraudada. Ya lo he oído todo.

—Pero entre tú yo, Estrella, lo demás fue verdad, me pareces muy buena niña y te quiero mucho, lamento haberte salpicado. Necesitaba vengarme de ese traidor. Incluso... —Se ríe—. Ahora tiene gracia, intenté seducir a Edu, con razón no conseguí nada.

—¿Ehh?

—Sí, pero me ignoró por completo. Le tienes chifladito. ¿Ya te vas? — me pregunta entre risas de suficiencia cuando camino hacia la puerta.

—Lamento que estés aquí, Alejandra, pero no quiero volver a saber nada de ti.

—¿Eh, qué pasa? ¿Ya no estás con Edu?

—Estás muy loca, tía —le digo.

—¡Ah, ya lo entiendo! Rodrigo ya te ha bajado las bragas —afirma con una mirada endemoniada.

—Estás fatal.

—Dile de mi parte cuando te lo tires que nadie le va a hacer sentir lo que yo.

La miro tan fuera de mí misma que no sé cómo logro contenerme.

—Rodrigo es un buen tío y lo voy a ayudar a que levante la cabeza y recupere su vida. Y si me lo tiro ten por seguro que de quien menos le voy a hablar es de ti. ¡Hasta luego, Mari Carmen!



Entro en mi casa casi a las once de la noche. Estoy agotada, más mental que físicamente. Y me siento muy triste. He intentado que la música en el coche me ayudara a olvidar, aunque no lo ha logrado del todo. Ahora en el silencio de mi hogar no puedo dejar de oír la risa maligna de Alejandra.

Me duele. Inevitable. Y me siento totalmente estafada. Ella parecía ser alguien en quien confiar y así lo hice y no es más que una sociópata loca.

Y, sin embargo, por Reyes, a la que he ayudado a meter en la cárcel, siento mucha pena. Porque ella no es mala, es una ladrona, pero sí se arrepiente de sus actos.

Por culpa de Alejandra discutí con Edu y lo perdí. Le debo una disculpa. Llega tarde para los dos, aunque se la debo y yo no suelo dejarme nada pendiente y menos con él. Decidida lo llamo. Descuelga al cuarto tono.

—¿Estrella?

—Sí, soy yo. Perdona las horas.

—No, tranquila, no pasa nada. ¿Estás bien?

—¿Puedes hablar, Edu, o te pillo en mal momento?

—Puedo, estoy solo —responde y creo que al instante se arrepiente—.

Me refiero a que...

—Sé a lo que te refieres, no pasa nada. No te llamo para eso.

—Vale, perdona, cuéntame.

—Solo te llamo para decirte que tenías razón.

—¿Sobre qué? —pregunta al instante, con tono jocosos.

—Sobre Rodrigo.

Se hace un silencio.

—¿Has visitado a Alejandra?

—Sí, hoy.

—¿Qué te ha dicho?

—Está loca Edu... Yo confié en ella y era todo mentira. —No puedo aguantar más este nudo que me ahoga desde que he salido de la cárcel y me echo a llorar.

—Tranquila, Estrella. Ella pagará por todo.

Intento serenarme, pero me lleva un rato, tiempo en que Edu no deja de decirme palabras bonitas para tranquilizarme.

—Cuánto siento que estés así, Estrella, me encantaría poder estar contigo.

Eso hace que mi retención vuelva a desequilibrarse y el sofoco resurja.

—Nuestra última discusión fue por ella, Edu. Te eché de mi casa.

—Bueno, eso fue hace mucho... ya está perdonado y lo sabes, después de todo lo que has hecho por mí sería un idiota si me acordara de eso.

—Ya, pero eso te separó de mí. —Estoy totalmente descontrolada. Mañana me arrepentiré de esto, aunque hoy, un día en el que la verdad se me ha puesto de cara, necesito soltarlo todo de golpe.

—Estrella, no le demos más vueltas... no pudo ser.

—¿Por qué, Edu? ¿Por qué?

—Chocamos mucho, brava.

Me ha vuelto a llamar así, mi corazón se acelera.

—Chocamos como tantos y tantos, pero entre tú y yo hay algo especial y lo sabes.

—Claro que lo sé —admite por fin—. Por supuesto que sé que si tú me tocas el mundo de mi alrededor se para —habla despacio pero algo enfadado—, que cuando me miras con esos preciosos ojos azules mi cuerpo se enciende sin control, claro que lo sé, lo recuerdo todos y cada uno de los días nada más despertar y que me tengo que frenar para no coger el coche y

aparecer en tu casa a cada rato.

—¿Y por qué no estamos juntos, Edu? —Lloro.

—Estrella... porque la vida lo ha querido así.

—¿Y si no? ¿Y si somos nosotros los que nos estamos empeñando?

—Pues la vida nos unirá de nuevo.

—¿Me estás diciendo que eres tan cobarde que te rindes a lo que el destino nos tenga preparado? —le reprocho.

—Te estoy diciendo que soy tan valiente que me arriesgo a una vida sin ti para que seas feliz. Soy poco para ti, brava...

—Edu... —sollozo.

—Estrella... —me responde él, con la misma pena en la voz.

Capítulo 38

Pero a tu lado

Un año después

Edu

Vuelvo a mirar la foto y sonrío. En ella veo a una mujer muy alta y preciosa abrazando a un niño de aproximadamente un año muy parecido a ella, al pie pone:

«Gracias por ser mi amigo. Mi hijo y yo estamos bien».

Es de Tanya. Ignoro cómo ha obtenido mi teléfono, pero me alegro infinito de que se haya puesto en contacto conmigo pues en numerosas ocasiones me he acordado de ella. Sabía que había salido de la cárcel hace unos meses, en cuanto su pareja, Claudio Torres, confesó y la exculpó de todo.

Las puertas correderas del aeropuerto se abren y por fin aparecen ellos. No puedo evitar emocionarme al ver a mi hermano Eneko con su hija en brazos. Un vendaval viene hacia mí y tira de mis piernas para que la coja. Mi pequeña Clara.

—¡Papi! ¡Papi!

—¡Mi amor! —Me agacho para estrujar su pequeño cuerpecito. Hace un mes que no la tenía conmigo y me concentro en disfrutar de este instante. Nadie sabe lo que la he echado de menos, pero acepté que se marchara a EE. UU. para hacerlo todo más sencillo para Eneko y Luna.

—Mira mi hermanita, papi, se llama Diana y es muy buena.

Sonrío. Eneko y Luna ya han llegado a mi altura, se los ve radiantes. Me levanto con Clara en brazos y todos juntos nos abrazamos. Prometo que es uno de los momentos más emocionantes de mi vida. Saber que por fin han conseguido su deseo de ser papás.

—¡Ehhh! ¡Qué falta yo! —Escucho un grito enfadado a mi espalda.

Me giro.

Es ella. Estrella. ¿Cómo hace para conseguir siempre que la veo que mis rodillas no puedan con mi peso e intenten tirarme al suelo?

—¡Yo también quiero abrazo! —nos reprocha poniendo morritos—. ¡Hermanita! —Corre emocionada a donde está Luna y nos volvemos a convertir en un amasijo de cuerpos unidos colmados de felicidad.

Poco a poco nos saludamos como mandan los cánones y cuando llego a ella que ya tiene a su sobrina en brazos, levanta la cabeza y me mira muy sonriente:

—Enhorabuena, tito. Tu sobrina es preciosa.

—Lo mismo digo, tita. Tú ya tienes experiencia, para mí es la primera, ¿me la dejas coger? —Le guiño un ojo. Joder, está espectacular. Le ha crecido el pelo y luce un bronceado que destaca sus espectaculares ojos que siempre me han vuelto loco. Además, se la ve feliz y relajada. Sé por su hermana que lleva un año muy bueno y que le van las cosas muy bien.

Estrella me sonrío y me ofrece a Diana. Es tan pequeña que no sé cómo cogerla, pero ella me coloca los brazos y en seguida noto ese ligero cuerpo pegadito al mío. Siento tanto amor por este bebé que me la comería a besos.

Con mi sobrina en brazos, nos dirigimos a los coches. Hoy vamos a comer todos juntos, tenemos mucho que celebrar.



Nos observo a todos. Se respira mucha felicidad hoy en esta sala. Ese nuevo ser nos ha unido a pesar de que somos una familia de lo más peculiar. Empezando por Sol y Júpiter que han llegado a la vez generando alguna que otra sospecha, Luna, Eneko y yo que hemos formado uno de los triángulos más sonados de la historia, pero que está claro que sobro porque a la que te das la vuelta les encuentras besándose a lo preliminar y terminando por Estrella y por mí que cuando intentamos hablar no hay ni un alma que no nos mire de reojo.

Acuesto a Clara entre dos sillas. Se ha quedado frita por el *jet lag* en mis brazos. Ya va pesando y, o la tumbaba o mañana no podría ni lavarme los dientes de las agujetas.

Levanto la cabeza y mis ojos que van por libre la buscan y encuentran lo que quieren, a los suyos. Estrella sonrío y se levanta. Noto algo en ella

diferente, está soberbia. Viene pisando firme a sentarse a mi lado y hace una mueca como que le importa un pito lo que cuchicheen los demás. Eso es lo que advierto en ella diferente: estabilidad.

—Te sienta muy bien ser tío —bromea.

—Yo te mentiría si te dijera que a ti también te sienta bien ser tía. —Ella se echa para atrás con una mueca ofendida divertida—. Pero es que a ti te sienta bien todo. Y ahora tan morena...

—Es lo que tiene vivir cerca del mar. Estoy feliz.

—No hace falta que lo jures, se te nota, Estrella.

—Es de verdad, Edu. He vuelto a quererme de nuevo, ya se acabaron los fantasmas, me siento muy muy bien.

—Cuánto me alegro. —Sonríó y sin pensarlo le acaricio la mejilla. Ella no rechaza mi contacto y eso me da esperanzas.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi. Tiempo en el que he reflexionado sobre mí y mi vida. Ahora sé que fui un cobarde... Me conformé con la comodidad y eché a perder la relación más potente, divertida y real que había tenido nunca.

—¿Y tú cómo estás, Edu?

—Bueno, no me puedo quejar.

—¿Has vuelto al CNI?

—No te puedo contestar... ya sabes.

Ella sonrío, clavando sus tiernos ojos en mí y revolviendo mi estómago por las ganas de besarla. Hoy sé que la alejé de mí por miedo, por no saber cómo asumir que estaba ante la mujer que me desestabilizaba entero porque la amaba como nunca he amado a nadie y que era una mujer intensa y es probable que por eso la amase así, no era un defecto, es una virtud. Hoy lo comprendo y me arrepiento tanto, porque sé que la sigo queriendo, que no hay día que no me culpe por haber sido tan necio y tan cobarde.

—Sabía yo que a ti lo de los espías te mola más de lo que crees —se jacta dando por sentada mi vuelta.

Saco el móvil y le enseño la foto de Tanya con su bebé, me sincero con ella afirmando que me alegra que esté libre. Ella me informa que tanto Alejandra como Reyes han salido bajo fianza y que están pendientes de juicio, pero que con ninguna de ellas mantiene contacto.

Hablamos de Rodrigo. Los dos nos relacionamos con él. Estrella me cuenta que hace unos meses decidió que tenía que pedirle perdón y lo llamó. Él lo acepta. Me lo relata ilusionada.

—Es un buen tío y entiende mi equívoco —repite.

—Sí, Rodrigo es buena gente. Viene muchas veces a Arenas. Lo pasamos bien juntos.

—Oye —me interrumpe—. ¿Escuchas algo más de música?

Sonrío.

—Sí, me gusta el disco de Despitaos.

—Ya me lo imaginé cuando vi que sacaban álbum... como te gustaba tanto *Cada dos minutos*.

Reímos.

—Te veo genial, Estrella.

—Y yo a ti, Edu. —Me acaricia un brazo en un gesto amable sin más pero yo dejo de sentir el resto del cuerpo.

—Somos unos supervivientes. Espero que la vida no nos vapulee más, se ha cebado un poco con nosotros, ¿no crees? —le pregunto.

—Sí, pero hemos resurgido, que de eso se trata. Yo me he liberado de aquello. Vivo mi día a día feliz y no dejo que nada ni nadie me amargue lo bonito que es cada amanecer.

—¿Sigues con Brais? —se me escapa en alto.

Ella gesticula sorpresa por mi pregunta directa, después contesta:

—Brais es y será siempre mi amigo, si te refieres a que si me acuesto con él, pues te diré que ya no, confundía mucho las cosas y no nos iba a llevar a buen puerto. ¿Y tú? ¿Te has casado ya con Silvia? ¿O ya has roto otro corazón?

—Me sobrestimas. Silvia pasó de mí hace ya tiempo.

—¡Ohhhh! —Finge lamento—. ¡Cuánto lo siento! ¿Estarás destrozado, no?

Sonrío.

—No fluía y para eso mejor estar solo —le digo algo serio.

—Lo mismo me sucedió a mí —me responde en el mismo tono—. No fue plato de buen gusto tomar la decisión, pero ha sido lo mejor para los dos.

Nos sonreímos.

—¿Entonces estamos los dos solteros? ¿No? —le pregunto.

—Yo sí. —Sonríe para mi martirio porque cada vez que lo hace se ilumina mi cuerpo y me pide que le diga de una vez lo que siento. Es el momento, ¡a por todas!:

—¿Puede que esa sea la señal del destino que estábamos esperando? — cuestiono a sabiendas de que ha sonado más forzado que cualquier político español hablando en inglés.

—¿El qué? ¿Un sobrino común nacido de un vientre de alquiler y que estemos los dos solteros?

Afirmo más que motivado porque es posible que hoy acabe mi sufrimiento.

—¡Uy, no! Eso es demasiado poco.

—¿Poco? —habla mi chasco, yo no puedo.

—Tú mismo me lo dijiste, Edu, ahora no te extrañes. No estamos aquí por el destino, estamos aquí porque mi hermana y el tuyo han tenido un hijo.

Estrella se levanta y deja su asiento vacío y a mí maltrecho de esperanzas fallidas, pero sonriente, porque así es ella: brava y ahora está más brava que nunca.

Capítulo 39

La bicha

Tres meses después

Estrella

Camino rápido al lugar de encuentro. Llego un poco tarde, lo sé. Me he entretenido hablando con Rodrigo de los pormenores de su visita. Este fin de semana vienen a mi casa y se me ha pasado el tiempo volando. Voy a ejercer de casamentera, no es lo mío, pero estoy segura de que en cuánto se conozcan Sol y él se van a gustar. Así que los he invitado a los dos y han aceptado. A ver qué tal se me da, igual abro una agencia matrimonial. Después de saber que Brais y Silvia están saliendo a tope creo que todo puede suceder.

Miro el reloj, es tardísimo. Madre mía qué vergüenza. Mi primera misión importante y llego tarde. Me ha costado aceptar este caso, pero me puede ayudar para cuando quiera ascender a inspector y además, estoy sedienta de aventuras e infiltrarse sé de buena tinta que lo es.

Mis jefes me ofrecieron hace unas semanas investigar una clínica de fertilidad que tiene varias denuncias por mala praxis y voy a actuar como si fuera una clienta. Para eso necesito una pareja y es a quien voy a conocer ahora. Sé poco de él, que se llama Asier, que no es policía, que trabaja para el CNI y que ya tiene experiencia. Él de mí, tampoco debe de saber mucho, y encima cree que me llamo Marta. Me he cambiado el nombre desde el principio para que no se equivoque, igual él tampoco se llama Asier, qué más da. Total, que espero que él sepa orientarme porque yo estoy bastante perdida.

El caso es que vamos a tener que simular que somos pareja y que no nos podemos quedar embarazados. Me tendrán que estudiar y a él también, va a ser un poco bochornoso, por lo que rezo porque me caiga bien y la primera impresión sea buena. Si queremos que cuele habremos de mostrarnos unidos y en consonancia.

Veo la cafetería donde hemos quedado, y sin poder evitarlo me pongo nerviosa. El estómago se me revuelve. ¿Me habré metido en un follón de narices? ¡Vamos, Estrella! ¡Tú puedes, brava!

¿Mi cabeza ha usado el mote con el que me animaba Edu? ¿En serio?

Llego a la puerta. Tomo aire. Ahora me he puesto más nerviosa aún...

Algo me dice que... ¿sería mucha casualidad, no?, ¿por qué no se me había ocurrido hasta ahora?

No, no puede ser.

Empujo la puerta con fuerza y entro. Miro al suelo y hasta que mis ojos se aclimatan al ambiente más oscuro de la cafetería no levanto la cabeza. Huele fantástico a hojaldre y a chocolate. Doy dos pasos. Miro a las mesas. Es una cafetería nueva disfrazada de vieja. Veo una chaqueta de rayas y por fuera una capucha que me da la espalda. Así me dijo que vendría vestido y además que se situaría de espaldas a la puerta. Ese debe de ser Asier. Camino despacio porque... voy a vomitar.

Le toco el hombro para avisarlo de que ya he llegado. Él se levanta rápido. Nada más moverse sé que es él, es su cuerpo, es su aroma, es su forma de respirar. ¡Madre mía! ¡Qué Dios nos pille confesados!

—Marta... —Edu se trastabilla y frena los dos besos que iba a dar a la supuesta Marta. Su impacto es igual que el mío. A él lo ha pillado tan de sorpresa como a mí. Si se le pudiesen salir los ojos caerían al suelo como canicas—. Pero... eres tú.

Hay palabras que nunca se dicen y quedan por decir, hay palabras, por el contrario, que nunca deberían haber visto la luz, hay otras que se van igual que vinieron y luego están las que no usan letras, las que se expresan con los ojos porque todavía no existen, no hay ningún diccionario que las ostente. En esta muda conversación, Edu y yo hemos hablado más que nunca, por primera vez entiendo aquello de «sobran las palabras».

Edu lleva ambas manos a mis mejillas para secar las indiscretas lágrimas que me han nacido del impacto. No me avergüenza estar llorando, es el llanto más bonito de mi vida. Siento sus húmedos dedos acariciar mi rostro y me pregunto si esto está pasando de verdad, pero sí, son sus ojos, es su mentón, su sonrisa, es él. Todo él.

Ahora soy yo la que le toca, vuelve a tener barba, paso los dedos por su

sien y me centro en su mirada. Después, me apoyo en sus hombros y desciendo por sus brazos hasta que nuestras manos, como imanes, se unen fuerte. Por fin. Sí, ahora lo entiendo, por fin. Respiro, el aire entra en mis pulmones como hace mucho tiempo que no hacía.

Nos sonreímos.

—Hoy no admito excusas, Estrella, si esto no es el destino que baje Dios y lo vea —me dice con esa voz que siempre me hace flaquear. Como no logro hablar afirmo con mi cabeza, lo veo deleitarse en mí comiéndome con los ojos —. Estás más guapa que nunca, solo puedo pensar en besarte...

—Pues hazlo —logro enunciar.

Edu niega con la cabeza antes de decir.

—Antes quiero que quedes avisada de que no va a ser un beso pasajero, de que es el primero de muchos, probablemente de toda la vida. No voy a malgastar más tiempo sin ti, Estrella. Este es el momento de frenarme, voy a contar hasta tres.

Sonrío.

—Uno —comienza y puedo oler su aroma a madera—, dos —cuenta y ahora ya puedo respirarlo y sentir su aliento cerca del mío— y... —dilata el momento y yo cierro los ojos decidida.

—Tres —compartimos los dos.

Epílogo

Tu jardín con enanitos

Edu

Tamborileo con la yema de mis dedos en la mesa. Llega tarde y eso me pone nervioso. No me gusta que me hagan esperar, siempre pienso en que me han dado plantón.

Miro las paredes de la cafetería, es de esas con decoración *vintage* y fotos antiguas en las paredes. Tiene un punto cálido que me gusta, no como las ultramodernas en las que hay tanta luz que pareces un astronauta deslumbrado. Huele rico, a café, a canela, a horchata.

Me coloco bien la chaqueta, me la he puesto con una sudadera de capucha y aunque no es mi *look* favorito es el que pacté para ser reconocido. Estoy de espaldas a la puerta, así lo concretamos.

Miro el móvil, por si tengo algún mensaje de ella excusándose por el retraso. Nada. Me detengo en ver fotos que me ha enviado Luna, de Clara y Diana juntas. Mi pequeña ejerce de hermana mayor con tanta ilusión que se me cae la baba. Cuando todo iba mal me centré en ella, en Clara, y por ella resurgí, porque se merecía tener un padre feliz como yo vi al mío.

El camarero se acerca y le pido otro blanco, es lo que más me apetece con este tiempo.

Suena la puerta. No me giro. Parezco un pardillo de libro porque me acabo de poner muy muy nervioso. ¿Será mi cita?

Unos dedos me tocan en la espalda. Sí, es mi cita. Sonrío, me levanto enérgico y al hacerlo me encuentro con la cara más bonita del universo, por algo se llama Estrella.

—Eres un hacha, has pillado todas mis pistas —le digo.

—Me subestimas, chaval, estaba tirado. —Me empuja un hombro mientras que une su otra mano a la mía.

—¡Ah, perdón! No había caído que mi yincana de aniversario era para

toda una inspectora.

Estrella sonríe e ilumina mis ojos. La amo más que a mi vida.

Ella pega su cuerpo al mío con confianza y me dice muy cerca de la boca.

—Sabía que me ibas a esperar aquí, en nuestra cafetería.

—Bueno, acepto que eso era tan obvio como necesario.

Nos reímos.

—Edu... gracias por regalarme el mejor año de mi vida —se sincera y s  que es verdad lo que dice, para mí también lo ha sido.

—Será un placer repetir,  no?

Ella dice pequeños s es con la cabeza como una niña a la que le ofrecen una succulenta piruleta.

— Te acuerdas de lo que te dije hace un año? —le pregunto.

— Lo de que me ibas a besar y que iba a ser el primero de muchos?

—Y no faltó a la verdad.

Ella entrecierra los ojos, seductora.

—Pues voy a repet rtelo, y quiero añadir que ahora mismo para mí solo cuentan los besos que est n por venir y que estoy ansioso porque este año sumen muchos más.

— M     s? —se extraña.

—S ,  qu  pasa?  No aceptas el reto?

Estrella sonríe con todo su ser y se acerca peligrosamente a mi boca pero antes cuenta:

—3, 2 y... uno.

POR FIN

Nota de la autora

Hay que denunciar. Siempre. Siempre que sea verdad. Que nadie te haga creer que fue mentira.

Por fortuna hay muchas Estrella. Mujeres que se enfrentan al demonio y ganan. Y se recuperan. Porque piden ayuda, porque se abrazan a su familia, al amor, porque una mijita de luz a diario vence a la más profunda oscuridad.

Espero que os apasione la historia de Estrella tanto como a mí. Su resurgir. Hay muchas bravas más.

Pero también que se entienda la de Alejandra. Ella no es una víctima. Esto es una novela y si me conocéis me suelo atrever con todo y me apasiona dar giros, en definitiva, arriesgar. En este caso, no hay sexos, ella es mala, como pudo serlo él. La escena de la cocina la soñé, el impacto que suponía creer conocer a alguien y descubrir en él a un canalla. Pero quise darle la vuelta, que todo fuera un engaño... Esto, en minoría, también sucede y hay que detenerlo.

Edu... él va a amar a Estrella tanto como para hacerla muy muy feliz para su siempre. Ambos son muy bonitos. Y se lo merecen. Es lo que tienen los libros.

Cada capítulo lleva como título una canción: Revolver, Bebe, Despistaos, Los piratas... canciones de mi vida que quiero compartir con mis personajes y con vosotros. Igual que hice en *Luna para dos*, os propongo que después de leer el libro escuchéis los temas y así viváis la historia de nuevo. Espero que os gusten.

Agradecimientos

Gracias a todo aquel que ha apostado por mi voz en letras.

Todavía sigo sin entender cómo puedo tener tanta suerte. Esto es un verdadero privilegio, que mis historias, que los personajes que nacen de mi imaginación os alcancen y se hagan realidad en vuestras manos es alucinante. Por eso, mi primer gracias es para vosotros.

Mi siguiente gracias lo suelo dejar para el final, pero esta vez no, por muchas razones. Gracias a ti, cosa, gordo (aunque eres rabiosamente flaco), Dimas. Gracias por todo el amor que me das, porque me haces sentir tan bien, tan tranquila a tu lado, porque me respetas, me ayudas, me acompañas y nunca me frenas. Tú inviertes en mí y te lo deberé siempre. Cruzo los dedos porque nuestro siguiente sueño se cumpla, si no, seguiremos ilusionándonos con todo. Gracias.

Gracias a mi madre. Esa persona que se preocupa hasta más que yo. Que si la llamo vuela, aunque no tenga alas. Gracias por haberme inculcado la lectura, eres un ejemplo de mujer, un poco ordenada de más, pero un ejemplo de coraje.

Gracias a mi familia. La más cercana y la más lejana. Tengo una gran familia a la que tengo aburrída con tanto libro, pero que sé que me promocionan y hasta me leen.

Gracias a todos mis amigos, a los Buenvista vip, a las descastás, a las Marías, a Marisa, a Marta, a Ana (nimú), a *friends*, a los Villarejo, a mis compañeros y amigos enfermeros. Gracias porque me hacéis la vida más divertida y hemos venido, si se puede, a eso.

Gracias a mi editora, Teresa, por confiar siempre en mí, y a Borja por esta preciosa portada. Algún día lo petaremos...

Tengo lectoras fieles, Gema, María Jesús, Fani, Mónica pero me falta una... ella, que me animaba y me sonreía, alguien que se ha ido demasiado pronto. Una de las personas más bonitas que he conocido, Raquel, Raquelita, espero que estés disfrutando con tu mitad.

Además de buscar información, muchas veces pregunto a amigos o

familiares sobre temas que les son conocidos: gracias a Andrea Juárez por enviarme tanta información sobre Ávila y gracias a mi primo Carlos por ayudarme con las descripciones de aquellos lugares siniestros...

Gracias a todos los libreros y bibliotecarios que me ayudáis a que mi nombre poco a poco vaya sonando.

Gracias al Consejo General de Enfermería y, en concreto, a David Ruipérez por aconsejarme y ayudarme con la promoción de *De enfermera al cielo o al caldero*. Hay gente que te ayuda porque sí y es de agradecer.

Gracias a Amanda porque siempre me invita a su programa y al Colegio y Sindicato de Enfermería porque siempre se hacen eco de mis libros.

Gracias a mi prima, Natalia, a Verónica, a Mónica Maier, y a Kate Danon por ser mis lectoras cero y darme tan buenos consejos con solo una semana de plazo. Chicas, me salváis la vida.

Gracias a mi hermano, Juan Pedro, porque en las tramas policíacas me echa un cable con una ideas alocadas y originales.

Gracias a la vida por darme a mi pequeña Eire. Con ella, todo cobra sentido. Nada puede ser más bonito que cuando me dice que me quiere hasta el cielo.

Gracias por acompañarme hasta aquí. Ha sido un placer. Ya sabes si te ha gustado, repite y corre la voz, si no, dame otra oportunidad.

Un abrazo, un beso... un buen libro.